

Al
otro lado
del
puente

novel

CAMRON WRIGHT

Autor de UN LUGAR PARA LA ESPERANZA

Al
otro lado
del
puente

CAMRON WRIGHT

novel

Título original: *The other side of the bridge*

English © 2018 Camron Wright

Spanish © 2018 Shadow Mountain

Published by Ediciones Palabra, S.A.,
under license with Shadow Mountain

© Ediciones Palabra, S.A., 2018

Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 — (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

palabra@palabra.es

© Traducción: Almudena Ligeró

Diseño ePub: Juan Luis Romero Martos

ISBN: 978-84-9061-800-4

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*Para Alicyn,
por su apoyo constante,
y para John Sylvester,
que me inspiró la idea de cruzar
el Golden Gate montado en una Harley.*

*La fe —es el Puente sin Pilares
sustentando lo que vemos
hasta la Escena que no vemos—
Demasiado remota para el ojo.*

*La Fe soporta el Alma tan audaz
como si estuviera mecida en el Acero
con Brazos de Acero en cada lado.
—Ella se une— tras el Velo
a algo que si lo intuyéramos
el Puente dejaría de ser
para Nuestros lejanos, vacilantes Pies
una Necesidad vital.*

EMILY DICKINSON

Capítulo 1

San Francisco, California, 2012

El húmedo metal me empuja, las olas abren los dedos para darme la bienvenida, la oscuridad de la noche se ofrece para ocultar mi dolor. Todos susurran una pregunta que atraviesa la niebla y me aprieta la garganta. Si yo, Katie Connelly, me tirara esta noche del puente, ¿le importaría a alguien?

El padre Muldowney, mi sacerdote, dice que la vida es un don precioso. Suele citar a un monje del siglo XVI que decía: «A pesar de nuestras debilidades, faltas y pecados, nuestro corazón resplandece con una luz interior. Por eso debemos disfrutar de la vida y vivirla hasta el final». Me pregunto si, cuando escribió esas palabras, el poeta sabía lo que significa perder a todos tus seres queridos.

En realidad no he venido a tirarme. Solo he venido a vislumbrar la muerte, a sentir su fuerza, a saber lo que me espera cuando me llegue el turno. Decido bajarme de la barandilla y volver a casa, pero cuando me doy la vuelta, el acero bajo mis pies se tambalea y pierdo el control. Mis pies resbalan y tropiezo. Intento agarrarme a la barandilla, pero es demasiado tarde. Me desplomo en las nubes mientras el húmedo aire del océano sopla a mi alrededor.

No me da miedo la muerte... hasta que mi padre empieza a llamarme desde el puente.

—Katie, ¿dónde estás?

Grito mientras desciendo, pero el aire engulle mi voz. Grito más fuerte, pero el sonido se hunde conmigo.

—¿Katie?

Cuando encuentren mi cuerpo, pensará que me he tirado. ¡No quiero que piense que me he tirado!

Deseo vivir más que nada en el mundo. Deseo volver con mi padre, decirle lo importante que es para mí, hacerle saber que le quiero. Pero es inútil.

Después de chocar con la superficie, me hundiré en la oscuridad de la bahía. Si quiero sobrevivir, tendré que respirar hondo antes del impacto. Trato de inspirar una bocanada de aire, pero mi pecho se tensa y mis pulmones no responden. Lucho, me retuerzo. Sigo cayendo en picado, desesperada por un último aliento que nunca llega.

Siempre pasa lo mismo cuando me despierto. Las sábanas están mojadas; tiritó, y mi pecho se agita mientras respiro con dificultad. Es una terrible pesadilla, y aun así, cada vez que me despierto y el sueño se termina, me desespero.

Porque en el sueño... mi padre aún está vivo.

• • •

Me llamo Katherine Anne Connelly, aunque la mayoría de la gente me llama Katie. Trabajo en el departamento de Historia de la Universidad de San Francisco como asistente de investigación. Es un trabajo solitario, pero a mí me gusta.

En realidad, debería ser yo la que dirige los proyectos de investigación. Tengo veintiséis años, dos carreras y la pasada primavera terminé un doctorado. Mi intención no era convertirme en una estudiante profesional. Pero he estado un poco perdida desde que murió mi padre (en abril hizo dos años).

Mi jefe, el profesor James Winston II, me acaba de encargarme un proyecto de investigación. El profesor es un buen amigo, una especie de segundo padre, y estoy segura de que piensa que este proyecto me ayudará desde el punto de vista terapéutico. Tiene buena intención, pero debería limitarse a su especialidad: la historia.

Al parecer, la Sociedad Conmemorativa del Golden Gate ha encargado a la universidad que prepare un boletín de información para el sistema educativo estatal. La contribución de nuestro departamento será un folleto titulado: «Nuestro patrimonio: una historia del Golden Gate».

Me preocupa este encargo en particular por mi padre y por los recuerdos que puede sacar a relucir. Veréis, mi padre trabajó veintinueve años de su vida en el Golden Gate. El profesor Winston dice que por eso soy perfecta para el encargo, porque lo sé todo sobre el puente. Por supuesto, también dice que debería salir más y conocer a un buen chico.

El profesor dice muchas tonterías.

Hablando de tonterías, ¿sabéis que hablo con él? Me refiero a mi padre. Mantengo conversaciones con él como si estuviera vivo. A veces, incluso tengo la impresión de que está cerca. Otras, cuando me sorprende a mí misma hablando con un muerto, pienso que tal vez me estoy volviendo loca y hago un esfuerzo para volver a la realidad. Han pasado casi dos años, y sé que ya es hora de superar su pérdida; ya es hora de seguir con mi vida. Incluso he pensado en trasladarme, en escapar del puente, de la

universidad, de San Francisco y de sus recuerdos. Pero cada vez que me armo de valor para irme, me pregunto si es eso lo que quiero.

No salgo con muchos chicos; no suelen pedírmelo. Seguro que es por mi culpa, aunque no me malinterpretéis: cuido mi aspecto, vigilo lo que como y estoy en forma. A los hombres parece gustarles mi esbelta figura y mis facciones pequeñas. Pero no soy una compañía agradable; no porque sea maleducada, sino porque soy un poco triste.

Bueno, dejemos de hablar de mis virtudes y volvamos al asunto que nos ocupa... Tengo hasta las tres para hablar con el profesor antes de que le encargue el proyecto a otra persona. Mientras echo un vistazo a las notas y los objetivos, me doy cuenta de que soy perfecta para este trabajo. He pasado toda mi infancia en el Golden Gate. Las historias de mi padre sobre el puente se me quedaron grabadas desde que era niña. Os he dicho que mi padre trabajaba en el Golden Gate, pero eso no es todo: mi padre amaba el Golden Gate.

Y no solo eso, sino que fue allí donde murió.

Capítulo 2

Jamesburg, Nueva Jersey

Megan Riley —pelo empapado, toalla colgando— entró en la cocina atraída por la alarma antiincendios. Sus ojos recorrieron la habitación. No había fuego a la vista. Tampoco había marido a la vista. Solo estaba Angel, su hija pequeña, una niña delgadita que acababa de cumplir cinco años. Angel estaba tan tranquila delante de la tostadora, admirando el humo que ascendía del aparato, como el vapor de los géiseres que habían visitado el verano anterior en Yellowstone, solo que esta vez era sucio y oscuro.

—¡Angel! ¿Dónde está papá? —gritó Megan, corriendo hacia el enchufe.

No hizo falta. El aparato saltó, puede que en señal de rendición, para ofrecer su chamuscado contenido.

—No lo sé, mamá —repuso Angel, encogiéndose de hombros con aire inocente—, pero esta tostada está lista.

Aunque la tostadora se hubiera rendido, el detector de humos no había hecho más que empezar.

Megan colocó una silla debajo, se balanceó sobre ella como una equilibrista y agitó una mano en el aire. El ruido no solo se limitó a ignorarla: las válvulas dibujadas en el rostro del malvado detector parecieron esbozar una sonrisa.

Brad, que tenía dieciséis años recién cumplidos y el pelo oscuro como su padre, se quedó paralizado en el umbral de la puerta. Su madre, con el pelo goteando, de puntillas y envuelta en una ligera toalla, sacudía la mano con ansiedad hacia el techo.

—Esto no es algo que se vea todos los días —dijo a su hermana con tono inexpresivo.

Megan lo ignoró y estiró el dedo de la mano que tenía libre hacia el único botón de aquel ruidoso aparato que silenciaría el estruendo de una vez por todas. Ya buscaría a Dave más tarde.

Solo un poco más y... la silla se tambaleó hacia atrás.

Megan gritó.

• • •

El cubo de la cocina estaba lleno a rebosar —otra vez—. Sacarlo al garaje *antes* de que Megan se lo pidiera era lo menos que podía hacer. El pan de las tostadas estaba medio congelado, el resto de los niños aún seguía durmiendo, y además tardaría menos de dos minutos en volver.

En el garaje, Dave estiró el brazo para abrir el contenedor y tiró la basura, con cuidado de no mancharse la camisa planchada y la corbata de seda. Luego dejó caer la tapa, rodeó su coche y se detuvo en la puerta. Era un coche precioso, un BMW 650i coupé, comprado hacía solo siete meses. ¿Caro? Por supuesto, pero era un sueño hecho realidad. Su primer coche deportivo. Al principio se sentía un poco avergonzado. Acercarse a los cuarenta y comprarse un coche deportivo rojo era todo un cliché. Últimamente, no podía importarle menos.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un sonido que procedía de la cocina. ¿Qué era eso? ¿*La alarma antiincendios?*

Después de entrar por la puerta, sus ojos tardaron unos segundos en abrirse de par en par y su entrecejo en arrugarse. La luz que iluminaba la cocina ya había viajado por su nervio óptico para enviar la escena a su cabeza, pero su cerebro no terminaba de entenderla. En la cocina había humo, un olor a pan quemado y una alarma ensordecedora. Todo eso tenía sentido. ¿Pero qué hacía Megan sentada en el suelo, abrazándose las rodillas y tratando desesperadamente de taparse con una toalla?

Brad fue el primero en hablar.

—Papá, yo...

Tuvo que levantar la voz para hacerse escuchar por encima del ruido, pero entonces la alarma, tal vez aburrida, dejó de sonar.

—Papá —repitió Brad, aprovechando el momento—, creo que tu tostada está lista.

Los ojos de Dave seguían buscando respuestas. Se acercó a Megan para ayudarla a levantarse, pero ella se negaba a darle la mano. En vez de eso, Dave se dirigió a su hija pequeña.

—Angel, ¡te dije que vigilaras la tostadora! —la regañó.

—¡Lo hice, papá! ¡La estuve vigilando todo el rato! —repuso su hija, con voz fina pero firme.

En la cocina se hizo el silencio, un silencio extraño, como si estuvieran en un funeral. Entonces Megan, que seguía aferrada a su toalla, se echó a reír de manera incontrolable.

Se habían propuesto desayunar en familia, pero con todos yendo en direcciones distintas, el plan no estaba funcionando. Tampoco lograban coincidir a la hora de cenar. Las clases de béisbol, piano y danza reclamaban la atención de toda la familia.

Mientras Megan terminaba de arreglarse, Dave consultó su reloj y removió una sartén de huevos revueltos.

Brittany, su hija mediana, entró en la cocina. Parecía completamente ajena al desastre de esa mañana, aunque Brad solía decir que su hermana vivía ajena a *todo* lo que no fueran los chicos.

Dave sirvió los huevos en el plato de Brittany mientras ella se sentaba en su silla. Era una niña que nunca tenía prisa, a pesar de que siempre llegaba tarde. Al fin y al cabo, solo era el colegio. Tenía todo el día.

Brittany se apartó su largo pelo castaño, del mismo color que su madre, en un gesto que le recordó a Megan y al hecho de que su hija se estaba haciendo mayor.

—¿Te ha contado mamá qué chico me gusta? —preguntó la niña.

—No. ¿Debería?

—Le dije que no lo hiciera.

—Bueno, ¿y *quién* te gusta? —preguntó Dave, cayendo en la trampa.

—¿Prometes que no se lo contarás a nadie?

Dave intentó pensar en alguien que quisiera saberlo, pero no lo consiguió.

—Te lo prometo.

—Jason Wilson. ¡Es guapísimo!

—¿No eres muy pequeña para eso?

—Papá, el año que viene cumplo trece.

Dave abrió la boca, pero decidió que su mejor aliado era el silencio.

Brad se levantó a toda prisa.

—¡Me voy!

Antes de marcharse se agachó para mirar a su padre a los ojos.

—¡Papá, escucha! ¡No olvides que esta tarde tenemos partido! A las seis en el campo.

—La última vez no lo olvidé —protestó Dave—. Solo llegué un poco tarde.

Brad lo ignoró y se puso a gritar hacia las escaleras:

—¡Mamá! ¡Ven a recogerme a las tres!

La voz de Megan resonó desde una esquina distante de la casa.

—¿Lo llevas todo?

—Sí. ¡Intenta no llegar tarde!

Brad cogió su guante de béisbol, su mochila y las tres tostadas que quedaban y, como un adolescente que llega tarde a una fiesta, se marchó.

El móvil de Dave emitió un pitido. También él llegaría tarde si no se daba prisa. Entonces, como si le hubiera leído la mente, Megan entró en la cocina, vestida y con su uniforme de entrenador bajo el brazo. Lo dobló, se lo metió en el maletín y lo cerró.

—Tengo que irme —anunció Dave mientras cogía la chaqueta del traje.

—Ya lo sé, cariño. ¿Nos vemos en el partido? —Era un recordatorio, no una pregunta—. Podríamos comprar pizza de camino a casa, si te parece bien.

Se agachó para besarle ligeramente en los labios, pero él le devolvió el beso sin mucho entusiasmo. Dave se aclaró la garganta. Daba la impresión de que quería decir algo.

Megan se quedó esperando, pero él guardó silencio.

—Te quiero —dijo ella, señalando su reloj.

—Sí, lo sé. Yo también te quiero.

Dave tomó aire, se obligó a darse la vuelta y corrió de nuevo al garaje.

• • •

El coche transmitía elegancia, poder y sofisticación. Dave dejó que el cuero le rodeara, le rescatara, le susurrara palabras de consuelo. Ir conduciendo al trabajo era uno de los pocos momentos de cordura del día. Miró el reloj del coche sin decidir si debía reducir la velocidad y saborear el momento o apretar el acelerador hasta el fondo. Se decidió por lo segundo.

Echó un vistazo por el espejo retrovisor y despegó ligeramente el pie del pedal. Si conducía lo bastante deprisa, puede que la ansiedad no consiguiera alcanzarle. *Tal vez no debería parar*, pensó. *Echaría de menos a mi mujer y a mis hijos, pero al menos tendría mi coche*. La broma le hizo sonreír.

Megan, por el contrario, era una firme defensora de las furgonetas, una de esas madres en extinción que se negaron a entrar en la edad moderna cambiándose a un todoterreno. Aunque admiraba su actitud rebelde, Dave no terminaba de entender sus argumentos. La furgoneta parecía gustarle de verdad. «Es muy práctica, y me encanta el color», solía decir.

Dave tomó la autopista principal de Nueva Jersey.

Megan no era mucho más joven que él. Solo tres años y un mes. ¿Cómo podía ser tan feliz cuando la vida se había vuelto tan ajetreada, tan frenética? Además, las crecientes exigencias en el trabajo no hacían más que empeorar las cosas.

Dave era el padre, el responsable. Entonces... ¿por qué se sentía como si fuera el capitán del Titanic? La vida transcurría demasiado deprisa. Apenas tenía tiempo para

respirar. Algunos días estaban bien, pero otros sentía como si alguien le estuviera arrebatando las ganas de vivir.

¿Cómo podía explicárselo a Meg? Lo más seguro es que dijera: *La vida es corta. Aprovéchala*. Pero ella seguía estando fabulosa. Era él quien estaba envejeciendo.

Diez minutos más y estaría en el aparcamiento donde dejaba el coche para tomar el tren a Manhattan: él y un millón de clones más. En ocasiones se aventuraba en el tráfico de la ciudad e iba en coche todo el trayecto. Pensó en hacerlo hoy, pero encontrar sitio en el aparcamiento de la empresa a esas horas era imposible.

El viaje en tren era la parte del trayecto que más temía. Pero se había vuelto necesario desde que la empresa se trasladó a Manhattan el otoño pasado. Otra complicación más que añadir a su vida. Dave encendió el equipo de música y seleccionó su lista favorita de canciones: Billy Joel.

Irónicamente, la canción que sonó primero fue *Corriendo sobre el hielo*.

Siempre había un nuevo cliente en el trabajo, más actividades de los niños... se pasaba la vida corriendo de un lado para otro. ¿Y qué había ganado con eso? Más canas. Necesitaba parar un poco, ¿pero cómo?

A veces, cuando estaba solo en el coche, Dave cantaba las letras en voz alta. Hoy, no. Hoy se limitó a subir el volumen.

—¿De verdad? —murmuró, mientras entraba en el aparcamiento—. ¿De verdad voy a cumplir cuarenta años?

Capítulo 3

—Buenos días, señor Riley.

Dave saludó a la recepcionista con un asentimiento. Era nueva y no lograba recordar su nombre.

Por suerte, cuando llegó a su despacho, su secretaria personal no estaba en su mesa. Eso significaba que podía pasar desapercibido y tener unos minutos libres para respirar. La soledad del despacho, sin embargo, era una tregua y a la vez un castigo. Cada momento de contemplación que pasaba inmóvil en su silla era una oportunidad perdida para adelantar trabajo. Acababa de llegar y ya se sentía culpable.

Apartó la vista de la ventana y miró un folleto corporativo que había encima de la mesa.

Strategy Data International era más pequeña de lo que sugería su nombre, una empresa más bien del montón si uno analizaba sus beneficios. Sin embargo, la compañía tenía cierto prestigio y era dinámica, y se decía que, en el marketing estratégico, era una empresa a tener en cuenta. Su recién elegida presidenta, Ellen Brewer, había ocupado el puesto de su padre hacía dos años. Aunque los hijos de muchos empresarios no tardan en llevar a sus empresas a la ruina, Ellen resultó ser una excepción. Con su conservador padre retirado, su única hija estaba situando la empresa camino del crecimiento. Aunque al principio había recibido críticas por autoritaria e inexperta, su dirección estaba resultando brillante.

Dave nunca había tenido ninguna duda al respecto. Conocía a esta mujer lo suficiente para estar seguro de una cosa: Ellen Brewer no tardaría en conquistar su cuota de mercado.

Durante cincuenta y cinco años, la empresa tuvo sus oficinas en New Brunswick, tan solo a veinticinco minutos de la casa de Dave en Jamesburg. La primera decisión de Ellen como directora fue trasladar la sede a Manhattan, cerca de sus clientes importantes y con mejor acceso a Washington. A los pocos meses del traslado, los beneficios de la compañía se incrementaron un treinta por ciento.

Aunque fue bueno para la empresa, el cambio complicó la vida a Dave. Megan y él hablaron de trasladarse más cerca de Nueva York, pero con los niños ya acostumbrados al colegio, los deportes y otras actividades, eso complicaba las cosas. Los traslados son muy duros para las familias, sobre todo para los adolescentes, y aunque Megan pensaba que los chicos acabarían adaptándose, a Dave no le parecía justo. Toda la situación era una paradoja: la ansiedad de trasladarse podía provocar un conflicto emocional, pero el estrés que suponía quedarse estaba provocando lo mismo.

La puerta se abrió y entró en el despacho Gloria, su secretaria.

—¡Ya ha llegado! No le había visto entrar.

Aún no estaba preparado para enfrentarse al día, pero, como no tenía otra opción, Dave forzó una sonrisa y se levantó. Su secretaria no perdió el tiempo.

—Su cita de las diez ha llamado para retrasar la reunión a las once. Espero que le dé tiempo, porque la comida de las doce será en Lighthouse, calle 37, en vez de en Pompanos. La señora Brewer dice que tal vez coma con ustedes. Se lo hará saber dentro de una hora. Y su cita de las tres con el nuevo cliente... mmm... el Centro Nacional de Fitness... se ha trasladado a las cuatro.

—¿A las cuatro? —protestó Dave—. Hoy tengo partido. Si llego tarde, los chicos me matarán.

—¿Quiere que cancele la cita?

—Ya la he cancelado dos veces. Asistiré, pero será mejor que esté preparada. Puede que necesite su ayuda.

Su secretaria puso los ojos en blanco. Detestaba los trucos de Dave para poner fin a las reuniones interminables. Gloria acababa de salir del despacho cuando entró Brock Pelino.

Desde que se incorporó a la empresa hacía cinco años, Brock se había convertido en su mejor amigo. Ellen solía encargarles los clientes importantes, y hasta ahora había dado resultado. Los dos trabajaban bien juntos, se reían de los mismos chistes y compartían la misma afición por el béisbol y los coches deportivos. Se parecían en muchas cosas, pero también eran muy distintos. Brock era algo mayor, a los cuarenta y cinco años estaba divorciado, no tenía hijos y, aunque empatizaba con los esfuerzos de Dave para sacar adelante a su familia, parecía felizmente casado con su trabajo.

Su amistad era insólita en muchos aspectos: uno soltero, despreocupado y con apenas responsabilidades fuera del trabajo; el otro sumido en sus labores de empleado, entrenador, esposo y padre, sin tiempo suficiente para destacar en ninguna de ellas. Tal vez su amistad funcionara porque cada uno envidiaba lo que tenía el otro.

—¿Te has enterado de las últimas noticias? —preguntó Brock nada más cerrar la puerta. Le encantaban los rumores de la empresa; vivía para eso.

—¿Estás saliendo con la nueva contable? —bromeó Dave.

—No. Hemos conseguido el contrato con Yorkshire.

Dave suspiró, dejando escapar un matiz de angustia.

—*Estupendo.*

Era la respuesta adecuada, pero pronunciada en el tono inadecuado.

—¿Qué te pasa? Pensé que te alegrarías. Nuestras acciones van a valer un dineral.

—Sí, si es que antes no me da un ataque.

—¿Por qué estás tan nervioso? Necesitas unas vacaciones —añadió Brock.

—Y que lo digas.

Se escucharon dos golpecitos en la puerta antes de que entrara Gloria.

—Su cita de las nueve le está esperando. Ya tengo los números preparados.

Gloria le entregó una carpeta. Dave echó un vistazo a su reloj: las nueve y cinco.

—Gracias. Acompáñelos a la sala de conferencias. Ahora mismo voy.

—Ya están allí esperándole.

Dave enderezó los hombros. El disparo había sonado y empezaba la carrera diaria.

Antes de salir se volvió hacia Brock.

—¿Te apetece continuar con la conversación a la hora de comer? Tengo una cita a las doce con unos clientes en el restaurante Lighthouse. Y ya sabes que la camarera está loca por ti —dijo, tratando de añadir un toque desenfadado.

Al ver que Brock dudaba, decidió echar el anzuelo.

—Ellen también se pasará.

—Me encantaría, pero...

Al ver que Brock no picaba, ni siquiera sabiendo que su jefa iba a asistir, Dave arqueó las cejas. Su explicación, sin embargo, era muy sencilla.

—He quedado a comer con Jeanine.

—¡Una mujer! Eso lo explica todo, claro.

Aunque el nombre le resultaba familiar, no conseguía visualizar su cara. Dave se volvió hacia Brock en busca de ayuda.

—¿Jeanine?

Brock se dirigió a la puerta. Antes de cerrarla, dejó escapar una ligera sonrisa.

—Es la nueva contable.

• • •

Dave miró el reloj de la pared, esperando que hiciera algo para interrumpir la situación. Desgraciadamente, el reloj se limitó a emitir un reflejo mientras el señor Sorensen, más conocido como el Rey del Fitness, seguía hablando sobre la despiadada competencia, el coste de la mano de obra y cómo las leyes del gobierno estaban acabando con el negocio en sus catorce sedes. A Dave no podía importarle menos. Los

puntos más importantes de la conversación los habían cubierto en los primeros diez minutos. Ahora, la diatriba personal de Sorensen no solo le estaba haciendo perder el tiempo: le estaba aburriendo mortalmente.

Dave se había levantado dos veces para indicar que el encuentro había llegado a su fin. Y las dos veces Sorensen se incorporó, y apenas había tomado aire cuando volvió a sentarse.

Cinco minutos antes de la hora, Gloria abrió la puerta. Era una mujer que odiaba mentir, por eso había esperado hasta el último minuto. No podía llegar en mejor momento.

—Siento interrumpirle, señor Riley, pero el senador desea hablar con usted. ¿Quiere que le pase la llamada?

Dave se mordió los labios para reprimir una sonrisa, sabiendo que su mensaje estaba lejos de ser verdad. El año anterior, la empresa había contratado a un camionero jubilado llamado Axel Senador para encargarse del correo.

—¿Quiere que le diga que está con un cliente? —preguntó Gloria.

Dave se metió en el papel y miró al señor Sorensen.

—Perdone, pero será mejor que acepte la llamada —dijo, mientras apretaba el botón parpadeante del teléfono.

—Buenas tardes, Senador —empezó a decir.

—Hola, señor Riley. Gloria me dijo que quería hablar conmigo.

Dave apretó el auricular a la oreja. Estaba claro que Axel no estaba al corriente.

—Estoy bien —dijo.

—Yo también. ¿Hay algún problema?

—¿Qué puedo hacer por usted? —respondió Dave, ignorando por completo la pregunta de Axel.

—¿Cómo dice?

Dave no dejó que la confusión del hombre le detuviera.

—Me alegra saber que sus votantes están satisfechos. Es increíble lo que se aprende con los estudios de mercado, ¿verdad?

Dave se volvió a tiempo para mirar la expresión de Sorensen: ojos abiertos de par en par, cejas arqueadas y boca abierta en un gesto de sorpresa infantil.

Axel parecía igual de asombrado, o tal vez confundido.

—No sé de qué me habla, señor Riley. ¡Soy Axel, el del correo!

—¿Quiere que nos veamos?

—¿Está sordo o qué? ¡Soy Axel!

Dave dejó pasar unos segundos.

—Estoy con un cliente, pero sí, puedo salir ahora mismo —miró a Sorensen y se encogió de hombros en señal de disculpa—. Por supuesto, senador, ahora mismo voy. Sí,

tengo la dirección en el móvil. Adiós.

—¿Pero qué...?

Clic. Dave colgó el auricular para cortar a Axel en mitad de la frase y se levantó. No tenía tiempo que perder.

—¿Era *nuestro* senador? —preguntó Sorensen, estupefacto.

—A mí me gusta pensar que es el senador de *todos*. Al menos así es como le tratamos aquí.

Dave cogió su maletín y su chaqueta y abrió la puerta del despacho.

—Es un hombre encantador... Debería conocerle algún día.

Gloria ya había abierto el ascensor y le ayudó a conducir a Sorensen a la puerta. El hombre no se dejó desanimar por la brusca despedida, y siguió hablando mientras las puertas se cerraban.

—Llámeme la semana que viene cuando tenga listo el estudio. *Podríamos comer juntos.*

Aunque Dave solía recorrer a pie las doce manzanas que le separaban de la estación, ese día paró un taxi. No tenía tiempo para cambiarse, así que, mientras el taxista se alejaba de la acera, abrió el maletín y sacó el uniforme y las zapatillas de entrenador. Es posible que el conductor le viera cambiarse, pero en cualquier caso no dijo nada. Seguramente había visto cosas peores.

Cuando se estaba poniendo la última zapatilla, su dedo gordo se topó con algo crujiente. Antes de sacar el papel arrugado y estirarlo, ya sabía lo que era. *Solo una notita rápida para decirte que te quiero. Nos vemos en el partido.*

Notitas de amor. Megan había empezado a escribirlas hacía meses, para mantener viva la *pasión*. De vez en cuando aparecían en lugares inesperados, y aunque no llevaba la cuenta, últimamente parecían cada vez más frecuentes. Esperaba que la costumbre siguiera su curso y muriera por sí sola, pero no había sido así.

Dave había intentado corresponder escribiendo mensajes de respuesta, pero se sentía un impostor, un mentiroso. Enviar flores fue el siguiente intento, pero con tanto trabajo solía olvidarlo. Brock le sugirió que Gloria hiciera envíos de rosas a principios de mes, como hacía él con dos de sus novias, pero a Dave, los «regalos de amor» programados le parecían tan artificiales que pensaba que podían resultar contraproducentes. Al final no hacía nada, lo cual solo le hacía sentir inútil y culpable.

Cuando el taxi se detuvo en la estación, Dave se metió la notita en el bolsillo, abrió la cartera para pagar el viaje y salió del coche. Corrió a toda velocidad para alcanzar el tren, abriéndose camino entre la gente con el traje doblado bajo el brazo y el maletín en la otra mano.

El tren, que no parecía dispuesto a cooperar, avanzaba con una lentitud pasmosa, y cuando Dave llegó al aparcamiento de Nueva Jersey, ya iba con media hora de retraso.

Había otros dos entrenadores que le ayudaban, pero ninguno estaba en la ciudad para asistir al partido de esa tarde. Dave les había dicho que él se encargaría, que *no había ningún problema*. Al fin y al cabo él era el que estaba a cargo de la situación. Y ni siquiera estaba allí.

Se metió en el coche, rezó para que la policía hiciera la vista gorda y pisó el acelerador. Todavía quedaban veinte minutos para llegar al campo.

Después de frenar, salió del coche y echó a correr hacia el banquillo de su equipo. Los chicos ya estaban preparados para batear. Jimmy Cordell estaba en la caja, lo que significaba que ya habían salido la mitad de los bateadores. Dave divisó a Megan en la distancia, con una carpeta en la mano. Ella le miró mientras se acercaba y le saludó con un asentimiento. Angel estaba amontonando pelotas de béisbol en un extremo del banquillo.

—Estamos ganando tres a uno —dijo con satisfacción—. Christian está en la tercera base y Jimmy, bateando.

Megan se acercó al campo y gritó al equipo:

—¡Tranquilos, el entrenador ya está aquí!

Dave ignoró las miradas de desaprobación de los padres para concentrarse en el orden de bateo que figuraba en la hoja de anotaciones. Aquello no tenía ningún sentido.

—¿Has puesto a Woody después de Christian?

—Sí. Los he colocado por orden alfabético. Así es más fácil.

—Pero...

Dave no sabía qué decir.

—No te preocupes, cariño —dijo ella al notar su confusión—. Ya sé que Woody es bajito, pero...

Plaf.

Los dos se dieron la vuelta y vieron que la pelota pasaba por encima de la cabeza del campocorto y caía a cierta distancia del jardinero izquierdo. Woody alcanzó la primera base mientras Christian se deslizaba al *home* para anotar otra carrera.

Megan estaba radiante de alegría.

—Así que por orden alfabético... —murmuró Dave para sus adentros—. ¿Quién lo iba a decir?

El siguiente era Brad. Miró a su padre y asintió con confianza.

Dave empezó a hablarle desde el banquillo.

—Sube el codo, Brad. Vigila a jugador de la segunda base. ¿Ves su posición? El codo, Brad. Sube el codo y sigue la pelota con el bate.

El primer lanzamiento era muy alto y salió fuera. *Bola uno*. Brad se mantuvo en la misma posición mientras Dave le animaba desde el banquillo.

—No pierdas de vista la pelota, Brad. Espera a que llegue tu oportunidad.

El segundo lanzamiento era demasiado bajo. Brad lo dejó pasar.

—Esta no —dijo en voz alta.

Bola dos.

El siguiente lanzamiento también era débil, muy por debajo de la zona de *strike*. Dave se quedó con la boca abierta al ver que su hijo golpeaba la pelota. El lanzamiento era bajo, es cierto, pero no demasiado bajo para Brad. El chico conectó con firmeza y envió la pelota por encima de la tercera base, hacia el jardín izquierdo. El jardinero echó a correr a toda velocidad y, al ver que estaba cerca, se lanzó en plancha y extendió el guante. Era una jugada decisiva para ambos equipos.

Brad ganó.

El cuero tocó la pelota, pero no lo suficiente para detener su trayectoria. La pelota salió del guante y rodó hacia la valla. El jardinero se levantó, pero cuando quiso localizar la pelota ya era demasiado tarde. El corredor de la primera base tocó el *home* mientras Brad se deslizaba a la tercera.

Al final del partido, iban siete carreras por delante: su mejor resultado hasta la fecha. Los votos fueron unánimes: Brad y Megan se quedaron con la pelota.

Después de recoger la equipación, Dave, Megan y sus hijos se dirigieron al aparcamiento.

—¿Puedes llevar a Angel? —preguntó Megan—. Brad se viene conmigo. Recogeremos a Brittany y compraremos la pizza por el camino. Nos vemos en casa.

—Claro. Vamos, renacuajo.

Dave metió los uniformes en el coche mientras Megan trasladaba la sillita de Angel. Cuando estaba ayudando a su hija a ponerse el cinturón, Megan se alejó con la furgoneta, pero regresó al poco tiempo. *Se le habrá olvidado algo*. Dave esperó a que su mujer redujera la velocidad y frenara el coche, pero no lo hizo. Fue entonces cuando vio a Brad detrás del volante. Al pasar, Megan mostró el carnet de conducir de Brad desde el asiento del copiloto para que Dave pudiera verlo.

Dave se quedó mudo. Con las prisas, había olvidado por completo que hoy era un día importante para su hijo. Solo Angel habló:

—Papá, Brad está conduciendo. Creo que deberías llamar a la policía.

Capítulo 4

A las nueve y media Angel estaba arropada en su cama, mucho más tarde de su hora habitual. Transcurrió otra media hora antes de que dejara de hablar y se durmiera. Dave esperó a Megan en el *jacuzzi* del patio, uno de los pocos lugares donde podían hablar sin ser interrumpidos.

Dave estudió sus rasgos mientras Megan se sumergía en las burbujas y cerraba los ojos: el pelo enroscado alrededor de los hombros, las finas cejas guardando el equilibrio sobre su nariz pecosa, los labios curvados en las comisuras como si siempre estuviera sonriendo. Hasta los niños solían bromear diciendo que, cuando mamá estaba enfadada, seguía siendo feliz.

Si le hubieran preguntado por su aspecto, Megan habría sido la primera en señalar las arrugas que asomaban alrededor de sus ojos. Dave habría dicho que solo añadían un toque de experiencia y sabiduría a su belleza.

—¿Qué pasa? —preguntó Megan al fin, sintiéndose observada.

—Nada. Estaba pensando.

Efectivamente, así era. En la húmeda soledad del *jacuzzi*, sus pensamientos le llevaron a la primera vez que se conocieron, hacía dieciocho años. *Psicología I*. Dave estaba rellenando los créditos de libre elección que necesitaba para licenciarse; Megan estaba a punto de empezar sus estudios en Bellas Artes.

Su primera tarea consistió en llevar una foto de algo que les diera miedo. Por casualidades del destino ese día se sentaban juntos, y mientras Megan colocaba su foto encima de la mesa, una que le habían hecho de adolescente en la montaña rusa, Dave se inclinó hacia delante y cogió la curiosa foto. Le había llamado la atención porque, sentado justo detrás de la hermosa adolescente con los ojos abiertos de par en par que gritaba a pleno pulmón, estaba Dave. A pesar del parecido, al principio Megan no podía creer que fuera él, hasta que Dave recitó el mes y el año en que se había hecho la foto.

Pero esa no era la única coincidencia. Al parecer, sus familias vivían a apenas dos manzanas de distancia, sus padres pertenecían a la misma asociación benéfica y, a pesar

de que les habían ofrecido varias becas, los dos habían elegido la misma universidad.

Salieron juntos cuatro meses antes de que Dave le propusiera matrimonio, y apenas tres meses después empezó su vida conyugal. Fueron días de despreocupación, nada que ver con las prisas de ahora.

—¿No crees que estamos demasiado ocupados? —preguntó Dave al fin, dejando que su angustia se mezclara con el vapor.

Megan abrió los ojos. Luego intentó disipar sus preocupaciones con su arma favorita: el humor.

—Sabes que no tenemos tiempo para preocuparnos de esas cosas.

—Lo digo en serio.

Megan consideró su pregunta con seriedad y tardó un rato en responder.

—Sí, es cierto. Pero es por propia elección, ¿no?

—¿Pero es la elección correcta?

—¿A qué renunciarías? —inquirió Megan—. ¿A las clases de béisbol? ¿A la danza? ¿Al piano? O mejor, ¿a cuál de nuestros hijos venderías?

—No estoy seguro —contestó Dave sin un atisbo de sonrisa, antes de aclarar—: Me refiero a las actividades, no a los niños.

—Para haber ganado el partido, pareces un poco triste. ¿Qué te pasa?

Dave bajó la voz. Sus palabras se mezclaron libremente con el sonido de las inquietas burbujas.

—¿Nunca has sentido que estabas tan ocupada que estabas dejando escapar tus sueños?

—¿A qué te refieres?

—¿Has pintado algo hoy, por ejemplo?

—Le he pintado las uñas a Angel. ¿Eso cuenta?

—Lo digo en serio.

—Ya lo veo. Hoy me tocaba ayudar en el colegio, ya lo sabes.

—¿Lo ves? Necesitamos más tiempo...

Megan estaba relajada. Dave se estaba asfixiando.

—Cariño —le interrumpió ella—, sabes que me encanta el arte, pero, sinceramente, puedo pintar en cualquier momento. Ver crecer a mis hijos, estar a su lado, compartir mi vida contigo... ese es mi sueño.

Sus palabras transmitían convicción, pero Dave la miró como si no terminara de creerla.

—En serio, ¿qué te pasa? —insistió Megan.

—Nada, es solo que...

El aire nocturno parecía apretarle la garganta, robar sus palabras y encadenar sus pensamientos. Se sentía tan nervioso, tan incapaz de explicarse.

—No lo sé, es como... como si estuviera andando por la cuerda floja. Mis piernas se mueven, pero no logro llegar a ninguna parte. Me siento como si estuviera dentro de una pesadilla: corro para coger un tren, el último tren del día, y no dejo de correr y estirar los brazos, hasta que me quedo sin aliento y me duelen las piernas... pero nunca consigo alcanzarlo.

Megan le salpicó en la cara. Le brillaban los ojos, como si se le hubiera ocurrido una idea de repente.

—Espera. Es por tu cumpleaños, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Vas a cumplir cuarenta. ¡Por eso estás tan preocupado! Cariño, todavía quedan tres semanas, y soy yo la que tiene arrugas. Tenemos una vida maravillosa. ¿No crees que deberíamos disfrutarla?

Su cerebro sabía que tenía razón. No podía negarlo. Si al menos consiguiera librarse de aquella sensación de angustia que le oprimía el pecho.

—Tal vez sea la rutina lo que está acabando conmigo.

Megan buscó sus manos y le miró a los ojos.

—La vida es maravillosa —repitió—. Confía un poco en ti, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo, antes de titubear—. Es solo que a veces... siento como si me estuviera perdiendo algo, eso es todo.

—¿Como qué?

¿Cómo podía explicárselo si ni siquiera él lograba entenderlo? Tenía un buen trabajo, una mujer increíble y unos hijos estupendos. ¿A qué venía aquella inquietud? Su respuesta, aprendida de Megan, consistió en quitar hierro al asunto. El humor al rescate: si no consigues enfrentarte a la verdad, búrlate de ella.

—¿Prometes no reírte? —preguntó a su mujer.

—No prometo nada. Cuéntamelo.

—Siempre he querido comprarme una moto y recorrer el país.

Megan soltó una carcajada.

—¿Una moto? ¿Tipo Harley?

—¿Por qué no?

—¿En traje y corbata?

—Por supuesto que no. Me compraría una cazadora de cuero negro, de esas que tienen almohadillas en los codos y cremalleras en los bolsillos.

—¿Te dejarías crecer una coleta? ¿Solo para mí?

—Claro, y tal vez una barba. Recorrería el país hasta... no sé, hasta el Golden Gate. Ahí terminaría el trayecto. ¿Sabías que mi abuelo ayudó a construir ese puente? Papá decía que le encantaba. Creía que era un puente mágico.

—Sí, te lo oí mencionar una vez. ¿Así que hasta el Golden Gate?

—No solo eso. Lo *cruzaría* hasta el final.

—¿De veras?

—Sí. Sería el Cuatro de Julio. El sol brillaría y el cielo estaría azul y despejado. Una ligera brisa soplaría sobre el océano, despeinando mi cabello.

—Querrás decir tu coleta —le corrigió Megan, tratando de arrancarle una sonrisa.

Dave asintió.

—La gente se quedaría mirando. Nadie se atrevería a decirlo en voz alta, pero para sus adentros... para sus adentros todo el mundo diría: *Qué tío más guay*.

Era una escena ficticia y divertida, dibujada a carboncillo en blanco y negro, sin ninguna pretensión de ser tomada en serio. Pero mientras Dave decía las palabras en voz alta, mientras estas se desperezaban, respiraban y ocupaban su propio espacio, la visión en su mente empezó a adquirir vivos colores.

Megan dejó que se recreara en su momento de gloria antes de preguntar lo obvio:

—Tengo una duda, señor Coleta. ¿Qué pasará una vez que cruces el puente?

Absorto en sus fantasías, Dave quiso prolongar aquel momento de felicidad.

—Eso no importa —dijo al fin, con el rostro resplandeciente de satisfacción.

—¿Y por qué no?

—No importa porque, en el momento que cruce el puente, habré experimentado todo lo que la vida puede ofrecerme. Habré hecho realidad mis sueños. Habré llegado a la meta.

Era una imagen perfecta.

—Yo creo que llevas demasiado tiempo en el agua caliente —concluyó Megan, mientras se agarraba a su cintura para incorporarse, besándole ligeramente en el cuello —. Salgamos de aquí y vámonos a la cama, y te daré una verdadera razón para sonreír.

Capítulo 5

Mi padre era soldador en el Golden Gate. A la gente normal no le parece un trabajo interesante. Puede que a nadie le parezca interesante. Es la clase de trabajo del que presumes con tus amigos cuando eres niño, pero que aprendes a ocultar cuando te haces mayor.

Soldador. Suena mejor que mecánico o dependiente. Todo el mundo sabe que no está al mismo nivel que abogado, dentista o cualquier otra profesión. Pero lo que he comprendido desde que murió mi padre es que su trabajo valía más que todas esas profesiones juntas. Veréis, en los años que trabajó en el puente, mi padre no solo educó a una niña pequeña sin ayuda, sino que salvó la vida a veintiocho personas. Formaba parte de un grupo de trabajadores de élite que, además de ocuparse del mantenimiento de una de las construcciones más impresionantes del mundo, estaba entrenado para impedir que la gente se arrojara al océano.

Es una extraña combinación, reunir las características de un fornido soldador con las de un psicólogo compasivo. Los hombres que trabajan en el puente son duros, fuertes. Tienen que serlo para trabajar allí. Pero al mismo tiempo pueden ser sensibles y bondadosos; al menos así era mi padre. Yo creo que por eso era tan bueno en su trabajo, tan capaz de ayudar a la gente que, por alguna razón, había decidido acabar con su vida.

Mucha gente se pregunta por qué son los soldados los que se encargan de disuadir a los suicidas, en vez de los policías o los médicos. La respuesta es muy sencilla: cuando un suicida salta la barandilla y se acerca a una zona peligrosa del puente, los soldados no solo son los primeros en llegar al lugar de los hechos, sino los únicos que se atreven a seguirle.

Es un trabajo voluntario, y recuerdo que hubo un corto período de tiempo que mi padre renunció y se borró de la lista. Fue en mi dieciséis cumpleaños, el mismo día que me llevó a desayunar para celebrarlo porque esa noche había estado trabajando hasta tarde, el mismo día que soplé dieciséis velas clavadas en una tortilla de jamón y queso.

También fue el mismo día que mi padre vio a un hombre saltar desde el puente después de tirar a su hija de dos años. Aquel incidente lo destrozó. Cuando volvió a casa esa noche, estaba llorando. Había decidido que era demasiado estrés para un padre viudo que intentaba educar a una hija adolescente. Al cabo de unas semanas, sin embargo, había cambiado de opinión y estaba de vuelta en el trabajo, tratando de convencer a la gente para que no saltara.

Cuando, más tarde, le pregunté qué le había hecho cambiar de idea, admitió que, aunque el trabajo podía ser terriblemente doloroso, era más difícil no hacerlo que hacerlo.

En otras palabras, mi padre era un hombre muy generoso.

b

El trabajo en la oficina había sido frenético. No era de extrañar. Con Ellen Brewer al mando, las expectativas eran muy altas. La empresa estaba especializada en estudios de mercado y, como todo el mundo, Dave asumía más trabajo del que podía abarcar. Acababa de calcular los resultados de la empresa financiera Lansing cuando Gloria irrumpió en su despacho.

—Señor Riley, le llama un tal Abel Schnabel por la línea tres. Dice que es del gabinete del gobernador.

Solo por un momento, el nombre le extrañó: *¿Abel Schnabel?* A continuación se echó a reír. Él y Brock habían empezado a gastarse bromas el día de los inocentes, poco después de que Brock fuera contratado. A veces, Brock le llamaba por teléfono haciéndose pasar por un empleado de Google y le ofrecía un puesto de trabajo en California. Una semana después, Dave le devolvía la broma enviándole una falsa demanda de paternidad.

Las bromas seguían prolongándose, normalmente no más de una vez al mes, para asegurarse de que la situación no se les fuera de las manos. Como eran bromas inofensivas, Ellen hacía la vista gorda, entendiendo que contribuían a relajar una situación de lo contrario estresante. Brock estaba especializado en hacerse pasar por un inspector de Hacienda, Mark Cuban, e incluso por un hombre que fingía tener una cita con Gloria. Cuando Dave le contó su conversación con Axel, el encargado del correo, a Brock le dio un ataque de risa.

Dave cogió el teléfono, tratando de pensar una respuesta ingeniosa.

—Soy Dave, descubridor profesional de llamadas falsas. ¿Con quién hablo?

Silencio. Después, la voz al otro lado del teléfono dijo:

—Buenos días, soy Abel Schnabel, director del gabinete del gobernador en Florida. Un amigo me recomendó su empresa. Estoy pasando unos días en Nueva York,

asistiendo a un congreso sobre diversidad en el Centro Javits. Me gustaría reunirme con usted para discutir la posibilidad de contratar un estudio de mercado. Queremos conocer la respuesta a una iniciativa sobre derechos sociales que impulsaremos la próxima primavera.

Dave soltó una carcajada al auricular. Brock tendría que pensar algo mejor.

—Así que una conferencia sobre diversidad, ¿eh? —Brock era incansable, pero él podía serlo más—. Pues mire, hablando de diversidad, nos gustaría contratar a alguien que piense que Brock es gracioso.

—Perdone, creo que no le entiendo...

En ese momento, la puerta se abrió y entró Brock. Al ver que Dave estaba al teléfono, se sentó en una silla cercana a esperarle.

Dave dejó de hablar. Su estómago se tensó y su respiración se detuvo. Miró a Brock, luego al teléfono, y luego otra vez a Brock.

—¡Dios mío! —susurró, lo bastante alto para que su amigo pudiera escucharle.

Sorprendido, Brock respondió con un encogimiento de hombros.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?

• • •

Megan salió pronto de la guardería de Angel y se fue al centro comercial. Disponía de cuarenta y cinco minutos antes de regresar a recoger a su hija. En aquel momento, solo tenía una misión: encontrar un regalo para la fiesta sorpresa de Dave.

Le daba pena que Dave se hubiera tomado tan mal su cuarenta cumpleaños. ¿Sería el trayecto diario a la oficina, las presiones del trabajo o una verdadera crisis? *Siempre que no se busque una amante...*, pensó.

El centro comercial estaba sorprendentemente vacío. El lugar más lógico para empezar era la tienda de deportes. A Dave le encantaba la pesca submarina, pero últimamente apenas tenía tiempo para practicarla. Había docenas de aparejos brillantes, anzuelos extraños y equipos completos de submarinismo. ¿Qué podía comprarle? Además, con su falta de tiempo, ¿no sería un motivo más de frustración? Empezó a curiosear en la sección de béisbol. Dave se sentía en su elemento entrenando al equipo de Brad. Megan recorrió el pasillo con los ojos, pero le pareció que su marido tenía de todo.

Nerviosa, salió de la tienda y caminó por el centro comercial hasta llegar a la tienda de ropa masculina, situada en el extremo opuesto. Siempre podía comprarle una camisa y una corbata. A Dave le encantaba ir bien vestido. Pero eso era igual que comprarle ropa interior el día del padre. Iba a ser su cuarenta cumpleaños. Tenía que ser un regalo especial. Algo que le gustara y recordara para siempre.

Megan curioseó algunas perchas y después consultó su reloj. Se había hecho tarde. *Otro día será*, pensó. Cruzó el vestíbulo y estaba a punto de salir por la puerta cuando una mirada a un escaparate hizo que se parara en seco.

Su pulso se aceleró mientras apoyaba las manos en el cristal. ¡Era el regalo perfecto, y no lo adivinaría ni en un millón de años! Entró apresuradamente en la tienda y miró la etiqueta: ¡795 dólares! A Dave le daría un infarto si se enteraba, pero era su cumpleaños. Tenía que arriesgarse. Pasó los dedos por la superficie y luego la sostuvo ante el espejo.

—¿Le gusta? —preguntó la dependienta.

—¿Puedo devolverla si mi marido empieza a babear encima? —respondió.

La dependienta se echó a reír.

—Siempre que traiga el *ticket*...

—Me la llevo.

—¿Así de fácil? ¿Ha visto el precio? ¿Está bien la talla?

—Sí, es perfecta.

Megan empezó a dar saltitos de alegría mientras la dependienta sacaba una bolsa con cremallera de debajo del mostrador, la abría y colocaba dentro la cazadora de cuero negro.

• • •

Nada más casarse, Megan empezó a cortar el pelo a su marido para ahorrar dinero. Con el tiempo, Dave se acostumbró al acuerdo y se negaba a ir a otro sitio. A Megan le gustaba hacerlo porque podían aprovechar para ponerse al día, y hoy había una noticia que no podía esperar.

—Nunca adivinarás lo que ha pasado —dijo, sin darle una oportunidad para intentarlo—. Al parecer, Rob y Cindy se van a separar.

—¿Cómo?

—Sí. Ella se quedó sin batería, y cuando cogió prestado el móvil de Rob, encontró un mensaje de una compañera de trabajo que era... en fin, digamos que bastante *explícito*.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro! Lo siento mucho por Cindy.

—Qué imbécil. Y encima no me ha devuelto mis tijeras de podar. ¿Van a vender la casa?

—No creo que lleguen a tanto.

Dave estaba abstraído y silencioso.

—¿En qué piensas? —preguntó Megan.

—En que más me vale borrar todos los mensajes.

Ella le tiró del pelo de la coronilla.

—¡Ay!

—Recuerda que llevo unas tijeras.

—Me rindo.

Megan comprobó la longitud del pelo de la nuca.

—Aprovechando que te rindes tan fácilmente, tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa?

Dave se quedó quieto mientras Megan le cortaba el pelo por encima de las orejas.

—Sabes que se acerca tu cumpleaños, ¿verdad?

—Nada de fiestas. Me lo prometiste.

—Ya hemos hablado de eso. No se me ocurriría organizar una fiesta.

—¿Entonces qué es?

—He llamado a mi hermana para pedirle que se quede con los niños el próximo fin de semana. Ya sé que es un poco precipitado, pero últimamente pareces un poco tenso. He pensado que podíamos pasar el fin de semana en Annapolis.

Dave abrió los ojos de par en par.

—Me encanta ese lugar, pero... no puedo. Tengo un nuevo cliente.

—Sí, sabía que dirías eso. Ayer hablé con Ellen. Le parece bien. Solo tuve que presionarla un poco. Podemos irnos el viernes a primera hora.

Dave se dio la vuelta para mirarla.

—¿Has llamado a mi jefa?

—Primero se lo pregunté a Brock. Le pareció bien y me apoyó. —Megan vio que Dave curvaba los labios lentamente para formar una sonrisa—. Gracias, gracias —añadió, haciendo una reverencia a un público imaginario.

Ahora, Dave sonrió al pensarlo.

—Eres terrible, ¿sabes?

—Feliz cumpleaños —susurró ella, agachándose para besarle en los labios.

Dave se apartó. De pronto había sentido la necesidad de disculparse.

—Oye, siento haber estado tan deprimido últimamente. Nunca pensé que cumplir cuarenta años me molestaría tanto, pero supongo que así es.

—Pues no debería.

—Lo sé. Es solo que es tan raro: un día tengo veinte años, estoy lleno de aspiraciones, entusiasmado al pensar en las aventuras que me esperan a la vuelta de la esquina. Y justo al día siguiente tengo cuarenta, y ni siquiera estoy seguro de poder ver la vuelta de la esquina, y... En fin, es muy frustrante. Y luego me sorprendes con el regalo perfecto.

Megan se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Soy la esposa perfecta.

Dave no había terminado.

—Y lo mejor es que no has organizado una de esas lamentables fiestas sorpresa. Todo el mundo dándote los clásicos regalos de broma... Me dan escalofríos solo de pensarlo. Tú siempre sabes lo que necesito, cariño. De verdad.

Megan buscó la escoba y empezó a barrer. Pasaron unos segundos antes de que respondiera.

—¿Qué puedo decir ante un cumpleaños como ese?

Hubo otro momento de silencio.

—Y no te preocupes. Nunca organizaría una de esas estúpidas fiestas sorpresa.

Capítulo 6

He aceptado el trabajo de investigación sobre el Golden Gate. Empezaré cuando termine mi proyecto actual —artistas del siglo XIV—, y luego me tomaré dos semanas de vacaciones. No sé adónde ir, aunque debería escoger al azar una isla del Caribe y comprar el billete: el sol me vendría muy bien. Es solo que me parece triste y extraño irme de vacaciones sola.

Mi padre y yo solíamos irnos de viaje siempre que tenía un fin de semana libre. No íbamos a lugares exóticos, normalmente solo a la costa. Mi destino favorito era un pequeño hotel junto a la playa de Mendocino. Montábamos en bici, íbamos al cine o simplemente nos sentábamos en la playa a ver pasar a la gente. Por supuesto, mi padre solo miraba a las mujeres en bikini. Yo me burlaba de él y los dos nos reíamos; echo de menos su risa.

Justo antes de su muerte pensábamos hacer un viaje juntos. Pero como ocurre tantas veces en la vida, yo estaba ocupada con mi trabajo en la universidad y le propuse dejarlo para el mes siguiente. Ahora me arrepiento de no haber ido.

No voy a utilizar las vacaciones para ir a la costa. Solo he vuelto una vez al hotel de Mendocino desde la muerte de mi padre. Me pasé toda la noche llorando y a la mañana siguiente me fui directa a casa. Voy a coger dos semanas de vacaciones porque hace casi dos años y medio que no me tomo vacaciones, y si no las disfruto de aquí al verano, aunque sea una parte, las perderé. Ya sé que es una norma ridícula, pero os recuerdo que trabajo en una universidad, un lugar con demasiadas mentes brillantes por metro cuadrado, así que hay muchas normas absurdas.

El profesor dice que, aunque me vaya dos semanas de vacaciones, tendré tiempo de sobra para terminar el encargo de la Sociedad, el proyecto sobre la historia del Golden Gate. Tengo de plazo hasta finales de verano. El profesor parecía encantado cuando acepté, y eso me pone un poco nerviosa. No es que desconfíe de él, pero es tan entrometido... Y la experiencia me dice que, cuando un profesor es entrometido, tarde o temprano intentará buscarme pareja.

Siento sonar tan negativa. En realidad siempre he sido una romántica, siempre he querido asentarme y formar una familia. Pero ahora mismo, la idea me parece tan distante, tan inalcanzable.

He dicho que estoy soltera, que tengo veintiséis años y que vivía con mi padre hasta que murió. Aunque todo eso es cierto, y sigo buscando a alguien con quien compartir mi vida, no siempre he estado sola. Cuando tenía veintiún años y me quedaban dos semestres para licenciarme —por primera vez—, conocí a Eric.

b

Dave subió el volumen. Era uno de sus CD favoritos.

Esta es la historia de Jack y Diane, dos americanos que crecieron en la tierra del amor...

Esperaba que los niños guardaran silencio para disfrutar de la música; como de costumbre, se pusieron a gritar para hacerse oír.

El paseo por la costa era una delicia. Cuando dejaran a los niños en casa de Nancy, subiría la música a todo volumen. Era tan frustrante... ¿No se daban cuenta de que era música de verdad, rock clásico, conmovedor, profundo y original?

—Chicos, escuchad —insistió una vez más—. Dadle una oportunidad a John, ¿de acuerdo?

—¿Quién es John? —preguntó Angel desde su silla. No hizo falta nada más para que Dave empezara su discurso.

—Cariño, te lo he dicho mil veces —le sermoneó—. Es John Mellencamp, un cantante de música de verdad, música que nunca pasa de moda.

Megan estaba sentada en el asiento del copiloto, absorta en su novela y ajena a todo lo que ocurría a su alrededor. Con su habitual tono sarcástico, Brad intervino en la conversación.

—Papá, cuéntanoslo otra vez, por favor.

Brittany puso los ojos en blanco.

—Lo haré —respondió Dave, mientras empezaba a ensalzar las virtudes del rock clásico frente a los grupos modernos—. ¿Habéis oído la emoción que transmiten las letras...?

La roca golpeó la carretera tan rápido que Dave solo alcanzó a verla de reojo antes de que se estrellara contra la rueda lateral. La furgoneta giró a la izquierda. El neumático empezó a silbar y el eje de la rueda se dobló. Brittany se puso a gritar mientras se escurrían a un lado. La furgoneta emitió una violenta vibración provocada por el roce del metal contra la carretera. Dave giró el volante, tratando en vano de recuperar el control. Pero la furgoneta no respondió.

Al instante, el aire a su alrededor se volvió caliente, seco e impenetrable mientras la vida se rompía en mil pedazos. El sonido se distorsionó. El tiempo empezó a transcurrir a cámara lenta. El libro que Megan sostenía en las manos cayó al suelo mientras la furgoneta volcaba y luego se deslizaba hacia un terraplén. La mano de su mujer se aferró desesperadamente a su hombro en busca de apoyo. Después se soltó. El parabrisas se rompió en mil pedazos, llenando la furgoneta de pequeñas partículas de cristal, como si fuera un caleidoscopio, mientras la furgoneta daba vueltas. Dave hizo un esfuerzo para mirar por encima del hombro. ¿Dónde estaban los niños? Brad debería estar sentado con el cinturón puesto, pero en lugar de eso estaba tirado en el techo. ¿O era en el suelo? ¿Y dónde estaban Brittany y Angel? Un líquido cálido y oscuro empezó a cubrir los bordes de la escena, haciéndola borrosa. ¿Dónde estaba Angel?, se preguntó una vez más.

Después, todo se volvió oscuro.

b

Me fascinan las circunstancias, la manera en que los hechos insignificantes pueden catapultar nuestras vidas en extrañas direcciones. A mí me pasó una vez.

Me quedaban unas cuantas asignaturas para licenciarme: una de Cultura europea y el resto de libre elección. La asignatura obligatoria tenía dos turnos y, como soy un poco maniática, ya me había organizado pensando que iría al turno de martes y jueves. Al ver que no podía matricularme online, el personal de secretaría me recomendó que fuera a la universidad al día siguiente a primera hora. Fue entonces cuando se rompió la cañería.

Era una cañería principal, un tubo inmenso y cavernoso que pasaba por debajo de las ajetreadas calles oculto a la vista, transportando el agua en silencio por toda la ciudad. Como ocurre con tantas cosas en la vida, nadie piensa en las cañerías hasta que se rompen.

La mañana que debía matricularme me encontré la calle inundada, con un montón de maquinaria perforando el asfalto y bloqueando la salida del garaje.

Aunque el tráfico de San Francisco va a la perfección —de eso no puedo quejarme—, no contaba con aquel imprevisto. Cuando llegué a la universidad, el proceso de matriculación estaba muy avanzado, y la clase que necesitaba, la clase en torno a la cual había organizado mi vida, estaba llena. De nada sirvió rogar, llorar y suplicar. El personal de secretaría sonrió y me puso al final de una lista de espera de treinta personas.

Además de terminar en el turno de lunes y miércoles, perdí mi trabajo de media jornada. Mi jefe de entonces ya había organizado los horarios y, cuando mis circunstancias cambiaron, no pudo encontrarme un hueco.

Estaba hecha polvo, hasta que empecé Cultura europea y conocí a Eric Aldridge. Eric era guapo y simpático y conectamos enseguida. Al ser un poco tímida, me halagó que se fijara en mí.

Empezamos a salir, y para Acción de Gracias la relación ya iba en serio. Eric iba a empezar a trabajar en Los Ángeles, y nuestro plan era casarnos cuando yo terminara la carrera, en abril. Encontramos un bonito apartamento en Long Beach, y aunque no era la situación ideal para una pareja comprometida, yo iba todos los fines de semana a visitarle después de clase.

Cuando se acercaba el final del semestre, con todos los planes de boda en marcha, yo estaba un poco sobrepasada. Pronto me casaría con Eric, el hombre al que amaba, el hombre que tiraba de mí, el hombre que me ayudaba a olvidar mis dudas y preocupaciones.

Pronto sería la graduación, de modo que decidí aplazar mi visita semanal a Eric para terminar el proyecto final de carrera. Entonces ocurrió algo extraño: otra cañería reventó junto al edificio de Historia, y parte del campus quedó clausurado. Sin pensar, metí mis cosas en el coche y me fui a Los Ángeles.

Ahora que lo pienso, me sorprende que la simple rotura de una cañería pudiera cambiar mi vida para siempre. Si la calle no hubiera estado inundada el día que iba a matricularme, no habría conocido a Eric.

Y no solo la primera cañería, sino también la segunda. Porque si no hubiera reventado junto al edificio de Historia, la universidad habría permanecido abierta, yo me habría quedado a terminar el proyecto y no habría sorprendido a Eric durmiendo en nuestro apartamento con otra mujer.

En medio de las lágrimas, mi padre me animó a no renunciar al amor, a seguir conservando la esperanza. Desde que se fue, sin embargo, me resulta difícil creerle. Y aun así, en los momentos de silencio, cuando me quedo sola y reflexiono sobre el sentido de mi vida, trato de recordar el consejo de mi padre. Trato de creer que, aunque no sea Eric, tal vez siga habiendo alguien para mí ahí fuera. Así que sigo esperando.

La mayoría de las veces, sin embargo, me sorprendo buscando cañerías rotas.

Capítulo 7

Dave sintió un latido en la cabeza. *¿Todo el mundo se encontraba bien?* Aún le parecía escuchar los sonidos, oler el horror del accidente a su alrededor. Pero cuando abrió los ojos todo había desaparecido.

El sol se filtraba por la única ventana de la habitación. Las sábanas estaban estiradas, limpias y estériles; el olor era aséptico. Intentó sentarse, pero un dolor recorrió su brazo izquierdo. Al mirar hacia abajo vio unos tubos translúcidos que salían de unas cintas blancas de gasa pegadas a su antebrazo.

—Megan... Brad... Brittany...

Su voz era ronca y áspera. Nadie respondió. Estiró el brazo derecho y apretó el botón rojo del reposabrazos. Nada. Volvió a pulsarlo una vez más, y luego otra.

La puerta se abrió y una enfermera uniformada entró en la habitación. Solo tuvo que mirarle para comprobar su estado.

—¡Está despierto! —exclamó con expresión de sorpresa.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital Connecticut Valley, en Middletown.

La enfermera se acercó a la cama, sostuvo su muñeca un momento y garabateó algo en su historial.

—Por favor, no se mueva. Quédese quieto y deje que llame al médico.

Antes de que pudiera preguntarle nada más, la enfermera salió de la habitación. Nada más cerrar la puerta, esta volvió a abrirse y entró una figura familiar.

Dave levantó la cabeza.

—¿Brock?

Su amigo tenía los ojos cansados. Su mejilla derecha estaba roja y cubierta de marcas de tejido, como si hubiera dormido en una silla tapizada. Brock se acercó a la cama con indecisión.

—Mmm... ¿cómo estás? Perdona... pregunta equivocada.

—¿Qué... qué día es hoy? —preguntó Dave.

Una extraña confusión nublaba sus pensamientos. Le resultaba difícil enlazar las palabras.

—Te has perdido tu cumpleaños por un día. Al principio los médicos no sabían si ibas a sobrevivir.

A Dave le temblaron las manos.

—¿Y Megan...? ¿Cómo está?

Brock retrocedió mientras fruncía los labios. Parecía que llevaba horas ensayando la respuesta, pero ahora que le habían hecho la pregunta, se había quedado sin palabras. Solo consiguió articular un susurro.

—Lo siento, Dave, lo siento mucho.

Una oleada de pánico recorrió el pecho de Dave mientras sacudía la cabeza de un lado a otro, negándose a creer la noticia. Sus movimientos hicieron sonar la alarma de la central de supervisión, situada en el vestíbulo.

—¡Mis hijos! ¿Dónde están mis hijos?

Brock bajó la mirada mientras Dave seguía negando con la cabeza.

El vacío se filtraba por la ventana y debajo de la puerta, llenando la habitación e inmovilizando a Dave en la cama. Tenía que levantarse y encontrar a su mujer y a sus hijos, pero no podía mover los brazos ni las piernas. Ni siquiera podía respirar. Le dolía el pecho y sentía una punzada en el hombro izquierdo, pero no le importaba.

En ese momento, deseaba que la muerte le llevara a él también.

Mientras seguía retorciéndose y llorando, un médico entró en la habitación y, con ayuda de una enfermera, le inyectó en el brazo una aguja larga y estéril. Al cabo de unos segundos, la habitación y todo el dolor que le rodeaba empezaron a desaparecer, dando paso a una brillante blancura. Dave descansó la cabeza en la almohada y su cuerpo se entregó a un sueño artificial.

• • •

El reportero de la CNN hablaba de la gravedad de las inundaciones en el Medio Oeste. Las imágenes en vivo del desastre mostraban a unos granjeros montados en unas barcas que flotaban entre los establos. Desde la comodidad del sofá de su casa, Dave era testigo de la destrucción.

«Esta tarde, el presidente visitará la zona afectada —siguió diciendo el reportero—. Se cree que el gobernador solicitará la ayuda del servicio federal para zonas catastróficas».

La destrucción no perturbó a Dave. Las imágenes no llegaron a registrarse en su mente, porque su vista estaba clavada más allá del reportero, más allá de la televisión y de los sucesos del día. Su mirada era ajena y distante.

Sabes que me encanta el arte, pero, sinceramente, puedo pintar en cualquier momento. Ver crecer a mis hijos, estar a su lado, compartir mi vida contigo... ese es mi sueño.

La imagen de la pantalla cambió a la previsión del tiempo. Una meteoróloga sonriente pronosticó lluvias en la mayor parte del país.

Métete en la cama, Angel. Vamos a escondernos para que mamá no nos encuentre.

El timbre de la puerta le asustó. ¿Cuánto tiempo llevaba soñando? Buscó el mando de la televisión en la mesa, pero no estaba. Miró entre los cojines. Nada. Finalmente, se acercó a la pantalla y la apagó pulsando el botón. El timbre volvió a sonar. Dave avanzó a trompicones hasta la puerta, respiró profundamente y la abrió.

En el porche había seis miembros de los Red Sox, su equipo de béisbol. Parecían incómodos, como si no supieran cómo comunicar el mensaje que habían venido a transmitir. Kevin, un chico flaco y de pelo rizado, el más comunicativo del grupo, ejercía de portavoz.

—Hola, entrenador Riley.

—¿Qué tal estáis, chicos?

—Muy bien, entrenador. Queríamos... En fin, hasta ahora no habíamos tenido oportunidad de hablar con usted y... bueno... queríamos pasarnos y decirle una vez más cuánto lo sentimos.

Kevin relajó los hombros, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—Le hemos echado de menos en los partidos —prosiguió—, pero en realidad no hemos venido a decirle eso.

Dave tomó aire poco a poco. No podía derrumbarse delante del equipo.

—No sé si se habrá enterado —dijo Kevin—, pero el viernes pasado ganamos el campeonato regional.

Uno de los chicos sacó un trofeo que había estado ocultando y se lo dio. La base estaba tallada en nogal; en la parte de arriba, una estatuilla plateada mostraba a un jugador golpeando una pelota con el extremo del bate.

—Es para usted —añadió el chico.

—El sábado jugamos el campeonato estatal —intervino Kevin—, y hemos decidido dedicar el partido a Brad. Si no puede asistir, lo entenderemos... pero de todas formas queríamos invitarle.

Dave se mordió la lengua con fuerza, tratando de mantener sus emociones a raya. Forzó algo parecido a una sonrisa.

—Muchas gracias, chicos. Es un gesto muy bonito por vuestra parte. A Brad le habría encantado. —Dave sopesó su invitación antes de añadir—: Siento no haber estado ahí los últimos meses. Lo he pasado muy mal. Pero la noche del sábado podéis contar conmigo.

Los chicos intercambiaron miradas de alegría. Parecían contentos de haber sido capaces de ayudarlo.

—Será estupendo, entrenador. Jugamos contra los Twins de East Windsor, y creemos que podemos ganarles.

—Claro que sí. Confío en vosotros, chicos.

—Genial. Nos vemos el sábado.

Dave agitó la mano para despedirse, esperó, empujó la puerta, se apoyó en la pared y se dejó caer en silencio en los baldosines de la entrada.

Capítulo 8

Como soy hija única, mi austero padre me enseñó a hacer sencillas reparaciones en casa. Ahora podría permitirme contratar a otras personas para que hicieran ese tipo de trabajos, pero no puedo soportar la idea de decepcionar a mi padre.

Lo que significa que me he pasado mis dos semanas de vacaciones pintando el exterior de la casa. He estado esperando a que vinieran las hadas para encargarse del trabajo mientras dormía. Después de dos días sin aparecer, he decidido hacerlo yo misma.

Lo peor ha sido tener que retomar un proyecto que va con retraso antes de empezar. La mayoría de los investigadores empezarían en la biblioteca de la universidad, pero yo he decidido hacerlo en casa, concretamente en el escritorio de mi padre. Tanto los estantes del escritorio como los de la pared están llenos de libros sobre el Golden Gate. Desde la muerte de mi padre, no he pasado mucho tiempo en su despacho. Su escritorio me trae tristes recuerdos, como una alambrada de espinos que me impidiera la entrada. Es verdad que entro a quitar el polvo, pasar la aspiradora y limpiar las ventanas. Hasta me atrevo a abrir los cajones y estirar los montones de papeles. Lo que no he hecho nunca es vaciar su contenido.

El escritorio es antiguo. Ya lo era cuando mi padre lo compró en una subasta en el distrito de Mission. Pero tanto la cerradura como los cajones funcionan a la perfección. Hoy siento un escalofrío mientras doy la vuelta a la llave para abrir la cerradura. Mientras el escritorio engulle su vieja tapa me pregunto, como Pandora, qué males albergará en su interior.

Una vez abierto y a la vista, veo que no todos los recuerdos son tristes. En el panel derecho hay un dibujo que hice en tercero, y que muestra una casa con una chimenea y una cerca blanca. Lo cojo para examinarlo de cerca.

Hay tres caras sonrientes en tres de las ventanas y un perro llamado Óscar en la cuarta. También hay vacas, cerdos y un prado lleno de árboles y arbustos. Unos garabatos representan unas flores amarillas que crecen en el jardín. Al lado de la casa

brotan del suelo los pilares naranjas y dorados de un puente. Los cables del puente están unidos a la casa y forman parte de ella, como si el Golden Gate estuviera conectado con todas las casas de la ciudad.

Es un dibujo muy extraño, porque no se ve el agua, ni el desfiladero profundo y escarpado, ni el océano que atraviesa el puente naranja. Solo hay una casa, una familia, un prado con animales y un puente.

Recuerdo cuando le enseñé el dibujo a mi padre. Parecía que le gustaba, pero de pronto me preguntó: «Katie, ¿dónde está el océano?». Lo hizo sin mala intención, pero cuando me lo preguntó, comprendí que lo había hecho mal. Sentí que me ardían las mejillas. Mi padre debió de darse cuenta, porque me atrajo hacia él y me dijo que era el mejor dibujo del puente que había visto nunca. Salimos de casa y fuimos a una tienda a comprar un marco. Cuando volvimos, aprovechó un momento que le estaba mirando y colgó el dibujo en la pared, cerca del lugar donde le gustaba sentarse a leer. Desde entonces siempre estuvo a su lado. Para la niña que era entonces, eso quería decir que una parte de mí se había fundido con él. Y aunque no guardaba recuerdos de mi madre, ni del cáncer que se la llevó cuando cumplí dos años, el dibujo me ayudó a saber que seguía formando parte de una familia. Ahora, muchos años después, me sorprende que el deseo de pertenencia que sintió una niña hace tanto tiempo siga aflorando con tanta facilidad.

Sé que debería empezar el trabajo, así que vuelvo a colocar el dibujo en su sitio y saco del estante varios libros sobre el Golden Gate. Algunos son libros de fotografías, otros de historia. Mientras paso las páginas, me pregunto qué puedo aportar que no se haya dicho, dibujado o escrito antes. ¿A quién le importa lo que diga una investigadora desconocida?

Trabajo todo el día y parte de la noche. Después de escribir varias páginas, me empiezan a arder los ojos. Son más de las doce, y mañana tengo que llegar pronto al trabajo. Devuelvo los libros a los estantes. Cuando estoy buscando la llave en el primer cajón del escritorio, palpo la esquina de un libro. Un trocito del lomo asoma por debajo de un montón de facturas antiguas. Lo saco y examino la cubierta, pero no hay título. Está encuadernado en cuero, aunque hay unas pequeñas grietas en el lomo que revelan una tela estropeada y polvorienta.

Cuando lo abro, caen al escritorio varias páginas sueltas de una vieja agenda telefónica. Las ignoro y busco la portadilla. En ella figura el nombre de Patrick O'Riley escrito a mano. Está fechado en 1931. Debajo hay una dirección en Parkside, cerca de mi casa. Mientras paso las páginas veo anotaciones y dibujos hechos a mano. La letra es difícil de leer, pero las páginas incluyen dibujos detallados y cortes transversales del Golden Gate, como si fuera el diario olvidado de un ingeniero del puente.

Busco en el escritorio y en el resto de los estantes para comprobar si hay otros volúmenes, pero lo único que veo, además de facturas viejas, son más páginas de la agenda. Muchos nombres están tachados, pero reconozco la letra de mi padre en los márgenes.

«No está en casa. Intentarlo más tarde».

«Ocupado».

«Volver a llamar».

Examino los nombres más de cerca, y veo que todas las personas a las que mi padre llamó, todos los nombres tachados, todas las líneas con una anotación en el margen corresponden a una persona que se apellida O'Riley.

Me escuecen los ojos, pero mi corazón se acelera. No estoy segura, pero me da la impresión de que acabo de descubrir algo importante, tanto para la universidad como para mí misma.

Sé que debería irme a la cama, pero en lugar de eso sigo pasando páginas al azar. Lo que veo después me hace sentir un vuelco en el corazón. Es un dibujo del cable, en concreto una sección transversal de los cables de noventa y dos centímetros de diámetro que cuelgan de las torres. Está hecho a tinta, y muestra con pleno detalle cómo los cables estaban hechos de alambres más pequeños, en total más de veintisiete mil. En el dibujo se ve a la perfección que los trabajadores tuvieron que tirar del alambre, juntarlo en hebras más gruesas y luego envolverlo para formar el cable terminado. También hay cálculos que muestran la resistencia de los cables, y cómo esta aumenta con cada alambre añadido. Debajo de los dibujos hay unas palabras que he oído repetir a mi padre muchas veces. Son sus propias palabras, pero escritas con la extraña letra de un desconocido.

«Juntos haremos lo imposible. Como los cables que cuelgan de las torres, Strauss está reuniendo hombres para llevar a cabo una hazaña extraordinaria. Así es. Vamos a construir un puente imposible».

Las palabras resuenan en mis oídos. «Juntos haremos lo imposible». Me parece escuchar la voz de mi padre como si estuviera hablando en este momento. Me pongo a pensar en él mientras respiro profundamente.

Para mi padre no fue fácil educar a una niña mientras trabajaba a jornada completa en el puente. Al igual que la mayoría de los padres y los hijos, teníamos nuestros momentos, momentos en los que pensábamos que la convivencia era imposible. En esos momentos, mi padre hacía una pausa, respiraba profundamente como acabo de hacer yo y decía: «Cariño, sé que es difícil, pero juntos haremos lo imposible». Lo decía con convicción, como si lo creyera de verdad. Y como él lo creía, yo también.

Una vez llegó a utilizar un trozo real de cable del Golden Gate. Yo debía de tener unos once o doce años, y ya era una adolescente cabezota que lo volvía loco. Después

de cenar, mi padre colocó el trozo de cable encima de la mesa, delante de mí. Era muy pequeño comparado con los otros cables del puente que yo había visto, pero el diseño era muy parecido. Tenía unos cinco centímetros de circunferencia y quince metros de largo, y estaba compuesto de numerosas hebras de alambre enroscadas en espiral. Cuando mi padre quitó la cinta adhesiva que las unía, las hebras enroscadas cayeron a la mesa formando un montón de alambres. Mi padre me dijo que era un juego, y que tenía que volver a juntar los alambres enroscados para hacer un cable. Lo intenté unos minutos sin mucho éxito. Luego, con ayuda de mi padre, los junté hasta formar un cable y los aseguré con la cinta adhesiva. Mi padre me explicó que los cables que cuelgan del Golden Gate no eran muy diferentes. Solo eran un puñado de cables más pequeños hilados para formar un cable gigante, capaz de soportar toneladas de asfalto, kilómetros de acero y cientos de coches.

Me dijo que las personas somos como el cable. Que nosotras solas no podemos conseguirlo porque no somos lo bastante fuertes, pero que, si nos juntamos con los demás, reunimos la fuerza necesaria. Luego me cogió la mano y me dijo: «Katie, tenemos que colaborar para salir adelante. Seremos como el cable: haremos lo que no somos capaces de hacer por nosotros mismos. Créeme, cariño... juntos haremos lo imposible».

Capítulo 9

Dave llegaba veinte minutos tarde. La reunión ya había empezado. Aprovechó para ajustarse la corbata mientras se acercaba a la mesa de su secretaria.

—Gloria, siento llegar tarde. ¿Tiene las estadísticas de los votantes?

—Se las ha llevado la señora Brewer. Ya está reunida con el cliente.

Dave exhaló un triste suspiro y se acercó a la puerta de la sala de conferencias. Tocó el picaporte, se quedó dudando unos segundos y entró.

Su jefa estaba presidiendo la reunión. Abel Schnabel estaba sentado a su derecha. Dave los saludó a los dos.

—Lo siento. El tráfico estaba imposible.

Ellen trató de justificarlo.

—No te preocupes. Creo que ha habido un accidente en el túnel. Hay varios trabajadores atrapados.

Dave no quiso mencionar que había venido por el camino más largo, el del puente. Ignoraba lo que había pasado en el túnel Lincoln.

Como principal responsable del nuevo cliente, Dave debería estar presidiendo la reunión. Pero dejó que continuara Ellen.

—Le estaba contando a Abel los resultados de nuestro grupo objetivo —dijo su jefa—. Como verá, la mayoría de las personas que van a votar todos los años suelen participar por lo menos en otra actividad comunitaria...

Su casa estaba hecha un desastre. ¿Era hoy o mañana cuando venía la limpiadora? Dave trató de recordarlo, pero no pudo. Le había dicho que limpiara la casa por encima: que quitara el polvo, que pasara la aspiradora... Lo imprescindible; *Quiero dejar la limpieza a fondo para más tarde*. Cuando dijo «limpieza a fondo», la mujer entendió que se refería a encerar los suelos, a lavar las cortinas, las tareas que suelen hacerse una vez al año. Pero Dave no solo se refería a eso. Había que vaciar los armarios, meter la ropa en cajas, guardar o descartar los objetos personales...

—¿Qué opinas de los resultados, Dave? —repitió Ellen.

Se había distraído otra vez. No sabía qué responder, qué decir. Quería levantarse y gritar que solo era un estúpido estudio, que no importaba, que al día siguiente, ni una de las personas sentadas en aquella maldita sala se acordaría de los resultados.

—Lo siento —dijo, dirigiéndose a los dos—, pero no me encuentro bien. ¿Me disculpan?

Con un asentimiento, Dave se levantó, corrió a la puerta y salió de la sala.

• • •

Casi todos los partidos de béisbol de Nueva Jersey se celebraban en el polideportivo municipal, cerca del centro de la ciudad. La final del campeonato iba a jugarse en Barton Field, a las afueras de Lakewood. El partido debía empezar a las ocho en punto. Dave llegó diez minutos antes. El equipo ya estaría en el campo, estirando y calentando.

No tuerzas el bate, Brad. No golpees la pelota si no lo ves claro.

Le habría gustado apoyar al equipo, pero después del accidente estuvo varios días sin poder salir de la cama. Le seguía doliendo el hombro de vez en cuando, aunque los cortes ya estaban prácticamente curados. Se había prometido que en cuanto se sintiera mejor, en cuanto estuviera al cien por cien, volvería a su puesto de entrenador.

Cuando Kevin y los chicos fueron a verle esa misma semana, decidió que había llegado el momento. ¿Qué mejor ocasión que la final del campeonato?

Brad, si la pelota viene muy alta, déjala pasar. Utiliza la fuerza del bate, conecta con la pelota y remátala con el swing.

Empezaron a llegar los coches. Los aficionados reían mientras llevaban mantas y neveras al estadio. Dave se quedó paralizado detrás del volante.

El resto de los entrenadores había hecho un gran trabajo. Los chicos podían sentirse orgullosos: al fin y al cabo eran campeones regionales. Y con un poco de suerte, puede que esa noche llegaran a ser campeones del estado. Solo llevaban tres temporadas jugando juntos. ¿Quién iba a pensar que se adaptarían tan rápido? Ganaran o perdieran, esa noche tenían que celebrarlo.

El campocorto está demasiado cerca, Brad. Si tiras la pelota por encima de su cabeza, llegas a la base seguro. Levanta el codo y sigue la pelota con el bate.

Desde su coche, Dave vio cómo se encendían las luces del estadio. Aún quedaba media hora para que se hiciera de noche, pero en los grandes partidos las encendían antes, para dar tiempo a los halógenos a que alcanzaran su máxima temperatura y ofrecieran el máximo de luz. Era una bonita instalación, y el césped estaría bien cuidado y recién cortado. Dave esperaba que la emoción de jugar en un campo tan grande e imponente no arruinara las posibilidades del equipo. Pronto sonaría el himno nacional.

Hay dos fuera, Brad. Kevin puede llegar a cualquier parte. Tráela al home, Brad, tráela al home. Y ojo con el lanzador. Ese chico sabe tirar. Y no te olvides del codo. Levanta el codo, Brad, levanta el codo.

La voz del comentarista retumbó a través de las ventanillas. Los rezagados aparcaron apresuradamente, salieron a toda prisa del coche y corrieron a las gradas.

Entrenador, nos gustaría dedicar el partido a Brad... a Brad... a Brad.

—Enhorabuena, chicos. Os lo merecéis —murmuró Dave en voz alta, dejando que sus ojos se perdieran en la puesta de sol—. Y lo siento mucho, Brad.

Giró la llave y encendió el motor. Sin prestar atención a los gritos que se alzaban desde la tribuna, salió del luminoso aparcamiento, giró a la derecha hacia la carretera de la costa y desapareció silenciosamente entre las sombras nocturnas.

b

Después de pasar varias páginas, entre anotaciones garabateadas a mano y cálculos, encuentro otro consejo de mi padre, escrito de nuevo por Patrick O’Riley.

Las palabras aparecen intercaladas entre unos apuntes de construcción que detallan la resistencia del puente, datos interesantes que alguna vez he oído mencionar a mi padre. El Golden Gate, decía, está diseñado para soportar mil ochocientos catorce kilos de peso por pie lineal, resultado obtenido imaginando el puente cargado a rebosar con los coches más pesados de la época: cadillacs, packards y buicks. Lógicamente, no todo el mundo conducía coches tan pesados, y en el momento de cruzar habría un espacio entre ellos de unos tres o cuatro metros. Y aun así, el arquitecto imaginó el peor escenario y luego lo incrementó una cuarta parte.

En las anotaciones de Patrick O’Riley hay cálculos para las torres, el armazón y los pilares. Todos ellos están diseñados para el peor de los casos. Debajo de los cálculos, Patrick escribió: «En la vida, siempre hay que estar preparado para lo peor».

No hay más explicaciones. Mi padre solía decir lo mismo. Es uno de sus célebres «Consejos del puente».

«Es muy fácil, Katie —decía—, prepárate para lo peor y espera lo mejor. Disfruta de los días de sol, pero ten listo el paraguas para cuando se desaten las tormentas en la bahía».

Es un sabio consejo. Desde que terminaron de construir el Golden Gate, ha habido muchas catástrofes: fuertes tormentas, terremotos devastadores... Pero, a pesar de todo, el puente ha seguido en pie.

Casi me parece escuchar la voz de mi padre: «Katie, en la vida, siempre hay que estar preparado para lo peor».

Ojalá le hubiera escuchado con más atención.

b

Las costumbres nacen de la repetición. Con el tiempo, terminan formando huellas que nos llevan por el buen camino o nos arrastran hacia el peligro. La mayoría de las costumbres no son buenas ni malas, son simples caminos que se hacen tan profundos por los actos repetidos, que terminan convirtiéndose en surcos, y los surcos, en zanjas. Cambiar de camino, aventurarse en nuevas direcciones, vivir nuevas experiencias puede ser difícil, si no imposible.

Mientras Dave contemplaba su imagen desaliñada en el espejo, se dio cuenta de que Megan era la única persona que le había cortado el pelo en los últimos diecisiete años. Ni siquiera sabía dónde había aprendido. Puede que le hubieran enseñado sus compañeras de la universidad. Eso daba igual... ahora que Megan no estaba, Dave no sabía adónde ir, ni cuánto le costaría, ni cómo explicar a una extraña cómo tenía que cortarle el pelo. La verdad es que no tenía valor para ir a la peluquería.

Brock fue el primero en sacar el tema. Lo hizo un día que estaban comiendo juntos.

—¿Vas a dejarte coleta?

—Algo así.

—Como te siga creciendo el pelo, tendré que hacerte unas trenzas —insistió Brock.

Como Dave no respondió, Brock decidió ir al grano.

—Mira, será mejor que te lo cuente. Ellen sacó el tema el otro día. Pensé que debías saberlo.

—¿Ellen se ha quejado de mi pelo?

—No se ha quejado, simplemente me lo preguntó. También me preguntó cómo estás.

—¿Y a ella qué le importa?

—Oye, no te enfades. No creo que lo hiciera con mala intención. Tiene que ejercer de jefa, eso es todo.

—Mi pelo no es asunto suyo.

—¿Estás bien?

No era la primera vez que Brock le preguntaba si estaba bien. Dave siempre le decía que sí, que poco a poco lo iría superando. Hoy se sentía incapaz de fingir.

—Tengo que salir de aquí. Luego nos vemos.

Cogió su maletín y salió a toda velocidad por la puerta.

• • •

La reunión en el despacho de Ellen empezó a las siete, tan temprano que Dave aún no había llegado. Esta vez no estaba invitado.

Ellen movía las manos mientras hablaba.

—Ya no sé qué hacer para ayudarle, Brock. Siento mucho lo del accidente, de veras. Ni me imagino lo que habrá tenido que pasar... y lo que seguirá pasando. Pero tengo que sacar un negocio adelante. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Escucha, todavía lo está pasando mal, pero yo creo que está mejorando —dijo Brock, tratando de aparentar optimismo. Ellen no lo creyó.

—¿Que está mejorando? Tenías que haberle visto en la reunión con Abel, el jefe de gabinete del gobernador. Estaba en las nubes. Cuando salió de la sala, Abel no daba crédito. ¡Es el cliente más importante que tenemos en el ámbito político, y lo está echando a perder!

—Déjame que hable otra vez con él.

—Necesita mucho más que palabras, Brock. Necesita ayuda profesional. Lo estamos perdiendo, te lo aseguro.

—He dicho que hablaré con él. ¿Quieres que me encargue de ese cliente?

—¿Tienes tiempo?

—No, pero lo encontraré.

Ellen ladeó la cabeza mientras consideraba su oferta. Normalmente no tenía trato personal con los clientes, pero esta vez había hecho una excepción para cubrir los de Dave.

—Gracias, Brock. No sé qué haría sin ti. Consigue que vuelva. No me puedo permitir perderlo.

Brock no sabía si Ellen estaba más preocupada por perder a un amigo o a un empleado. Puede que las dos cosas.

—Yo me encargo —dijo—. Dame unos días.

• • •

Era casi medianoche cuando Dave oyó que alguien llamaba a la puerta. Fuera quien fuera, sabía que estaba despierto: prácticamente todas las luces de la casa estaban encendidas. Antes de abrir adivinó quién estaba al otro lado.

—Hola, Brock, pasa. ¿Te apetece una copa?

Brock asintió.

—¿Cómo estás?

—Sobreviviendo. —Dave abrió la puerta del frigorífico—. A ver. Tengo agua, leche y mmm... más agua. Lo siento. Tengo que ir a comprar.

—En realidad he cambiado de opinión. Olvídate de la copa.

Brock sacó una silla de la mesa de la cocina y se sentó. Era evidente que no había venido a pasar el rato.

Dave cogió un vaso del armario y lo llenó de agua del grifo hasta la mitad. No porque tuviera sed, sino para sostener algo en la mano. No hizo falta andarse por las ramas. Dave no esperó a que Brock le explicara el motivo de su visita. Ya lo sabía.

—¿Quieres saber la verdad?

—Somos amigos. Yo creo que los dos nos lo merecemos.

—No recuerdo a nadie cortándome el pelo aparte de Megan.

Si había alguna tensión en el aire, esta se desvaneció silenciosamente y dio paso a la compasión. Brock tardó varios minutos en responder.

—Entiendo lo que quieres decir. Déjame que te pida cita con Sharon, mi peluquera. Sé que parece raro compartir la misma, pero te gustará. Puede que hasta tenga su número de teléfono.

Brock se puso a buscar en su móvil.

—Puedo esperar —dijo Dave—. Hoy es un poco tarde para llamarla.

—Tú no conoces a Sharon —bromeó Brock, antes de darse cuenta de que tal vez su amigo tuviera razón—. La llamaré mañana. Le diré que quieres pedir cita.

—De acuerdo. Gracias.

Aunque no había mucha luz en la cocina, Dave confió en que Brock pudiera adivinar su gratitud. Y debió de hacerlo, porque se levantó y le dio la mano. El hombre parecía encantado de ver que estaba haciendo un esfuerzo.

—¡Perfecto! ¿En qué más puedo ayudarte?

El tono de Brock devolvió la tranquilidad a la habitación.

—En nada. Estoy bien.

—¿En serio? Nunca pensé que sería tan fácil. Debería haber sido psicólogo.

Dave sonrió por primera vez desde que Brock había llegado.

—Solo necesito un tiempo —dijo.

—¿Vas a venir mañana? —preguntó Brock.

—Más me vale. Si no, Gloria va a empezar a trasladar sus cosas a mi despacho.

Brock se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo son las mujeres. No soportan que las dejes plantadas. ¿Por qué será? —Sin dejarle responder, añadió—: ¿Entonces nos vemos mañana en la peluquería?

—Sí, allí estaré.

Capítulo 10

Cuanto más leo el diario, más aprendo sobre Patrick O'Riley, el hombre. Su escritura abarca un período de casi seis años, desde finales de 1931 a mediados de 1937, un margen de tiempo que se corresponde con la construcción del Golden Gate. En las primeras páginas hay muchos apuntes arquitectónicos que parecen indicar sus responsabilidades en el puente.

Sin embargo, hay algo que no entiendo. He buscado en mis libros de referencia el nombre de los ingenieros que trabajaron en el Golden Gate, y no encuentro a Patrick O'Riley. Hay algunos fragmentos en el diario que parecen explicar el motivo.

«1931. Me ha contratado McClain. Un buen capataz, aunque solo me deja hacer trabajos sin importancia». Más tarde escribe: «... no quiero olvidar mis conocimientos, aunque la mayoría de los días me los paso soldando».

La primera referencia a su posible labor de ingeniero aparece más adelante: «He conocido a un tipo muy brillante, el señor Charles Ellis. Espero trabajar pronto para él».

El apellido Ellis me resulta familiar. Lo busco en un libro sobre el puente y descubro que era el ingeniero jefe del Golden Gate, y que muchos historiadores le atribuyen el diseño del puente por encima de Joseph Strauss. Vuelvo a coger el diario y sigo buscando. Las palabras son difíciles de descifrar, pero mientras hago un esfuerzo, encuentro otra mención al señor Ellis. «Espero que el señor Ellis me considere apto para el puesto. Es el ingeniero más brillante que he conocido en mi vida. Sería un honor trabajar para él. Si Dios quiere, pronto me volveré a reunir con Anna y los chicos. Será antes de lo que esperaba».

Me imagino que Anna era su mujer y, con un apellido como O'Riley, me pregunto si su familia sería de Irlanda. Sigo buscando y encuentro otras anotaciones que revelan su respeto casi reverencial por el señor Ellis.

«Hoy lo he visto otra vez, aunque no ha podido dedicarme mucho tiempo. Está trabajando dieciocho horas al día, pero dice que pronto me contratará. Habrá que tener

paciencia. Strauss se pasa el día haciendo reverencias en público, pero el verdadero genio es Ellis. Los dos son como el día y la noche».

Hay otro fragmento sobre una conversación con Ellis que me llama la atención.

«Le he preguntado cómo ha podido soportar la presión de trabajar con hombres tan brillantes como Ammann y Moisseiff. Su respuesta me ha llevado a replantearme mi vida. Ha dicho: “O’Riley, la excelencia genera excelencia. Me han obligado a dar lo mejor de mí mismo, y cuando el nivel está tan alto hay que mantenerlo”».

Busco a Ammann y Moisseiff y descubro que también ellos trabajaron como ingenieros en el Golden Gate. Patrick tiene razón. Sus palabras se las he oído repetir muchas veces a mi padre.

«La excelencia genera excelencia, Katie», solía decir. Por eso nunca se opuso a que siguiera estudiando. «Estás rodeándote de buenas personas, creciendo y aprendiendo cosas. ¿Por qué no?».

Tal vez fue porque mi padre nunca pudo ir a la universidad. Tal vez intuyera mi deseo de comerme el mundo. En cualquier caso, nunca se quejó.

La curiosidad hacia Ellis me puede y decido consultar varios libros de historia. Descubro que Ellis fue ingeniero jefe del Golden Gate bajo las órdenes de Joseph Strauss, pero que la relación entre ellos fue mala desde el principio. Mientras que Ellis, un reservado profesor universitario, centraba sus energías en el trabajo y en la solidez del diseño, Strauss, su jefe, parecía más preocupado por llevarse los méritos. Casi todos los historiadores coinciden en que, aunque Ellis era sin duda el más brillante, fue Strauss el que estuvo al mando del proyecto. Por eso no debería sorprenderme que, después de que Ellis trabajara de manera incansable para terminar los cálculos arquitectónicos y el diseño de la estructura, e incluso antes de echar la primera palada de tierra, Joseph Strauss lo despidiera.

Me pregunto cómo reaccionó Patrick O’Riley al enterarse de que habían despedido al hombre que tanto admiraba, el hombre para el que siempre quiso trabajar. Anoto la fecha del despido: fue unos días antes de la Navidad de 1931, en medio de una profunda crisis económica. En el diario de Patrick no encuentro ninguna mención al suceso, solo una anotación aislada y poética.

«Mis esperanzas se las ha llevado el viento de la bahía. La vanidad ha vencido a la virtud. Voy a tardar mucho más de lo que pensaba en traer a mi familia. Anna y los chicos tendrán que seguir viviendo en la miseria».

Examino el diario a fondo, pero no encuentro ninguna otra mención al señor Ellis.

b

Siete pendientes de plata enmarcaban la oreja derecha de la cajera que hablaba con Brock detrás del mostrador. No había olvidado la nariz y las cejas, todas ellas llenas de pendientes. Brock estaba haciendo tiempo mientras Sharon terminaba con un cliente. Según el reloj de la pared, Dave se estaba retrasando seis minutos. Brock se disculpó y consultó su teléfono. No había ninguna respuesta a los mensajes que le había enviado.

—Hola, guapo —susurró Sharon mientras se acercaba.

—Hola, preciosa. Estás impresionante —respondió Brock.

Sharon sonrió mientras se sacudía de la blusa unos mechones de pelo.

—¿Tienes cita? —preguntó, sin consultar la agenda.

—Ojalá —repuso Brock—, pero tengo un amigo que necesita un corte de pelo más que yo.

—¿El que perdió a su mujer?

—El mismo. Trátalo bien.

—No te preocupes. ¿Dónde está?

—Está a punto de llegar.

Brock llamó otra vez a Dave. Respondió el buzón de voz.

—Espero que no se retrase —dijo Sharon—. Tengo el día completo, y odio hacer esperar a los clientes.

—No te preocupes —dijo Brock—. Vendrá, te lo prometo. Tiene que estar al caer.

• • •

Dave estaba sentado a solas en su despacho. Brock no se molestó en llamar.

—Buenos días —dijo—. Te he echado de menos esta mañana.

Dave arqueó las cejas, abrió los ojos de par en par y echó un vistazo a su reloj.

—Es verdad... Habíamos quedado en la peluquería. Lo siento, lo olvidé.

Su móvil descansaba encima de la mesa. Brock le dio un golpecito con el dedo, lo bastante fuerte como para emitir un sonido audible.

—¿Tampoco oíste el teléfono? Te llamé un millón de veces.

Al ver que Brock no le creía, Dave sustituyó su sorpresa por un encogimiento de hombros. Ya no le importaba.

—Lo siento, pero no pude ir. Tenía cosas que hacer.

Brock cogió una silla y la acercó a la mesa. Le dio la vuelta y se sentó sobre ella a horcajadas, descansando los brazos en el respaldo.

—Dave, puede que no te guste lo que te voy a decir.

—¿El qué?

—Antes que nada me gustaría pedirte disculpas. Pero si quiero ser un amigo de verdad y no un simple compañero de trabajo, será mejor que sea sincero.

Era una faceta de Brock que apenas había visto, y al hacerlo sintió un escalofrío.

—Pues dilo —exigió Dave, poniéndose a la defensiva.

—Meg, Brad, Brittany, Angel... se han ido, Dave, y no van a volver. Han pasado semanas, incluso meses, y no consigues superarlo. En realidad, cada día estás peor. Necesitas ayuda.

—¡Tú no tienes ni idea de lo que estoy pasando!

—Es verdad, y rezo para que nunca me pase. Pero, si alguna vez tengo que vivir algo parecido, me gustaría que fueras mi amigo y me dijeras la verdad.

Dave no dijo nada. Pero Brock aún no había terminado.

—No estoy diciendo que tengas que ir todo el día con una sonrisa. No estoy diciendo que tengas que salir de fiesta todas las noches. Lo que *estoy diciendo* es que ya es hora de afrontar la situación. Si no puedes hacerlo por ti mismo, entonces vamos a buscar a alguien que te ayude.

Dave sintió deseos de salir corriendo. En lugar de eso se quedó sentado como una estatua, frío e inmóvil. Unos segundos después miró a su amigo con aire preocupado.

—La vida es un asco —dijo.

—Sí, no voy a negarlo, en ocasiones lo es —repuso Brock—. Pero, aun así, hay veces que te envidio.

—¿Que me envidias? ¡Lo he perdido todo! ¡No digas tonterías!

—No estoy diciendo que envidie tu situación actual; nadie lo haría. Quiero decir que envidio lo que tenías antes del accidente: tu mujer, tus hijos... Mírame. Ya sé que parece que vivo en el paraíso, pero la verdad es que nunca he tenido a nadie importante en mi vida, nadie que me quisiera de verdad. Puede que nunca llegue a tenerlo.

—¿Quieres que te compadezca? ¿Es eso lo que quieres?

—No, quiero que comprendas que, aunque ahora estés triste, la vida es mucho mejor de lo que tú te crees.

Era evidente que, a su manera, Brock estaba intentando ayudarle.

—Brock, siento no haber ido a la peluquería. Intentaré mejorar a partir de ahora.

Brock vaciló, como si no supiera si debía continuar.

—Mientras seamos amigos, te diré la verdad. Tu trabajo está empezando a resentirse. Ellen ya no sabe qué hacer contigo.

—¿Va a despedirme?

—No. Todavía, no. Así que toma aire y haz un esfuerzo. Aún te queda una vida maravillosa por delante. Y, por favor, córtate el pelo. Estás empezando a asustarme.

Capítulo 11

Todos los días como en el parque que hay junto al edificio de Historia, porque el césped y los caminos siempre están llenos de profesores y estudiantes. Es un espacio perfecto para observar a los desconocidos.

Mirar a la gente es una extraña costumbre. Es como si visitaras un zoo humano. Hoy, mientras veo pasar a los extraños, me pregunto por el destino, por la manera en que se cruzan nuestras vidas. Me pregunto qué papel juega el destino en todo ello. Pensemos, por ejemplo, en esos dos que pasan a mi lado. No me ven; ni siquiera se dan cuenta de que existo. ¿Y si aparece mi príncipe azul y, cuando pasa a mi lado, estornudo, y él se da la vuelta y me ve, y me dice hola, y hablamos, y empezamos a salir, y por un simple estornudo, la vida de dos personas cambia para siempre? Si es así como funciona la vida, entonces estoy perdida. ¿Porque qué pasa si aparece mi príncipe azul y no estornudo?

Además de preocuparme por los estornudos, muchas veces me invento juegos. Hoy estoy jugando a adivinar la profesión de la gente. El señor de la coleta gris es un artista seguro. Un pintor de arte moderno, para ser exactos. La mujer con demasiado maquillaje que va detrás de él trabaja para... un cirujano plástico. El hombre con el maletín y la corbata... apuesto a que es el director de una multinacional que fabrica... cepillos de dientes.

Otras veces busco parecidos con famosos y juego a «separados al nacer». Es increíble la cantidad de gente que se parece a personas ricas y famosas. Hace dos días, por ejemplo, vi pasar al doble de Frank Sinatra. No era él, por supuesto, porque Frank Sinatra está muerto. Pero aun así fue emocionante.

No importa el juego, lo que me interesa es la vida de la gente. Si veo a una persona sentada sola en un banco y puedo observarla con atención, empiezo a hacerle preguntas en mi mente. ¿Estás casada? ¿Tienes hijos? ¿Tú también te quedas por la noche viendo películas en blanco y negro? ¿Alguna vez has tomado pizza fría para desayunar? ¿A ti

también te ha traicionado la persona que amabas? ¿Qué te hace reír o llorar? Y lo más importante: ¿sigues conservando la esperanza, a pesar de todo?

También me pregunto por la gente cuando visito el Golden Gate, cuando me asomo a la barandilla y miro el agua, cuando veo la oscuridad de las olas a seiscientos quince metros de mí. También en esos momentos me pregunto por cómo se entrecruzan las vidas de los extraños.

¿Qué habrá sido de la gente que mi padre salvó? ¿Serán padres o madres? ¿Tendrán un buen trabajo? ¿Estarán intentando educar a sus hijos para que tengan una vida mejor? ¿Seguirán teniendo problemas con las drogas, estarán deprimidos, furiosos? Es más, ¿seguirán con vida, o habrán encontrado otra manera de lograr su triste propósito? Sobre todo, me pregunto si habrán sabido apreciar la bondad del hombre que les salvó la vida. ¿Entenderán que, a la larga, fueron ellos los que me quitaron a la única persona que me importaba en la vida?

Me pregunto si fue el destino el que quiso que mi padre estuviera allí para salvarlos. De ser así, ¿qué hay del hombre que le tiró del puente? ¿También eso fue voluntad de Dios? Me pregunto si podría haberse evitado. Si el hombre que mató a mi padre se hubiera distraído, aunque solo fuera por un segundo, ¿el resultado habría sido el mismo? Me pregunto qué habría pasado si, justo en el momento exacto, mi padre hubiera estornudado.

b

Ya estaba oscuro cuando Dave entró en el edificio. Mejor así. Prefería trabajar en sus proyectos de noche, cuando era más fácil pensar y no había distracciones.

Las últimas limpiadoras estaban vaciando las papeleras en la distancia, aunque no pudo ver a ninguna. Eran como los ratones, que trabajan por la noche y se desvanecen a la luz del día.

Una latinoamericana estaba limpiando el suelo de su despacho. Se la había cruzado en alguna ocasión cuando se quedaba a trabajar hasta tarde. Una noche estaba tarareando una canción, pero dejó de cantar cuando entró Dave. La mujer parecía inquieta, incluso asustada. Había intentado tranquilizarla dándole conversación, pero fue en vano. La mujer no le miraba a los ojos, se movía nerviosamente y no dejaba de asentir, sin importarle lo que le preguntara.

Ahora podía entenderla. Era tan agotador trabajar, concentrarse en una oficina llena de gente cuchicheando sobre el *hombre-que-perdió-a-su-mujer-y-a-sus-hijos*.

Dave echó un vistazo a su escritorio y a los crecientes montones de papeles que se acumulaban en la mesa. Todos los días hacía lo mismo: se prometía mejorar, se juraba que iba a afrontar el trabajo y la vida con otra actitud. Pero, como ocurre con la mayoría

de los votos silenciosos, era más fácil decirlo que hacerlo. Esa noche no fue ninguna excepción.

Después de veinte minutos encestando clips en la papelera de la esquina, dejó de sentirse culpable, se despezó y se levantó. Se estaba autodestruyendo y lo sabía. Sencillamente no sabía cómo parar. Quería quedarse, hacer un esfuerzo, pero las paredes le oprimían y le costaba respirar. Cogió su abrigo y se dirigió a la puerta. Volvería al día siguiente a primera hora a terminar sus informes.

Mientras esperaba a que viniera el ascensor, vio una luz debajo de la puerta de Brock. Decidió acercarse.

—¿Hola?

Llamó con suavidad a la puerta y luego la empujó. Dentro no se oía ningún ruido. No había nadie. Seguramente se habían dejado la luz encendida sin darse cuenta, o puede que la mujer de la limpieza aún no hubiera terminado. Dave echó un vistazo a la papelera. Estaba vacía. La limpiadora ya había acabado su ronda.

Brock había sido un buen amigo, mucho mejor de lo que habría sido Dave en las mismas circunstancias. Él nunca habría tenido el valor de decir lo que Brock le había dicho, estuviera equivocado o no. Cuando fue a apagar la luz, vio un montón de cartas encima de la silla. La primera llamó su atención. Dave la cogió del montón y la estudió. Era un sobre corporativo de tamaño normal, blanco y acolchado. Lo que le había llamado la atención era el emblema de la esquina: la silueta negra y anaranjada de una Harley-Davidson.

Al amparo del silencio y la soledad, Dave recorrió con el dedo el contorno de la moto.

«¿Qué sueños te estás perdiendo?».

«¿Prometes no reírte?».

«No prometo nada. Cuéntamelo».

*«Siempre he querido comprarme una moto
y recorrer el país».*

«¿Una moto? ¿Tipo Harley?».

Cuando dio la vuelta a la carta para mirar el remitente, se dio cuenta de que el sobre ya estaba abierto. Volvió a comprobar si se escuchaba algún ruido en la oficina, pero el silencio le confirmó que estaba solo. Sacó el papel doblado de la solapa, lo estiró y empezó a leer.

Estaba dirigido a Ellen, pero habían enviado una copia a Brock.

Estimada señora Brewer:

Fue un placer hablar con usted la semana pasada. Como le dije, he oído hablar maravillas de su empresa. Y resulta que no está lejos de nuestras oficinas en Nueva York.

Somos la empresa líder en la personalización de motos Harley-Davidson, Indian, BMW, Ducati y otras grandes marcas. Nos gustaría saber si sus estudios de mercado podrían favorecer el impacto de nuestro proyecto de expansión a nivel nacional.

Aunque partimos de buenos productos y conseguimos excelentes resultados gracias a nuestro proceso de personalización, nos gustaría entender mejor los hábitos demográficos y de consumo de nuestros clientes. No basta con crear las motos personalizadas más vendidas del mercado. Necesitamos maximizar nuestros presupuestos publicitarios entendiendo mejor a nuestros clientes.

Podemos hablar de nuestras necesidades con más tranquilidad en el encuentro que tendrá lugar la semana después del lunes, que es el día que llego a Nueva York.

Atentamente,

Shaun Safford
Vicepresidente de
Motos Personalizadas Bikehouse

• • •

Ya era más de la una cuando Brock llegó a casa. Dave estaba esperándole en los escalones de la entrada.

—Ya era hora.

—¡Dave! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tú también te dejaste caer por mi casa de madrugada. Te estaba devolviendo el favor. Me alegro de verte. Estaba empezando a pensar que pasarías la noche fuera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Brock.

—¿Tienes un momento para hablar?

—Claro. Vamos dentro.

Dave no quiso esperar.

—Escucha, necesito saber qué es esto.

Dave le entregó el sobre que había encontrado en su despacho.

Brock cogió la carta y la miró de reojo.

—¿Has estado mirando mi correo? ¿Has bebido o qué?

—Solo agua. ¿Por qué nadie me ha hablado de este cliente?

Brock se dejó caer a su lado en el escalón.

—Últimamente apenas te dejas ver. —Brock dejó que sus palabras se quedaran flotando en el aire—. ¿Dónde estabas hoy, por ejemplo?

—*Touché*.

—Además, ¿qué más te da ese cliente? —inquirió Brock.

En el momento que cruce el puente, habré experimentado todo lo que la vida puede ofrecerme. Habré hecho realidad mis sueños. Habré llegado a la meta.

—Es solo curiosidad. ¿Tú crees que Ellen me dejará trabajar con él?

Brock negó con la cabeza.

—Ni siquiera lo hemos conseguido. Y cuando lo hagamos, solo hará falta un responsable. Dave, has estado tan... distante. Si te soy sincero, tienes suerte de que Ellen te deje seguir en la empresa.

Dave sabía que Brock tenía razón, pero ya no le importaba.

—Si logro convencerla, ¿me dejarás encargarme de este cliente?

Brock se echó a reír y se acercó un poco más a él.

—Tío, estoy desbordado de trabajo. Me encantaría librarme de él, pero, sinceramente, no creo que estés preparado.

Inquieto, Dave cambió de postura. ¿Cómo podía convencerle? ¿Cuánto debía contarle?

Brock habló antes de que pudiera decidirse.

—Reconozco esa mirada.

—¿Qué mirada? —preguntó Dave.

—Tu mente yendo a mil kilómetros por hora para resolver un problema, barajando todas las posibilidades. Hacía siglos que no la veía.

—Necesito conseguir ese cliente, Brock.

—La única diferencia es que esta noche pareces un poco inquieto... desesperado incluso. ¿Estás tomando algo?

—¿Qué?

—Ya sabes, drogas.

—No, por supuesto que no.

—Déjame que te huela el aliento —dijo Brock.

Esta vez fue Dave el que se echó a reír. Brock se inclinó hacia atrás en los escalones.

—Hacía siglos que no te oía reír así.

Dave se encogió de hombros para quitarle importancia. Su plan estaba funcionando.

—Brock, te aseguro que puedo encargarme de ese cliente. En serio.

Brock le dio una palmadita en la espalda, como haría un padre con su hijo.

—Mira, dentro de dos semanas será la reunión con Bikehouse. Ponte guapo, córtate el pelo y habla con Ellen. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—¿Entonces te parece bien?

Brock asintió.

—Ahora bien, te advierto una cosa: no vas a conseguir convencerla. Pero, si quieres intentarlo, cuentas con todo mi apoyo.

En los profundos recovecos de su mente, Dave empezó a planificar su estrategia. Al hacerlo, empezaron a surgir preguntas: ¿Por qué sentía tanta curiosidad? ¿El cliente había aparecido por pura coincidencia, o había algo más? Se le ocurrió la posibilidad de estar perdiendo la cabeza, de encontrarse al límite de la cordura. No había ningún motivo para estar tan contento, tan esperanzado por un estúpido contrato. A excepción de que, cada vez que pensaba en Bikehouse, las palabras de Megan le venían a la mente.

Sin embargo, seguía habiendo un problema: su jefa.

Capítulo 12

Como dice el refrán, las situaciones desesperadas exigen medidas desesperadas. Dave no estaba desesperado, solo intentaba aferrarse a algo para no caer por el precipicio, cualquier cosa que le ayudara a entender los últimos acontecimientos de su vida.

Se apoyó en el cristal de la ventana del cuarto piso y miró la calle. Ellen siempre llegaba pronto, por eso no le sorprendió ver su Mercedes verde acercándose al edificio a las seis y cuarto y esperando a que se abriera la puerta del garaje.

Sabía que aquella costumbre volvía loco a su marido, como él mismo se encargaba de proclamar en las fiestas de la empresa, especialmente cuando había bebido más de la cuenta. «Eres la jefa —le decía a su mujer—. No hace falta que llegues tan pronto». Ellen había confesado a Dave en varias ocasiones que lo hacía precisamente por ser la jefa.

Dave corrió a su propio despacho y esperó a que se oyera el sonido del ascensor. Una vez que Ellen llegó a la planta, le dio diez minutos más para que se instalara en su despacho antes de llamar a la puerta.

—¿Dave?

Su sorpresa parecía auténtica.

—Buenos días.

Ellen se levantó, le dio la mano y le invitó a sentarse. Para la ocasión, Dave había elegido su mejor traje: un Armani negro combinado con una corbata de seda. Ambos le sentaban como un guante. Le habría gustado tener tiempo para llevar la chaqueta al tinte, pero tuvo que conformarse con plancharla en casa. A pesar de las prisas, llevaba las prendas con soltura, autoridad y confianza. A excepción de su pelo, más largo de lo habitual, parecía... *normal*.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó Ellen.

Dave había planeado sus palabras cuidadosamente. Esta vez no iba a andarse por las ramas. Iría al grano desde el principio.

—Brock me habló de Bikehouse. —Decidió ahorrarse que había estado curioseando en su correo. Ellen asintió, esperando a que terminara—. Brock me ha dicho que está un poco desbordado con...

No. No era eso lo que quería decir. En realidad, Brock estaba desbordado con el trabajo que él no hacía.

—Me gustaría ayudarle asumiendo la responsabilidad de ese cliente.

Dave se enderezó en su asiento tratando de transmitir confianza, como si fuera su primera entrevista en la empresa.

—¿Bikehouse? —Ellen se inclinó hacia él—. ¿No te parece que ya tienes suficiente trabajo, Dave? ¿Cómo llevas tus clientes?

Dave entendió adónde quería llegar.

—Últimamente los llevo mejor... mucho mejor.

Ellen le miró con aire escéptico.

—Dave, ¿dónde estuviste los tres días que faltaste la semana pasada? Es más, ¿dónde estuviste ayer?

Nunca se le escapaba nada. ¿Qué podía hacer para convencerla?

—Estoy aquí hoy.

Ellen asintió.

—Sigo pensando que debes controlar los clientes que tienes antes de ponerte con otros.

Dave se levantó. No podía ponerse sentimental. Puede que así consiguiera un poco de comprensión, pero no la asignación de ese trabajo. Se dio la vuelta y tomó aire.

—Ellen, escucha. He estado en el infierno y he vuelto —hizo una pausa—. En realidad, creo que el jurado aún no ha decidido si tengo que volver. Lo he pasado muy mal, y te pido perdón por mi comportamiento.

—Dave, no te estoy pidiendo una disculpa.

—Lo sé, pero es lo menos que puedo hacer. Te he decepcionado, he decepcionado a Brock, he decepcionado a toda la empresa. Pero sobre todo me he decepcionado a mí mismo.

—Tengo que preguntarte una cosa... ¿por qué te atrae tanto Bikehouse?

¿Cómo responder? ¿Qué podía decirle, la verdad?

—Es algo personal.

—¿Personal? ¿A qué te refieres?

¿Qué sueños te estás perdiendo, cariño? ¿Qué sueños?

—Megan... bueno, mi mujer solía burlarse de mí porque quería conducir una Harley. Muchas veces bromeábamos sobre eso. Yo siempre le decía que me gustaría aprender a montar en moto algún día.

Puede que Ellen estuviera intentando ocultar su confusión, pero ya no pudo hacerlo por más tiempo. Dave se puso tenso. No pretendía sonar tan subjetivo, tan sentimental.

—Dave, aprecio tu entusiasmo. No te veía tan ilusionado con un cliente desde hace... en fin, desde hace meses.

Dave esperó.

—Pero mi respuesta sigue siendo no. Aún no.

Dave barajó sus posibilidades. Podía amenazarla con marcharse. ¿Se arriesgaría a perderle? Probablemente. ¿Le preocupaba a él esa posibilidad? No por el trabajo en sí, o al menos no últimamente. Pero eso era antes de que apareciera Bikehouse. ¿Qué podía hacer? Ya había expresado su interés. Tal vez lo mejor fuera retirarse y esperar.

—Entiendo.

Ellen inclinó la cabeza. Parecía sorprendida de verle renunciar tan fácilmente. Dave se acercó a la puerta y tocó el picaporte.

—Dave, espera —dijo Ellen.

Dave se detuvo, se dio la vuelta y esperó. Ellen abrió un cajón de su escritorio y buscó entre varias tarjetas.

—Hace tiempo que estaba esperando el momento de dártela. He estado preguntando, y me gustaría que fueras a ver a esta persona, el doctor Alex Jaspers. Me han hablado muy bien de él.

Ellen se levantó, se acercó a él y le entregó la tarjeta.

Dave la aceptó con educación y se quedó mirando el nombre.

—¿Un loquero?

—Algo así. Es un terapeuta especializado en duelo. Ayuda a la gente que ha sufrido... en fin, una pérdida. —Dave la escuchó con atención—. Ve a verle, la empresa correrá con los gastos. Sigue así, y tal vez consigas ese cliente.

—Gracias, Ellen.

—Espero que te ayude. Así podrás ayudarme a mí.

Siempre ejerciendo de jefa.

—¿Cuándo es la primera reunión con Bikehouse? —preguntó Dave.

—Dentro de dos semanas haremos la presentación. —Ellen se quedó pensando—. Oye, ¿por qué no vienes? Podríamos improvisar. Si vas a ver al doctor Jaspers, si la reunión sale bien, si me demuestras que ha vuelto el viejo Dave Riley, Bikehouse será cosa tuya.

Dave le estrechó la mano con fuerza. Aún tenía una oportunidad.

—El viejo Dave Riley acudirá a la reunión. Te lo prometo.

Dave se fue a su despacho con aire resuelto. Gloria aún no había llegado. Se quitó la chaqueta y la colgó en el gancho de la pared. Luego cerró la puerta. Aún tenía una oportunidad, una esperanza. Después de comprobar el pestillo, se hundió en el sillón,

apoyó la cabeza en la mesa y, tapándose la boca con un pañuelo de seda para amortiguar el sonido, se echó a llorar en silencio.

b

En mi trabajo no pretendo ser rápida, pero sí cuidadosa. Esa es la razón por la que me contrató el profesor. Es una cualidad que me inculcaron desde niña, una lección que aprendí gracias a mi padre: «Katie, si vas a hacer algo, hazlo bien».

No encuentro las palabras exactas, pero en el diario de Patrick hay anotaciones que se parecen a lo que decía mi padre.

«Estamos hilando el cable más rápido de lo que se ha hecho en toda la historia de la arquitectura. Mucho más rápido. Es un trabajo estresante y contradictorio. Si no terminamos en julio, Roebling dice que la empresa perderá dinero. Pero además tenemos que combinar la rapidez con la calidad. Como dice Strauss, es un puente destinado a durar “para siempre”. Yo estoy de acuerdo, por eso, si ponemos en una balanza la rapidez y la calidad, yo me inclino por la segunda. Tenemos que hacer bien el trabajo».

Es una lección que me recuerda a la sabiduría de mi padre, y eso me lleva a preguntarme una cosa: ¿quién era este hombre, y por qué razón mi padre tenía su diario?

b

La recepcionista forzó una sonrisa mientras empujaba la carpeta en su dirección.

—Por favor, rellene la información del formulario —dijo.

Dave se llevó los papeles a una silla de la sala de espera, que le recibió con sus paredes brillantes, sus acostumbradas revistas y sus jarrones de flores frescas. A excepción de una anciana que estaba dormida en una silla, la sala era bastante acogedora.

Al cabo de unos minutos, la misma recepcionista entró y anunció:

—Señor Riley, puede pasar. Acompañeme, por favor.

Dave siguió a la mujer por el pasillo y entró en el despacho del doctor. Unas ilustraciones de colores brillantes cubrían dos de las paredes del despacho; Dave se dio cuenta de que todo estaba pensado para animar a los pacientes deprimidos.

—¿Señor Riley? —preguntó una mujer, extendiendo la mano—. Soy Alex Jaspers. Es un placer conocerle.

Dave estrechó la mano de la mujer, tratando de ocultar su confusión. La recepcionista colocó el formulario en el escritorio de la doctora y salió del despacho.

—Parece sorprendido.

—Disculpe. —Dave le soltó la mano y dio un paso atrás—. Es solo que... en fin, pensaba que Alex Jaspers sería... un hombre.

La doctora asintió con aire comprensivo.

—Sí, suele pasar. La culpa la tiene mi madre. Nunca la perdonaré.

La mujer señaló la silla que había enfrente de su escritorio y los dos se sentaron. Dave observó a la doctora con atención mientras ella leía el formulario. Le recordó a una persona estudiando el menú de un restaurante sin saber qué elegir. Tenía que manejar bien la situación, asegurarse de que todo saliera bien. El hecho de que fuera una mujer podía complicar las cosas... ¿o tal vez jugará a su favor?

La estudió mientras pasaba las páginas: puede que tuviera unos cuarenta años, aunque tenía el pelo recogido y era difícil asegurarlo. Escritorio ordenado; puede que demasiado ordenado. Leía recostada en su silla, bastante relajada. Era evidente que no tenía prisa.

—¿Cómo quiere que le llame, señor Riley o David? —preguntó al fin.

Desde que tenía uso de razón, todo el mundo le llamaba Dave.

—David está bien.

La mujer anotó algo en su cuaderno.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. Puede llamarme Alex o doctora Jaspers, como prefiera.

—Gracias, doctora.

—¿Por qué no empieza hablándome un poco de usted?

—¿No debería estar tumbado en un diván o algo así?

—¿En un diván? Lo siento, pero lo único que tengo es esa silla. ¿No le resulta cómoda?

—No, es muy cómoda. Es solo que pensaba que... —Dave decidió cambiar de tema—. ¿Qué le gustaría saber?

—¿Cuánto tiempo estuvo casado?

Era una pregunta sencilla con una respuesta sencilla, pero, por alguna razón, le sentó como un jarro de agua fría. Se la había hecho en pasado, como si quisiera insinuar que su matrimonio había acabado.

—Dieciocho años.

—¿Qué edad tenían sus hijos?

Otra vez. ¿Cómo era posible que fuera tan fría? Dave la miró sin responder. Se sentía confundido.

—¿Le resulta incómodo hablar del accidente? —preguntó la doctora.

—¿No debería?

—Me gustaría empezar diciendo que lo siento mucho.

—Sí, yo también.

—David, ha sufrido una pérdida que la mayoría de la gente ni siquiera logra imaginar. Mi trabajo consiste en ayudarlo a pasar el proceso de duelo de la forma más llevadera posible. —Dave cambió de postura en la silla mientras la doctora seguía hablando—: ¿Ha hablado del accidente con sus familiares y amigos?

Megan era su confidente. Con ella podía hablar de cualquier cosa. Pero ahora ya no estaba. ¿Con qué otra persona podía hablar?

La doctora Jaspers ladeó la cabeza, como si anticipara su respuesta antes de que pudiera mover los labios.

—¿Entonces no tiene familia? ¿No tiene apoyos de ningún tipo?

—Soy hijo único.

—¿Tiene amigos?

—Tengo compañeros. Brock es mi amigo.

—¿Ha hablado con Brock del accidente, de su dolor?

—Muy poco. Él no ha perdido a nadie. De hecho, nunca ha estado con nadie el tiempo suficiente para... En fin, Brock nunca podría entenderme.

Era su primera sesión. ¿Qué sabía ella de sus amigos y de sus sentimientos? Había perdido a su mujer y a su familia, y ella tenía el valor de sentarse delante de él en su sillón acolchado y sugerirle que lo único que necesitaba era hablar. Dave estudió su rostro con más atención. Tenía menos de cuarenta años, treinta y cinco como mucho. ¿Qué experiencia podía tener?

—Solo por curiosidad, ¿está usted casada? —le preguntó fríamente.

Quería controlar el transcurso de la entrevista, manipular el resultado. Pero se dio cuenta de que sus emociones se estaban adueñando de la situación.

—No, no estoy casada.

—¿Divorciada?

—No, nunca he estado casada.

—Debería salir con mi amigo Brock —dijo en tono de burla.

—David, estoy aquí para ayudarlo. Me gustaría ser su amiga.

Amiga. La palabra le irritó especialmente. Apenas conocía a esa mujer. Y desde luego no eran amigos.

—¿Puedo ser brutalmente sincero con usted? —preguntó Dave.

—Si no le importa.

—El dolor es algo que debo manejar yo solo, no endosárselo a mis amigos, y mucho menos a los extraños. Si quiere saber la verdad, doctora, estoy aquí para que Ellen, mi jefa, me asigne un cliente; lo necesito para seguir adelante con mi vida. El dolor es mi responsabilidad. No suya, ni de mis amigos. Mía.

Después de soltar aquel discurso, Dave se enfadó consigo mismo por haber traicionado sus motivos. Pretendía tener el control de la situación y lo había echado todo a perder.

—¿Entonces ha venido obligado?

—No a punta de pistola, pero sí.

—Supongo que su trabajo está empezando a resentirse.

—¿Usted qué cree?

La doctora ignoró su pregunta.

—¿Cómo exactamente?

Dave sintió deseos de levantarse, incluso de dar un portazo al salir, pero su jefa lo acabaría descubriendo. En vez de eso, tomó aire y cerró los ojos.

—Estoy cansado. Todas las noches me pongo a dar vueltas con el coche. Luego me quedo dormido y llego tarde al trabajo. Mi mente no deja de divagar. No puedo concentrarme. Veo a la gente discutiendo en la oficina por tonterías sin importancia y me dan ganas de ponerme a gritar.

—El proceso de duelo puede ser agotador. —La doctora anotó algo en su cuaderno y bajó el bolígrafo—. Puedo ayudarle a superar lo que está sintiendo ahora mismo, David. No puedo detenerlo ni hacerlo desaparecer, pero, si colabora conmigo, puedo suavizar, incluso acortar su proceso de duelo. Pero para eso necesito su ayuda... si usted quiere.

Hace un minuto era tan cínica, tan fría. Y ahora de pronto se mostraba sincera. ¿Sincera? Dave sopesó la palabra. Su trabajo consistía en ser sincera. De hecho, su trabajo consistía en fingir.

La doctora Jaspers esperó a que la mirara a los ojos antes de continuar.

—Antes me contó que su amigo Brock nunca ha querido a nadie de verdad, y que por eso no sabe lo que significa experimentar una pérdida. Luego me preguntó si estaba casada. Entiendo lo que quiere decir. Pero debe saber que yo *sí* sé lo que significa perder a alguien.

Su sinceridad sorprendió a Dave, que se arrepintió de haber sido tan brusco.

—No puedo saber exactamente lo que siente —siguió diciendo la doctora—, nadie puede. En ese aspecto, es verdad que está solo. Pero no se le ocurra pensar ni por un momento que no me importa o que no puedo entenderle.

—No quería expresarlo así.

Después de una larga pausa, casi dolorosa, la doctora le habló con una profunda tristeza.

—David, quiero que se tome el tiempo que necesite, pero hágale de Megan. Cuénteme por qué la quería, por qué la echa de menos. Luego, cuando termine, le hablaré un poco de Jonathan y de mi pérdida.

Capítulo 13

Debería estar trabajando en el proyecto de la Sociedad, pero me paso las horas estudiando el diario. Antes de irme a la cama, sigo leyendo las palabras de Patrick O'Riley.

«Estoy trabajando con un equipo de hombres fuertes y curtidos en la torre Marin. Hoy, una fuerte tormenta en alta mar ha arrastrado unas olas inmensas hacia la bahía. El oleaje ha provocado que la torre empezara a tambalearse y a temblar.

Mientras la torre se movía, me agarré a una viga para sujetarme. Luego eché un vistazo a mis compañeros para comprobar si el miedo me había traicionado y me había hecho quedar como un cobarde. Fue muy extraño, porque me di cuenta de que también sus ojos reflejaban el miedo a la muerte. Más tarde, en la taberna, le pregunté sobre el miedo a Bull Myers, el más duro de nuestros hombres. Bull gruñó y me dijo: “Un hombre sin miedo es un insensato”. Tiene razón. Los hombres que reniegan del miedo se arriesgan y hacen estupideces para demostrar su valor.

Ya no pienso seguir ocultando el miedo. No me avergüenza admitir que el puente me asusta. Pero lo que más me asusta es pensar que no voy a volver a abrazar a Anna y a los niños. Y así, mientras el puente asciende hacia el cielo y yo ascendiendo por la torre un día tras otro, mi miedo se convierte en valor y me mantiene a salvo.

Los hombres valientes no son los que no tienen miedo, sino los que ascienden a pesar del miedo. Todo el mundo tiene un puente que ascender. Al final del día, el miedo y yo nos damos la mano y partimos, sabiendo que volveremos a encontrarnos cuando tengamos que ascender juntos por el puente».

Mientras leo las palabras de Patrick, pienso en el miedo que debió de sentir mi padre cuando trabajaba en el Golden Gate. Y sin embargo nunca le recuerdo asustado. Es verdad que decía que su trabajo era difícil, incluso terrible, pero nunca vi miedo en sus ojos. Solo en los míos.

Desde la muerte de mi padre evito las torres. Prefiero estar en suelo firme. Me pregunto por las dudas, que son mis olas y tormentas particulares. ¿Alguna vez seré tan

valiente como Patrick O'Riley? ¿Alguna vez tendré el mismo coraje que tenía mi padre?

Aunque es una lección importante, lo que más me emociona es el cariño que transmiten las palabras de Patrick. Debajo de sus anotaciones, en los márgenes de la página, Patrick suele escribir pensamientos sobre Anna. Siempre aparecen separados de los cálculos arquitectónicos, como si quisiera evitar que su significado pudiera perderse o confundirse. No pretendo entender lo que significan, pero hay dos frases que me intrigan. Son expresiones enigmáticas. Sin embargo, sus palabras transmiten mucha fuerza.

«Con esta corona te ofrezco mi lealtad».

«Con estas manos prometo servirte».

b

Ellen estaba revisando unas gráficas financieras en su ordenador cuando Dave llamó con suavidad a la puerta.

—Hola, Dave. Pasa. Oye, acabo de hablar con Abel, del gabinete del gobernador. Dice que tus conclusiones sobre las tendencias de voto eran correctas. Han calculado un incremento hipotético del seis por ciento en los resultados de las próximas elecciones haciendo un uso limitado de sus recursos. Están pensando en ampliar el estudio.

—Estupendo.

Dave intentó aparentar entusiasmo.

—¿No te alegras? —preguntó Ellen.

—Claro que sí. Es fabuloso. Oye, he estado viendo a Alex Jaspers.

—¿Ya?

—Desde que hablamos he ido dos veces, tres contando esta mañana.

—Vaya, me alegra mucho saberlo. ¿Es competente?

—Desde luego. Nuestras sesiones están yendo muy bien. Tengo cita dos veces a la semana para los próximos dos meses.

Ellen asintió para mostrar su aprobación.

—Gracias, Dave. Si el seguro no te lo cubre, dile al doctor que pase la factura directamente a la empresa.

Dave se detuvo en la puerta.

—No conoces a Alex, ¿verdad?

—No. Una amiga mía me dio su tarjeta y me dijo que era muy profesional. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no es un *doctor*, es una *doctora*.

—¿Es una mujer?

Mientras su jefa se encogía de hombros con aire sorprendido, Dave reiteró el mensaje que había venido a transmitir.

—Me está ayudando mucho. Estoy mejor. Solo quería que lo supieras.

Cuando regresó a su despacho, Dave se detuvo el tiempo suficiente para coger unos papeles y su chaqueta.

—Gloria, estaré fuera el resto del día.

• • •

Dave esperaba que su traje y su corbata no le hicieran parecer un turista. Mientras se acercaba al edificio, se arrepintió de no haber salido con tiempo para pasarse por su casa y cambiarse. Pero si quería convencer a Ellen de que le dejara hacerse cargo de Bikehouse, tenía que aprender todo lo que pudiera sobre la empresa.

Hacía mucho tiempo que había descubierto que la información más útil sobre una compañía procede de las personas que están en las trincheras, trabajando en primera línea de cara al público. Y ahí era exactamente donde iba a dirigirse: a la primera línea.

Esperaba encontrar una tienda destartalada con un par de mecánicos grasientos sacando brillo a las motos, algo parecido a la película *Easy rider*. Pero nada más lejos de la realidad. El muestrario de Bikehouse en Lakeshore era impresionante.

Se parecía más a Las Vegas que a cualquier película sobre motos. Hileras de motos relucientes se alzaban en perfecta simetría, cada una iluminada por su foco correspondiente. Había docenas de motos de distintas marcas y modelos, todas inmaculadas y esforzándose por llamar su atención. No era una tienda de motos, era una galería de arte. El mismísimo Miguel Ángel se habría quedado con la boca abierta.

Pero eso no era todo. Detrás de las motos había una tienda dentro de la tienda, una zona llena de cazadoras de cuero, camisetas, jerséis, sudaderas, guantes, calcetines y cualquier accesorio imaginable, todos ellos con el emblema de motos famosas. La tienda no solo era deslumbrante, sino que además estaba llena de gente.

Dave sorteó las motos con cuidado, tratando de no llamar la atención. Su plan era fundirse con el entorno y estudiar el lugar antes de hacer preguntas.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarle?

Dave se asustó. Estaba tan concentrado asimilando la escena que no había visto al dependiente que se acercaba por detrás.

—Gracias, pero solo estaba mirando.

—Puede tocarlas si quiere.

—¿Cómo dice?

—Me refiero a las motos. Puede tocarlas. Mire a su alrededor. ¿Alguna vez ha visto algo más hermoso?

Dave echó un vistazo por la sala. El hombre tenía razón, aquellas máquinas relucientes no sabían cómo llamar su atención.

—Voy a ser sincero con usted...

Dave se agachó para mirar la tarjeta del dependiente.

—Me llamo Redd. Es un placer conocerle.

El hombre extendió la mano y Dave se la estrechó. Redd era un hombre mayor y corpulento, con una cara redonda a juego con sus dedos regordetes, pero que daba la mano con autoridad, o al menos con entusiasmo. El hombre sonrió bajo un bigote gris y enroscado que le hacía parecer un domador de circo.

—Yo me llamo Dave Riley. Me alegro de conocerle, pero en realidad no he venido aquí a comprar una moto. He venido a hacer un estudio de mercado. No quisiera hacerle perder el tiempo.

Esperaba una expresión de asombro o decepción. Pero Redd no mostró ninguna de las dos cosas.

—No es una pérdida de tiempo. Normalmente trabajo en la tienda o reparando las motos. Solo salgo a la zona de ventas cuando los dependientes habituales están muy ocupados.

Como si acabara de escuchar el comentario de Dave, Redd hizo una pausa.

—Así que un estudio de mercado... ¿y eso qué significa?

Aunque, técnicamente, su empresa aún no había conseguido un contrato, Dave decidió que, para hacerse entender, fingiría que así era.

—Trabajo para Strategy Data; somos una empresa especializada en estudios de mercado y opinión. Bikehouse acaba de contratarnos y, en fin... Estoy aquí para conocer mejor el producto.

—¿Le ha enviado su empresa?

—No exactamente. He elegido la tienda más cercana y he venido por mi cuenta.

Redd parecía intrigado.

—¿Y qué quieren estudiar?

Era una pregunta razonable y no podía negarse a responderla. Diría la verdad.

—No lo sé aún; no hemos llegado a tanto.

—Pues si quieren conocer las motos y la gente que las compra, pueden consultarme a mí. Les diré lo que necesitan saber por la décima parte de lo que le pagan a usted. Lo digo sin ánimo de ofender.

—No se preocupe. ¿Hace mucho que conduce una moto?

—Desde que tengo uso de razón.

—¿Le importa si le hago unas preguntas?

—En absoluto. Me pagan por horas.

Cuando el hombre sonrió, mostró el brillo de un diente plateado.

Dave empezó por una serie de preguntas que se le habían ocurrido por el camino.

—Hábleme de sus clientes. ¿Qué clase de persona compra una moto personalizada?

Redd se tomó la pregunta en serio y pensó cuidadosamente la respuesta.

—Cuando miras a una persona, es difícil saber quién es un motorista de toda la vida y quién *no*.

—¿Qué quiere decir?

—Por ejemplo, usted. Me atrevería a decir que casi nunca ha montado en moto, sea personalizada o no.

—¿Tanto se nota?

—Mírese. Está muerto de miedo.

Redd pasó la pierna por encima de la moto que quedaba más cerca y agarró el manillar. Parecía más cómodo *en* la moto que *fuera de ella*.

—Ahora eche un vistazo al hombre de ahí, el del traje. —Redd señaló a un viejo caballero que Dave había visto antes—. ¿Qué le parece?

Dave se encogió de hombros.

—Parece el clásico ejecutivo que está matando el tiempo a la hora de comer.

Redd asintió a medias.

—Es un ejecutivo, eso es verdad, pero no se deje engañar por el traje. Se llama Mason Weller, y hace años que pertenece a un club de motoristas. Viene de vez en cuando a mirar el nuevo inventario. No todos los motoristas llevan tatuajes y cazadoras de cuero, ¿sabe?

—Es verdad —admitió Dave—. ¿Y usted? ¿Por qué le gusta montar en moto?

—Ah, esa es otra cuestión.

Redd se bajó de la moto y le hizo un gesto para que le siguiera. Sortearon a los clientes que se aglomeraban en la tienda y luego atravesaron una puerta con un letrero que decía *Solo personal*. En la parte de atrás de un almacén, al lado de una puerta de garaje parcialmente abierta, descansaba una moto granate y plateada, que brillaba como si fuera a participar en un desfile.

—Esta es mi chica —dijo Redd como un padre orgulloso—. Es una Harley FXSB Wide Glide del 83, con motor bicilíndrico en V, pastillas de freno Girling y doble disco en la rueda delantera.

A Dave le pareció que estaba hablando en chino. Se encogió de hombros, fingiendo que le había entendido. Sin embargo, fue la siguiente instrucción de Redd lo que le asustó.

—Móntese.

—¿Cómo?

—Me ha preguntado por qué me gusta montar en moto. Se lo enseñaré.

Dave dio un paso atrás.

—¿Por qué no me lo cuenta?

Su comentario hizo reír a Redd. Tenía una risa muy alegre. Dave pensó que, si hubiera ido vestido de rojo y con una barba blanca, podría haber hecho de Santa Claus en un centro comercial.

—Mire, es que no soporto mancharme los pantalones de grasa —añadió Dave, intentando quedar bien.

Sin mediar palabra, Redd sacó un trapo blanco del mostrador adyacente. Lo extendió con sus dedos regordetes y limpió uno de los costados de la moto. Sin mirarlo, se lo enseñó para que viera que no había ni una sola mancha.

Dejó el trapo en el mostrador y se dirigió a Dave.

—Mire, no le estoy pidiendo que se dé una vuelta; solo quiero que sienta la fuerza del motor.

Redd pasó la pierna con soltura por encima de la moto, giró la llave y apretó el botón. El motor se encendió con un rugido.

Dave levantó el tono de voz para asegurarse de que Redd pudiera entenderle.

—¿Entonces no hace falta accionar el pedal para ponerla en marcha?

—Tiene un sistema de encendido eléctrico.

Redd se bajó e hizo una seña a Dave para que se montara en la moto rugiente. Dave se subió y se acomodó en el asiento de cuero. Era más cómodo de lo que pensaba. Agarró el manillar y quitó el peso del caballete. Al verle, Redd levantó el caballete con el pie y lo puso en su sitio, junto al chasis.

—¿Qué le parece?

—Muy bien.

No podía negarlo. La fuerza que sentía debajo de él, a sus órdenes, era estimulante, casi amenazadora.

—¿Entonces el embrague está en el manillar?

Dave se lo preguntó más para hacer conversación que para sugerir que quería conducir la moto de verdad.

Redd asintió.

—¿Quiere avanzar un poco para hacerse una idea?

—No se preocupe, estoy bien así.

—Venga, avance un poco.

No sabía si el hombre le estaba presionando o era su espíritu de vendedor. No quería quedar como un estúpido, así que asintió. Redd le enseñó a apretar la palanca de embrague para poner la moto en primera.

—Vaya despacio. Deje que avance un poco, suelte la palanca y accione los frenos. Es muy fácil.

Cuando Dave quitó el embrague, soltó el manillar demasiado deprisa. La moto dio una sacudida, y Redd tuvo que sujetarla para evitar que cayera al suelo. A Dave le ardieron las mejillas. Miró a Redd, esperando un gesto de preocupación; en su lugar, solo vio entusiasmo. Redd había encontrado a un nuevo alumno.

—¿Ha sentido la fuerza del motor? Pues esta moto no es nada comparada con una Dyna Wide Glide. Esa sí que te hace temblar las piernas.

Redd alargó el brazo, apagó el motor y puso el caballete. Parecía a punto de dar saltos de alegría. Dave se bajó de la moto, contento de no tener que seguir haciendo el ridículo.

—Entonces... ¿usted cree que es la fuerza de la moto lo que atrae a la gente? —preguntó, retomando la conversación por donde la habían dejado.

Redd bajó el tono de voz.

—Sí, es verdad que estas máquinas tienen mucha fuerza, de eso no hay duda. Pero para ser sincero, diría que no. No es eso.

—De acuerdo. ¿Entonces qué es?

Redd echó un vistazo a su alrededor, como si estuviera a punto de revelar un secreto importante.

—Es la libertad, Dave —susurró en tono reverencial, como si estuviera en la iglesia.

—¿La libertad?

—Claro.

—¿A qué se refiere?

—Un día que vayamos juntos a dar una vuelta se lo enseñaré.

—¿No podría explicármelo?

—En realidad es un poco difícil de explicar.

—Inténtelo.

—Bueno, sería algo así. —Redd se apoyó en la moto—. Cuando recorres este país inmenso en tu moto, cuando ves pasar las líneas del asfalto y respiras el aire puro, y te maravillas con la inmensidad del cielo, y sientes el calor de la tierra y te das cuenta de que hay fuerzas por encima de ti... En fin, eso te da la oportunidad de aclarar tu mente, de encontrar un lugar de paz, un lugar que merece la pena. Eso es lo que entiendo por libertad. ¿No es lo que todos estamos buscando?

A Dave no le había fallado la intuición. Si quieres saber algo sobre una empresa o un producto, pregunta a los que están en primera línea.

—Usted no es un mecánico —dijo en tono solemne.

Redd parecía confundido, como si no supiera qué responder.

—¿Ah, no?

—No —dijo Dave—. Usted es el mejor vendedor que he conocido en mi vida.

Capítulo 14

Patrick O'Riley era mucho más que un ingeniero. Era un artista. Sus dibujos son increíbles. Al lado de cada uno de ellos encuentro cálculos exhaustivos. La mayor parte ni siquiera pretendo entenderlos. En realidad, lo que más me fascina es la personalidad del hombre que se oculta detrás de su trabajo. Su sabiduría anecdótica está en todas partes, a veces escondida en una frase, otras subrayada en anotaciones que se prolongan varias páginas. Con cada descubrimiento, se multiplican las preguntas sobre él.

«He calculado la tensión del cable con una carga muerta a temperaturas normales. Luego he supuesto una carga máxima en los tramos laterales y he vuelto a calcular la tensión del cable con una carga viva en días de máximo calor. El resultado es sorprendente. ¡La tensión es menor con una carga viva que sin cargas de ningún tipo! El cable está más tenso cuando el puente está vacío que cuando está lleno de vehículos. Pensé que se trataría de un error, pero comprobé los números y el resultado seguía siendo el mismo. Estuve varios días preocupado hasta que el señor Moisseiff me lo explicó: la estructura del tablero no es rígida, sino flexible y, en el caso de nuestro puente, la estructura elude literalmente la carga y la transfiere a los cables, que a su vez la trasladan a las torres. ¿A que es maravilloso?

Ahora que Anna y los niños están tan lejos de mí, yo también tengo que soportar una carga mayor cuanto más vacío me siento. A veces no puedo soportar la soledad. Echo de menos a Anna. Me gustaría tener los medios para reunirnos cuanto antes. A veces no es más que un recuerdo distante, y me imagino que no es real en absoluto, sino la visión desesperada de un hombre solitario. Cuando me pasa eso miro su foto, recuerdo su sonrisa y sé que cada día que paso trabajando en el puente estoy más cerca de reunirme con ella y con mi familia. Ahora tengo que irme. Por las tardes me han destinado a un grupo nuevo. Pero me voy con una sonrisa. Me voy a trabajar en el puente por Anna».

Hay otra anotación escrita en el margen.

«Con este corazón te entrego el mío».

Siento que estas frases poseen un significado más profundo. Si juntas las tres, suenan como un voto nupcial. ¿Será algo tan sencillo como eso? Debajo de la última frase hay una súplica final, un misterio que me confunde todavía más: «Anna, rezo para que lleves la corona a la izquierda y hacia fuera. Ese es mi deseo más profundo».

Soy una persona curiosa por naturaleza, y aunque las palabras me sirven de consuelo, no puedo evitar preguntarme: ¿una corona? ¿A la izquierda y hacia fuera? ¿Qué demonios puede significar eso?

• • •

El profesor Winston llama a nuestras reuniones «evaluaciones de desempeño». Nuestras conversaciones, sin embargo, se parecen más a las charlas que tendría un padre con su hija. Me ha dicho que está encantado con mi nueva actitud, aunque yo no soy consciente de haber cambiado. Me acusó de estar saliendo con alguien en secreto, y cuando le dije que no era así, me prometió organizar una cita a ciegas. Estuve a punto de darle una bofetada allí mismo. Dejad que os explique por qué.

Hace cuatro meses le pedí que me recomendara a un contable. Con un extraño brillo en los ojos, el profesor me concertó una cita con su propio contable, un hombre recién divorciado. Cuando digo que «me concertó una cita», no me refiero a una simple consulta fiscal. Al principio me negué, pero el profesor siempre acaba saliéndose con la suya. Le encanta tener la última palabra.

Al final, su contable era por lo menos diez años mayor que yo, y además no era mi tipo: ni para salir, ni para hacer consultas fiscales. Por educación, decidí seguir adelante con la cita. Primero me llevó al cine y luego a cenar, ambas cosas bastante agradables, pero después me llevó a su apartamento. Yo pensaba que íbamos a reunirnos con el profesor y su mujer para tomar una copa, pero resultó que el profesor no podía venir y que me había quedado sola con mister Rarito.

El hombre estaba muy nervioso y se esforzaba demasiado en resultar simpático, lo cual me hacía sentir incómoda. Puso un poco de música suave, sirvió dos copas y me invitó a sentarme en un sillón para charlar. Empezó a contarme los detalles de su divorcio, pero dedujo por mi actitud que estaba cometiendo un grave error. Vaciló un momento; luego, como último recurso, decidió recurrir a un tema que conocía bien: «Los cambios en las leyes fiscales y la clase media». Cuando ya no podía soportarlo más, me disculpé y me fui al baño.

Volviendo la vista atrás, reconozco que estaba nerviosa y que, por lo tanto, mi comportamiento fue un poco irracional. Pero mientras estaba en el baño, me di cuenta de que el váter goteaba. Cuando digo que goteaba, quiero decir que el flotador que hay dentro de la cisterna para cerrar el paso de agua necesitaba un reajuste urgente.

Aunque tiré de la cadena y esperé, la cisterna seguía sonando como un río que fluyera hacia un desagüe, y en una ciudad donde el ahorro de agua es una prioridad, aquello me puso de los nervios.

Regresé al sofá, donde él seguía hablando como si nada, pero lo único que podía escuchar era el sonido de la cisterna de fondo. No sabía qué era peor: si la tortura del agua o las leyes fiscales.

No recuerdo el momento exacto en que lo hice, pero creo que fue entre «depreciación de valores para el máximo beneficio fiscal» y «aumento del rendimiento efectivo después de la deducción». Levanté la mano como si estuviera en clase y, cuando el hombre hizo una pausa, le pedí un destornillador.

En mi defensa alegaré que mi padre era soldador, que trabajó toda su vida reparando el Golden Gate, y que además me tenía muy bien instruida. Las cisternas son mi especialidad. Estoy segura de que el hombre se quedó extrañado, pero me dio lo que le pedía y luego me acompañó al baño, donde quité la tapa de la cisterna y ajusté el flotador. Cuando levanté la cabeza, el hombre murmuró algo sobre el fregadero de la cocina, y cuando le seguí hasta allí comprobé que, efectivamente, el grifo estaba goteando. Le pedí una llave inglesa; él me trajo unos alicates. Me las arreglé como pude y, quince minutos después, el grifo también estaba arreglado. Ahora tenía las manos manchadas de grasa, y no sé si era por sorpresa o intimidación, pero el hombre parecía incapaz de decir una palabra. Estaba tan asustado que no sabía por dónde retomar la conversación.

Su romántica música de fondo sonaba ahora como un rap en un funeral, así que corrió al salón y la apagó. Yo le seguí y extendí la mano, preparándome para despedirme. Él me la estrechó y luego miró la suya para comprobar si se había manchado de grasa. Me di la vuelta y esperé a que abriera la puerta, pero el hombre se quedó inmóvil con la vista clavada en mis manos. Yo me encogí de hombros, abrí la puerta y me refugié en el vestíbulo. Mientras caminaba por la calle buscando un taxi, no sabía si reír o llorar, hasta que entendí el motivo de su mirada: ¡me había llevado los alicates! Decidí echarme a reír.

Al día siguiente, mientras contaba al profesor los sucesos de aquella noche, se echó a reír tan fuerte que casi se atraganta. Le amenacé físicamente si volvía a concertarme una cita, pero no debí de resultar demasiado convincente, porque desde entonces no ha dejado de intentarlo. Para recordarme que debo decir que no, sigo conservando los alicates oxidados.

Antes de abandonar el despacho, el profesor me dice una cosa que no logro quitarme de la cabeza.

El próximo fin de semana, la Sociedad Conmemorativa del Golden Gate dará una cena a la que debo asistir. Tiemblo solo de pensarlo. Las señoras de la alta sociedad

me recuerdan a los gatos de raza, pero como son ellas las que pagan el proyecto, lo entiendo.

Ese no es el motivo por el que estoy nerviosa. Cuando me levanto para marcharme, el profesor añade con una sonrisa: «¡No llegues tarde! Esa noche tengo una sorpresa para ti, Katie. Créeme, es algo que recordarás el resto de tu vida».

Por si acaso, voy a llevarme los alicates.

Capítulo 15

—Buenos días, David.

La doctora Jaspers le estrechó la mano.

—Buenos días, doctora —dijo Dave mientras se ponía cómodo.

Odiaba la charla introductoria. A ella parecía divertirse. Esta vez decidió saltársela.

—Bueno, ¿de qué quiere que hablemos?

—Vamos a empezar con las cosas que le provocan frustración.

Buena pregunta.

—Me pongo enfermo cuando me dicen que todavía soy joven, que debería casarme otra vez. Como si fuera una cuestión de edad, como si otra mujer pudiera sustituir a Megan, como si el hecho de estar casado fuera lo más importante, no la persona.

La doctora asintió para mostrar que estaba de acuerdo.

—¿Qué más?

—Odio cuando la gente me dice que entiende cómo me siento. Nadie sabe cómo me siento. No pueden entender los momentos que he compartido con Megan y con los niños. No tienen ni idea de lo que mi familia significaba para mí, sencillamente no pueden. No deberían decir que entienden por lo que estoy pasando, porque no es verdad.

Aunque Dave notaba que la doctora tenía el control de la situación y seguía molestándole que le obligaran a ir a terapia, no podía negar que sus conversaciones eran útiles, incluso relajantes.

—Supongo que me dirá que debería ser más comprensivo —siguió diciendo—, que la gente que dice esas cosas solo está intentando ayudarme.

—¿Y no es verdad?

—Supongo que sí. Es solo que me resulta muy confuso. ¿Cómo controlarse cuando sientes dos emociones opuestas —gratitud y desprecio— al mismo tiempo?

—David, no sea tan duro consigo mismo ni con los demás. Está pasando por un proceso muy doloroso. Debe tener paciencia.

Era una respuesta indirecta, no una respuesta de verdad. Tal vez no había respuesta.

—David, en su última visita me dijo que iba a deshacerse de algunos objetos personales de Megan. ¿Lo ha hecho?

—No. He estado muy ocupado con el trabajo.

—Me gustaría que esté preparado para la experiencia. Es posible que, cuando llegue el momento, le resulte difícil.

La doctora se levantó y ajustó la temperatura del termostato. Luego añadió:

—Ha dicho que está muy ocupado con el trabajo. Me alegra saber que ha vuelto a recuperar la ilusión en ese aspecto. Sin embargo, me preocupa que esté utilizando el trabajo para ocultar sus sentimientos, para evitarlos en lugar de afrontarlos.

Dave se inclinó hacia delante en su asiento.

—Los estoy afrontando... Poco a poco.

Sus palabras parecían tranquilas y pausadas.

—David, si cree que esforzarse en el trabajo puede ayudarle a aliviar el dolor, no veo ningún problema en ello. Solo le estoy diciendo que tenga cuidado. No permita que el trabajo se interponga en el proceso de curación.

—Suen a algo que diría mi madre.

Lo dijo en tono de burla, pero la doctora aceptó la comparación.

La alarma de su reloj sonó. Dave la utilizaba para limitar la duración de sus conversaciones, como excusa para volver a la oficina.

—David, el hecho de que sea capaz de razonar a pesar de sus sentimientos, que sea capaz de hablar de ellos, indica que está progresando.

Dave asintió satisfecho, se levantó y le dio la mano. Volvió a darle las gracias por su ayuda y sus consejos. Al salir, justo antes de cerrar la puerta, confirmó lo que ambos sabían.

—¿Nos vemos el viernes?

• • •

El partido fue increíble. Cuando los Mets iban perdiendo por uno al principio de la novena entrada, su tercer bateador lanzó la pelota directa al campocorto. Si hubiera sido más rápido, el jugador habría atrapado la pelota y el partido habría terminado. Sin embargo, la pelota rebotó en el guante. El corredor de la segunda base debería haberse deslizado a la tercera, pero en lugar de eso decidió rodearla y seguir corriendo al *home*. Fue por muy poco, pero el árbitro gritó «quieto» y el partido quedó empatado. Después de dos *strikes*, el siguiente bateador golpeó la pelota con fuerza y la envió por encima de la valla, anotando dos carreras más que llevaron a su equipo a ganar el partido.

Eran casi las once cuando Brock frenó el coche frente a la casa de Dave en Jamesburg.

—Menudo partido —dijo por enésima vez.

Dave estuvo de acuerdo. Parecía de buen humor.

—A ver si me da tiempo a ver el resumen de las mejores jugadas. Aún no termino de creer la carrera que ha hecho Westman.

Había pasado una tarde muy divertida, sin sentimentalismos ni discusiones sobre el dolor, la ira o la pérdida. Solo cerveza, perritos calientes y béisbol.

—¿Qué planes tienes para mañana? —preguntó Brock—. ¿Te apetece salir a ligar?

Dave se echó a reír.

—Gracias, pero no puedo. Lo creas o no, mañana tengo cita en la peluquería. Y esta vez iré por mi cuenta. Después tengo que arreglar un poco el jardín.

—¿Te vas a cortar el pelo? ¡Ya era hora! Eso sí, no te canses demasiado segando. Recuerda que el lunes es la reunión.

—A las nueve en la sala de conferencias.

—Allí nos veremos.

Los dos amigos chocaron la mano. A continuación, Dave salió del coche y cerró la puerta. Hacía una noche preciosa. Se quedó un momento en la calle, viendo cómo se alejaba el coche de Brock. Mientras el rugido del motor se iba desvaneciendo en la oscuridad, se preguntó si habría un sonido más estimulante en el mundo. Sacó el correo del buzón y se encaminó a casa. El vecindario estaba tranquilo. Pensó en quedarse un rato más sentado en el porche para disfrutar del momento, hasta que se le ocurrió mirar el reloj: eran más de las once. Dentro de diez minutos se acabarían las noticias; después empezaría el resumen de los deportes.

Metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y encendió la lámpara del vestíbulo. Un fogonazo de luz le asustó. Se había fundido la última bombilla. Hacía tiempo que quería cambiar las otras dos.

—Nada como la oscuridad para empujar a un hombre a la acción —murmuró.

Fue caminando a tientas a la cocina, encendió la luz y abrió la puerta de la despensa. ¿Dónde estaban las bombillas de repuesto? Allí no había ninguna. Se acercó a la encimera y abrió el cajón de los trastos. Todas las casas suelen tener un sitio para guardar las herramientas extrañas y las piezas sueltas que no encajan en ninguna parte (hasta que finalmente se tiran). Dave rebuscó entre los cacharros, pero no encontró ninguna bombilla.

Echó un vistazo a su reloj. Aún le daba tiempo a revisar el armario de la entrada, donde Megan solía guardar los productos de limpieza. Nada. Pensando que tal vez había metido las bombillas en la parte de arriba, donde los niños no pudieran romperlas, tiró de una bolsa negra de plástico que ocupaba el cajón superior. Si no se daba prisa, se perdería la repetición de la jugada de Westman.

De pronto, un olor familiar captó su atención.

Dave sacó la bolsa y la abrió. Había tenido un día tan bueno, tan liberador, que sus demonios interiores tardaron un momento en asaltarle.

La cazadora de cuero era gruesa y suave; su diseño, sólido. El olor parecía ascender en círculos antes de contraerse en torno a su cuello y su garganta. Cuando le dio la vuelta, vio el sutil emblema de Harley-Davidson repujado en negro sobre la manga izquierda. Un sobre resbaló del interior. Dave logró atraparlo antes de que cayera al suelo. La solapa estaba metida por dentro; Megan detestaba el sabor de la goma adhesiva. Sacó la tarjeta y la miró. Era una tarjeta divertida. Megan siempre compraba tarjetas divertidas.

En la portada había un perro y unas letras que decían: «Perdona, ¿cuántos años tenías?».

Otro día, en otro momento, tal vez hubiera leído la tarjeta y se hubiera reído. Hoy, no. Sus ojos solo podían concentrarse en el mensaje que Megan había escrito a mano.

Hola, señor Coleta:

Cariño, no estés triste por cumplir cuarenta. Aún tienes toda la vida por delante. Me alegro de que me hayas elegido para compartirla contigo.

Disfruta de la cazadora, ¡pero no te emociones demasiado! ¡Feliz cumpleaños! Eres el amor de mi vida, una vida que estaría incompleta sin tí.

Te quiere,

Meg

P. D. ¡Y recuerda que, pase lo que pase, yo siempre seré más joven!

Debería haber sido un regalo especial, *podría* haberlo sido. ¿Por qué pensaba que el dolor no iba a volver, atravesándole el corazón como una cuchilla? Se dejó caer en el suelo, aferrando la cazadora entre los dedos. Un llanto profundo se apresuró a llenar el vacío dejado por la felicidad de aquel día.

A cuatro patas, Dave se arrastró al armario de madera de cerezo y cogió la botella que le quedaba más cerca, sin importarle cuál. Después, whisky en mano, se hizo un ovillo contra la pared y se refugió en la acogedora oscuridad del vestíbulo, donde empezó a beber... A beber y a olvidar.

Capítulo 16

—¿Aún no ha llegado? —preguntó Ellen.

Gloria sacudió la cabeza. Shaun Safford, vicepresidente de Bikehouse, llevaba esperando más de diez minutos en la sala de conferencias. Esa no era forma de impresionar a un cliente.

—Acabo de llamarle al móvil. Dice que llegará tarde y que vayan empezando.

—¿Que llegará tarde? ¿Está de broma? —preguntó Ellen.

En su rostro se dibujó un gesto de decepción, como una nube en un día de verano. Ellen se volvió hacia Gloria.

—Empezaremos sin él. Si llega dentro de diez minutos, dígle que pase. De lo contrario, dígle que el cliente ya está asignado a otra persona.

—Sí, señora. Lo entiendo.

Dave entró por la puerta veinte minutos más tarde. Gloria levantó la cabeza y se quedó horrorizada al ver su atuendo. En lugar de su chaqueta de Armani y unos pantalones, llevaba unos vaqueros, una camiseta y una cazadora negra de cuero. No se había afeitado y tenía el pelo revuelto.

—¿Señor Riley? ¿Se encuentra bien? Parece...

Gloria se calló antes de pronunciar la palabra.

Aunque llegaba tarde, Dave no se apresuró. No parecía tener prisa en llegar a la reunión.

—La verdad es que he tenido días mejores —respondió.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Gloria.

Le daba pena su situación; detestaba verle así. Era muy triste... no, era trágico ver cómo un hombre con tanto potencial se echaba a perder.

Dave sacudió la cabeza.

—No, gracias. Estoy bien.

—La reunión ya ha empezado. La señora Brewer me pidió que le dijera que el cliente ya está asignado a otra persona.

—Gracias, pero se supone que yo soy el responsable.

—Sí, pero la señora...

Dave la ignoró y se acercó a la puerta. Dentro podía escucharse la voz de Ellen. Miró de nuevo a Gloria y murmuró algo. Su secretaria no supo si estaba hablando con ella o consigo mismo. En cualquier caso, se avecinaba un desastre.

—Solo lo estoy haciendo lo mejor posible —repitió.

Dave bajó la vista, como si se diera cuenta de su aspecto por primera vez. Luego, borrando cualquier clase de emoción de su rostro, giró el picaporte y entró.

b

A las once de la mañana, cojo mi cazadora y salgo de casa. No tardo en llegar al Golden Gate. Aparco en la orilla sur, cerca del bulevar Lincoln. Entro en las oficinas de mantenimiento y paso delante de la recepcionista como una trabajadora más. Me resulta familiar, pero no logro recordar su nombre. Ella parece estar pensando lo mismo de mí.

Aunque hace dos años que murió mi padre, muchos de sus compañeros siguen trabajando en el puente. Estoy buscando a un hombre en particular, Tom Woods.

Tom fue ascendido a supervisor después de la muerte de mi padre. Eran muy amigos, y aunque Tom es un hombre muy fuerte, para él fue especialmente difícil aceptar la muerte de mi padre.

Lo encuentro sentado en el antiguo despacho de papá. Parece realmente sorprendido de verme.

—¡Katie Connelly! Espera, déjame adivinar. ¡Estás prometida!

No sé si lo dice en serio, porque Tom es muy bromista. Su humor me ayuda a relajarme, a sentirme cómoda en un lugar que ahora me resulta extraño.

—¡Todavía no! Estoy esperando a que estés disponible.

Sé que le hace gracia, aunque no se ríe. Nunca se ríe de sus propias bromas, y menos de las mías.

—Tendré que consultarlo con Millie. —Sin darme tiempo a pensar una respuesta, pregunta—: Bueno, ¿a qué debo el placer?

Hay dos hombres sentados a su lado, y la verdad es que no me apetece hablar delante de ellos.

—¿Sabes una cosa? —pregunta—. Necesito un poco de aire fresco. ¿Te apetece dar un paseo?

Asiento y salimos a pasear por el puente. Al cabo de un momento, le digo:

—Gracias por tu tiempo.

No sé qué decirle, pero de alguna forma tengo que empezar.

—El placer es mío, Katie.

—Me gustaría preguntarte una cosa —prosigo—. ¿Te suena de algo el nombre de Patrick O’Riley?

Tom se detiene y ladea un poco la cabeza, como si eso le ayudara a pensar. Pasan unos segundos antes de que termine de procesar el nombre.

—No, no que yo recuerde. Aunque, a mi edad, ni siquiera me acuerdo de lo que he tomado para desayunar.

Añado un poco más de información, esperando que pueda ayudarlo.

—Un día estaba curioseando entre las cosas de mi padre y encontré un diario. Es un diario antiguo y pertenece a un tal Patrick O’Riley. Al parecer trabajó como ingeniero o soldador en el Golden Gate.

—¿Estás intentando encontrarle?

—Supongo que habrá muerto. Solo me gustaría averiguar un poco más de él, descubrir de dónde ha salido el diario. Pensaba que tú lo sabrías.

—Lo siento, Katie. Ojalá pudiera ayudarte, pero tu padre nunca me habló de ningún diario. Al menos que yo recuerde.

Tom se da cuenta de mi decepción, pero aun así seguimos paseando y recordando. Hablamos de mi padre, de lo bueno que era, y mientras lo hacemos, noto una sombra de tristeza en su rostro.

—¡Todos los días! —susurra al fin, aunque apenas le entiendo.

—¿Todos los días qué? —le pregunto.

—Me refiero a tu padre —dice—. Todos los días pienso en él.

Estrecho su mano, esperando que le sirva de consuelo. Pero le rodea un halo de vacilación, como si quisiera decir algo y no le salieran las palabras.

Se da la vuelta para mirarme a los ojos.

—Katie, si...

—¡Tom! —digo, dando una patada en el suelo—. ¡Tú no pudiste hacer nada para salvarle!

Él respira profundamente.

—Eso no se sabe —responde, mientras se inclina hacia atrás—. Katie, nunca te lo he contado, pero ese día era yo el que tendría que haber estado en la viga hablando con el suicida. Me tocaba a mí encargarme del siguiente, y lo habría hecho, si no fuera porque...

Lo dice con tanta pena que siento una punzada en el pecho.

—¿Si no fuera porque...?

—Si no fuera porque olvidé los guantes. Acabábamos de empezar nuestro turno, así que regresé a por ellos. Cuando quise alcanzar a tu padre, ya estaba subido en un travesaño, enfrente del chico. Hablaba con él como si fueran amigos de toda la vida.

—¿El chico? Tenía dieciocho años, ¿no?

—Sí. Supongo que era un hombre, pero a mí solo me parecía un chico asustado.

—Dijeron que fue un accidente. ¿Es verdad?

Tom asiente con la cabeza antes de responder.

—El chico estaba subido a una viga y amenazaba con saltar. Supongo que tendría problemas con su familia. Tu padre solo tardó unos minutos en disuadirle. Se le daba muy bien convencer a la gente, era muy cercano. Pero entonces el chico resbaló. Tambaleándose, se agarró con una mano a lo alto de la viga mientras gritaba. La única manera que tenía tu padre de agarrarle a tiempo era quitándose el arnés.

—Ojalá no lo hubiera hecho —susurro.

—Katie, no todo el mundo se lo habría quitado, pero tu padre era distinto. Verás, algunos trabajadores de aquí tratan a los suicidas como si fueran... no sé... Locos, o raros, pero tu padre no era así. Los problemas de los demás no le impedían verlos como... iguales... Gente con dificultades, eso es verdad, pero, como él decía siempre, todos tenemos nuestros problemas.

—Sí, recuerdo que solía decir eso.

—Fue muy duro, porque no pude llegar a tiempo para salvarle. Tu padre se acercó al chico y consiguió cogerle del brazo, pero el chico era más fuerte de lo que parecía. Le aterrorizaba la idea de caerse. Tu padre lo tenía bien sujeto, y todo habría ido bien, pero cuando tiró de él, el chico estiró el brazo que tenía libre y, por alguna razón, se agarró de la bota de tu padre, y... en fin.

Sus ojos brillan de culpabilidad, los míos, de tristeza.

—No fue culpa tuya, Tom —digo, intentando consolarle.

—Ya te he dicho que eso es difícil saberlo. Supongo que solo quería que supieras que tu padre fue muy valiente. Aunque eso ya lo sabías.

Nos quedamos callados durante largo rato. Finalmente le doy las gracias. Cuando extendiendo el brazo para estrecharle la mano, me sorprende dándome un abrazo inesperado. Me doy la vuelta para marcharme, pero me llama.

—Katie, espera. ¿Te acuerdas de Ben Bryant? Trabajó con tu padre varios años antes de que yo entrara a formar parte del equipo. Podrías preguntárselo a él... me refiero a lo del diario. Es posible que sepa algo.

Me acuerdo del señor Bryant. Era un viejo calvo y gruñón, aunque hace por lo menos diez años que no lo veo. Ni siquiera sé si podría reconocerlo, y no creo que se acuerde de mí.

—¿Sigue viviendo en San Francisco? —pregunto.

—No, recuerdo que cuando se jubiló se fue a vivir a Palm Springs.

—¿Palm Springs, California, o Palm Springs, Florida?

—California. Creo que se compró allí un apartamento con su mujer... no recuerdo su nombre. Si quieres, puedo hablar con recursos humanos y preguntarles si conservan su número.

Le digo cuánto aprecio su ayuda y su amistad. De nuevo, percibo en él un gesto de emoción y, esta vez, de gratitud. Hablamos un rato más. Luego le digo adiós y me voy a casa.

En el camino, empiezo a hacer planes. Palm Springs está a ocho horas de San Francisco, siempre que no haya mucho tráfico. Este fin de semana tengo la maldita cena, pero el siguiente podría ir a visitar a Ben. Lógicamente, sería más fácil buscar su número y llamarle. Pero si no se acuerda de mí por teléfono, podría echar a perder mi única oportunidad. Mientras sopeso las alternativas, me acuerdo de unas palabras del diario.

«... Si tuviera que poner en una balanza la rapidez y la calidad, me inclinaría por la segunda».

Decido no apresurarme. En este momento, Ben Bryant es mi único recurso.

Capítulo 17

Cuando Dave entró en la sala, todas las conversaciones se silenciaron de golpe.

Se llamaba la *Sala de Cerebros*, el lugar de aquella empresa en expansión donde, todos los lunes por la mañana, se celebraban reuniones con altos ejecutivos para tratar sobre la estrategia empresarial. Hasta el accidente, Dave había asistido a todas ellas. Esa mañana observó las molduras decorativas como si las viera por primera vez. Una gran mesa de estilo rústico ocupaba el centro de la sala. Dos docenas de sillas rodeaban su perímetro; solo tres estaban ocupadas en ese momento.

Dave dirigió su atención a las personas que estaban sentadas a la mesa: Ellen, Brock y el señor Shaun de Bikehouse. Cualquiera de ellas podría haber salido en la portada de una revista: todas menos Dave.

Ellen abrió los ojos de par en par. Shaun se revolvió en su asiento. Brock se levantó e interrumpió el silencio para intentar rescatarle.

—Dave, me alegro de que hayas venido. Acabamos de empezar.

Después de vacilar un momento, Dave se acercó y extendió la mano a la única persona que no conocía. Hizo un esfuerzo para transmitir confianza.

—Buenos días, soy Dave Riley. Usted debe de ser de Bikehouse... Me alegro de conocerle. Su empresa se está expandiendo a una velocidad increíble.

No se disculpó por su aspecto ni por el hecho de llegar tarde.

Shaun se levantó. Ambos se estrecharon la mano. Ellen se encargó de hacer las presentaciones.

—Dave, te presento a Shaun Safford, vicepresidente de marketing de Bikehouse. Señor Safford, este es Dave Riley. Dave es... En fin, uno de los miembros de nuestro equipo.

Dave se dirigió a la silla libre más cercana, al lado de Brock. Mientras se sentaba, se dio cuenta de que Ellen lo estaba mirando.

Su jefa se dirigió a él. Sus palabras transmitían un evidente matiz de desprecio.

—Estábamos hablando de su imagen, Dave. Le estábamos explicando que, gracias a nuestra investigación y nuestros estudios de mercado, podemos mejorar la eficacia de su presupuesto publicitario. Ahora mismo le estaba comentando que nuestra agilidad como pequeña empresa juega a su favor, comparada con la burocracia de nuestra competencia.

Dave asintió. No dijo nada mientras Ellen seguía hablando de las ventajas de su empresa. Shaun la escuchó con educación, aunque se giró dos veces para mirar al recién llegado.

—Señor Safford, ¿tiene alguna duda hasta ahora?

Hasta entonces solo había hablado Ellen. Ahora, Safford parecía ansioso por intervenir.

—Estoy convencido de sus aptitudes como empresa. De lo contrario no estaría aquí. Es evidente que tienen el personal y la inteligencia que hace falta. Un par de fuentes fiables me han dicho que su capacidad para filtrar y analizar los datos de mercado es incomparable. Lo que quiero descubrir en esta reunión es si tienen el *espíritu* necesario para trabajar con una empresa como Bikehouse.

Sus palabras cogieron desprevenida a Ellen.

—¿El *espíritu*? —murmuró en voz alta.

—Sí, ya sabe... La emoción, la empatía —siguió diciendo Safford—. ¿Podría identificarse lo suficiente con nuestro público para dar respuestas intuitivas, en vez de limitarse a recitar datos de un estudio de mercado?

La veterana presidenta Ellen Brewer estaba preparada para responder a cualquier preocupación técnica que el señor Safford —o cualquier otro director de marketing, eso daba igual— pudiera plantearle... Cualquiera menos una que tuviera que ver con el *espíritu*.

—Yo creo que como empresa tenemos experiencia más que suficiente para proporcionar y entender las respuestas que necesite.

Ellen esperó, pero el señor Safford no pensaba dejarla escapar tan fácilmente.

—Su empresa tiene experiencia suficiente para reunir datos fundamentales, de eso no hay duda. Estoy de acuerdo. Lo que le estoy preguntando es otra cosa: ¿son capaces de entender a nuestros clientes como iguales? ¿Usted cree que sus datos nos indicarán la dirección correcta?

—Bueno, tenemos la experiencia y los conocimientos necesarios para extraer las conclusiones más precisas.

Ellen estaba perdida, y todo el mundo podía verlo.

—Creo que no está entendiendo lo que quiero decir —repitió Safford.

Una ligera sonrisa se dibujó en el rostro de Brock. Dave pensó que debía de parecerle divertido ver sufrir a su jefa, preguntarse cuánto tiempo debía dejarla quemarse antes de

coger el extintor. Después de un prolongado momento de silencio, Brock intervino en la conversación.

—Shaun, yo conduzco un coche deportivo. Tengo amigos que conducen Harleys, y otros que prefieren las Triumph. Incluso tengo clientes en las afueras de Nueva York que poseen un todoterreno. Apparently, todas estas personas son distintas, pero como empresa podemos identificarnos con todas ellas, porque somos profesionales. Los estudios de mercado no mienten, y tampoco discriminan. De hecho, el gabinete del gobernador acaba de solicitarnos un segundo proyecto de investigación. Volvieron a recurrir a nosotros porque supimos analizar las tendencias que reflejaban los datos.

Brock se quedó esperando la respuesta de Safford.

—¿El gabinete del gobernador?

Por el tono de su pregunta, Dave supo al instante que Brock había cometido un error. No debía mencionarse un estudio de marketing público en uno privado. Ellen ni siquiera se había dado cuenta; seguía moviendo la cabeza de arriba abajo, como si fuera una muñeca estropeada.

—¿Usted cree que un analista político puede entender a un comprador de motos personalizadas? —preguntó Safford.

Brock se quedó en silencio. Pero Safford no había terminado.

—Si no sabe responder a esa pregunta, pruebe con esta otra. —El hombre parecía incansable—. ¿Qué consejo le daría a nuestra agencia publicitaria para diseñar la campaña de este año? ¿Me siguen? ¿Cuál creen que debería ser el mensaje principal de nuestros anuncios, el que podría incentivar al americano medio a descubrir la belleza de, por ejemplo, una Harley, una Triumph o una Indian personalizadas?

Safford se volvió hacia ellos y esperó.

Desesperada, Ellen hizo todo lo posible para salvar la situación.

—Pensábamos que este encuentro se centraría en las labores de investigación de nuestro negocio, como introducción. Denos un día o dos y le proporcionaremos los consejos que necesita.

Safford ignoró su absurda respuesta y miró a Brock, que estaba haciendo un esfuerzo para reorganizar sus pensamientos.

—Como ha dicho Ellen, tenemos capacidad de sobra para responder a esa pregunta en concreto. Denos una oportunidad, y le aseguro que no se arrepentirá.

—Eso suena muy bien, pero los compradores de coches deportivos y los de motos personalizadas son... En fin, *como el agua y el aceite*. Esa es la expresión que me viene a la cabeza.

Brock parecía sorprendido por su brusquedad. Echó un vistazo a su jefa, que parecía debatirse en la indecisión. Estaba claro que iban a perder el cliente. Brock lo intentó una vez más.

—Si lo que quiere son motoristas, buscaremos motoristas.

Safford respondió con otra pregunta.

—Usted es Brock, ¿verdad?

—Sí.

—Dígame, Brock, ¿alguna vez ha montado una Harley personalizada, o una Harley cualquiera?

El silencio era asfixiante.

Como nadie respondía, Safford se volvió a Dave.

—¿Y usted? ¿Alguna idea? Hasta ahora ha estado muy callado.

La primera reacción de Dave fue marcharse y dejar que siguieran sin él. De todas formas, iban a despedirle en cuanto terminara la reunión. Pero, aunque Safford era un hombre muy brusco, sus preguntas eran razonables. Mientras Dave sopesaba su respuesta, lo único que se le ocurrió fue una palabra que le había dicho Redd, un mecánico de motos, hacía tan solo unos días.

—La libertad.

Exceptuando la presentación, era lo primero que decía en todo el encuentro.

—Perdone... usted es Dave, ¿verdad?

—Sí, señor, Dave Riley, y el mensaje que debe transmitir en su campaña es la *libertad*.

Ellen se quedó callada. Brock esperó a que Safford criticara su respuesta. Pero no lo hizo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que cuando una persona entra en un muestrario de Bikehouse y ve por primera vez una Harley o una Triumph personalizada, cuando huelen el cuero, cuando perciben la magia que transmite, lo que buscan es la libertad. —Safford se recostó en su silla mientras Dave seguía hablando—. Es lo que, de una manera u otra, todos estamos buscando.

Safford arqueó las cejas. Su cabeza se ladeó. Aprovechando la pausa, Ellen se inclinó hacia delante, dispuesta a añadir algo más para apoyar la opinión de Dave. Brock le tocó un brazo para indicarle que no era el momento.

—¿Podría explicarse un poco más? —preguntó Safford.

Dave se acordó de Redd y de su propuesta de hacer un estudio por la décima parte de lo que iba a cobrar Strategy Data. Y resulta que tenía razón. Hizo un esfuerzo para recordar los términos mecánicos y repetirlos de manera exacta. Le proporcionaría los datos de la fuente original. Lo único que le preocupaba era hacerlo con la misma convicción que Redd.

—Cuando miran la carretera, señor Safford, cuando ven pasar las líneas del asfalto por primera vez, cuando respiran el aire puro y observan el cielo, en ese momento saben

que están huyendo a un lugar donde encontrarán las respuestas, donde encontrarán la paz, donde encontrarán la esperanza y la libertad. Por eso compran una moto personalizada Bikehouse. Pero, por supuesto, me imagino que eso ya lo sabía, ¿no?

Safford esbozó una sonrisa.

—Si nos contrata —siguió diciendo Dave—, ese será el mensaje que le ayudaremos a transmitir. Porque, como dice Ellen, nosotros entendemos a sus clientes. Esa es la razón por la que Strategy Data tiene tan buena fama. Cuando decimos que podemos obtener una información de los datos que otros no pueden, lo decimos en serio. Mire, si está buscando la mejor moto del mundo, compre una moto personalizada Bikehouse. Si no le importan la reputación ni los resultados, entonces compre una moto cualquiera. Pasa lo mismo con los estudios de mercado. Si está buscando una consultora cualquiera, está en el sitio equivocado.

Brock parecía a punto de levantarse y ponerse a aplaudir; Ellen parecía dispuesta a saltar al unísono. Safford se inclinó hacia delante para mirarle mejor.

—Usted es el único de esta sala que va vestido como si supiera distinguir una Harley de un caballo. ¿Cuánto tiempo hace que tiene esa cazadora?

Dave no vaciló. Después del fin de semana que había pasado, ya no tenía motivos para preocuparse.

—La estrené hace poco. Fue un regalo de cumpleaños de última hora. Me la puse por primera vez el sábado por la noche y, si le soy sincero, desde entonces no me la he vuelto a quitar.

—¿Cuándo fue la última vez que condujo una moto?

Dave bajó los ojos, pensando la respuesta. Fue un paseo muy corto, un metro como mucho, pero aun así seguía siendo un paseo.

—El miércoles pasado. —Dave intentó recordar el modelo—. Una Springer Softail.

Sabía que lo echaría todo a perder si intentaba recitar el resto.

Con eso fue suficiente. Safford había picado el anzuelo.

—Una moto preciosa.

—Desde luego.

Si Safford le hubiera preguntado si la moto era suya, Dave le habría dicho la verdad. Pero no lo hizo.

En lugar de eso, se volvió hacia Brock y Ellen.

—¿Y ustedes? ¿Alguna vez se han dado una vuelta en una moto personalizada?

Brock negó con la cabeza. Ellen le imitó. Daba igual. Safford estaba mirando a Dave.

—Así que la libertad, ¿eh?

Dave asintió.

—Así es, señor Safford.

—Por favor, llámeme Shaun. Le daré una cita con nuestro equipo de creativos para que discutan los detalles del estudio, pero tengo que confesar que estoy impresionado. Siempre me gusta preguntar por el tema del *espíritu*. Los listillos de marketing nunca saben qué responder. Pero Dave estaba preparado, y eso me gusta.

Los miembros de ambas empresas se estrecharon la mano y se intercambiaron tarjetas. Ellen acompañó a Safford a la puerta del ascensor y después al coche. Cuando volvió, no podía ocultar su alegría.

—Eres un genio, Dave, ¡un maldito genio! Reconozco que, cuando te vi entrar sin afeitarse y con la cazadora de cuero, pensé que te habías vuelto loco. Tenía que haber confiado más en ti —soltó una carcajada al recordar su reacción—. Estoy perdiendo facultades con la edad. En serio. Tendría que haberme dado cuenta... —se volvió hacia Dave y le dio una palmada en el hombro—. Bienvenido, Dave. Bienvenido. Y que sepas que me encanta tu peinado. No me puedo creer que estuviera preocupada por ti. Tendrías que habérmelo dicho. Y no se te ocurra cortarte el pelo hasta que terminemos. En serio, ¿has visto cómo ha reaccionado? Eres un vendedor nato, un negociante, un genio con cazadora.

Capítulo 18

En el vestíbulo del salón hay más gente con buenas intenciones que en un gimnasio a principios de enero. Son los miembros más entrometidos de la sociedad. Los más concienciados. Los más sensibles y activos. Y hoy se han reunido para oír hablar del Golden Gate.

La mujer de la primera fila que está sentada a dos sillas del final, con las gafas de montura metálica y el pelo castaño y liso, guarda un extraordinario parecido con Diane Keaton. Es difícil decirlo desde aquí, pero el hombre que está de pie en la parte de atrás, junto a la mujer vestida de color lila, me recuerda vagamente a Justin Timberlake. Solo hay otro parecido evidente en mi juego de los famosos: un hombre que está sentado a unas cuantas filas del principio, que es la viva imagen de un joven Tom Hanks. El resto lo conforman señoras de la alta sociedad con el pelo gris, vestidos elegantes y un exceso de carmín en los labios.

Detesto los grupos grandes; me ponen nerviosa. Si hubiera sabido que tenía que estar sentada en la tarima con el profesor y su esposa, exhibida como un producto en un supermercado, habría inventado una excusa para quedarme en casa.

Después de mirar a la gente, me siento profundamente aliviada de haber elegido el vestido largo de flores en vez de la minifalda verde. Aunque llevo medias, todo el mundo sabe que los tacones, las faldas cortas y las multitudes son una peligrosa combinación.

Finjo escuchar al hombre que está subido al estrado, el hombre que lleva un esmoquin demasiado estrecho y que no deja de hablar del patrimonio y la posteridad. Finalmente, incapaz de soportar esta tortura por más tiempo, me invento un juego para pasar el rato, un juego perfecto para una reunión de señoras mayores. Se llama «Adivina el precio de la falda». Pronto, mi entretenimiento mental ha evolucionado a un auténtico concurso televisivo en el que los concursantes emparejan a los miembros del público en función de su atuendo. Es el mejor juego que he inventado nunca, y casi espero que suene una voz en off para anunciar los fabulosos premios de los ganadores.

Mi diversión se ve interrumpida por el profesor, que mira en mi dirección. Tal vez me estoy implicando demasiado en el juego y mi entusiasmo resulta demasiado evidente. Entonces, el orador anuncia mi nombre.

El profesor se inclina en su asiento y me susurra al oído:

—Ya te dije que tenía una sorpresa para ti. Perdona por avisarte con tan poco tiempo. Tienes que hablarles unos minutos de tu proyecto de investigación. Cuéntales de qué va para que se hagan una idea. No te preocupes. Lo harás muy bien.

Me quedo paralizada. Siento deseos de matarlos a los dos aquí mismo, delante de toda esta gente. Es verdad que habría muchos testigos, pero puedo alegar locura transitoria.

El profesor me da una palmadita en la rodilla, como si quisiera meterme prisa o darme valor para levantarme. Tengo la cara colorada y me tiemblan las manos. No sé qué decir, así que me quedo aquí sentada, sin moverme de la silla.

La sala se va quedando en silencio mientras disminuyen los aplausos. Los que estaban dormidos empiezan a estirarse. Ahora, el profesor está levantándose físicamente de mi silla, y como no me queda otra opción, me levanto y subo al estrado. Mientras, oigo que el profesor exhala un suspiro de alivio. Veo que la gente del público también suspira, aunque yo apenas puedo respirar.

Echo un vistazo a los rostros expectantes y echo de menos mi refugio en la universidad. Desde aquí tengo una vista perfecta de la mujer que se parece a Diane Keaton. Me está mirando. Justin Timberlake me está mirando. El joven Tom Hanks me está mirando. Las señoras de pelo gris me están mirando. Yo me quedo en silencio. No tengo nada preparado, nada que decir.

—Háblales del proyecto —oigo que susurra el profesor. No sabe que ni siquiera lo he empezado, que he estado demasiado ocupada con el diario.

Lo miro. Luego miro otra vez al público.

Me disculpo (pésima manera de empezar). Recito a trompicones algunos datos básicos sobre el Golden Gate que me vienen a la cabeza. Luego les hablo de la importancia del puente para la ciudad. Me equivoco. Hago una pausa. Tartamudeo. Digo tonterías sin sentido. Me parezco al profesor.

Noto que estoy empezando a repetir frases. Esto es un desastre, y sé que debería poner fin a este sufrimiento, por mi bien y por el de los demás, pero no sé cómo terminar. Hago otra pausa e intento reordenar mis pensamientos, salvar la poca credibilidad que me queda como investigadora. El público aguarda con paciencia.

Mientras busco algunas palabras contundentes para terminar, algún pensamiento que sirva para resumir mi mensaje, me vienen a la cabeza las palabras de mi padre. Me acuerdo de mi infancia y del juego de los alambres que practicaba con el trozo de cable cuando era niña. Me acuerdo de las palabras que mi padre me enseñó y de la lección

que aprendí gracias al puente. Pero, sobre todo, me acuerdo del hombre que siempre estuvo ahí cuando yo lo necesitaba.

La sorpresa de tener que hablar en público, unida a mi pánico a las multitudes y a los recuerdos de mi padre, hacen de mí un manojo de nervios. Noto que mis emociones se adueñan de la situación. Delante de todos estos desconocidos, hago algo espantoso: me echo a llorar como una niña.

El profesor se acerca para darme un pañuelo. Por primera vez, parece advertir que se ha pasado de la raya, que me ha obligado a hacer algo por encima de mis posibilidades. Cojo el pañuelo y le doy las gracias. Sé que debería sentarme, pero en lugar de eso me dirijo al público y trato de explicar mi comportamiento.

Vuelvo a disculparme y les cuento por qué estoy llorando. Les hablo de cuando mi padre trajo a casa un trozo de cable del Golden Gate. Les hablo de cómo se juntaban los alambres. Les hablo de todo lo que mi padre me enseñó, de la importancia de estar unidos, de cuánto le he echado de menos desde que murió. Haciéndome eco de sus palabras, digo: «Juntos, haremos lo imposible». Después, con los ojos manchados de rímel, avanzo a trompicones hasta mi silla y me siento.

La sala se queda en silencio, hasta que una señora de pelo gris sentada en primera fila se levanta y empieza a aplaudir. Al cabo de un momento, mucha gente está de pie, aplaudiendo. No paran de aplaudir. El profesor sonríe y agacha la cabeza, como si le estuvieran aplaudiendo a él. Me da otra palmadita en la rodilla y sigue haciendo reverencias al público. Yo me meto la mano en el bolsillo, encuentro un pañuelo usado y me froto los ojos manchados de rímel. Sigo frotando, el rímel se sigue extendiendo y el público no deja de aplaudir. Y lo único que puedo pensar es que he hecho bien en no ponerme la minifalda verde.

En la recepción, varios desconocidos me felicitan por mi estupendo trabajo. Descubro que la hermana gemela de Diane Keaton en realidad es la vicepresidenta de la Sociedad, que el doble de Justin Timberlake es dueño de varias tiendas de muebles y uno de los principales patrocinadores, y que el joven Tom Hanks es el director de un instituto en Crescent City donde van a estrenar mi proyecto. Todos me dicen que están deseando ver el resultado final, y añaden que, si se parece a mi presentación, será extraordinario.

Entonces, el presidente de la Sociedad se acerca para saludarme.

—¡Señorita Katie! —exclama, mientras me ofrece su mano y su sonrisa antes de estrechar la mía—. Sus palabras han sido apasionantes, incluso fascinantes. Todo el acto ha sido... —hace una pausa, sonríe y concluye—: ¡emocionante!

Mientras le devuelvo la sonrisa, mi cerebro de investigadora empieza a buscar otras palabras que rimen. Es curioso, pero solo se me ocurre asfixiante.

Otras personas siguen acercándose para aplaudirme, y aunque debería sentirme feliz de recibir sus felicitaciones, lo único que siento es un nudo en el estómago. No he empezado el proyecto, ni siquiera he conseguido hacer un esquema. He estado demasiado ocupada con un extraño diario escrito por un desconocido.

Mientras el público se dispersa, el profesor y su mujer se ofrecen para llevarme a casa. Acepto con educación, decidida a guardarme mis reproches para el próximo día.

El profesor se felicita una vez más mientras frena delante de mi casa.

—Esta noche has causado sensación, Katie... Me alegro de haber confiado en mi instinto.

Le doy las gracias, aunque no sé muy bien por qué, y salgo del coche. Antes de que pueda cerrar la puerta, me dice:

—Ah, una cosa más...

—¿Sí?

Pronuncia la frase rápidamente, suelta una carcajada y se va a toda velocidad, provocando que la puerta abierta se cierre por sí sola. Tardo un instante en asimilar su comentario. Cuando lo hago, solo me da tiempo a agitar el bolso en el aire para despedirme. Mientras abro la puerta y entro en casa, sus palabras me hacen reír.

«Katie, estás guapísima sin rímel».

b

Dave salió de la oficina justo antes de las tres. Esta vez, nadie cuestionó su ausencia. Encontró a Redd en el muestrario de Bikehouse en Lakeshore, detrás de una mesa impoluta de acero llena de piezas sueltas.

—¿Qué tal, Dave? ¿Cómo te tratan los ejecutivos?

—Muy bien. Le conté a Shaun Safford lo que me dijiste sobre la libertad. Le encantó.

—Claro, porque es verdad. Ya te lo dije, deberían contratarme.

—A eso he venido. Quiero contratarte.

El bigote de Redd se curvó en un gesto de confusión.

—¿Cómo?

Sus ojos se abrieron de par en par cuando Dave sacó su cartera y empezó a contar billetes.

—Espera un momento. Lo decía en broma. No pienso cobrarte ningún dinero. — Redd le hizo un gesto para que se acercara y bajó la voz—. Te contaré todo lo que quieras saber. Gratis.

Dave asintió para mostrar que estaba de acuerdo.

—Muy bien. Acepto tu oferta. Tú me cuentas todo lo que necesito saber sobre Bikehouse y las motos personalizadas. Gratis.

Sin embargo, siguió dejando billetes encima de la mesa, junto a las piezas de un carburador.

Redd lo miró, confundido.

—Ya te lo he dicho. No pienso cobrarte.

Dave asintió.

—Sí, ya lo sé. En eso estoy de acuerdo. Pero este dinero no es por tus conocimientos sobre motos.

—¿Entonces por qué es? —preguntó Redd.

—Conseguí este cliente gracias a ti. Ahora sí que necesito aprender todo lo que pueda sobre la empresa, el personal y el producto.

—¿Y?

—Y que antes de que Shaun Safford me lo pregunte una vez más y tenga que mentir o quedar en evidencia, necesito que me enseñes a conducir una Harley.

Capítulo 19

El lunes a primera hora, me pongo la ropa de deporte y salgo a hacer mi carrera semanal por las calles de la ciudad. Termino, como siempre, en la cafetería favorita de mi padre, a varias manzanas de mi casa, para descansar un rato y tomar mi té matutino de hierbas (elección que mi padre nunca logró entender). Yo siempre le decía que el té de hierbas era un gusto adquirido; él solía responder que «adquirido» significa que sabe a rayos. Aunque me gusta venir a esta cafetería a recordar, nunca sé si saldré con una lágrima o con una sonrisa. Al parecer, los sentimientos de una mujer se parecen mucho al té de hierbas: ambos son difíciles de explicar.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que, a primera vista, no logro reconocer al hombre que se ha acercado al mostrador. Va vestido de traje y corbata y está leyendo un pedido escrito en una nota adhesiva amarilla. Lleva el pelo corto, los zapatos relucientes y no deja de coquetear con la camarera.

Yo no llevo maquillaje, estoy bañada en sudor, mi camiseta huele mal y me siento embutida en estos pantalones estrechos. Cuando pasa a mi lado, me tapo la cara con la mano y bajo los ojos. Él no se fija en mí. Ni siquiera se da cuenta de que estoy aquí.

Sosteniendo con soltura varias tazas de café, abre la puerta y cruza la calle. Le observo desde la ventana y me planteo seguirle para averiguar dónde trabaja. Enseguida me doy cuenta de que no hace falta. Se acerca a la entrada de un inmenso edificio acristalado de oficinas que hay enfrente, espera a que una mujer le abra la puerta y la sigue al interior del edificio.

Últimamente he estado tan concentrada en la vida de Patrick O’Riley, tan fascinada con su historia de amor por Anna, tan intrigada con el misterio del diario, que durante muchos días he olvidado que sigo teniendo el corazón roto.

Es mejor que no haya forzado un encuentro con el hombre que pidió el café... no por la manera en que voy vestida, sino por la manera que podría reaccionar si llego a hablar con él. Porque veréis, el hombre que ha entrado en la cafetería favorita de mi

padre, el hombre que al parecer trabaja en una oficina a tan solo unas manzanas de mi casa... es Eric Aldridge.

La traición es un pecado muy dañino. No solo provoca que el odio se apodere del corazón de la persona traicionada, sino que también la culpa se extiende sobre él como el moho. He aprendido que, cuando se produce la ofensa, es muy fácil echar la culpa al ofensor. Pero también he aprendido que parte de esa culpa puede acabar salpicando a la persona ofendida.

Es una emoción difícil de entender. Si fue Eric el que decidió engañarme con otra mujer en nuestro apartamento, ¿por qué sigo buscando respuestas en mi interior?

Mientras camino a casa, no derramo ni una lágrima. Ya he llorado bastante por Eric. Pero al mismo tiempo, siento que mi herida se abre de nuevo y empieza a sangrar. Sin embargo, esta vez hay algo distinto dentro de mí. No sé qué es lo que me impulsa, pero, cuando llego a casa y me siento a trabajar en el proyecto, decido poner fin a esta historia.

Decido hablar con Eric una última vez.

b

Si Redd iba a recibir dinero por enseñar a Dave a montar en moto, lo haría bien. Empezarían en una clase. El angustiado profesor colocó dos sillas en el almacén de la tienda, apoyadas en la mesa de acero que hacía tan solo unos días estaba llena de piezas sueltas.

Había llegado el momento de empezar.

Usando su propia moto como modelo, en dos horas y media le enseñó mucho más de lo que Dave podría haber aprendido en dos meses y medio por su cuenta. Le habló del diseño, de los discos de freno, del motor bicilíndrico en V refrigerado por aire. Le explicó cómo se inyecta la combinación de combustibles para maximizar el rendimiento.

Le habló de la historia de la motocicleta. De cómo, en 1894, la fábrica Hildebrand y Wolfmüller se convirtió en el primer productor de bicicletas motorizadas del mundo que recibieron el nombre de motocicletas. Enumeró los fabricantes que le siguieron: George Hendee con la Indian en 1901, Bill Harley y los hermanos Davidson con la primera Harley-Davidson en 1903...

Según Redd, aunque los modelos prefabricados están bien para los conductores del montón, en realidad nadie quiere ser del montón. Le explicó que no hay dos motoristas que compartan los mismos gustos y que, por eso, todo motorista serio debe tener una moto personalizada.

Luego empezó a hablar de los accesorios, el mantenimiento, las motos *vintage* y la imagen de marca. Cuando terminó, incluso le enseñó a inflar las ruedas como es debido.

Dave asimiló todas sus enseñanzas. Hizo observaciones, planteó preguntas, reflexionó y escuchó. Memorizó todo lo que pudo y tomó nota de todo lo demás.

Sin duda, las motos eran elegantes y llamativas. Pero después de conocerlas, después de darles la mano y mirarlas a los ojos, era más fácil ver más allá de su bonita figura. Sin duda, había mucha fuerza en aquellos pistones.

En su primera visita al muestrario, Dave se sintió intimidado. Ahora, después de una tarde de enseñanza y explicaciones, las motos le parecían cercanas, incluso amistosas. Aunque en un principio parecieran animadoras, reinas de la belleza y supermodelos, no tardaban en convertirse en la vecina de al lado, más una Mary Ann que una Ginger. Cuando Redd se dio cuenta de su cambio de perspectiva, supo que había llegado el momento de que el hombre y la moto se dieran la mano.

—Eso es todo lo que sé, Dave. Si no hay más preguntas, creo que ha llegado la hora.

—¿Ya hemos terminado por hoy?

—De eso nada. Ha llegado la hora de dar una vuelta.

• • •

De los tres grupos de referencia de Bikehouse seleccionados para la primera fase del estudio, el primero estaba citado a las ocho de la mañana en el hotel Marriott, cerca del apartamento de Brock. En otras ciudades se iban a realizar encuestas similares de manera simultánea. Dave, Brock y una docena de empleados de Strategy Data llegaron unos minutos antes de las siete para prepararlo todo. Dave era el director del evento.

Era la rutina de siempre, la misma que había orquestado tantas veces; hoy no sería distinto. Unos minutos antes de la hora, los participantes en la primera encuesta empezaron a entrar en el inmenso salón. Antes de que a alguno se le ocurriera coger un lápiz, les ofrecieron un desayuno caliente y sustancioso. Era la primera regla de los estudios de mercado: hay que tener a la gente contenta, involucrada. Si están hambrientos, enfadados, cansados o irascibles, sobre todo antes de que empiece la fase de preguntas, los participantes se dejan llevar por las emociones, dando lugar al mayor temor de los investigadores: los datos sesgados.

Cuando la gente terminó de desayunar, Brock y Dave utilizaron un ordenador para dividirlos en grupos separados, medida con la que esperaban crear una muestra representativa de Estados Unidos, un sector delimitado del mundo que revelaría una serie de opiniones, costumbres, prejuicios, percepciones, gustos y manías. El juego consistía en averiguar, a partir de una serie de preguntas, observaciones y algoritmos, qué hacía reaccionar a la gente. Y lo más importante: el trabajo de Strategy Data International implicaba adivinar los datos, examinar cuidadosamente las respuestas y analizar cada una de ellas —de manera individual y colectiva— para descubrir, a partir

de ellas, quién tenía más posibilidades de comprar una moto personalizada Bikehouse y por qué.

Cuando todo el mundo terminó la encuesta y respondió a todas las preguntas, los datos resultantes se registraron en un ordenador y luego se transfirieron a las oficinas, donde se llevaría a cabo un análisis en profundidad. Todo había ido sobre ruedas; como en los viejos tiempos, cuando Dave y Brock trabajaban juntos con el mismo cliente. Una vez que terminaron de cargar el equipo, Brock se subió al coche de Dave y juntos se dirigieron a la oficina.

En el camino mantuvieron una conversación superficial: golf, mujeres, la encuesta y, especialmente, las preocupaciones de Brock con Jeanine. Fue una conversación divertida, normal, y Brock no pudo evitar fijarse en la mejoría que había experimentado su amigo, sobre todo cuando Dave se rio con los chistes deportivos de la radio.

Otros compañeros de la oficina también habían mencionado el cambio de actitud de Dave, el giro radical que había dado desde que veía a la doctora y se había materializado el contrato con Bikehouse. Ellen en concreto había tomado buena nota.

Hoy, su buen humor confirmaba sin ninguna duda su avance en el camino a la recuperación. Parecía tan sereno, tan *normal*, que Brock se quedó sorprendido al escuchar su última pregunta mientras se acercaban al aparcamiento de la empresa. La hizo con una sonrisa, pero era evidente que lo decía en serio.

—¿Alguna vez te han dado ganas de seguir conduciendo?

—¿Cómo?

—Cuando vas al trabajo en coche. ¿Alguna vez has sentido deseos de dejar el aparcamiento atrás y... ya sabes, seguir conduciendo?

—¿Adónde?

—No sé. No creo que sea esa la cuestión. Tan solo me preguntaba si no sería una buena idea seguir conduciendo adonde te lleve la carretera.

Brock, al principio sorprendido, fingió darle la razón.

—Claro, ¿por qué no? Hagámoslo ahora mismo. Podríamos atravesar el país de motel en motel, pidiendo dinero para gasolina. Sería divertido.

—Lo digo en serio.

—Sí, ya lo veo. Por eso me estás asustando. —Brock trató de leer en los ojos de su amigo—. Tío, tienes un sueldo de seis cifras y unas acciones que te van a hacer millonario. Ten paciencia. Hazte rico primero, y ya tendrás tiempo de comprarte una caravana.

Dave se encogió ligeramente de hombros.

—Sí, puede que tengas razón.

—Además, no puedes irte —añadió Brock.

—¿Por qué no?

—Porque he vuelto a comprar entradas para los Mets. Juegan la semana que viene. Si no vienes, tendré que invitar a Jeanine, la contable, y ya sabes que últimamente no la soporto.

Dave se echó a reír a carcajadas. Fue un cambio de actitud tan repentino, tan radical, que esta vez fue Brock el que lo miró con aire pensativo.

—¿Qué pasa? —preguntó Dave.

Brock extendió la mano y le dio una palmada en el hombro.

—Nada. Que a partir de ahora no voy a dejar que vengas solo al trabajo. ¿De acuerdo?

Dave se encogió de hombros, puso el intermitente y frenó. Luego giró con cuidado y entró en el aparcamiento de la empresa.

Capítulo 20

En un vano intento de frenar mi torbellino de pensamientos y emociones, saco media docena de libros de la estantería y los pongo encima de la mesa de la cocina. Tengo que empezar el proyecto de la Sociedad, y he decidido que si me mantengo alejada del despacho, donde tengo guardado el diario, la tentación no será tan grande. También estoy intentando evitar las ventanas. Si no puedo ver la ciudad, tal vez consiga olvidarme de Eric.

Pero con tantas preguntas sin resolver en mi vida, sin la certeza de una conclusión, ¿conseguiré concentrarme lo suficiente para escribir un trabajo que interese a los demás?

Consulto varios volúmenes durante casi una hora. Luego rehago el esquema minuciosamente, tirando a la papelera un intento detrás de otro. Estoy a punto de intentarlo una vez más cuando recibo una llamada de Tom, el compañero de mi padre, que me llama para darme la dirección y el número de teléfono de Ben Bryant en Palm Springs.

Durante la media hora siguiente, me debato entre mí misma, mis libros y la dirección de Bryant. Al final me decido por la dirección.

Mi llamada al profesor es breve. Cuando le digo que necesito dos días libres para visitar a una persona en Palm Springs, parece dudar. Cuando añado que la persona es un hombre, me desea buen viaje.

Me prometo que seré rápida. Averiguaré lo que pueda sobre el diario, volveré directa a casa al día siguiente y el fin de semana terminaré el primer borrador. El lunes, después de entregárselo a mi jefe —que para entonces estará nervioso y preocupado—, me armaré de valor e iré a hablar con Eric.

• • •

El tráfico en las afueras de Los Ángeles es peor de lo que pensaba. Cuando llego a Palm Springs y me registro en el hotel, ya son las nueve y media de la noche. Tal vez sea demasiado tarde para hacer una visita al señor Bryant, pero aun así decido pasarme por su casa para comprobar si hay alguna luz encendida.

Es increíble la cantidad de casas nuevas que han construido, pero no tardo en localizar la urbanización de Dumuth Park, donde vive el señor Bryant. Las casas no tienen nada de especial, pero al menos están limpias y bien conservadas. Localizo el número en el buzón y me siento aliviada al ver encendida la luz de la ventana.

Como no sé si se acordará de mí, le he traído una foto de mi padre. Llamo al timbre y espero un rato hasta que escucho unos ruidos. Cuando se abre la puerta, me recibe la mirada confundida de un anciano de más de ochenta años, calvo y con la piel arrugada y curtida por el sol. Al principio no estoy segura de si es el señor Bryant. Sus rasgos son incluso más taciturnos y hostiles de lo que esperaba.

—¿Sí? —pregunta con voz áspera.

—¿Señor Bryant?

—¿Qué quiere?

—Señor Bryant, no sé si se acordará de mí. Soy la hija de Kade Connelly.

Le enseño la fotografía de mi padre, y con una rapidez inesperada, el hombre extiende el brazo y me la arrebató de las manos. Se pone las gafas y luego agacha la cabeza para estudiar la foto, que muestra a un hombre corpulento al borde del puente. La expresión de sus ojos se suaviza mientras parece desviar la atención. Le doy un poco más de tiempo, esperando detectar alguna señal de reconocimiento. Pero no veo ninguna.

—¿Le recuerda? —pregunto, esperando que diga algo mientras me devuelve la foto.

—Tu padre era único, Katie —responde. Su voz sigue siendo grave, aunque más amistosa.

—¿Se acuerda de mí?

—¿Que si me acuerdo de ti? Recuerdo que, cuando eras pequeña, solías escupirme por toda la cara. ¿Eso cuenta?

Es un hombre hosco y gruñón, pero sé que, en el caso de los hombres del puente, las apariencias engañan. Ben me invita a pasar y me ofrece una taza de café. Los dos nos sentamos en el sofá para continuar con la visita.

—No quisiera entretenerle.

—No te preocupes. Últimamente no duermo bien, sobre todo desde que murió Frances.

—Lo siento.

—Tranquila. Nos puede pasar a todos.

—Sí. Lo sé por propia experiencia.

No pretendo dar pena. Solo estoy intentando hacer conversación, pero enseguida me arrepiento de mis palabras.

El hombre se inclina hacia delante, comprendiendo que me refiero a mi padre.

—Siento no haber podido ir al funeral de tu padre. Perdí a Frances unas semanas antes. No me dejaban conducir, y...

—No se preocupe. Lo entiendo.

Nos quedamos sentados sin hablar hasta que el silencio se vuelve incómodo y decido contarle el motivo de mi visita.

—Señor Bryant...

—Por favor, llámame Ben.

—Ben, he venido a preguntarle por un libro que encontré entre los objetos personales de mi padre. Es un diario escrito por un hombre llamado Patrick O'Riley.

—Patrick O'Riley.

Ben repite el nombre como si lo hubiera oído antes.

—¿Lo conoce? —pregunto.

El hombre parece dudar.

—¿Personalmente? No. No sé nada de él. No serás periodista, ¿verdad?

Solo pensarlo me hace sonreír.

—No. Soy demasiado tímida para eso. Encontré el diario en el escritorio de mi padre. A juzgar por sus notas, parecía estar deseando encontrar al dueño. Necesito averiguar más sobre este asunto.

Ben me mira durante largo rato, como si quisiera decidir si soy inofensiva.

—No sé de qué me preocupo —dice al fin—. Ya no pueden despedirme, y dudo mucho que puedan quitarme la pensión. Pero, por si acaso, no le digas a nadie que te lo he contado.

—De acuerdo.

—Nos lo encontramos —dice, con la mayor naturalidad del mundo.

—¿Que se lo encontraron? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Mientras le bombardeo a preguntas, me doy cuenta de que sueno exactamente igual que una periodista. Me detengo y vuelvo a intentarlo.

—¿Por qué no me lo cuenta todo desde el principio?

—¿Te apetece más café? —pregunta, como si no tuviera ninguna prisa.

—No, gracias. Estoy bien.

—Así que quieres que te cuente la historia del diario, ¿eh?

Me da una palmadita en la rodilla como si fuera una niña. Tal vez para él lo siga siendo.

—Ese día estaba trabajando con tu padre debajo de la celosía, sustituyendo los remaches viejos por pernos nuevos y más resistentes. Fue tu padre el que descubrió la

caja de metal clavada en la parte interior de la viga. No sé cómo la vio, porque estaba muy bien escondida, pero lo hizo. La habían construido para que pareciera una extensión de la viga y luego la habían clavado por las esquinas. Nos imaginamos que la habrían colocado allí los obreros que construyeron el puente, para tapar un empalme mal hecho. Hasta que no la arrancamos de las esquinas y la abrimos, no supimos qué era. La mejor manera de describirla sería una cápsula del tiempo casera. Algunos obreros de la cuadrilla original hacían cosas parecidas.

—¿Quiere decir que había otras cajas?

—Nada parecido a lo que teníamos nosotros. Quiero decir que los hombres dejaban recuerdos en el puente: iniciales, monedas con mensajes grabados que dejaban caer en los vertidos de cemento, esa clase de cosas.

—¿Entonces había más cosas en la caja aparte del diario?

—Ya lo creo. Estaba llena de cosas.

—¿Por ejemplo?

—Notas de los obreros, dibujos del puente, joyas, facturas de alquiler, un par de postales pin up, cartas... muchas cosas. Todo estaba envuelto en una bolsa que se ataba en el centro. Todavía me acuerdo de las palabras que grabaron en el cuero. Decía: «Para siempre».

—¿Era una verdadera cápsula del tiempo?

—Lo dudo. De ser así, habría algún testimonio al respecto. Parecía una serie de objetos que un grupo de soldados había reunido al azar. Daba la impresión de que lo habían hecho por su cuenta, que nadie más lo sabía.

—¿Qué pasó con el resto de los objetos, las notas y los papeles? ¿Todavía los conserva?

—¿Quién, yo? No. Me habrían despedido por quedarme con algo así.

—¿Entonces dónde están?

—Tendríamos que haberlos devuelto y haberle contado a todo el mundo que los habíamos encontrado.

—Pero no lo hicieron.

—No. El capataz que teníamos en aquel entonces era un... En fin, en presencia de una dama diré que era un hombre de pocas luces. No sabíamos qué hacer con ello, así que vaciamos su contenido en nuestras tarteras y tiramos la caja de acero por el puente, a la bahía. Fue una estupidez, lo sé, pero a veces se hacen muchas estupideces.

—¿Sabe dónde está el resto de los objetos?

—Mi opinión era que debíamos venderlos. Tu padre insistía en que había que donarlos a un museo. Él se llevó el diario a casa para examinarlo. Yo me quedé con todo lo demás. Lo único que teníamos claro era que no podíamos devolverlos ni contar a

los demás dónde los habíamos encontrado. Y menos después de tanto tiempo. Nos arriesgábamos a perder el trabajo.

—¿Entonces qué pasó?

—Eres un poco impaciente, ¿no?

—Lo siento. Continúe.

—En aquella época no existía un museo del Golden Gate, así que dejé la mayor parte de los objetos en una universidad, acompañados de una nota anónima.

—¿Pero no el diario?

—No, tu padre se quedó con el diario. Decidió que era una especie de Biblia familiar; que no pertenecía a un museo, ni a una universidad, ni a nadie salvo a la familia del hombre que lo escribió. Se imaginó que la persona que lo había escrito probablemente había muerto, pero se propuso descubrirlo. Si el autor estaba muerto, su plan era entregárselo a la familia.

—Pero nunca lo hizo.

—No. No que yo sepa. Y eso que lo intentó, ya lo creo que lo intentó. En mi opinión, se sentía culpable por haberse quedado con el diario. Luego, cuando no pudo encontrar al dueño ni a su familia... En fin, yo creo que se llevó un disgusto.

—Señor Bryant, ha dicho que dejó «la mayor parte de los objetos» en una universidad. ¿Usted se quedó con algo?

El hombre hace una pausa.

—Desde luego, hablas igual que una periodista.

Me observa durante largo rato antes de levantarse y salir del salón arrastrando los pies. No tarda mucho en volver.

—El contenido de la caja no era nuestro, pero, como tu padre se quedó con el diario, pensé que no pasaría nada si yo también me quedaba con algo. Mi esposa se encaprichó de un anillo, así que se lo regalé. Le gustaba mucho y lo llevó puesto muchos años. Pero como ya no está, y como la caja la encontró tu padre, yo creo que deberías quedártelo tú, Katie.

El hombre acerca sus dedos arrugados a los míos y me da un anillo de plata de intrincados relieves. Es precioso. Estoy impresionada, incapaz de ofrecer mejor respuesta que un «gracias» incomprensible. Hablamos un rato más, hasta que considero que ha llegado el momento de irse.

—Señor Bryant, me gustaría hacerle una última pregunta.

—Adelante.

—Ha dicho que el resto de los objetos los dejó en una universidad. ¿Recuerda cuál?

—La que está al oeste de la ciudad, cerca del lago. Veamos... ¿cómo se llamaba?

Sonríó solo de pensarlo. Es la universidad en la que trabajo.

—¿La Universidad Estatal de San Francisco?

—Sí, esa. Ponte en contacto con ellos. Quién sabe, puede que todavía lo conserven todo.

• • •

De camino a casa, no puedo dejar de pensar en el diario. Mi padre tenía razón. Su destino no es un museo, donde la gente lo miraría al pasar a través de un cristal. Hay demasiados sueños, demasiados miedos y esperanzas encerrados en sus páginas. Es la historia personal de una vida, y debe conservarlo su familia. Pertenece a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, y a los hijos de sus hijos de sus hijos.

Mi padre estaba desesperado por encontrarlos. Lo intentó con todos los O'Riley de San Francisco, tal vez con todos los O'Riley de California y, conociéndole, puede que con todos los O'Riley del país. Pero mi padre era soldador, no investigador. A mí, sin embargo, me pagan por recabar información y datos desconocidos. Tengo contactos; sé a quién tengo que llamar y en dónde investigar. Además, con la ayuda de internet, seguro que logro localizar a su familia. Se lo debo a mi padre; se lo debo a Patrick O'Riley.

Cuanto más pienso en la tarea que me espera, más motivada me siento. Investigar es mi trabajo, mi especialidad. Y no solo lo haría por Patrick, ni por mi padre. En el fondo, sé que necesito hacerlo por mí.

Mi respiración se acelera, mi mente empieza a vagar de un lado a otro. Instintivamente, planeo los pasos que voy a dar y por dónde voy a empezar. Mientras, un obstáculo surge en mi mente. Le prometí al profesor que en unos días iba a entregarle un resumen exhaustivo del proyecto.

Y no puedo hacer las dos cosas a la vez.

• • •

Dejo el anillo encima de la mesa. Nunca había visto un diseño semejante. El aro está compuesto por lo que parecen ser dos brazos enlazados, que se extienden hasta encontrarse. Al final de los brazos, las manos poseen un intrincado diseño, que muestra cada uno de los detalles de los dedos y las uñas. En el centro, donde los dedos se tocan, sostienen un pequeño corazón de plata. Y encima del corazón —de hecho, unida a él—, se extiende una pequeña corona.

Me pregunto qué habrá llevado a un soldador a meter un anillo en la caja. He conocido a muchos hombres que trabajaban en el puente, pero casi todos se negaban a llevar joyas, por temor a que estas se engancharan en un remate y les provocaran

heridas. Intrigada, me pruebo el anillo en cada uno de los dedos hasta que se desliza con facilidad en el dedo corazón de mi mano izquierda. Giro el anillo varias veces, observando el diseño esculpido en la superficie. Hay algo familiar en él. Estoy segura de que lo he visto antes.

Me siento con aire pensativo, hasta que mi mente establece la conexión y salto de la silla. Me acerco el anillo a los ojos mientras las palabras de Patrick fluyen de mis labios:

«Con esta corona te ofrezco mi lealtad. Con estas manos prometo servirte. Con este corazón te entrego el mío».

La corona, las manos, el corazón, todo encaja. Inmediatamente lo sé. En el dedo llevo el anillo de Anna.

Capítulo 21

No era necesario que Dave siguiera viendo a la doctora, y menos después de conseguir el contrato con Bikehouse. Su jefa nunca volvería a preguntarle por sus visitas. Hoy había venido porque, por primera vez desde que iniciaron sus conversaciones, había algo de lo que quería hablar.

La doctora empezó la conversación.

—Hablemos de béisbol —propuso.

—¿De béisbol?

—Claro, ¿por qué no? En su primera visita mencionó que antes entrenaba a un equipo juvenil. Me estaba preguntando una cosa: ¿por qué le gusta el béisbol?

—Porque es un deporte maravilloso.

Dave solía anticiparse a todas sus preguntas. Pero esta vez no fue así.

—¿Pero por qué es maravilloso? —insistió—. No es más que un puñado de hombres golpeando una pelota con un palo y corriendo de aquí para allá.

Dave se enderezó en su asiento.

—Se está confundiendo con el golf. El béisbol no es solo *golpear* una pelota, es mucho más que eso. Es técnica y disciplina, pero también planificación y capacidad estratégica. Hay que estar atento a los movimientos de tu rival y luego decidir cómo reaccionar. El béisbol es armonía y gracia, belleza y energía, todo a la vez. En otras palabras, doctora, es un juego perfecto.

Aunque su pregunta parecía inofensiva, Dave se dio cuenta más tarde de que estaba destinada a probar sus emociones, a medir su intensidad.

—Está bien, le creo. ¿Sigue entrenando?

—¿Que si sigo entrenando? No, lo dejé después del accidente —dijo Dave.

—¿Por qué?

Dave hizo una pausa. La doctora dejó que el silencio se prolongara.

—No puedo hacerlo. Me traería demasiados recuerdos.

—¿Y no son buenos recuerdos?

—Sí, pero...

—Dave, debe entender que es bueno recordar. No siempre es doloroso. Con el tiempo conseguirá crear nuevos recuerdos, recuerdos positivos que se mezclarán con los antiguos. Su vida continúa. Seguirá teniendo esperanzas, sueños y pasiones. En definitiva, seguirá teniendo toda la vida por delante.

La idea le parecía tan distante, tan inalcanzable. En vez de aceptar sus palabras, fingir que estaba de acuerdo y proseguir con la conversación, decidió cambiar de tema.

—Antes de continuar, me gustaría hablarle de mi cazadora.

—¿La que le regaló Megan?

—Sí. Ya le dije que me la encontré, pero no le he contado toda la historia.

—Me encantaría escucharla.

—No le dije que la llevé puesta al trabajo. Esa mañana no me afeité ni me duché. La noche anterior estuve bebiendo. En fin, estaba hecho un desastre.

—No estoy segura de entenderle.

—Conseguí el cliente. Conseguí el contrato con Bikehouse gracias a mi cazadora Harley. ¿No le parece significativo?

—Yo no le daría demasiada importancia. La vida está llena de coincidencias, a veces, favorables.

—¿Nada más que una coincidencia? ¿No le parece una señal o algo así?

—¿Una señal?

—Eso es lo que le estoy preguntando.

—David, es lógico que quiera creer que su vida está gobernada por el destino. Pero eso no debe llevarle a renunciar al control sobre ella. Si deja su vida en manos del destino, no estará asumiendo la responsabilidad sobre sus actos. A todos nos gusta encontrar respuestas a las desgracias de la vida, pero esas respuestas no siempre existen. A veces, la vida es terrible sin motivo. ¿Entiende?

—Supongo que sí.

—Usted está triste porque ha perdido a su mujer y a su familia. Por eso estamos aquí. Pero tiene que entender que la vida sigue a su alrededor. Procure no distanciarse de ella. Procure no perseguir sueños que solo son pequeñas bocanadas de esperanza sin base real. Procure no rendirse. Si conseguir ese cliente ha sido efectivamente una señal, lo que le está diciendo es que continúe con su vida. Deje que el dolor se vaya y siga adelante. Usted se merece ser feliz.

Sus ojos se entrecerraron; su cabeza se inclinó ligeramente hacia atrás. Cuando por fin habló, sus palabras sorprendieron a la doctora.

—Ha hablado de sueños, pasiones y esperanzas. ¿Pero hasta dónde debería llegar para encontrar las respuestas?

—¿Respuestas a qué, David?

—A preguntas como: ¿dónde encuentro la esperanza de la que está hablando? ¿Dónde encuentro la voluntad para levantarme cada mañana y seguir adelante? ¿Dónde descubrir si hay algo más en la vida aparte de sentarme aquí a hacer preguntas? Espero que no se ofenda.

—Me gustaría entenderle del todo, David. ¿Podría explicarse un poco más?

Su vehemencia estaba empezando a convertirse en frustración.

—Lo resumiré en una sola pregunta: ¿a qué puedo recurrir para que mi vida vuelva a tener sentido?

Esta vez fue la doctora la que hizo una pausa para pensar. Cuando respondió, trató de elegir las palabras con cuidado.

—A muchas cosas, David. Mencionó que mantenerse ocupado en el trabajo le estaba ayudando. ¿No le parece que su trabajo merece la pena, por ejemplo?

—A veces sí, claro, pero si esa es la única razón para levantarme cada mañana, prefiero que me pegue un tiro aquí mismo. No me malinterprete, mi trabajo puede ser muy interesante, pero tiene que haber algo más en la vida que Strategy Data. A ver si me entiende. Hace solo un par de meses, le habría respondido que mi familia es lo que da sentido a mi vida, pero ya no tengo familia. Y sin familia, sin mujer y sin hijos, ¿dónde puedo encontrar el sentido?

—Ya hemos hablado de que nadie puede reemplazar su pérdida. Pero le guste o no, David, lo más seguro es que vuelva a enamorarse.

La doctora esperó a ver su reacción.

—Creo que no ha respondido a mi pregunta —dijo Dave—, así que déjeme preguntárselo de otra manera. En nuestro primer encuentro, me dijo que había perdido a su novio, Jonathan.

—Sí.

—Puede que lo mencionara, pero ¿cuánto hace que falleció?

—Nueve años.

—¿Y en esos nueve años no ha encontrado a nadie?

—¿No debería ser yo la que hace las preguntas?

—Por favor, me gustaría saberlo.

—No, aún no —dijo la doctora—. Pero estoy segura de que con el tiempo lo encontraré.

—¿Que está segura? ¿Cómo puede saberlo?

—¿Que cómo puedo saberlo? Supongo que no lo sé. Simplemente lo espero.

—Esa es exactamente mi pregunta, doctora, eso es lo que quiero saber. ¿Hasta dónde tengo que llegar para recuperar la esperanza?

Capítulo 22

Toda biblioteca universitaria que se precie cuenta con un departamento de colecciones especiales. Yo he recurrido a menudo a ellos. Los libros y los materiales son antiguos, a menudo históricos y generalmente de un valor incalculable. Ninguno de los materiales puede sacarse en préstamo, pero se pueden coger, leer y estudiar, siempre que se haga con guantes, cariño y cuidado.

Me avergüenza que hasta ahora no se me haya ocurrido buscar aquí objetos relacionados con el Golden Gate. Al entrar reconozco a Gwen, la bibliotecaria encargada del departamento, y ella me reconoce a mí. Es una señora muy agradable. Si ahora mismo estuviera practicando mi juego de «separados al nacer», diría que me recuerda a una Mary Poppins moderna.

—Eres la ayudante del profesor Winston, ¿verdad?

—Sí.

—¿En qué proyecto estás trabajando?

—En un encargo sobre la historia del Golden Gate.

—Vaya. Bonita manera de pasar el fin de semana.

—Y que lo digas.

Sigo charlando con ella hasta que considero que ha llegado el momento de sacar el tema.

—Oye, estaba buscando libros o cartas viejas de los hombres que trabajaron en el puente al principio de su construcción. ¿Tienes algo?

—Cariño, estamos en San Francisco. Tenemos toneladas de notas, cartas, fotografías y dibujos. Dime qué necesitas.

Resulta que no está exagerando. Hay varios cajones de cartas, actas de reuniones gubernamentales, fotografías e incluso planos y dibujos del puente. Le pregunto específicamente por objetos que pudiera haber dejado una persona anónima hace años, pero no tiene manera de comprobarlo. Cualquier cosa adquirida de esa forma se habría catalogado siguiendo el protocolo habitual. Me hago con una pila de material y la

extiende en el extremo de una mesa. La información es fabulosa —y cuando digo fabulosa lo digo en serio— y no tardo en perderme en mi trabajo.

Me veo transportada a una época más dura y sombría. El material me recuerda el clima y las condiciones del momento, cuando el país estaba sumido en una grave depresión económica.

«Agosto de 1934. Estamos a finales del verano, una época muy apreciada por los pájaros carpinteros, una época de abundante luz y buen tiempo. Pero no es el caso de este lugar dejado de la mano de Dios. El estrecho está envuelto en una fría y húmeda bruma. En situaciones normales nadie se plantearía trabajar aquí, pero no estamos en una situación normal».

Otro reza así: «1933: Estamos viviendo momentos muy difíciles por culpa de la Depresión. Siempre hay hombres buscando trabajo. Si metes la pata, te dejan marchar más rápido que la niebla de la bahía. Como te tomes un descanso para fumar un cigarrillo, ya te han sustituido por otro. Y solo nos pagan por horas, independientemente del tiempo que hayamos tenido que esperar para que empiece el trabajo. Hasta los hombres que trabajan el acero a la intemperie, donde hace un frío de mil demonios, se sienten afortunados de tener un empleo».

Examino varias anotaciones y cartas, reflexionando sobre las condiciones de trabajo, preguntándome qué papel jugó Patrick O’Riley en todo esto.

«4 de mayo de 1934. Nunca he visto un día de absoluta calma en el estrecho. Siempre hace viento, un viento que parece perseguir a los hombres. El frío se mete por las mangas de la camisa y las perneras de los pantalones; no importa cuántas capas de ropa lleves. Cuando no hace viento en este agujero infernal, nos vemos rodeados de niebla. Incluso los días soleados que estamos en lo alto de la torre, no podemos ver el agua por culpa de la niebla. En ocasiones, la niebla te envuelve y empiezas a preguntarte qué demonios estás haciendo aquí fuera, con el frío, la niebla y el viento golpeándote en la cara. Pero sigues trabajando, y a pesar del mal tiempo, la torre no deja de ascender. Es un espectáculo digno de ver».

Mientras sigo leyendo, me sorprende descubrir que un terremoto atacó el Golden Gate en pleno proceso de construcción. Un trabajador del puente llamado Frenchy Gales se hizo eco del suceso.

«Fue a principios de junio. Yo estaba en la torre cuando empezó el terremoto. Como era tan flexible, la torre empezó a oscilar unos cinco metros en cada dirección. En lo alto había doce o trece hombres que no podían bajar. Cuando la estructura se inclinó hacia el océano, los hombres gritaron “¡Vamos a morir!”, pensando que la torre iba a desplomarse en el agua. Pero esta volvió a inclinarse hacia la bahía. Los hombres empezaron a vomitar. Pensé que, si la torre se desplomaba en el agua, moriríamos aplastados contra los hierros. Pero nunca llegó a derrumbarse».

Según leo sus palabras, hay un hecho que me resulta evidente. A pesar de las tremendas dificultades para construir el Golden Gate, se creó una especie de camaradería entre los hombres, un sentimiento de estar participando en algo histórico.

Hay una anotación de un trabajador que me hace sonreír.

«En la torre disponíamos de unos retretes; allí, los desperdicios se acumulaban en una trampilla. Siempre teníamos la tentación de vaciar la trampilla encima de los barcos que pasaban, como si fuera una bomba. Nadie lo hizo, por supuesto, hasta que oímos que el Shensu Maru, un carguero japonés, iba a pasar por el estrecho. Era poco antes de la guerra, y los japoneses acababan de invadir Manchuria. Muchos obreros no les podían ni ver. Supongo que la tentación fue demasiado grande. No puedo decir quién fue, por supuesto, tan solo que calculó el momento exacto el día anterior. A la mañana siguiente, cuando el barco apareció a la hora prevista, se formó una cola repentina para ir al baño. Qué extraño que todos quisieran ir a la vez. En fin, independientemente de quién fuera el culpable, no consiguió dar en las chimeneas del barco, pero aun así alcanzó la cubierta. Los gritos de nuestros hombres podían escucharse desde la orilla. Los japoneses pusieron una reclamación y vinieron unos inspectores a hacernos preguntas, pero por supuesto nadie sabía nada, nada en absoluto».

También hay cartas que documentan la tremenda cantidad de acero y hormigón que se empleó en la construcción del puente.

«Han construido dos fábricas de hormigón distintas, una en cada orilla. Vertimos hormigón día y noche; es como un inmenso río de conglomerado que no deja de fluir. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos y tocado con mis propias manos, nunca habría creído que el proyecto sería de esta envergadura».

Después, otra anotación de Frenchy Gales: «Había unos hombres que se dedicaban a alisar el hormigón. Al final de un vertido, los contamos y faltaba uno. Los vertidos eran muy profundos. Todo el mundo empezó a clavar palos en el hormigón tratando de encontrarlo, pero no hubo manera. El capataz me pidió que le acompañara para comunicárselo a la familia. Era la una y media de la madrugada cuando llamamos a su puerta. El capataz casi se desmaya cuando el trabajador que faltaba nos abrió la puerta en pijama. El hombre nos explicó que se había cansado de trabajar, había salido un momento y se había ido a su casa a dormir. Esa fue la última vez que trabajó en el puente».

El nombre de Frenchy Gales aparece a menudo. Al parecer trabajó en distintas zonas del puente, y no puedo evitar preguntarme si conoció a Patrick. ¿Serían amigos? ¿Trabajarían juntos, reirían juntos, beberían juntos?

Sigo revisando el material. A veces la construcción parece avanzar a una velocidad pasmosa, pero otras, el estrecho parece negarse a que le pongan las riendas. Encuentro

unas anotaciones de Russell Cone, el director de una de las principales empresas constructoras.

«El 31 de octubre, una inesperada tormenta empezó a arrastrar unas olas inmensas hacia el estrecho. Las olas golpearon la estructura de acero con una fuerza inusitada y se estrellaron contra la cubierta de la plataforma de acceso. El agua siguió azotando la estructura hasta que la torre de cincuenta toneladas empezó a oscilar varios metros a cada lado. La oscilación hizo que los pilares que servían de base empezaran a soltarse. La plataforma no hacía más que crujir y chirriar. Entonces, una ola gigantesca, más alta que ninguna otra, golpeó la estructura como si fuera un ciclón. Delante de nuestros ojos, la ola arrancó una maraña metálica y la arrastró hacia el estrecho. Lo único que pudimos hacer fue quedarnos ahí de pie, mirando. Ese día, el mar no solo arrancó la plataforma, también me arrancó el corazón. Eran diez meses del trabajo más duro que uno pueda imaginar, y de un solo trago, el mar enfurecido lo engulló sin piedad».

Me siento fascinada por su perseverancia, asombrada por su determinación para superar todas las dificultades. Solo cinco meses después de que la tormenta hubiera destruido el trabajo de su compañía, Cone anota: «4 de mayo de 1934. Me quedé muy triste cuando la tormenta arrastró la plataforma hacia la bahía, pero hemos encontrado el valor para seguir adelante. El trabajo continúa, y ahora mismo el puente está empezando a adquirir vida propia. Hoy hemos subido a la torre en el ascensor, a unos ciento ochenta metros de la base de hormigón. Era un día ventoso y desapacible —quizá muy apropiado— cuando hemos puesto la bandera americana en lo alto de la torre, para que todos pudieran verla. ¡Ahora, nuestros hombres saben con total seguridad que vamos a conseguirlo!».

Les pidieron que hicieran transitable uno de los estrechos más traicioneros conocidos por el hombre, y lo consiguieron.

Juntos hicieron lo imposible.

Capítulo 23

Dave arrancó la nota adhesiva amarilla que tenía pegada en el móvil. En ella, Gloria había escrito: «¡Solo quedan cuatro días!».

—Dos si descontamos el fin de semana —añadió Dave para sí mismo.

Dentro de noventa y seis horas, Shaun R. Safford, uno de los principales directivos de Bikehouse, se sentaría en la sala de conferencias adyacente con el círculo de ejecutivos mejor pagados de su empresa. También asistirían cuatro creativos de la agencia de publicidad de Bikehouse, así como tres empleados de apoyo de Strategy Data.

Dave lideraría la reunión. Brock también estaría presente. Ellen esperaría a los invitados en la puerta, ejerciendo de jefa. Ella sería la encargada de darles la mano y hablarles de *las ventajas de su nueva relación y de trabajar juntos para el bien común*. La clásica propaganda corporativa.

La sala estaría llena de ejecutivos brillantes que observarían cada uno de sus movimientos y escucharían cada una de sus palabras. Todos los ojos estarían clavados en él. Él era el responsable. Y delante de ellos, Dave tendría que hacer el mismo numerito de siempre.

No debería estar nervioso. Hablar delante de ejecutivos era su pan de cada día. Lo había hecho miles de veces, y con grupos mucho más numerosos. ¿Entonces, a qué venía ese nudo en el estómago?

Necesitaba hablar con alguien, alguien que le ayudara a tranquilizarse. Miró los contactos de su móvil, sopesando las opciones. Cuando marcó el número, le respondió una voz familiar.

—¿Sí? Soy Redd.

—Hola, Redd. Soy Dave.

—¿Dave? Estaba intentando llamarte por la otra línea. ¿Eres adivino o qué?

—Ojalá. ¿Qué tal estás?

—¿Podrías pasarte por aquí ahora mismo?

—¿Hay algún problema?

—No, es que me gustaría presentarte a alguien.

—¿A quién?

—A una amiga. He pensado que tenéis muchas cosas en común. Le he dicho que venías de camino, así que no le hagas esperar. Nos vemos dentro de un rato. Adiós.

Clic. Antes de que pudiera responder, Redd ya había colgado.

• • •

Su primer paseo real en moto, descontando su arranque inicial, se produjo después de su primera clase.

«Da unas cuantas vueltas por el aparcamiento para familiarizarte con la moto», le dijo Redd.

Al final de la segunda clase, Dave se graduó en las calles de las afueras de Lakeshore. En la tercera probó a hacer breves recorridos por la avenida del parque municipal. Esperaba que pronto llegara el momento de salir a la autopista.

—Hoy pareces un poco nervioso —dijo Redd cuando Dave entró por la puerta.

—Y que lo digas. La semana que viene tengo una reunión con Safford y la gente de Bikehouse. No sé por qué, pero estoy un poco tenso, algo extraño en mí. —Dave echó un vistazo a su alrededor, pero no vio a nadie esperando—. ¿No has dicho que me ibas a presentar a alguien?

—Sí. —A Redd le brillaron los ojos como estrellas a medianoche—. Dave, ¿nunca has conocido a una persona y has sabido desde el principio que podía convertirse en una buena amiga?

—No, nunca.

—Pues eso es lo que te acaba de ocurrir.

—Te lo agradezco, Redd, pero no estoy buscando... compañía ahora mismo.

Su comentario no consiguió desanimar a Redd.

—Ya lo sé, pero a veces la compañía viene a buscarte. Está esperándote en la parte de atrás, así que compórtate como un caballero y al menos ve a saludarla.

Dave estaba nervioso y cansado; necesitaba hablar, no socializar. Siguió protestando mientras seguía a Redd al interior de la tienda.

—Redd, no me apetece...

El lugar estaba vacío, a excepción de la sonrisa de Redd y una deslumbrante Harley Sturgis roja y blanca.

—Ha llegado esta mañana. Está como nueva. La transmisión secundaria y la primaria son por correa. La he revisado de arriba abajo, y nunca he recibido una moto en mejores

condiciones. Le he hecho algunos cambios, pero está como nueva. Y no deja de repetir tu nombre.

Dave se acercó y dejó que sus dedos acariciaran las curvas del depósito. No se esperaba una cosa así.

—Es preciosa, Redd —dijo.

—Ya lo creo que sí. Y el cuero es original. Me parece que el dueño se pasó más tiempo sacándole brillo que conduciéndola. Oye, mañana tengo que ir a Frederick, Maryland, a recoger unos papeles de mi hermana. Estaba pensando que tú y tu nueva amiga podríais acompañarme. He llegado a un acuerdo con mi jefe. Lo hemos llamado test de rodaje.

—Me encantaría, pero dentro de cuatro días es la presentación.

—¿Y qué? Pareces nervioso. Nada mejor para tranquilizarte que un tradicional paseo en brazos de la Madre Naturaleza.

Dave se quedó pensativo mientras Redd seguía insistiendo.

—Te hará bien. Hazme caso.

—¿A qué hora saldrás?

—Temprano. Sobre las seis, antes de que el tráfico se ponga imposible.

Dave acarició la moto una vez más y se montó. Dejó escapar un suspiro y no pudo evitar sonreír.

—Tengo que hacer unas llamadas... pero sí, me parece una buena idea.

Capítulo 24

Sobrevolar la carretera con la cazadora cortando el viento y una moto rugiente entre las piernas era como un coche deportivo con esteroides, como un cóctel de adrenalina agitado y bien servido. Pero no era el poder disponible a un simple giro de muñeca lo que fascinaba a Dave. Era la calma y la tranquilidad que proporcionaba el paseo.

Era tan contradictorio, tan irónico: intensidad y energía y, aun así, serenidad. Era contemplar los árboles, los campos y el cielo abierto, entender que todo formaba parte de algo más grande, algo que no podía verse desde un edificio de oficinas. Era descubrir un mundo más amplio y encontrarte a ti mismo en su interior.

Y lo más importante, todo aquello le daba tiempo para pensar.

En vez de tomar la interestatal 95, Redd optó por el camino con los mejores paisajes, la interestatal 78 hasta la 81, y, después, la 70 hasta Frederick. Era el doble de distancia, pero ese era precisamente el objetivo.

Al salir de Chambersburg, Redd salió de la autopista y tomó una carretera secundaria. Cuando pasó por una hamburguesería frenó y aparcó en la parte de atrás, junto a una mesa de picnic que necesitaba con urgencia una nueva capa de pintura. A pesar del deterioro, o puede que a causa de él, el local lograba emanar cierto encanto rústico. Dave aparcó a su lado y apagó el motor.

—Bueno, ya llevas unas horas conduciendo. ¿Qué te parece? —preguntó Redd.

—¡Es increíble! —dijo Dave—. ¿Has visto cómo me miraban los niños del autobús? Solo por eso merecía la pena el viaje.

—Pues aún queda lo mejor. En este local sirven una hamburguesa de pastrami que acorta la vida un mes. ¿Te apetece una?

—Suená bien.

—Vigila las motos. Ahora vuelvo. Esta vez invito yo.

Dave se relajó en la mesa. Los alrededores eran serenos y pintorescos; no pudo evitar pensar que a Meg le habrían encantado. El paseo había sido una buena idea, después de todo.

Cuando Redd volvió, las hamburguesas eran tal y como las había descrito: medio kilo de pastrami directo a las arterias, sazonado con los suficientes condimentos para alimentar a toda una ciudad. Mientras comían fundiéndose con los alrededores, Dave hizo una pregunta a Redd que le tenía preocupado, una pregunta que llevaba un tiempo rondándole en la cabeza.

—Redd, ¿te importa si te pregunto una cosa?

—No. ¿El qué?

—Es una pregunta que le hice a mi loquera el otro día y... en fin, me gustaría tener una segunda opinión.

—¿Tengo que competir con una loquera?

—No te preocupes, no te voy a demandar por negligencia profesional.

—Está bien, adelante.

—Me pregunto hasta dónde debería llegar para recuperar la esperanza.

—Parece una pregunta filosófica.

—En realidad pretende ser práctica.

—¿Y qué te dijo tu psicóloga?

—Me dijo que ahora mismo soy *emocionalmente vulnerable*, que necesito ser racional, pensar con la cabeza. Que, de lo contrario, podría terminar haciendo algo... en fin, *irracional*.

—¿Como aprender a montar en moto?

—No, comoirme y no volver nunca más. ¿No te parece una estupidez?

—Supongo que eso depende de dos cosas: adónde vayas y qué es lo que dejes atrás. ¿Lo has pensado? Me refiero a irte sin más.

Dave se encogió de hombros.

—Supongo que sí. El problema es que la doctora tiene razón. Últimamente estoy bastante inestable. A veces tengo la impresión de que mi vida ha vuelto a la normalidad, independientemente de lo que signifique la palabra «normal». Pero otras veces me siento vacío, como si las respuestas estuvieran ahí fuera esperándome y dependiera de mí encontrarlas. Ya sé que suena un poco raro.

—Parece que tenías otros motivos para aprender a montar en moto, aparte del estudio de mercado.

—Puede ser. La verdad es que no puedo dejar de pensar en Meg, en la conversación que mantuvimos sobre la vida y los sueños, las cazadoras y las motos.

Redd dio un mordisco a su hamburguesa y tomó otro sorbo de refresco, como si eso pudiera ayudarle a ofrecer una respuesta profunda.

—No sé qué decirte, Dave. No se me dan bien ese tipo de preguntas. Mi especialidad son las motos. Pero parece como si quisieras que los demás decidan algo que solo tú puedes decidir.

—Supongo que tienes razón.

Redd vaciló unos segundos, como si quisiera añadir algo más, como si quisiera explicarse pero no supiera si debía hacerlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Dave.

—Nada. Es solo que me recuerdas a alguien.

—¿A quién?

—A mí.

Dave soltó una carcajada. Dejando aparte su recién adquirida afición por las Harleys, nunca había pensado que Redd y él tuvieran mucho en común.

—¿Y eso?

—Una vez lo dejé todo y me fui, justo como acabas de describir.

Dave dejó la hamburguesa en el plato. Redd había conseguido atraer toda su atención.

—¿Lo dices en serio?

Redd asintió.

—¿Podrías contármelo?

Redd se mordió los labios. Al hacerlo, su bigote le tapó la boca por completo. Tardó unos segundos en responder.

—No me importa contártelo, Dave. Eres mi amigo. Solo quiero que entiendas que es *mi* historia. No pretendo sugerir que pueda servirle a otra persona. ¿Entiendes?

Dave asintió.

—Creo que sí.

—Un día me fui en la moto. Lo dejé todo y me marché. Fue justo después de la guerra.

—¿La guerra?

—Cuando era joven estuve un tiempo en Vietnam.

—No lo sabía.

Redd se encogió de hombros.

—Hay muchas cosas que ignoramos de las personas que nos rodean.

—¿Y qué pasó?

—Me reclutaron en abril del 69. Supuestamente debía zarpar seis semanas después. Pero yo no creía en la guerra, Dave. —Sus ojos se entrecerraron al hablar—. No estaba dispuesto a luchar en un agujero al otro lado del mundo, ni a matar a gente por razones que nadie sabía explicar.

—¿Desertaste?

—Ese era el plan. Pensaba huir en moto a Canadá con unos colegas. Muchos amigos míos lo hacían.

—¿Entonces lo dejaste todo y te fuiste?

—No. El plan no funcionó. Esa noche llegué tarde a casa. Demasiado tarde. Pensaba irme a primera hora de la mañana, pero había estado bebiendo. Me quedé dormido. Cuando bajé las escaleras, mi padre ya se había levantado. Lo primero que hizo fue preguntarme adónde iba. Yo quise hacerme el gracioso y le dije que iba a alistarme voluntario. Mi padre sabía que yo odiaba la guerra; pensé que le haría reír. El problema es que creyó que lo decía en serio. A mi padre se le humedecieron los ojos. Empezó a decir lo orgulloso que estaba de mí, lo orgullosa que estaría mi madre si siguiera con vida. Era la primera vez que mi padre decía que estaba orgulloso de alguien. La primera vez...

—¿Y qué hiciste?

—Guardé mis cosas en la moto y me alejé por la carretera. El problema es que me fui directo a la oficina de reclutamiento. Tres meses después estaba sentado en una sucia trinchera junto al delta del Mekong, preguntándome qué demonios había hecho. Solo era un muchacho asustado, estúpido y solitario. No debería haber ido al otro lado del mundo a matar gente. Y menos a esa edad.

Redd hizo una pausa y miró su hamburguesa, como queriendo decidir dónde dar el siguiente mordisco. Después masticó la carne con parsimonia. No tenían ninguna prisa.

—En Vietnam hice un amigo. Su apellido era Harris; su nombre, Leslie. ¿Qué clase de padre puede llamar a su hijo Leslie? —Era una pregunta que no esperaba respuesta—. Le llamábamos Les. Les Harris. Era un poco mayor que yo. Bueno, en realidad era mucho mayor, tenía una esposa y un hijo esperándole en casa. Supongo que le daba pena, porque siempre me estaba cuidando. Era una excelente persona.

»Un día salimos a patrullar. A mí me tocaba ir a la cabeza. No era peligroso. Hacía semanas que no nos encontrábamos con ningún *charlie*. Yo no me encontraba bien; la noche anterior había estado vomitando y apenas había dormido. Me sentía fatal y debía de notárseme en la cara, porque Les me miró y me dijo que me fuera a la retaguardia, que él iría a la cabeza.

»El camino era el mismo de siempre. Primero teníamos que vadear el río y luego caminar unos seis kilómetros por la selva, verificando el perímetro. —Redd se puso tenso—. Yo iba arrastrándome en la retaguardia cuando empezaron los disparos. Tardé unos segundos en entender lo que estaba pasando. Tres hombres asaltaron nuestra patrulla antes de que supiéramos de dónde nos venían los disparos. Resultó que había dos *charlies* escondidos en la selva. Cuando conseguimos librarnos de ellos... —Redd hizo una pausa y miró a Dave—. *Librarnos de ellos...* qué expresión más extraña. —No esperó a obtener respuesta—. Cuando conseguimos matarlos, habían pasado varios minutos.

Sus palabras se ralentizaron.

—Fui a socorrer a Les, pero estaba sangrando por la boca. Estaba intentando susurrar algo, pero yo no podía entender lo que estaba diciendo. Lo intenté, Dave, pero con toda la sangre que le salía por la boca, no podía entender sus palabras. Después de pasar un rato intentándolo, sencillamente dejó de hablar, y unos minutos después, de respirar. Murió en mis brazos. No pude ayudarle; ni siquiera logré entender lo que estaba intentando decir.

Redd hizo una pausa, como si necesitara un momento para tranquilizarse. Tomó un largo trago de refresco antes de continuar.

—Me quedé hecho polvo después de eso. No te puedes imaginar lo destrozado que estaba. Volví de la guerra furioso: furioso con el Viet Cong, furioso con nuestro país por haberme enviado allí, furioso con la vida. Aquella maldita guerra no me parecía justa. Tenía que haber sido yo, un chico joven y estúpido, el que hubiera recibido un disparo en el pecho, y no un buen hombre con una mujer y un hijo esperándole.

»Cuando volví, fui a ver a su esposa. Se llamaba Hanna. Me pareció muy triste, muy perdida y muy sola. Le conté que Les me había salvado la vida, que era yo el que tenía que haber ido a la cabeza aquel día. Ella no lo dijo, pero me pareció que estaba de acuerdo conmigo. Me preguntó si Les había dicho algo antes de morir. No supe qué responder. Me limité a sacudir la cabeza.

»Fue una guerra terrible, Dave. A partir de entonces empecé a vagar sin rumbo. No tenía ninguna fe en la vida, ninguna esperanza en la humanidad. Sinceramente, era un infierno estar vivo cuando era yo el que tenía que haber muerto. Durante mucho tiempo fui a la deriva, aceptando trabajos ocasionales para sobrevivir, dejando que la rabia se fuera acumulando en mi interior.

»En el 82 dijeron en las noticias que iban a levantar un monumento a la guerra en Washington. Me puse hecho una fiera. ¡Pensaban construir un monumento para conmemorar una maldita guerra! ¿Te imaginas? Decidí que ya había vivido lo suficiente en el infierno y que había llegado la hora de hacer algo. Guardé mi revólver de 45 milímetros en mi bolsa de cuero y me fui en moto al supuesto monumento.

»En algún momento del recorrido decidí que, cuando llegara a Washington, subiría a lo alto de aquella monstruosidad y me volaría los sesos delante de todo el mundo, como un alegato en contra de la injusticia.

—No hace falta que me cuentes todo esto, Redd.

—Me gustaría hacerlo, si no te importa. Lo que ocurrió después fue muy extraño, y es posible que te cueste creer lo que te voy a contar. ¿Has estado alguna vez en el monumento a los veteranos de Vietnam, en el muro? —preguntó Redd.

Aunque Dave había pasado la mayor parte de su vida en la costa Este, tuvo que reconocer, avergonzado, que nunca había visitado ese lugar. Sacudió la cabeza.

—Pues deberías —le reprendió Redd.

—Lo haré.

—Llegué allí un miércoles por la mañana. Estaba lloviendo, y no había mucha gente en los alrededores. Algo positivo, teniendo en cuenta mi estado de ánimo. Saqué mi revólver y me lo metí en el cinturón, debajo de la camisa. Luego di media vuelta y me dirigí al monumento a hacer mi alegato.

»El muro es negro, y está hecho de granito de la India. Mide unos tres metros de largo, y en cada losa está inscrito el nombre de miles de soldados como Les, hombres que no consiguieron volver a casa. Pues bien, me acerqué al muro con el corazón lleno de odio y repugnancia, pero cuando lo toqué, mi plan se desbarató.

»Es difícil de explicar, pero cuando toqué el muro —solo por el hecho de estar allí, mirándolo—, me invadió un sentimiento de respeto que aún hoy no termino de entender. Al instante, me di cuenta de que el monumento no estaba allí para celebrar las atrocidades de la guerra; esa no era la razón por la que lo habían construido. Estaba allí para recordar la vida de los hombres que murieron por nosotros, los hombres que sirvieron en el ejército. ¿Entiendes lo que quiero decir? No está ahí por nosotros, Dave, está ahí por ellos, para celebrar el sacrificio que hicieron.

»Llámalo visión, llámalo don, llámalo locura, pero en el momento que toqué el muro, todo el lugar... en fin, me pareció un territorio sagrado. No podía profanarlo matándome allí. Me puse a buscar hasta que encontré su nombre: Leslie Harris. Toqué su nombre y empecé a llorar, un hombre grande con una cazadora de cuero negro, tocando el muro y llorando como un niño. No podía evitarlo. Repasé con el dedo cada una de las letras. Y mientras estaba allí pensando en Les...

Redd se atragantó, incapaz de continuar. Dave esperó a que estuviera preparado.

—Después de tocar su nombre, Dave, Les me habló. Sé que parece una locura, y en aquel momento estaba un poco trastornado. Pero te prometo que le oí con la misma claridad con la que te oigo a ti hoy. Y no había duda de que era él. Les tenía una voz inconfundible.

—¿Y qué te dijo, Redd?

—Me dijo que todo iba a salir bien. Me dijo que merecía la pena vivir. Que tenía que conservar la esperanza y ser fuerte. Y lo más curioso es que, en ese momento, supe que se estaba limitando a repetir lo mismo que había intentado decirme el día que murió en la selva del Mekong. Parece una locura, pero Les me salvó la vida en Vietnam y volvió a salvármela en el muro.

—¿Y qué pasó después?

—Nada. Me limité a seguir viviendo. Me limité a seguir levantándome cada mañana y a hacerlo lo mejor posible. Un par de años después conocí a Sherry, nos casamos y tuvimos dos hijos. La vida no siempre ha sido fácil, pero desde ese día he conseguido arreglármelas. Solo intento hacer lo que me dijo Les.

—¿Volviste a buscar a su mujer para contarle lo ocurrido?

—Lo intenté. La busqué, pero se había cambiado de ciudad. Años después, un amigo me contó que se había vuelto a casar, que tenía una familia y era feliz. No lo sé, pero supongo que de alguna forma Les también se puso en contacto con ella.

Redd dejó su vaso vacío de refresco encima de la mesa.

Dave se acercó al lugar donde estaba sentado su amigo.

—Redd, hay veces que yo también me vuelvo un poco loco y no sé si podré soportarlo, momentos en que no sé qué hacer.

—Solo tienes que hacer lo mismo que hice yo. Sigue viviendo, sigue avanzando, aunque sea poco a poco. —Redd se levantó—. Voy a rellenar el vaso. ¿Te apetece algo más?

—No, estoy bien.

—Ojalá supiera qué más decirte, Dave. Pero, si tuviera todas las respuestas, probablemente no sería un mecánico.

Redd se dio la vuelta y se dirigió a la entrada del local.

La respuesta de Dave fue muy débil, demasiado débil para que Redd pudiera escucharla.

—Tal vez por eso lo seas.

Capítulo 25

Dave llegó a la oficina pronto, algo que estaba empezando a convertirse en una costumbre. Como no podía dormir en casa, al menos así podía encontrar un sitio en el aparcamiento. Se introdujo detrás del mostrador de la recepcionista y encendió unos cuantos interruptores. Las luces se encendieron con un zumbido, interrumpiendo el silencio de la mañana.

Dave dejó su cazadora en una silla y se dirigió a la sala de conferencias. Estaba inmaculada, con todas las sillas en su sitio. Gloria se merecía hasta el último centavo que Ellen le pagaba. Cogió el folleto encuadernado de la mesa. El departamento de diseño se había superado una vez más. La cubierta era en color, con el logo de Bikehouse en relieve. La encuadernación era perfecta. Además, la información que contenía el cuaderno era de la mayor calidad que había conseguido nunca. Habían analizado los datos, los habían cuantificado, representado y copiado. Se habían preparado las imágenes y los gráficos. Todo estaba allí, perfectamente encuadernado y fácil de seguir.

Una presentación en Powerpoint estaba guardada en el portátil para proyectarla en una pantalla que bajaría del techo en el momento oportuno. Las diapositivas eran concisas, coloridas e ilustrativas. El estudio representaba la cima de su carrera. *La cima*. Qué extraño que se hubiera empeñado en conseguir el contrato a toda costa. Ahora que estaba allí, ahora que había terminado el trabajo y pronto empezaría la presentación, descubrió que estaba deseando que terminara.

Brock entró en la sala a las siete. Dave se había sentado en una silla y estaba descansando la cabeza en la mesa.

—¿Estás muerto, o practicando una nueva postura de yoga? —bromeó Brock.

—Buenos días —dijo Dave, enderezándose.

—¿Te apetece un poco de café? —preguntó Brock.

—Todavía no. No quiero empezar con la cafeína tan pronto.

—¿Te has traído la cazadora?

—Está en mi despacho.

—Ellen me preguntó ayer por ella. Le dije que la llevarías puesta. Cree que da buena suerte.

—Puede que tenga razón.

—Sí, o puede que tú seas demasiado humilde. Hoy vas a causar sensación, lo presiento. Solo tienes que asegurarte de ponerle mucho *espíritu*.

Una ligera sonrisa asomó por primera vez en el rostro de Dave.

Brock se sentó al lado de su amigo y dijo en tono de burla:

—Dave, sé que estabas deseando conseguir este cliente. ¿No ha sido todo como esperabas?

Era una conversación sin importancia, palabras para matar el tiempo antes de empezar la reunión. También era la misma pregunta que Dave había estado haciéndose desde los últimos veinte minutos. Vaciló antes de responder.

—No lo sé, la verdad es que... No estoy seguro.

Brock se encogió de hombros.

—Pues, si no lo ha sido, lo será. Bueno, voy a por un café —dijo, poniéndose en pie—. Estaré esperando en mi despacho hasta que llegue el momento de empezar. ¿Algún cambio en mi introducción?

—No. Hazlo como acordamos. Como en los viejos tiempos.

Brock asintió y cerró la puerta, dejando que la soledad de la sala rodeara y envolviera a Dave, como si todavía estuviera esperando escuchar su respuesta.

¿No ha sido todo como esperabas?

• • •

A las nueve en punto, las puertas del ascensor se abrieron emitiendo un pitido y entró el señor Shaun Safford, vicepresidente de marketing de Bikehouse. Le seguían cinco de sus hombres de confianza, uno más de los que Dave esperaba. Ellen estaba esperándole con la mano tendida. El espectáculo estaba a punto de empezar.

—Señor Safford. Caballeros. Me alegro mucho de recibirles. Espero que hayan tenido un buen vuelo.

Dave dejó que Ellen se encargara del saludo formal, la charla preliminar y la conversación intrascendente sobre el tiempo.

—Ojalá hubiéramos tenido tiempo para venir en moto en vez de en avión —añadió Safford.

Ellen soltó una risita, tal vez sin entender si lo decía en serio.

—Sí, claro, entiendo. Mmm... Tenemos café, pastas y ese tipo de cosas. Podemos esperar a que lleguen los demás en la sala de conferencias.

Dave y Brock estrecharon la mano a la comitiva. Safford cogió una pasta y volvió. Como no quería perderse nada, Ellen se introdujo también en el círculo de ejecutivos.

—Y dígame, Dave, ¿ha montado en moto últimamente? —preguntó Safford.

—Este fin de semana me di una vuelta hasta Frederick —dijo él con total naturalidad, como si pasara todos los fines de semana en la carretera.

—¿Qué moto conduce? —siguió preguntando Safford.

—Una Sturgis 91. Está como nueva.

Ellen asintió al escuchar la respuesta de Dave, como si las palabras significaran algo para ella. Safford ni siquiera la miró; su vista estaba clavada en Dave.

—¿Y cómo fue? Me refiero a su viaje.

—El mejor de mi vida. Muy instructivo.

—Los viajes largos suelen serlo.

Mientras se prolongaba la conversación, un segundo grupo de ejecutivos trajeados irrumpió en la sala: eran los chicos de publicidad. Se produjeron más presentaciones, más apretones de manos y más intercambios de tarjetas. Les siguieron cuatro empleados de Strategy Data: tres miembros del equipo y un becario asignado al proyecto.

A las nueve y cuarto, todo el mundo tenía el plato del desayuno lleno, y Ellen decidió intervenir:

—Sé que todos tenemos una agenda muy apretada, así que vamos a empezar.

Esperó unos minutos a que la gente ocupara sus sillas en distintas zonas de la sala.

Cuando todo el mundo estuvo preparado, dijo:

—Supongo que todos sabrán que soy Ellen Brewer, presidenta de Strategy Data International. Déjenme que empiece diciendo lo agradecidos y emocionados que estamos de contar con la presencia de un grupo tan distinguido...

Había que reconocer que Ellen era una buena jefa, pensó Dave, a pesar de su comportamiento a veces insensible. Sin duda, él tenía mucho peor carácter. Además, todos los trabajadores de la empresa coincidían en que su liderazgo y sus decisiones estratégicas habían sido clave para el crecimiento y la buena marcha de la compañía.

—También nos sentimos muy agradecidos de contar con la presencia de los caballeros de AdCore. Sin duda, su agencia realiza un magnífico trabajo para satisfacer las necesidades promocionales de una empresa líder como Bikehouse...

Era una mujer lo bastante lista como para saber rodearse de personas competentes. Su estrategia consistía en contratar a los mejores y pagarles bien. Sin embargo, la recompensa tenía un precio. Ellen lo daba todo por la empresa, y esperaba que todo el mundo hiciera lo mismo.

—Y me gustaría dar las gracias al personal de nuestro equipo hoy presente, que nos ha ayudado a reunir esta información...

Aunque Ellen era más que competente, había algo en ella que Dave encontraba irritante, incluso desesperante: el hecho de que no entendiera cuándo había llegado el momento de sentarse y cerrar la boca.

—... como sabrán, el alcance del estudio es muy amplio. ¿Quién compra una moto personalizada y por qué? Puede que el resultado de nuestra investigación les sorprenda...

Mientras su jefa seguía hablando, Dave empezó a pensar de nuevo en la pregunta de Brock. *¿No ha sido todo como esperabas?* Sabía la respuesta; era obvia. Sencillamente, no era capaz de admitirla ni verbalizarla.

La pregunta planteaba otro interrogante. De lo contrario, nada de aquello tenía sentido.

Dave dejó que sus dedos acariciaran la superficie de su cazadora de cuero. La piel seguía conservando su aroma y su frescura. Era un olor muy agradable, pero cargado de recuerdos. Recuerdos de Megan, de los niños, de tiempos mejores. La doctora Jaspers tenía razón. Deberían ser recuerdos felices, alegres. Pero cuando afloraban, muchas veces solo le traían tristeza y culpabilidad.

¿Culpabilidad? Qué extraño que nunca hubiera hablado de ese tema con la doctora. ¿Por qué se sentía culpable? Al fin y al cabo, fue un accidente. Y sin embargo, ¿acaso no era él quien estaba conduciendo?

¿Y si hubiera girado el volante en el momento justo? ¿Y si hubiera estado más atento, o hubiera salido diez minutos más tarde? ¿Y si...?

Brock se levantó. Ellen había terminado. Brock haría una breve introducción, analizaría la base y el alcance del estudio, explicaría las razones de su enfoque... En resumen, daría validez a las conclusiones que Dave iba a presentar. Era una fórmula. La habían utilizado millones de veces.

Dave sabía por experiencia que Brock tardaría exactamente cinco minutos y luego le dejaría diez segundos de margen. Era un discurso que había escuchado muchas veces, aunque adaptado a cada situación particular.

Brock había sido un buen amigo, le había ayudado a su manera. Era evidente que no entendía su pérdida, pero al menos fingía entenderla. Puede que incluso quisiera entenderla. Además, su pregunta era muy oportuna. *¿No ha sido todo como esperabas?* Dave esperaba más, deseaba más. Encontrar la cazadora había sido doloroso, pero conseguir el contrato con Bikehouse gracias a ella... Eran demasiadas coincidencias.

Y sin embargo, dentro de aproximadamente una hora se habrían acabado las pastas, se habrían repartido todos los informes, se habría explicado el estudio y se habrían extraído las conclusiones. Habría palmaditas en la espalda para todos, merecidas o no; los hombres con sus trajes a medida y las mujeres con sus modelitos de diseño volverían a sus importantes trabajos en su mundo complaciente; y al final —se preguntaba Dave

—, ¿habría conseguido cambiar algo? ¿Saldría alguien por la puerta siendo mejor persona?

Al final, la gente seguiría comprando motos, Ellen seguiría preocupándose por los beneficios de la empresa y Brock seguiría intentando conquistar a todas las mujeres que se cruzaran en su camino. ¿Pero qué había de él?, se preguntó Dave. Seguiría volviendo solo del trabajo para encontrar una casa fría y desierta, sin nada más que dolorosos recuerdos, una casa llena de tristeza.

—Voy a ceder la palabra a Dave para que explique nuestras conclusiones y recomendaciones.

La pregunta de Brock era muy sencilla: *¿No ha sido todo como esperabas?* Estaría mintiendo si decía que sí. Bikehouse era como la novocaína, un anestésico que calmaba la herida sin llegar nunca a curarla. Por dentro, Dave seguía sangrando.

—Dave, te toca —Brock endureció el tono de voz e incrementó su volumen—. Si quieres explicar nuestras conclusiones y recomendaciones, tienes la palabra.

Dave se levantó lentamente. Todos los ojos estaban clavados en él, observando cada uno de sus movimientos.

Su voz tembló de emoción.

—Lo siento. Os pido disculpas. Me he distraído un momento. Lo cual es fácil cuando uno está pensando en las motos personalizadas Bikehouse. Estoy convencido de que Bikehouse produce las mejores motos personalizadas del mercado.

Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos, como si no supiera muy bien por dónde empezar.

Ellen echó un vistazo por la sala, aparentemente fascinada por la atención que Dave había despertado. Fingiendo que divagaba, actuando como si estuviera distraído, había conseguido que todo el mundo estuviera pendiente de él.

No había escatimado elogios a la hora de comunicarle su apoyo. Le había dicho que, en su opinión, era sencillamente brillante. Ahora, con un numerito sencillo y espontáneo, tenía al público comiendo de su mano. La sonrisa de Ellen lo decía todo: este hombre se merece un Óscar.

—Estaba pensando en las motos Bikehouse debido a mi cazadora —siguió diciendo Dave—, y a la increíble circunstancia que me llevó a aterrizar aquí. Verán, estoy buscando algo que he perdido, algo que hace mucho que echo de menos. Y lo más gracioso es que, por alguna razón, pensé que encontraría las respuestas aquí, en este trabajo.

Puede que Ellen estuviera de acuerdo con el cambio de estrategia, pero Brock, no. Le bastó echar un vistazo a su amigo para entender que algo iba mal.

Dave prosiguió.

—Este fin de semana me fui a dar una vuelta en moto con un amigo. Le pregunté por mi búsqueda, y me dijo que estaba buscando en los lugares equivocados, que tenía que echar un vistazo en mi interior. Esta mañana he estado pensando en ello, pero con un interior tan hueco y vacío como el mío, es difícil saber qué espero encontrar. Entonces, Brock me preguntó si trabajar con Bikehouse había merecido la pena. Es una pregunta sencilla, pero me he dado cuenta, y no se ofenda, señor Safford, de que la respuesta es *no*. Me sigue faltando algo, no sé el qué, y eso me tiene un poco confundido.

Sus palabras rebosaban desesperación. Safford miró a Ellen, que se inclinó hacia delante en su asiento por primera vez desde que Dave se había levantado. Si se hubiera sumado el sueldo bruto de todos los ejecutivos presentes, el resultado habría sido abrumador. Ahora, todos miraban atónitos al hombre que tenían delante, el hombre que estaba a cargo de la situación, el hombre de la cazadora de cuero.

Brock se inclinó hacia delante, dispuesto a sacar a Dave de la sala para mantener con él una charla en privado. En lugar de eso, tomó aire y esperó.

Dave miró al suelo y luego de nuevo a la multitud. Su extraño monólogo, su peculiar comportamiento, estaba empezando a incomodar a su jefa.

—Lo cierto es que... No puedo seguir así... sin saber... sin que nada cambie. Sencillamente no puedo.

Sus hombros se hundieron, como si el peso de las palabras se hubiera vuelto demasiado pesado para soportarlo.

—Antes tenía una amiga a la que podía contar todos mis problemas y todas mis preocupaciones. Ella siempre era capaz de encontrar una respuesta.

Siempre he querido dejarme coleta, comprarme una Harley y recorrer el país.

¿Una Harley? ¿En serio? ¿En traje y corbata?

No, por supuesto que no. Me compraría una cazadora de cuero negro y recorrería el país hasta... no sé, hasta el Golden Gate. Pero no solo eso. Lo cruzaría hasta el final.

¿De veras?

Sí. Sería el Cuatro de Julio. El sol brillaría y el cielo estaría azul y despejado. Una ligera brisa soplaría sobre el océano, despeinando mi cabello.

—Dave, ¿estás bien?

Ahora, Brock estaba de pie a su lado. También Ellen se había levantado de un salto.

Dave miró a Brock y luego a la sala antes de concentrarse en su cazadora. Un gesto de preocupación se dibujó en sus labios.

—¿Qué día es hoy? —preguntó.

—¿Cómo? —repuso Brock.

—¿Hoy es veintiséis?

Dave se volvió a la multitud, como si estuviera preguntando a una clase. El becario, un chico que había venido a ver al *maestro* en acción, fue el primero en responder:

—Sí, señor Riley, hoy es veintiséis.

—Veintiséis —repitió Dave, haciendo cálculos en su cabeza.

Brock le tocó el hombro y le empujó hacia su silla vacía.

—Dave, ¿por qué no te sientas un rato y me dejas continuar?

La voz de Dave se aceleró.

—Todavía tengo tiempo. Puedo conseguirlo.

—¿Conseguir el qué? —preguntó Ellen en voz alta.

Puede que Dave oyera la pregunta de su jefa, pero no respondió. En lugar de eso, se volvió hacia Shaun Safford.

—Lo siento, señor Safford. Brock le explicará el estudio. Yo tengo que irme.

Dicho esto, sorteó a Brock y salió precipitadamente de la sala.

Capítulo 26

Dave siguió a Redd a la parte de atrás de la tienda, hasta que llegaron a la Sturgis 91 que Dave había conducido hasta Frederick. La moto estaba lista y reluciente. Mientras la revisaban, Redd fue el primero en hablar.

—Tiene el depósito lleno y está limpia como un bebé.

—Gracias, Redd.

—El jefe me ha pedido que firmes esto. —Redd cogió un contrato de compra que había en el mostrador y se lo dio—. Yo me encargaré del resto del papeleo.

Dave garabateó su nombre en la línea de puntos sin leer una palabra del contrato.

—¿Sabes adónde vas? —preguntó Redd.

—Lo sé desde hace tiempo. Voy a un puente que mi abuelo ayudó a construir. Lo visité una vez cuando tenía siete u ocho años, pero apenas lo recuerdo. Fui con mi familia para asistir al funeral de mi abuelo. Es curioso, porque en realidad no me acuerdo de él, me refiero a mi abuelo, sin embargo, tengo el extraño recuerdo de estar mirando las inmensas torres anaranjadas del puente. Parecían unos dedos gigantes que estuvieran intentando tocar las nubes.

Se produjo una larga pausa antes de que Dave volviera a hablar.

—También recuerdo con claridad a mi padre diciéndome que mi abuelo encontró muchas respuestas en el puente —volvió a tomar aire—. No sé si llegué a contártelo, Redd, pero Megan me compró esta cazadora antes de morir. Es difícil explicar por qué necesito irme, pero es así.

—Dave, soy la única persona a la que no necesitas explicar nada. Pero debes estar preparado. Puede que las respuestas que encuentres no sean las esperadas.

—Lo tendré en cuenta. Y gracias por enseñarme a montar en moto, por ser mi amigo y por todo.

—No hay de qué. Oye, ¿tienes mi número por si acaso?

—Sí.

Redd pulsó el botón verde de la pared, y la puerta metálica del techo se puso en movimiento. Dave empujó la moto hacia fuera, pasó la pierna por encima del asiento y encendió el motor. Levantó la mano hacia Redd, en un gesto que era una mezcla de agradecimiento y despedida; no pudo escuchar la respuesta de Redd por encima del ruido del motor, pero pudo leer sus labios.

—Buena suerte.

Dave giró el manillar, soltó el embrague y se alejó suavemente del aparcamiento mientras Redd veía desaparecer la moto con su nuevo amigo.

• • •

De camino a casa, paró en una tienda de deportes y compró un saco de dormir que metió en la bolsa de la moto. No pensaba usarlo; era solo para una emergencia. De adolescente le gustaba salir de acampada, pero de eso hacía mucho tiempo. Para Megan, salir de acampada era pasar un fin de semana en el hotel Marriott.

En casa recogió el resto de sus cosas: ropa, un cepillo, pasta de dientes, un puñado de barritas energéticas, dos botellas de agua, un teléfono móvil y los mapas que había impreso, por si acaso.

Esa mañana había pasado más de una hora delante del ordenador, calculando la distancia, los días y las paradas en el camino. Tenía tiempo de sobra. Contando las paradas para comer, repostar, lavar la ropa y dormir, podría llegar al Golden Gate al menos dos días antes del Cuatro de Julio.

Se dejó dos luces encendidas, la de la entrada y la de atrás. En realidad no era necesario, porque la suya era una urbanización muy segura. Miró la casa por última vez, preguntándose si habría olvidado algo. Ya no llegarían más periódicos. Había llamado para que suspendieran el envío. También había pedido a dos chicos del equipo de béisbol que cuidaran del jardín, los cuales accedieron encantados. La empresa de vigilancia que patrullaba la urbanización fue informada de que iba a tomarse «unas largas vacaciones».

Había llegado el momento.

En el garaje, Dave cerró la puerta que comunicaba con la casa y sacó la moto al camino de entrada. Revisó las hebillas de su bolsa de cuero —estaban cerradas— y pulsó el código del garaje. Luego se quedó mirando cómo se cerraba la puerta hasta que el borde de goma golpeó la acera. Le pareció un momento simbólico: una puerta que se cerraba detrás de él y la incertidumbre que se abría delante de él.

Tomó aire, pasó la pierna por el asiento y arrancó la moto. El motor se encendió con un rugido. Después de accionar el embrague, puso la marcha y giró el acelerador. Sus movimientos no eran tan fluidos ni tan seguros como los de Redd, pero de momento eran suficientes.

Se había prometido no mirar atrás, pero no pudo resistirse a echar un último vistazo mientras salía a la calle. A la altura del buzón frenó para comprobar el tráfico. Estaba empezando a atardecer, y una luz cegadora brillaba al oeste. Esa noche no llegaría muy lejos, pero de todas formas iba a marcharse. No podía soportar la idea de quedarse una noche más en aquella casa.

Como la luz del sol le daba en los ojos, le costó distinguir el contorno del coche que avanzaba por la calle hacia él. Sin embargo, el sonido era inconfundible. Se quedó esperando a que Brock aparcara frente al buzón, apagara el motor y saliera del coche. También él apagó el motor y observó cómo le miraba Brock: primero la moto, luego la escena que tenía delante de él.

—Buen aspecto. Muy buen aspecto —dijo Brock al fin.

—Gracias.

—Me refiero a la moto, por supuesto. Pero lo importante eres tú. ¿Estás bien?

—Creo que sí.

Dave respondió con brevedad. Quería que Brock fuera directo al grano.

—¿Estás seguro de que quieres marcharte así?

Dave respondió con un ligero encogimiento de hombros.

—Estás renunciando a un sueldo de seis cifras al año. Estoy seguro de que hay una tremenda ironía en todo esto, algún significado oculto, pero te prometo que no sé cuál es.

—Escucha, ya sé que no tiene sentido. Simplemente necesito unas vacaciones, eso es todo.

—Unas vacaciones, ¿eh? —preguntó Brock.

—Sí.

—¿Estás seguro? Porque a mí me parece que hay algo más.

—No, no estoy seguro en absoluto. Es solo que... siento que es mi deber.

—¿Tu deber?

—Ya sé que suena raro, pero es así.

Brock aceptó su respuesta. Parecía entender que nada de lo que pudiera decir podría disuadirle.

—La oficina no será lo mismo sin ti.

—Gracias. ¿Cómo se lo tomó Ellen?

Brock puso los ojos en blanco.

—Se puso como loca. Tiró los informes por la sala de conferencias, empezó a soltar improperios... No delante de Safford, pero antes de que se cerraran las puertas del ascensor. Sí, la verdad es que has conseguido sacarla de sus casillas. Aunque cambiaras de idea, probablemente sería demasiado tarde para volver.

—Ya se le pasará.

—Tal vez —dijo Brock—. También he hablado con la doctora Jaspers. Me dijo que no cogías el teléfono ni respondías a sus llamadas.

—Es una profesional. Es lógico que se preocupe por mí.

—Me ha pedido que la llames.

—Dentro de un tiempo lo haré.

—Y bien, ¿adónde vas?

—A la costa Oeste. A un puente que mi abuelo ayudó a construir.

—¿Al Golden Gate?

—El mismo.

—No irás a tirarte, ¿no?

Su pregunta hizo que Dave sonriera por primera vez.

—No se me había ocurrido.

—Pues que no se te ocurra. Siento haber sacado el tema.

Dave exhaló un suspiro, tomó una bocanada de aire fresco e hizo un esfuerzo para explicarse.

—Cuando era niño me contaron un montón de historias familiares sobre el Golden Gate, la mayoría relacionadas con mi abuelo. Decían que mi abuelo encontró muchas respuestas allí. Pensé que podía ir a echar un vistazo.

—Suenan un poco... *peculiar* —dijo Brock en tono de burla.

Dave ignoró su comentario.

—Eso es lo que creía él.

—¿Cuándo llegarás?

—El Cuatro de Julio. Tengo que hacer una parada antes, pero aun así llegaré ese día.

Los dos se quedaron sin palabras; el silencio se instaló entre ellos hasta que empezó a resultar incómodo. Brock extendió la mano. Dave le tendió la suya y se la estrechó.

—Que conste que estás como una cabra —añadió Brock—, pero a pesar de todo te deseo buena suerte.

—Gracias.

—Y voy a intentar arreglar las cosas con Ellen. De modo que, si llegas al puente y está cerrado o algo así, llámame.

Dave asintió, se puso el casco, arrancó la moto y tocó el embrague. Antes de accionarlo, levantó la mano y la agitó en el aire. Brock hizo lo mismo.

Un rápido cambio de marcha, un ligero rugido. Dave giró a la derecha. Brock, a la izquierda. Brock, a su casa, Dave, al intenso resplandor del atardecer.

Capítulo 27

En mi segunda visita a la biblioteca, encuentro una anotación de un hombre llamado Alfred Finnila: «Un día estaba caminando por la pasarela cuando decidí guardarme el reloj en el bolsillo. Era un reloj de oro. Pero no conseguí dar con el bolsillo, y el reloj se deslizó por la pernera del pantalón y siguió cayendo hasta sumergirse en el agua. Fue una sensación muy extraña».

Conozco perfectamente esa sensación.

Otro hombre, llamado Peanuts Coble, escribe: «Ed Reed era un indio que boxeaba los fines de semana en combates profesionales. Los dos nos alojábamos en Sausalito, en casa de una viuda. Ed no tenía muy buenos modales. Un día que estábamos comiendo con la viuda y sus hijos, la señora le preguntó: “¿No se sentirá orgulloso cuando sus hijos miren el puente y digan: Mi padre ayudó a construirlo?”. Con la boca llena de comida y sin dejar de masticar, Ed respondió: “Me conformo con que esos bastardos no digan que me caí de él”».

Me echo a reír en voz alta. Gwen, la bibliotecaria, se acerca para descubrir qué es lo que encuentro tan gracioso. Cuando lee la anécdota, esboza una ligera sonrisa.

—Espero que encuentres lo que estás buscando.

—Gracias.

Pero no debo de parecer muy convencida, porque, apenas he terminado de decirlo, Gwen vuelve a insistir.

—¿Seguro que no puedo ayudarte?

Estoy dispuesta a aceptar toda clase de ayuda.

—Gwen, estoy buscando información sobre un hombre llamado Patrick O’Riley —le digo—. Trabajó en el Golden Gate. Esperaba encontrar algo aquí, pero no ha habido suerte. ¿Se te ocurre alguna idea?

—¿Has probado en el índice electrónico?

—Sí. Nada.

—¿Has consultado los libros más famosos sobre la historia del Golden Gate?

—Sí, y tampoco he encontrado nada.

Me propone algunas ideas más, pero nada que no hubiera intentado antes.

—Tenemos material prestado a dos o tres universidades. Puedo revisar el registro a ver qué encuentro. Has dicho que se apellidaba O’Riley, ¿verdad?

—Patrick O’Riley.

Le doy las gracias, aunque sé que mis posibilidades son más bien escasas. Miles de hombres trabajaron en el Golden Gate, contribuyeron a su construcción, le dedicaron parte de su vida y luego desaparecieron en la inmensidad del país. Estoy pidiendo un imposible.

Mientras Gwen se aleja, sigo leyendo historias de esfuerzo y superación. En ellas encuentro palabras de tristeza, pero también de esperanza. Leo la vida de estos hombres y pienso en sus familias, en cuánto debieron de preocuparse sus mujeres y sus hijos. ¿Tendrían ellos a su propia Anna?

La información es fascinante, pero se está haciendo de noche y la biblioteca no tardará en cerrar. Y todavía no he encontrado el nombre de Patrick O’Riley. Parece que surgió de la nada, dedicó al menos cinco años de su vida a construir el puente y luego desapareció de la faz de la tierra.

• • •

Llamo al profesor a primera hora y le digo que me quedaré en casa trabajando en el proyecto. No me atrevo a confesarle lo que eso significa: que estoy obsesionada con averiguar más cosas sobre Patrick y Anna.

Ayer regresé de la biblioteca con las manos vacías, pero sabía que no iba a ser fácil. Hoy empiezo llamando al Distrito de Carretera y Transporte del Golden Gate, la agencia que se creó para financiar y construir el puente. Estuvo a punto de disolverse cuando el puente se terminó de construir y recibieron el pago a sus servicios, pero, como la mayoría de las agencias gubernamentales, resultó más fácil crearla que disolverla. Si antes se encargaban de la construcción del puente, ahora gestionan todo el transporte de la zona. Hablo con tres personas para confirmar lo que ya sospechaba: no existe un registro de los empleados que trabajaron en la construcción del puente. La agencia me recuerda que ellos solo se encargaban de supervisar el trabajo de las constructoras contratadas.

A continuación, intento localizar los registros de las propias constructoras. La agencia eligió a diez contratistas principales y a varias subcontratistas para trabajar en la estructura. Desgraciadamente, ninguna de ellas sigue en activo.

El aire de la habitación está empezando a asfixiarme. Ha llegado la hora de salir a dar un paseo. Abro el diario y anoto la dirección que Patrick escribió en la portadilla.

Está en Parkside, a unos ocho kilómetros de mi casa. Me pongo unos pantalones cortos, me ato las zapatillas y me dirijo a la puerta.

Me imagino un viejo edificio de apartamentos, histórico pero bien conservado, donde un amable anciano me hablará de los trabajadores que se alojaron allí durante la construcción del puente. El anciano me dirá que solo era un niño cuando sus padres regentaban el edificio, pero que todavía se acuerda de los inquilinos. Me confirmará que por supuesto conservan todos los registros de hace ochenta años; que están guardados en un viejo fichero de madera que tienen en el ático. Me dirá que puedo consultarlos yo misma, y que cierre la puerta al salir. O mejor. Me dirá que, aunque solo era un niño, todavía se acuerda de aquel simpático caballero irlandés.

Es una visión agradable que me da energías para correr. Pero, cuando llego a la calle, me encuentro con un supermercado. Considero la posibilidad de volver corriendo a casa, pero en lugar de eso decido llamar a un taxi.

Mi muro es cada vez más alto, cada vez más ancho y profundo. El oficio de investigador consiste en escalarlo, atravesarlo o encontrar una grieta. Solo es cuestión de tiempo, paciencia y perseverancia.

Me pregunto dónde estará la grieta de mi muro.

b

Ellen se reclinó en su cómodo sillón de cuero y apoyó los pies en la mesa. Casi nunca solía adoptar esa posición. Su vista estaba clavada en unos objetos indefinidos al otro lado de la ventana, más allá de la silueta de los edificios.

—¡Maldito sea! —murmuró para sí misma—. ¿Cómo pudo marcharse así, como si nada?

Como no había nadie a su lado para asentir y darle la razón, Ellen volvió a maldecir a Dave por si acaso, para sentirse mejor. Pero aún no había acabado.

—Sabía lo importante que era ese cliente. ¿Cómo pudo hacer una cosa así?

No era fácil ser jefa, especialmente de una empresa que había creado su padre. Le habría gustado ser más comprensiva, pero tenía un negocio que atender. Docenas de personas dependían de ella para llegar a fin de mes, no solo Dave Riley.

—Y ni siquiera esperó a que terminara la reunión —prosiguió—. ¿Cómo es posible que se fuera a la mitad, con el cliente en pleno estado de *shock*?

Era inaceptable. Había un límite que marcaban el sentido común, la decencia y la profesionalidad. Dave Riley no solo lo había traspasado, había cogido carrerilla para saltarlo.

El pitido familiar del interfono la sobresaltó. Ellen bajó los pies y se enderezó en su asiento.

—¿Señora Brewer?

Era su secretaria, Kathy.

—Dime, Kathy.

—Tiene una llamada por la línea siete. Es el señor Jim Wiesenberg.

—Wiesenberg... Wiesenberg —repitió Ellen—. ¿Sabes quién es, Kathy?

Kathy respondió con aire de sorpresa. Su astuta jefa solía reconocer los nombres de todas las personas importantes.

—Sí, señora. Es el señor Jim Wiesenberg, director general de Bikehouse. La llama desde Wisconsin. Quiere hablar con usted ahora mismo. Dice que es urgente.

Capítulo 28

Por la mañana, la primera persona a la que llamo es Janet Metcalfe, una amiga de Salt Lake City. Después de licenciarse en Historia en la Universidad de San Francisco, Janet se trasladó a Utah para trabajar en una agencia de seguros. La llamo a ella primero porque es una fanática de la genealogía, y lo digo en el mejor sentido de la palabra. La iglesia mormona gestiona allí una Biblioteca de Historia Familiar que es una de las mejores del mundo. Sé que Janet la visita a menudo para investigar a sus propios antepasados, y espero que sepa cómo funciona y pueda ayudarme.

—Buenos días. Soy Janet.

—Hola, Janet. Soy Katie Connelly.

—¿Katie? ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

Charlamos unos minutos, poniéndonos al día de los viejos conocidos y de los cotilleos. Descubro que está prometida; ella descubre que apenas salgo con nadie. Le encanta su nuevo trabajo y le sorprende escuchar que sigo trabajando en la universidad. Ella y su novio están planeando un viaje a Hawái para su luna de miel; yo le cuento que aproveché mis últimas vacaciones para pintar la casa. Antes de deprimirme demasiado, interrumpo la charla y le explico la razón de mi llamada.

—Escucha, Janet, ¿podría pedirte un favor?

—Por supuesto. ¿En qué puedo ayudarte?

—Estoy buscando a un hombre...

Hago una pausa en el momento equivocado. Janet me interrumpe antes de que pueda terminar la frase.

—Ya era hora. Pues estás hablando con la persona adecuada. Conozco a varios que están disponibles.

—Déjame expresarlo de otra manera. Estoy buscando información sobre un hombre. Vivió en San Francisco desde 1931 hasta 1937 más o menos. Se llamaba Patrick O'Riley. He pensado que, como se te da tan bien la genealogía, tal vez podrías consultar la Biblioteca de Historia Familiar.

—Claro. ¿Sabes cuándo nació?

—No.

—¿No sabes cuántos años tenía?

—No exactamente.

—Pero al menos sería de San Francisco, ¿no?

—No, creo que no.

—¿Era ciudadano americano?

—Lo dudo, pero no estoy segura.

—¿Entonces lo único que sabes de él es su nombre?

—Más o menos. Sé que su mujer se llamaba Anna; bueno, creo que estaban casados. Sé que se querían mucho. Ella vivía muy lejos de aquí, tal vez en Irlanda. Pensaba que podrías buscarlo tanto en San Francisco como en Irlanda.

—Déjame que me aclare. ¿Quieres que busque a un hombre que se apellidaba O’Riley y que nació en Irlanda, y eso es lo único que sabes de él?

—Creo que sí.

—¿Quieres que busque también a un hombre llamado John Smith que haya nacido en Estados Unidos?

Si lo que intenta es hacerme sentir como una estúpida, lo está consiguiendo.

—Mira, ya sé que no es mucho, pero ahora mismo es lo único que tengo.

—Sería más fácil buscarte un novio.

—Te llamo porque eres la mejor investigadora del mundo.

—Ya me conoces, Katie, y sabes que halagarme no te va a servir de nada. Has dicho que se llamaba Patrick, ¿verdad?

—¿Vas a intentarlo?

—Sí, pero no te prometo nada. ¿Sabes algo más de él? Lo que sea.

—Es posible que fuera ingeniero o que hubiera estudiado en una escuela de ingeniería. ¿Te sirve?

—Tanto como saber su color favorito, pero algo es algo.

—Gracias, Janet.

—Prométeme que vendrás a mi boda.

—Te lo prometo.

Le confirmo mi dirección y me despido. Odio reconocerlo, pero Janet tiene razón. Necesito averiguar más cosas. Antes de hacer más llamadas cojo el diario, lo abro y empiezo a pasar las hojas con cuidado.

Seguro que me he perdido algo.

Los edificios de acero y hormigón se fueron desdibujando mientras Dave ponía rumbo al sur, lejos de la ciudad, lejos del trabajo, lejos de Brock, lejos de la doctora Jaspers y de Ellen Brewer, lejos de su casa vacía en Jamesburg, lejos de sus recuerdos.

Había una parada que quería hacer antes de empezar el viaje al puente, un lugar que se sentía obligado a visitar. Cuando llegó a Washington, el tráfico era muy denso, como el resto de veces que había visitado la ciudad. Tres años antes, sintiéndose culpables por no proporcionar la suficiente formación «cultural» a sus hijos, Megan y él montaron a la familia en la furgoneta para pasar un fin de semana en la capital. Habían pensado visitar todos los lugares históricos de la ciudad: el obelisco conmemorativo a Washington, el monumento a Jefferson, los jardines de la Constitución y, sí, el monumento a los veteranos de Vietnam, el «muro» que tanto veneraba Redd.

Sin saberlo, eligieron el mismo fin de semana que se celebraba el festival de los cerezos en flor, el momento de la primavera en que los árboles florecen y la gente acude en masa a verlos. Cuando llegaron a la avenida de la Constitución, la caravana de coches se había detenido por completo. Después de avanzar tan solo dos manzanas en cuarenta y cinco minutos, la familia se dio por vencida. Ya aprenderían historia en otro momento. En lugar de eso decidieron ir a Annapolis, uno de los refugios favoritos de Dave. Se alojaron en el hotel Prince George y pasaron el fin de semana yendo al cine, a restaurantes e incluso a un museo de cera. Fue un fin de semana estupendo, pero también un recordatorio de que los lugares históricos de Washington seguían estando en su *lista de cosas por hacer*.

Hoy había llegado el momento de hacerlas.

Dave encontró un sitio para aparcar en la avenida Henry Bacon y puso la cadena a la moto. Solo había un pequeño paseo hasta el monumento, que estaba enclavado en la verde llanura de los Jardines de la Constitución. Según se iba acercando a la estructura, aminoró el paso. Era exactamente como Redd había dicho: unos paneles negros de granito dispuestos en dos secciones que se extendían para formar un ángulo. La zona se inclinaba ligeramente hacia el centro, de manera que, para la persona que entraba al nivel del suelo, la pendiente iba revelando cada vez más espacio del muro. En su punto más alto, Dave calculó que debía de medir unos tres metros.

Observó el diseño del monumento. Era imponente y discreto a la vez, menos grandioso de lo que esperaba, aunque había que reconocer que tenía un tamaño considerable. Cada uno de los negros muros de granito se hundía en la tierra, simbolizando los hombres y las mujeres que estaban muertos y enterrados. Sin duda, se trataba de un espacio de calma y serenidad.

Dave retrocedió para memorizar lo que estaba viendo y sintiendo, si no para él, al menos para Redd. Lo más impresionante era el número de nombres grabados en la

superficie de la piedra, miles y miles de nombres, cada uno con su propia vida, su propia historia de amor y su propio legado.

Una pareja de ancianos de piel cetrina adelantó a Dave y siguió caminando hacia el monumento. Hablaban en español; cuando llegaron al muro, bajaron el tono de voz. El anciano agachó la cabeza y se quedó mirando el suelo mientras la mujer levantaba la mano, extendía su dedo arrugado y tocaba un nombre.

Un poco más allá vio a tres adolescentes. Una estaba escribiendo algo en su cuaderno mientras las otras dos paseaban en silencio. Era un comportamiento mucho más respetuoso del que se podía esperar de unas adolescentes en un día de verano.

Dave se acercó a la losa de granito, eligió un nombre al azar y dejó que sus dedos trazaran las letras. *Clifford Paxton*. ¿Quién sería? ¿A quién habría dejado atrás? Sus dedos se trasladaron a otro nombre: *Simon Ellison*. ¿Habría dejado a una viuda? ¿Seguirían visitándole sus seres queridos y trazando su nombre con el dedo? ¿Seguirían recordándole?

A ambos extremos del muro había unos libros donde figuraban los soldados por orden alfabético, para que los amigos y familiares pudieran encontrar fácilmente a sus seres queridos. Dave se dirigió a un libro, pasó las páginas y buscó a Leslie Harris. Luego localizó el panel donde estaba grabado su nombre. Dejó que sus dedos repasaran los surcos de las letras, igual que hizo Redd hacía años, y sin duda muchas veces desde entonces. Pero... ¿qué había del soldado cuyo nombre figuraba debajo de Leslie, o el que estaba encima? Todos ellos, al igual que Leslie, habían dado su vida, habían dejado familias rotas. Aunque se sentía agradecido de tener la oportunidad de tocar el nombre de Leslie, de recordar la historia de Redd, de ofrecer un momento de silencio para agradecer el sacrificio de ese hombre, se dio cuenta de que todos los soldados que había allí se lo merecían.

Había leído información sobre la guerra de Vietnam en la universidad. Recordaba la historia. Había incontables películas y libros sobre el tema, que él había visto y leído. Y aun sí, nunca había sentido que aquella guerra tuviera nada que ver con él.

Una anciana se acercó y colocó una flor en la base del muro. La mujer no derramó ni una sola lágrima, pero tocó el muro con aire reflexivo. ¿Cuál sería su historia? ¿Habría perdido a un amigo, a un tío, a un padre? Dave pensó en acercarse a ella para preguntárselo, pero no lo hizo. En lugar de eso agachó la cabeza, cerró los ojos y rindió un homenaje a los soldados cuyos nombres se extendían ante él: a Les Harris, a miles de hombres sin rostro y a Redd.

Se alegró de haber hecho una parada para visitar el monumento. Era un lugar sagrado y solemne. Además, Redd se sentiría orgulloso de él. Aunque supo que nunca más volvería a olvidar la guerra, también se dio cuenta de que no era allí donde encontraría la conclusión a su propia historia. Sin mirar a la anciana, a las adolescentes, a la pareja ni a

las numerosas personas que habían venido allí a rendir sus respetos, Dave se dio la vuelta y regresó por el césped al lugar donde había aparcado la moto. Muchas personas iban al muro a llorar, pero no era su caso.

En vez de eso se ató el casco, se montó en la moto y partió, lejos de las respuestas de Redd y en busca de las suyas propias.

Capítulo 29

Mientras estoy revisando el diario en busca de alguna pista, encuentro algo nuevo.

«Cuando Russell Cone vino a inspeccionar mi trabajo, empezamos a hablar de una cosa que nos había llamado la atención: el puente se va moviendo y desviando a medida que el cable cambia de longitud. El cable es la parte del puente que proporciona fuerza a la estructura y absorbe la carga. Podría decirse que mi puente es como un ser vivo que respira», escribió Patrick.

Es un comentario muy curioso, porque cuando era niña yo también me imaginaba que el puente era un ser vivo. Después, con la sabiduría que aportan los años, entendí que solo era un puente y nada más. Pero hay veces, todavía hoy, que parece adquirir vida propia.

También me he dado cuenta de que Patrick suele hacer referencias a Dios. Si era un irlandés religioso, eso supone que hay dos opciones: o era católico o era protestante. Afortunadamente, ambas Iglesias son famosas por su celo en la conservación de documentos. Si Patrick pertenecía a alguna parroquia local, puede que exista una prueba que lo demuestre.

Cuando le explico la situación a mi párroco, el padre Muldowney, parece encantado de ayudarme. Promete comprobar las catedrales de alrededor, así como enviarme una lista por fax de otras iglesias que merezca la pena investigar.

Lo siguiente que hago es hacer una visita al registro de la propiedad. Si Anna y los niños se trasladaron a San Francisco, puede que la familia comprara una casa. Sé que tengo pocas posibilidades, pero reconozco que estoy un poco desesperada.

La mujer del mostrador me saluda con una sonrisa, pero, si pensaba que su simpatía iba a hacer mi trabajo más llevadero, no tardo en descubrir lo contrario. Es una pesadilla. Al cabo de dos horas encuentro a un tal P. O'Riley, dueño de una propiedad en Stonestown, pero mis esperanzas se desvanecen cuando sigo investigando y descubro que se trata del señor Pierce O'Riley, no Patrick, y que las fechas de los documentos descartan por completo la posibilidad de que sea Patrick.

Seis horas después me voy a casa para darme una ducha caliente y acostarme, roja de frustración. Necesito extinguir la sensación de fracaso que se ha apoderado de mí. En el camino no dejo de pensar en una extraña frase del diario. Es una afirmación sencilla, casi reflexiva, que hizo Patrick en las últimas páginas.

«Es curioso que los puentes, que son las estructuras más estables, los construyan los hombres más efímeros».

¿Estará hablando de sí mismo? Si los hombres que construyen puentes son como las aves migratorias, que van allí donde está el trabajo, ¿quiere eso decir que también Patrick se trasladó a otro puente? En caso afirmativo, ¿dónde? Una vez en casa, encuentro una página web del gobierno que muestra una lista de todos los puentes de Estados Unidos. Siento un vuelco en el corazón cuando veo el número. ¡Nada menos que seiscientos mil!

Decido limitar la búsqueda a los puentes históricos más grandes. El primero que me sale es el puente de Tacoma Narrows. Es un puente colgante, el primero que atravesó el estrecho de Puget. Las obras empezaron poco después de que se terminara de construir el Golden Gate. Al cabo de unos minutos me surgen docenas de posibilidades. Hay puentes en Connecticut, Pensilvania y Nueva York; hay puentes en la costa Este, la costa Oeste y entre medias. Están en todas partes.

La desesperación no tarda en apoderarse de mí. Otra vez estoy atrapada en un callejón sin salida. Aunque se fuera a trabajar a otro puente, la lista interminable de la pantalla revela una verdad incuestionable: Patrick pudo trasladarse a cualquier lugar.

• • •

Visitar iglesias debería ser una experiencia agradable, pero nada más lejos de la realidad. Algunos sacerdotes y pastores son simpáticos, pero otros parecen funcionarios mal pagados. Varios insisten en que debo pedir cita, lo cual no me supone un problema, salvo que me la dan para dentro de varias semanas, y yo no puedo esperar tanto.

En las iglesias donde tienen la amabilidad de dejarme curiosear en sus archivos, el trabajo es agotador. No se limita a teclear palabras en un motor de búsqueda. En lugar de eso, los espacios son sofocantes, el olor a polvo y a moho abrumador y los cuartos terriblemente calurosos. Estoy segura de que el infierno se parece a la sacristía de una iglesia. Cada página hay que examinarla de manera individual, y la letra es prácticamente ilegible. Abordo la tarea emocionada, fantaseando con lo que voy a encontrar, pero mi entusiasmo no tarda en convertirse en desesperación.

Tomo aire y me recuerdo que tengo que ser flexible y versátil, como el puente. Pero no me siento flexible, me siento rígida y tensa. Sé que esta búsqueda es una carga autoimpuesta, una carga que decidí asumir el día que prometí encontrar a la familia de

Patrick O’Riley. Y como es una carga autoimpuesta, debería ser capaz de renunciar a ella, pero no puedo. Se ha adueñado de mí y no piensa marcharse. Ha terminado convirtiéndose en una obligación que me estruja el corazón con los dedos. A cada latido me pregunto: ¿y si después de tanto buscar, no consigo encontrarlo? ¿Y si no consigo averiguar nada más sobre Patrick y Anna?

Debería irme a casa. No he comido nada desde el desayuno y tengo la glucosa por los suelos. Pero el estrés nubla mis sentidos y me lleva a cometer un pecado mortal. Paso delante del bufet chino Chang, con su cartel de «come todo lo que quieras» parpadeando como la trampa de un hipnotizador. Entro, le doy todo el dinero que llevo encima a una china regordeta y, durante cuarenta minutos, como un suicidio alimentario. Devoro como si fuera mi última cena: pollo con salsa de sésamo, cerdo agri dulce, ternera a la naranja. Es como las palomitas; una vez que empiezas, ya no puedes parar. Como todo está frito en aceite, es posible que esté ingiriendo toda la grasa del mes de una sola sentada.

Siempre he tenido fuerza de voluntad para resistirme, pero esta noche devoro como un cerdo. Cuando ya no me caben más galletas de la fortuna en la boca, lo único que deseo es arrastrarme a casa para vomitar. No porque me duela el estómago, sino porque me duele el corazón. Siento una náusea profunda, porque pronto tendré que admitir que no he conseguido encontrar a Patrick O’Riley.

• • •

En la privacidad de mi hogar, me pongo furiosa. Más que furiosa, me pongo frenética. Grito al ordenador. Arrugo varias hojas y las tiro a la papelera. Voy a la cocina y me pongo a insultar a los montones de libros, insultos que nunca me atrevo a decir en público. Mientras, mi trabajo sin terminar parece burlarse de mí desde la mesa. Odio profundamente este ridículo encargo. ¡No es más que un mero formulismo para la Sociedad de Señoras con Demasiado Tiempo Libre!

Solo llevo cinco minutos en casa y mi festival de la autocompasión está en pleno apogeo. Movida por la frustración, me acerco a la mesa y tiro las páginas restantes del proyecto a la basura. Mientras tanto, me pregunto:

«¿Por qué, Katie, por qué no consigues terminar el proyecto, por qué no consigues encontrar a Patrick, ni acabar nada de lo que te propones? ¿Por qué sigues sola? ¿Por qué continúas atrapada en la universidad, incapaz de avanzar? ¿Por qué ni siquiera tienes el valor de enfrentarte al hombre que te traicionó? ¿Por qué, Katie?».

Lo pregunto como si fuera a contestar una Katie diferente. Pero aquí solo hay una Katie, y su vida es un desastre. Mientras espero respuestas que no llegan, advierto por primera vez desde que he llegado a casa que huelo fatal. He sudado mucho en las

calurosas y sofocantes sacristías de las iglesias, y el olor que desprende mi camiseta es repugnante. No solo huelo a sudor. Apesto a fracaso.

Asqueada, me arranco la camiseta, voy a la ducha y abro el grifo del agua caliente. Normalmente me gusta ahorrar agua, aportar mi granito de arena a la sociedad, pero esta noche no me importa. Me coloco en el centro de los azulejos y dejo que el agua caiga sobre mí a borbotones; observo cómo se acumula y forma un remolino con mi culpabilidad hasta desaparecer por el desagüe. Decido dejar que el agua siga corriendo hasta que se sequen todas las cañerías de la ciudad, hasta que la policía medioambiental tire la puerta abajo y me arrastre, desnuda y gritando, a la cárcel.

A la media hora, sin embargo, mi piel empieza a arrugarse. Reniego de mi promesa de dejar la ciudad sin agua y decido que, para vengarme, bastará con agotar el agua caliente de la casa. Diez minutos después estoy arrugada como una pasa, pero el agua caliente no deja de salir.

En el piso de arriba hay una bañera antigua y profunda. A mi padre le encantaba bañarse después de volver del trabajo. Con una adolescente tan activa en casa, muchas veces se quedaba sin agua caliente. Aquello le enfurecía, hasta que un sábado llegó a casa con un nuevo calentador, un modelo inmenso de doscientos ochenta litros de capacidad. Juntos, lo conectamos a la unidad existente para que uno pudiera alimentar al otro. Mientras empieza a picarme la piel, me doy cuenta de que desde entonces no he vuelto a quedarme sin agua caliente. Nunca. Podría estar aquí toda la noche. Podría ahogarme. Cinco minutos más tarde me rindo y cierro el grifo con rabia. Soy un fracaso en todo.

Mis manos están blancas y arrugadas. Parezco un cadáver. Mientras me seco, mi piel empieza a pedir a gritos un poco de crema, pero no me queda nada en el baño. Me gustaría arrastrarme a la cama desnuda y echarme a llorar como una niña, y lo haré en cuanto consiga un poco más de crema. Encuentro otro bote en la encimera de la cocina, pero, cuando descubro que también está vacío, me dan ganas de ponerme a gritar. Entonces, algo consigue atraer mi atención.

Tengo una llamada perdida en el móvil.

Alguien me ha llamado mientras estaba haciendo mi numerito en la ducha. Al tocar la pantalla escucho la voz de Gwen, la bibliotecaria. Seguramente me ha llamado justo antes de cerrar. Me gustaría creer que su llamada tiene que ver con la grieta que estaba buscando. Necesito un poco de esperanza, pero, teniendo en cuenta cómo me he comportado en las últimas horas, será mejor ser prudente. No quiero hacerme ilusiones. No estoy preparada para otra decepción.

Sin embargo, sus palabras me dan la esperanza que necesitaba.

«Hola, soy Gwen. Te llamo desde la biblioteca. Creo que he encontrado algo».

Capítulo 30

Desde la ciudad de Washington, Dave se dirigió al noroeste por la Interestatal 70. Atravesó Maryland y se adentró en Pensilvania, pasando por las aceras de Pittsburgh, las fábricas y los edificios de apartamentos. La Interestatal 70 pronto desembocó en la I-76 hacia Cleveland, y luego en la I-80, que pasaba por el lago Erie, Toledo y Gary, Indiana.

Cuando tenía hambre, Dave paraba para comer —hamburguesas y sándwiches principalmente— en puestos de carretera, cafeterías y restaurantes de comida rápida, cualquier sitio que le viniera bien. Cuando estaba cansado buscaba un motel y dormía, casi siempre en poblaciones pequeñas, lejos de la gran ciudad, lejos de los recuerdos que quería dejar atrás. A veces, cuando la monotonía de la autopista empezaba a pesarle, se desviaba a las carreteras secundarias y las recorría a un ritmo más lento, menos frenético. Otras, cuando la angustia se apoderaba de él, cuando le preocupaba la posibilidad de no llegar a tiempo, regresaba a la interestatal y aceleraba al máximo.

Sin pasar por Chicago, atravesó Illinois y se adentró en Iowa, pasando por ciudades que le sonaban —Davenport, Iowa City, Des Moines—, pero cuyos nombres se mezclaban y se confundían, sin que pudiera estar seguro, a medida que trazaba la ruta en su mente, si acababa de pasar por ellas o aún no había llegado. Dejó a un lado granjas, interminables campos de maíz, tractores y vacas dispersas. Pasó por localidades pequeñas y desdibujadas —Guthrie, Oakfield, Hancock—, casi indistinguibles, cada una igual que la anterior.

En todas ellas prestó atención al tiempo, aunque casi siempre se mostró favorable. Solo se desvió una vez cerca de Newton para evitar la lluvia que, según la previsión meteorológica, iba a azotar la llanura desde el noreste. Pero fue un desvío innecesario. La temerosa tormenta se mantuvo a distancia, como si entendiera que el hombre de la moto necesitaba pasar y seguir su camino.

Fue un viaje solitario, triste y reflexivo, que le dio tiempo para pensar y plantearse cosas.

Con Megan, todo había sido muy fácil. La carretera de la vida había sido accidentada, a veces una auténtica autopista de ocho carriles, pero ella siempre estaba ahí, proporcionándole una dirección y un destino. Sin ella, sentía que había perdido la orientación. Lo que antes era un camino sólido se había convertido en un sendero de tierra, y a veces se dividía en tantas direcciones que era imposible decidirse por una. O lo que era peor, a veces el sendero se terminaba, dejando solo hierbajos, matorrales y piedras afiladas.

Dave había sugerido más de una vez a la doctora Jaspers que un cambio de aires le vendría bien. Su respuesta era siempre la misma: «Ojalá fuera tan fácil escapar del dolor, David. Si fuera así, abriría una agencia de viajes. Pero el dolor te persigue. Te acecha. El dolor hay que tratarlo desde dentro, David, no desde fuera».

¿Tendría razón? ¿Aquel viaje estaría ayudándole desde dentro? A pesar de los kilómetros recorridos, las preguntas seguían atormentándole. ¿Estaría evitando sus problemas, o avanzando hacia el único lugar donde podía encontrar las respuestas? No lo sabía; lo único que tenía claro era que había llegado la hora de avanzar hacia alguna parte.

Pasó la frontera estatal y se adentró en Nebraska. Más comida rápida, más moteles baratos. Omaha, Lincoln, Aurora, toda la América profunda: Kearney, Lexington, North Platte. Perseguido por sus demonios, tal vez en busca de consuelo, pero en cualquier caso, avanzando. Si el movimiento constante era solo una manera de escapar del dolor, una cosa estaba clara: en el momento en que se detuviera, en el momento que volviera a recuperar la sensibilidad, el dolor sería terrible.

b

Llego a la biblioteca justo antes de las ocho y espero en la puerta del departamento de colecciones especiales. Gwen tarda ocho minutos en llegar.

—Hola, Katie. Me imagino que llevas un rato esperando. Siento llegar tarde. No encontraba mis llaves, y sin las llaves, nadie puede entrar.

—No te preocupes. En tu mensaje decías que habías encontrado algo, ¿no?

Gwen asiente mientras juguetea con un enorme llavero plateado. Encuentra la llave y la mete en la cerradura para abrir la puerta. Yo la sigo como un cachorrito.

—Busqué los documentos prestados a tres universidades en el índice electrónico, pero no encontré ninguna mención a Patrick O’Riley. Estaba a punto de llamarte para darte la mala noticia cuando me acordé de los formularios de préstamo entre departamentos. De vez en cuando, los jefes de departamento pueden solicitar que la biblioteca transfiera material a su cuidado, siempre que lo usen dentro del campus para un proyecto que cuente con autorización. El problema es que ese material no aparece en

nuestros registros de préstamo ni en el índice electrónico hasta que los jefes de departamento no devuelven los formularios firmados.

Me recuerdo que esto es una universidad, y que, para alguien obviamente mucho más listo que yo, el sistema tiene sentido.

—La verdad es que el proceso puede llevar semanas —sigue diciendo Gwen—. Para qué negarlo, hay jefes de departamento que tardan meses en devolverlos. Cuando revisé los formularios de préstamo, vi que el laboratorio de química tenía unas cartas que estaban usando para hacer pruebas de datación, todas ellas relacionadas con el Golden Gate. En el índice figuran como un conjunto de cartas, pero no se indican los autores. Por eso no me salió nada. Así que llamé al profesor Stanton, y al parecer es cierto que tuvieron unas cartas de principios del siglo XX.

—¿Tuvieron? ¿Ya no las tienen? —pregunto, impacientándome debido a los pormenores de la explicación.

—No exactamente. Se las enviaron al profesor Markus, el jefe del laboratorio filial de Los Ángeles, que en teoría sigue formando parte del campus. Llamé a su asistente y ella revisó el material. Efectivamente, tienen una carta firmada por... ¿estás preparada?

Hace una pausa, como si fuera a materializarse un redoble de tambor. Como no ocurre nada, termina la frase por sí sola.

—Patrick O’Riley. No sé si será el mismo Patrick O’Riley que estás buscando, pero pensé que te gustaría saberlo.

Es la mejor noticia que me han dado en mucho tiempo.

—¿Cuánto van a quedarse la carta?

—La tienen concedida para dos meses más, pero pueden quedársela mucho más tiempo si solicitan una ampliación del plazo.

—¿Puedo acercarme allí para verla?

—Puedes, pero no será necesario. Ayer me enviaron una copia.

Siento un rubor en el cuello mientras Gwen se acerca a su escritorio y coge tres hojas de papel. En la superior hay una nota adhesiva con mi nombre. Miro la primera página y al instante reconozco la letra. Es la misma letra del diario. Sin duda, es una carta escrita por Patrick O’Riley. ¡Mi Patrick!

—Es increíble, Gwen. Te debo un favor.

—Solo me limito a hacer mi trabajo. Espero que te sirva.

Le vuelvo a dar las gracias con entusiasmo y, con la mayor educación posible, me retiro a uno de los cubículos cercanos. No es que me preocupe que alguien más lea la carta; está claro que la ha leído mucha gente. Quiero estudiarla a solas porque para mí es algo personal. Además, me da miedo cómo voy a reaccionar.

11 de febrero de 1937

Queridísima Anna:

El puente está prácticamente terminado y hay que reconocer que es una maravilla. No puedo esperar a que lo veáis tú y los niños. Cruza un profundo cañón, un canal de corrientes traicioneras y un mar siempre enfurecido, como el océano Atlántico que azota las costas de Irlanda. Los dos grandes cables que cuelgan de las torres contienen alambres suficientes para rodear tres veces el ecuador, y con el hormigón que hemos vertido en los pilares y anclajes podría pavimentarse un camino de dos metros de ancho de aquí a Dublín. La estructura es espectacular, y en tan solo tres meses abrirá al público.

Hoy no he podido evitar sentirme orgulloso al recorrer su extensión. Como es habitual, Sopla el viento, y el vendaval me hizo recordar los días que he pasado en sus vigas. Había veces que el viento sopla tan fuerte que el puente se balanceaba casi cinco veces la altura de un hombre. Yo siempre pensaba en ti a pesar de las circunstancias. Me imaginaba tus ojos sonrientes, la calidez de tu piel, tu risa. Pensaba en los niños y rezaba en silencio a Dios y a los santos para que me ayudaran.

Solo ahora que el puente está casi terminado estoy dispuesto a reconocer que ha sido peligroso. Es un trabajo que pierde a un hombre por cada millón de dólares empleados. Y aun así, gracias a Dios solo había muerto uno. Hasta el pasado mes de febrero.

La red de protección había conseguido evitar que diecinueve hombres encontraran la muerte en las frías y turbulentas aguas del océano. Los llamábamos los miembros del club «Carretera hacia el Infierno». Gracias a Dios, yo no me encontraba entre ellos. Puede que no valorásemos la red lo suficiente hasta el día que nos falló.

Había doce hombres en el andamio cuando este se desplomó; once cayeron a la red. Por un momento se pusieron a gritar de alegría. De pronto, la red empezó a romperse, y los gritos de alegría se convirtieron en gritos de terror. Horrorizado, vi cómo la red cedía, y todos mis amigos acabaron sumergiéndose en las fauces del océano. Fue un día trágico y doloroso.

Lo increíble es que, tan solo unos minutos antes, yo estaba en el mismo andamio. No te cuento esto para asustarte. Mi intención es precisamente la contraria. Quiero que sepas, Anna, que fue Dios quien me salvó la vida.

He dedicado cinco años a construirlo, cinco años echándote de menos, a ti y a los niños. Y aunque este puente me ha robado los años más bonitos de la paternidad, también ha sido mi salvador. Porque, de no ser por los días interminables que he pasado soldando su armazón, nunca habría ahorrado el dinero suficiente para sacarlos de los suburbios de Dublín.

Así es, Anna. Dentro de poco seréis libres. Os he reservado un pasaje en el Virginia May, que zarpará de Cork el día 29.

Te mando 60 dólares para el viaje. Tráete únicamente lo necesario. Vete en silencio. Despidete solo de los más allegados. A partir de ahora pasaré los días esperando tu llegada. Y cuando vengáis tú y los niños, me gustaría hacer una cosa todos juntos. Me gustaría que cruzáramos la bahía en barco hasta llegar al extremo norte del puente. Una vez allí, me gustaría que nos diéramos la mano y cruzáramos el puente en señal de agradecimiento, que cruzáramos nuestro puente hacia la libertad.

Pronto verás que no exagero cuando hablo de su grandeza. Quiero que tú y los niños admiréis su majestuosidad y sintáis su poder. Quiero que nuestros hijos entiendan que es mucho más que un puente, que es nuestra libertad, nuestra vida, nuestra esperanza en el futuro. Y no solo para nuestra familia, sino para todos los que lo cruzan en busca de tiempos mejores.

Así es. Dios es bueno y misericordioso. Por eso, cuando lleguemos al otro lado conozco un lugar en la orilla donde podremos arrodillarnos en familia y dar gracias a Dios por habernos reunido y por el futuro que nos espera.

Anna, espero que no te moleste, pero cuando terminemos de dar gracias en la otra orilla, ya no seremos la familia O'Riley de los suburbios de Dublín. ¡Cuando nos levantemos, como símbolo de nuestra nueva vida, seremos los Rileys, y seremos americanos!

Por favor, querida, no pienses que la brisa del océano me ha oxidado el cerebro. No estoy renegando de nuestros antepasados. Los dos sabemos que seremos irlandeses hasta la muerte, pero los niños,

Anna, ilos niños tendrán una nueva vida en América, una nueva esperanza! Y no solo nuestros hijos, sino también sus hijos, y los hijos de sus hijos, y la cadena continuará, porque somos valientes y Dios es misericordioso.

Hemos vivido en la pobreza y la miseria, pero pronto dejará de ser así. El puente es espectacular, fascinante, incluso mágico. Cuando crucemos el mar y lleguemos a la otra orilla, volveremos a ser una familia. Estoy contando los días.

Tu querido esposo,
Patrick O'Riley

¡Se cambió el apellido! Ahora entiendo por qué mi padre no conseguía encontrarlo. Ahora entiendo por qué parecía haberse esfumado. Con lágrimas en los ojos, le doy las gracias a Gwen y me voy corriendo a casa. En el camino me cruzo con el profesor Winston.

Siempre me ha costado ocultar mis emociones. No sé disimular mi alegría cuando estoy contenta ni mi tristeza cuando estoy deprimida. Al profesor no se le escapan las lágrimas que bajan por mis mejillas, pero también se da cuenta de que estoy radiante. Y como es un hombre, no termina de entenderlo.

—Katie, ¿estás bien?

—Buenos días, profesor. Sí, estoy estupendamente. Ha sido una mañana muy productiva.

—Pero si estás llorando.

—Sí, así es.

El profesor se acaricia el mentón con los dedos.

—Hay que reconocer que estás muy involucrada en tu trabajo.

Sonríó y sigo mi camino hasta llegar a la puerta. Y ni siquiera me ha preguntado por el proyecto. Al final ha sido un día estupendo.

Capítulo 31

¿Por qué los días malos preceden a los días maravillosos? ¿Será que, para saborear la alegría de la vida, tenemos que cenar antes en la mesa de la desesperación? No pretendo saberlo. Lo único que sé es que, por malos que hayan sido los últimos días, hoy me he visto recompensada con creces. ¡Y no te ofendas, Dios, pero ya era hora!

Nada más entrar en casa suena el teléfono. Es Janet.

—¿Janet? Estaba a punto de llamarte.

—Universidad de Queen, Cork.

—¿Perdón?

—He encontrado una mención a Patrick O’Riley en una universidad. Fue a la Universidad Queen en Cork, Irlanda. Empezó sus estudios en 1926.

—No pienso preguntarte cómo has conseguido esa información.

—Aún hay más. No terminó la carrera, pero adivina qué estudió.

—¿Ingeniería?

—¡Bingo!

Por fin están empezando a encajar las piezas del puzle. Patrick O’Riley se está convirtiendo en algo más que unas palabras escritas en una página. Se está convirtiendo en una persona real.

—Dijiste que en torno a 1931 estaba en San Francisco, ¿verdad? —pregunta Janet.

—Sí.

—La última huella de su paso por la universidad es de 1930.

—Entonces es nuestro hombre —digo, dando saltitos de alegría.

—Déjame terminar. Aún hay más. Dijiste que tu Patrick O’Riley trabajó en el Golden Gate, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Pues bien, investigando un poco he descubierto que la Universidad Queen de Cork tiene a varios ingenieros ilustres, entre ellos un tal Michael Maurice O’Shaughnessy. ¿Te suena?

—Creo que sí. Déjame que lo piense.

El nombre me resulta familiar. Tiene algo que ver con el puente, pero no consigo recordarlo.

Jane me interrumpe.

—Déjame que te ayude. El señor O'Shaughnessy llegó a San Francisco procedente de Irlanda para trabajar como ingeniero civil. Al parecer fue uno de los primeros defensores de la idea de construir un puente sobre la bahía. Nació en el condado de Limerick, Irlanda, que casualmente también es el lugar donde nació... Patrick O'Riley.

—¿En serio?

—En este trabajo una acaba haciendo conjeturas. Puede que Patrick conociera a este hombre o a su familia en Irlanda. Puede que el señor O'Shaughnessy fuera el que convenció a Patrick para que viniera a Estados Unidos a trabajar en el puente. Es muy probable.

—¿Sabes algo más?

—Por ahora es todo lo que tengo. Lo más raro es que no he podido localizar a Patrick a partir de su llegada a Estados Unidos. Normalmente es más fácil seguir el rastro desde ahí.

—Creo que ya sé por qué. Encontramos una carta suya aquí, en la universidad. Se quitó la O' del apellido. Su familia pasó a apellidarse Riley a secas.

—¡Eso lo explica todo!

—¿Crees que eso te ayudará a encontrarlo?

—Ya me conoces. No puedo dejar un crucigrama hasta que no lo he terminado. Dame un par de días y veré lo que puedo encontrar.

—Janet, cada vez que hablamos, el precio de tu regalo de bodas aumenta.

No esperaba tener noticias tuyas hasta dentro de dos días por lo menos. Pero tres horas más tarde vuelve a llamarme.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Buscarle por su verdadero apellido ha supuesto una diferencia abismal. Déjame que te hable de tu hombre misterioso. Patrick O'Riley nació en 1899 en el condado de Limerick, Irlanda.

Me apresuro a hacer las cuentas. Cuando empezó a trabajar en el Golden Gate, Patrick tenía 32 años. Era mayor de lo que pensaba.

—En 1925 se casó con Anna Sullivan en Irlanda —sigue diciendo Janet—. Ella era de un pueblo llamado Claddagh. Hay registros de Patrick en la universidad hasta 1930, pero a partir de entonces no he encontrado nada de él en Irlanda. En esa misma época lo encontramos en San Francisco trabajando en el Golden Gate. Se queda allí hasta 1937. A partir de entonces la cosa se complica. En los años siguientes he conseguido

localizar a siete Patrick Rileys distintos. Curiosamente, dos de ellos se casaron con una mujer llamada Anna. He encontrado un documento parroquial de uno de los dos en Portsmouth, Virginia. Si se trata de nuestro hombre, entonces tuvo tres hijos; un hijo y dos hijas. La otra posibilidad es un hombre llamado Patrick Riley que vivió en Washington, cerca de Tacoma. Si es él, entonces las noticias no son tan buenas. Tuvo cuatro hijos; un hijo y tres hijas. Desgraciadamente, he encontrado las fechas de fallecimiento de su mujer y sus hijos, todas del mismo día. Eso significa un accidente, o puede que una enfermedad. Si se trata de nuestro hombre, cuando murió en 1959 lo hizo solo y sin descendencia.

Mi mente va a toda velocidad. Recuerdo haber leído sobre el puente de Tacoma. Las obras empezaron poco después de que se terminara de construir el Golden Gate.

—Janet, supongamos que mi Patrick es el hombre de Virginia. ¿Qué has conseguido encontrar de sus hijos?

—La pista de las dos hijas se acabó enseguida, lo cual es muy común. Seguramente se casaron, perdieron el apellido y se trasladaron de ciudad. Me ha resultado más fácil localizar al hijo, porque conservó el apellido. Le bautizaron con el nombre de Robert Riley; personalmente, yo nunca habría llamado Robert a mi hijo apellidándose Riley, pero nadie me ha preguntado. Al parecer, Robert se quedó en Virginia. Era católico, como su padre, y se casó con una mujer llamada Louise Skinner. El matrimonio tuvo un solo hijo. A partir de ahí empiezan las malas noticias. Robert Riley murió de un ataque al corazón hace cuatro años. Su esposa falleció dos años después. Tengo su antigua dirección, pero no creo que te sirva de mucho.

—¿Y ahora qué hago?

—Katie, soy yo, Janet. Te he dicho que tuvieron un hijo. ¿Quieres su teléfono?

—¿Lo dices en serio?

—Recuerda que solo te servirá si he conseguido localizar al verdadero Patrick Riley. Podría ser el hombre que se trasladó a Washington. Tienes un cincuenta por ciento de posibilidades.

—Janet, ¿cómo se llama? Me refiero al nieto.

—¿Tienes el lápiz preparado?

—Sí.

—Se llama David. David Riley.

Capítulo 32

Espero con paciencia en la entrada del edificio, mirando cómo se abren y se cierran los ascensores, ensayando lo que voy a decir. Me pregunto por un momento si tendré el valor suficiente, pero entonces recuerdo que necesito una conclusión si quiero seguir con mi vida. Una hora y diez minutos después sale al vestíbulo. Está mirando el móvil y no se da cuenta de que estoy aquí. Ha llegado el momento de hablar claro oirme en silencio para siempre.

—¿Eric?

Se asusta al escuchar el sonido de mi voz, se vuelve hacia mí y me mira. Veo que baja los ojos, agacha la cabeza y le cambia la cara. Parece incómodo, incluso asustado. Yo me quedo donde estoy, sin avanzar pero sin dar un paso atrás. Espero.

—¿Katie?

—Te vi entrar en el edificio hace unos días. Vivo muy cerca de aquí. No quería seguir evitando este lugar.

Cuando responde, lo hace mirando más allá, como si hubiera otra persona en la distancia.

—Vaya... ¿Has visto qué ironías tiene el destino? La empresa me trasladó de vuelta a San Francisco. —Intenta reírse, pero suena forzado, antinatural—. Pensé en llamarte, pero no sabía si sería una buena idea.

Esperaba ira. Esperaba dolor. Pero, curiosamente, solo siento compasión. Eric no deja de mirar al suelo con nerviosismo. Me resulta extraño que parezca tan vulnerable. ¿Siempre fue tan inseguro? Su pie se mueve con inquietud mientras espera una ocurrencia que no llega.

Yo me limito a mirarlo, a esperar y escuchar. Al cabo de un minuto, cuando el silencio parece asfixiarle, dice:

—Katie, la verdad es que... lo siento... En fin, no sé qué decirte.

—No he venido a pedirte una disculpa, Eric. —No sé qué le sorprende más, si mis palabras o mi actitud—. ¿Cómo te va? —pregunto.

Vacila, tartamudea, toma aire.

—Pues... supongo que bien.

Hace unos minutos era yo la que estaba asustada. Ahora que ha llegado el momento, descubro que mis palabras fluyen con naturalidad.

—¿Estás casado? ¿Sales con alguien? —pregunto.

—No... Bueno, salgo de vez en cuando. Me imagino que tú sí que estás casada. Enhorabuena. Me alegro por ti.

Su suposición me sorprende.

—No, Eric. No estoy casada.

Parece desconcertado, pero sigue sin mirarme a los ojos.

—Pensé que... en fin... Tienes muy buen aspecto, Katie. Estás mucho más delgada.

—Eric, me gustaría preguntarte una cosa.

Vuelve a tomar aire, tratando de anticiparse a lo que le espera.

—Mira, Katie, no tengo una respuesta. No sé por qué lo hice. Lo he pensado muchas veces, pero no fue algo premeditado. Simplemente ocurrió.

No puedo evitar sonreír.

—Eric, esa no es mi pregunta.

—Ah... lo siento... ¿Entonces qué es?

—Me preguntaba por ti, Eric.

—¿Qué quieres decir?

Cambia de postura mientras trato de elegir las palabras.

—Si pudieras retroceder al momento que estabas en Los Ángeles y yo estaba conduciendo desde San Francisco, y volviera a aparecer la mujer con la que estabas... ¿volverías a hacer lo mismo?

Mi pregunta parece sorprenderlo, incluso desconcertarlo, como si nunca lo hubiera pensado, como si nunca se hubiera puesto a prueba. Tarda un largo rato en responder.

—Fue una estupidez. Nunca quise hacerte daño. —Hace una pausa, vuelve a cambiar de postura—. Pero no sé si podría prometerte, Katie, que no volvería a cometer el mismo error una y otra vez. ¿Cómo puedo saber una cosa así?

Se produce una sutil revelación, un momento de comprensión que, aunque breve, también es profundo. Al mirar atrás, me parece curioso que esos instantes no surjan en el furor de la tormenta, sino después, en la suave brisa de la reflexión y la memoria.

Cuando Eric me propuso matrimonio, lo veía como una persona subida en un pedestal, alguien que iba a tirar de mí. Me apoyé tanto en él que cuando me engañó, cuando el pedestal se derrumbó y caí al suelo sin aliento, temí que se hubiera derrumbado por mi culpa.

Lo que acabo de entender en este edificio ordinario, en un día ordinario, en un momento extraordinario, es que no quiero a una persona que tire de mí, ni que me

empuje. Quiero a alguien que esté dispuesto a escalar montañas conmigo, a mi lado.

A pesar de mis errores y mis defectos, a pesar de mi inseguridad, me merezco algo mejor.

No hay mucho más que decir.

—Gracias, Eric. Gracias por tu sinceridad. Ahora mismo significa mucho para mí. Buena suerte.

Me doy la vuelta y él susurra una despedida, visiblemente aliviado de que la experiencia haya llegado a su fin. A los tres pasos me detengo.

—Eric, espera. —Se da la vuelta y se queda esperando—. Me gustaría saber por qué has pensado que estaba casada.

—Por tu anillo de la fidelidad. Lo llevas con la corona hacia fuera.

Lo miro con expresión de asombro. Por primera vez, su risa parece sincera.

—¿Precisamente tú, doctora en Historia, no conoces los anillos de la fidelidad de Claddagh? Eso sí que es raro.

—No los conozco. ¿Podrías hablarme de ellos?

—No hace falta. La historia está en todas partes. Siempre has sido una magnífica investigadora. Seguro que podrás encontrarla.

—¿Pero cómo conocías...?

—Sí, precisamente yo, ¿verdad? Mi abuela llevaba uno. Ella me contó la historia.

Y dicho esto, Eric se encoge de hombros y se va.

• • •

Claddagh. Fue Janet la que me habló de este lugar. Es el pueblo donde nació Anna. La pantalla de mi ordenador no tarda en mostrar la leyenda del anillo de la fidelidad de Claddagh.

Al parecer, hay varias leyendas fabulosas en torno a la creación de este magnífico anillo, pero la más famosa es la de un hombre llamado Richard Joyce, que vivió hace unos cuatrocientos años en el pueblo pesquero de Claddagh, Irlanda, al oeste de la bahía de Galway. Se dice que Joyce emigró para trabajar en las plantaciones de las Indias orientales unos días antes de casarse con su amada. Su barco fue capturado por unos piratas argelinos, que vendieron a Joyce como esclavo a un orfebre musulmán que le enseñó el oficio. Durante su cautiverio, Joyce diseñó el ahora famoso anillo de Claddagh en recuerdo de su único amor verdadero, la mujer que le esperaba en Irlanda.

En 1689, Richard Joyce fue liberado por intercesión del rey Guillermo III. El orfebre le ofreció a su única hija en matrimonio y la mitad de su fortuna si se quedaba en Argelia, pero Joyce declinó su oferta y regresó a su pueblo. Allí descubrió que su

amada no se había casado y seguía esperándolo. Joyce le ofreció el anillo, la pareja se casó y vivió feliz el resto de su vida.

Mientras leo la sencilla leyenda del anillo, no puedo evitar pensar en Patrick y en Anna, tan lejos el uno del otro, y sin embargo, deseando reunirse otra vez. La leyenda debió de tener un significado especial para ellos. Ahora comprendo las palabras de Patrick: «Con esta corona te ofrezco mi lealtad. Con estas manos prometo servirte. Con este corazón te entrego el mío».

Descubro que los anillos de la fidelidad siguen estando a la venta en muchas joyerías irlandesas. Se dice que, si uno lleva el anillo en la mano izquierda con la corona hacia fuera, la persona está felizmente comprometida. Si lleva el anillo en la mano derecha con la corona hacia dentro, entonces todo el mundo sabe que el corazón de la persona está libre.

Patrick y Anna están empezando a adquirir forma y profundidad, a cobrar vida propia. Patrick no desapareció después de terminar el puente. Los dos se reunieron; los dos siguieron comprometidos. Es verdad que sigue habiendo agujeros en la historia, detalles sobre este hombre y su esposa que quedan a merced de mi imaginación. Pero si efectivamente se trata del verdadero Patrick Riley, habré conseguido lo que mi padre no pudo conseguir. Habré encontrado al legítimo dueño del diario de Patrick. Ahora, lo único que tengo que hacer es llamarlo.

Me acerco el auricular a la oreja, cojo las notas que he tomado en mi conversación con Janet y marco los números con decisión. El teléfono suena una vez y luego otra. A la tercera escucho una voz.

—Hola, soy David Riley. Ahora mismo no estoy en casa. Por favor, deja tu mensaje después de la señal...

Capítulo 33

Después de ascender por las majestuosas Montañas Rocosas del centro de Colorado, el río South Platte recorre 675 kilómetros hacia el noreste, hacia las llanuras centrales de Nebraska. Como ha hecho a lo largo de generaciones, su fértil caudal proporciona riego y esperanza a las numerosas ciudades dispersas que se refugian en sus valles y cuencas.

Mientras Dave seguía el curso del río, las incontables ciudades se iban desdibujando: North Platte, Sutherland, Paxton, Roscoe, Brule. Eran pueblos y poblaciones pequeñas. Cinco mil habitantes aquí, diez mil allá. Cada comunidad albergaba casas, granjas, negocios, iglesias... y familias. Sus nombres transmitían solidez y firmeza: Orchard, Hillrose, Big Springs. Cada localidad era la misma y a la vez única. Todas ellas amadas, odiadas, apreciadas y despreciadas por las personas que las habitaban.

Justo al salir de Big Springs, Nebraska, antes de llegar a la frontera con Colorado, Dave se detuvo para comprobar su itinerario. La batería del móvil se había agotado hacía tiempo; por suerte, había tenido la precaución de traerse los mapas impresos. Trazó la ruta planeada con el dedo. Un poco más adelante tenía que desviarse hacia la interestatal 80 para adentrarse en Wyoming. Llenaría el depósito en una de las ciudades del camino, tomaría una comida casera en un restaurante de la zona y haría un descanso para dormir cuando llegara a Cheyenne. Aún era 30 de junio. Todavía quedaban cinco días para el Cuatro de Julio. El trayecto a la costa le llevaría dos días, dos días y medio como mucho. Llegaría a tiempo.

Dave guardó el mapa en la bolsa de la moto y se adentró en la autopista, acelerando en la vía de acceso. El tráfico era muy ligero, nada que ver con el de Nueva York o Washington, ciudades que ahora resultaban tan lejanas, tanto en kilómetros como en el recuerdo. Dos camiones articulados bloquearon ambos carriles cuando uno se puso a adelantar al otro. Dave redujo la velocidad. Llevaba una Harley. Podía adelantarlos por la izquierda y pasar por el arcén. Pero para qué; no tenía ninguna prisa. Se mantuvo detrás del camión que estaba adelantando hasta que este se incorporó al carril derecho y le dejó pasar sin problemas.

Media hora después, vio una señal que decía *Sterling, Colorado, 78 kilómetros*. Se había equivocado de carretera.

Salió de la autopista a la vía de servicio. Seguramente se había perdido el desvío al adelantar a los camiones. Ahora, treinta y dos kilómetros más tarde, tenía dos opciones: o volver atrás, o llegar hasta Denver. Desde allí podía desviarse hacia el norte y luego tomar la I-25 hasta Cheyenne. A pesar del imprevisto, aún era temprano; podía llegar a Cheyenne antes del anochecer. Era el camino más largo, pero era mejor que volver a recorrer los paisajes que ya había visto. Como tenía tiempo de sobra, seguir le pareció la mejor opción.

El mapa indicaba la presencia de una ciudad —Liberty, Colorado—, a tan solo unos kilómetros. Dave decidió avanzar por las carreteras secundarias y parar allí para llenar el depósito.

La ciudad resultaba visible en la distancia, con su enorme depósito de agua apuntando hacia el cielo encima de una espesa cúpula de árboles, que actuaba como una señal para el viajero. Paralelo a la carretera crecía un espeso bosque de álamos, cedros y abetos, que serpenteaba a orillas del río y se extendía varios kilómetros en cada dirección, prueba de que el agua no solo discurre en la superficie, sino también por debajo, en las profundidades.

Las afueras de la ciudad estaban llenas de granjas que cubrían la zona de campos de maíz, alfalfa y heno. Cada tierra de regadío aportaba frescor a una llanura de lo contrario árida. A pesar de la distancia, Dave logró distinguir la silueta de un inmenso silo que hacía compañía al depósito de agua. Los dos se alzaban el uno junto al otro, como centinelas destinados a proteger a los habitantes de los intrusos. Dave supuso que las construcciones indicarían el centro de la ciudad y su avenida principal.

La escena era de lo más pintoresca, y Dave se alegró de haberse perdido el desvío. El único problema acuciante era el hambre. Esperaba que la ciudad dispusiera de un restaurante con comida de verdad: puré de patatas, pollo y verduras. Estaba harto de comer hamburguesas. Cuanto más le rugía el estómago, más accionaba el acelerador y más retumbaba la moto. Terminaría con un trozo de tarta de manzana. Todos los restaurantes de la región servían tarta de manzana. Era un requisito indispensable en toda ciudad pequeña. Dave cambió de marcha, añadiendo ocho kilómetros más al cuentakilómetros. Entonces, la moto empezó renquear.

Dave giró el acelerador, pero la moto seguía perdiendo velocidad. Comprobó que no le seguía ningún coche y se desvió al arcén. Aún le quedaba una cuarta parte del depósito. Quitó el tapón e inclinó la moto para mirar en su interior. El nivel de combustible estaba bien, tenía gasolina de sobra para llegar a Liberty. ¿Tal vez le habían puesto gasolina de mala calidad en la última parada? Aquello no tenía sentido, porque llevaba conduciendo toda la mañana sin problemas. A juzgar por las clases de Redd, el

problema tenía que ser el carburador, pero el propio Redd había revisado la moto a fondo y había confirmado que estaba en perfectas condiciones.

Dave bajó el caballete, se bajó de la moto y echó un vistazo a la carretera en ambas direcciones. No había ningún coche a la vista. La ciudad quedaba muy cerca; tal vez un poco de gasolina súper sirviera para resolver el problema. Apretó varios botones, ajustó el carburador y volvió a arrancar la moto. En vez de encenderse, el motor empezó a resoplar y traquetear. La moto se tambaleó hacia delante. Avanzaba a duras penas, pero al menos avanzaba. Con un poco de suerte conseguiría llegar a la ciudad. Allí buscaría ayuda.

—Con un poco de suerte —repitió.

El motor se detuvo por completo medio kilómetro después.

Dave no quería dejar la moto en la cuneta. Como la carretera descendía suavemente hacia la ciudad, puso la moto en punto muerto y empezó a empujarla.

Tardó casi media hora en llegar el primer edificio, un almacén de piezas de fontanería situado al este de la ciudad, con una furgoneta roja aparcada en la puerta. Al otro lado de la calle, hacia el oeste, se veía un campo de béisbol municipal. Dave optó por el este; seguro que allí tendrían teléfono. Miró en ambos sentidos, pero no se veía ningún coche. Estaba a punto de empujar la moto por la carretera cuando algo situado en la distancia, cerca del campo de béisbol, llamó su atención.

Era de piedra pulida y se alzaba a un metro del suelo, junto a la tribuna de madera de tres filas que cercaba el campo de béisbol. Era una de esas fuentes antiguas que adornaban las calles de muchas ciudades antes de que el vandalismo y los presupuestos municipales las pusieran en la lista de especies en extinción. Pero no era la estructura en sí misma lo que llamó su atención, sino el torrente de agua cristalina que brotaba de ella.

Fue una llamada que no pudo rechazar.

Empujó la moto hacia el campo de béisbol, bajó el caballete y se fue directo al agua. El aire de la montaña era seco y la humedad, inexistente comparada con la que había dejado atrás. Pero las temperaturas veraniegas, unidas al esfuerzo de empujar la moto, le habían dejado exhausto y sudando profusamente. Dave se quedó mirando el chorro de agua, que ascendía dibujando un arco en el aire y luego descendía en una salpicadura continua, antes de hacer un remolino en la pila de cemento. Mientras se acercaba, murmuró una plegaria silenciosa:

—Que esté fría, por favor, que esté fría.

Todo fue como esperaba.

Bebió un trago tras otro, tan deprisa que pensó que iba a enfermar. Cuando ya no pudo beber más, agachó la cabeza y dejó que el agua cayera en cascada por su pelo y su cuello. Cada milímetro de su piel que rozaba el agua parecía llorar de gratitud.

Después de unos minutos de alegría, se alejó de la fuente y se sacudió las gotas de agua como un perro mojado. Cerca de las gradas, encontró un asiento para relajarse y dejar que se secara el agua. Por primera vez vio a dos chicos jugando en el campo de béisbol, detrás de la valla. Uno le lanzaba pelotas al otro.

Mientras descansaba, Dave no pudo evitar fijarse en el juego. El que es entrenador lo es para toda la vida. Los chicos debían de tener unos ocho y diez años; el más joven era el encargado de lanzar las pelotas al mayor. Los dos tenían el pelo rubio como la arena, cortado por encima de las orejas. Compartían un bate que era demasiado grande para ellos.

Cuando el chico intentó golpear la pelota, Dave se quedó horrorizado. Bajaba demasiado el codo. Además, no sostenía el bate a la altura adecuada. Casi por inercia, Dave se levantó, se acercó a la valla y la agarró con los dedos. El chico más joven lanzó la pelota tres veces más, pero su hermano no consiguió acertar ninguna de las tres.

Levanta el codo, Brad, no permitas que el lanzador te elimine. Vigila la pelota, concéntrate en la pelota.

Después de fallar dos veces más, el chico rozó por fin la pelota con el bate, enviándola a la primera base. Como no había nadie más, el pequeño empezó a recorrer las bases. En vez de correr al *home* después de recuperar la pelota, persiguió a su hermano mayor a la segunda base, luego a la tercera y después al *home*. El mayor consiguió anotar la carrera; el pequeño ni siquiera consiguió terminarla.

—Voy ganando por cuatro —confirmó el mayor en voz alta.

—¿Y qué? Ahora me toca batear a mí.

Los chicos intercambiaron posiciones y el juego prosiguió. El pequeño no era mucho mejor que su hermano. El chico intentó golpear la pelota, falló y volvió a intentarlo. Dave se quedó detrás de la valla.

Un dolor familiar empezó a subirle por el pecho.

Cuidado con las bolas altas, Brad, vigila la pelota y recuerda que tienes a un compañero en la tercera base.

Dave sintió que se le humedecían los ojos. Era ridículo. Los chicos se lo estaban pasando en grande, ¿por qué tenía que emocionarse ahora? Hizo visera con la mano para protegerse del sol y se secó los ojos.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta el béisbol? —dijo una voz infantil.

El sonido le sobresaltó. No se había dado cuenta de que había una niña de pie en la última fila. Al igual que él, estaba viendo jugar a los chicos. Su pelo era tan claro que parecía blanco, y se le rizaba justo debajo de las orejas. Llevaba unos vaqueros con agujeros en las rodillas y una camiseta azul marino. No era fácil adivinar su edad. Debía de tener unos seis años, tal vez siete.

—No me pasa nada y sí, me encanta el béisbol.

—Parecía que estabas llorando.

Dave no sabía cómo responder.

—Qué va. Lo que pasa es que esos chicos cogen mal el bate. Estaba mirándolos y... Da igual, no importa.

—¿Que lo cogen mal? ¿Cómo se puede coger mal un bate?

La niña parecía extrañada, incluso divertida.

—Presta atención y te lo enseñaré.

Dave subió por las gradas y se sentó a su lado. Los dos se quedaron mirando a los chicos.

—Fíjate. Su codo izquierdo apunta hacia abajo. ¿Lo ves? Eso significa que, cuando intente golpear la pelota, torcerá el bate, y la mayoría de las veces fallará. El otro chico hace lo mismo.

La niña parecía interesada de verdad, pero inmediatamente se puso de pie, bajó al borde de la valla y se puso a gritar a través de los agujeros:

—¡Jared! ¡Glen! ¡Lo estáis haciendo mal!

Los chicos se dieron la vuelta para mirarla. Era la primera vez que advertían la presencia del extraño.

—¡De eso nada! —se defendió el más joven.

—¡Sí! —gritó la niña.

—¡No! Además, tú no tienes ni idea.

Los dos se acercaron a ella.

—¡Sí! —repitió la niña más alto, esta vez señalando a Dave—. Lo ha dicho él.

La niña se quedó esperando, como si esta vez le tocara a Dave gritar *Sí* y defender su honor. Dave, más entretenido que avergonzado, se secó los labios con la mano.

—Técnicamente tiene razón —empezó a decir—. Tenéis mucho potencial, caballeros, pero no cogéis el bate como deberíais.

Los chicos observaron a Dave de manera independiente, sopesando la credibilidad de aquel repentino experto.

—¿Sabes jugar al béisbol? —preguntó el mayor.

—He sido entrenador de un equipo juvenil en la costa Este. Conseguimos ganar el campeonato de nuestra división, e incluso llegamos a participar en el estatal.

—¿En serio?

—Claro. ¿Queréis que os dé algunos consejos?

Los chicos se intercambiaron una mirada fugaz. El más pequeño se encogió de hombros; el mayor asintió. Dave guiñó un ojo a la niña, dejó la cazadora en las gradas y rodeó la valla para meterse en el campo.

—Veamos... ¿Quién es Jared y quién es Glen? —preguntó mientras se acercaban al *home plate*.

—Yo soy Jared, mi hermano es Glen —respondió el mayor.

—¿Y la niña? ¿Es hermana vuestra?

—Sí, se llama Gracie.

—Gracie —repitió Dave.

El nombre le sentaba de maravilla.

Dave pasó un buen rato en el *home* ayudando a los chicos a mejorar su técnica. Era agradable —muy agradable— volver a dar clases de béisbol.

—Mirad, tenéis que coger el bate más arriba. Así. Muy bien. Ahora sujetadlo bien.

Después de varias instrucciones, Dave se colocó en el montículo y empezó a hacer lanzamientos sencillos al *home*. Jared golpeó la pelota al segundo intento. La bola rodó por la tercera base hasta llegar al jardín, lo más lejos que había conseguido llegar en toda la mañana.

—¡Hala! —exclamó Jared.

Los chicos se quedaron mirando la pelota con expresión de profundo asombro. La escena hizo sonreír a Dave.

—¿Vas a correr o no? —gritó mientras recuperaba la pelota. Jared recorrió las bases mientras él regresaba al montículo.

—Muy bien. Ahora te toca a ti, Glen.

Dave jugó con ellos durante casi media hora mientras Gracie los miraba con paciencia desde las gradas. Era evidente que prefería el papel de espectadora.

Fue Glen el que preguntó al fin:

—¿Esa moto es tuya?

Dave estaba tan concentrado en el juego que se había olvidado de la moto.

—Sí, es mía. Pero la verdad es que me está dando algunos problemas. ¿Conocéis alguna tienda donde puedan arreglarla?

Jared fue el primero en responder.

—En la tienda de bricolaje arreglan bicicletas.

Dave reprimió una sonrisa.

—En realidad me refiero a una tienda de motos. ¿Hay algún concesionario Harley-Davidson en la ciudad?

Los chicos intercambiaron una mirada de confusión y se encogieron de hombros.

—¿Y un teléfono? —preguntó Dave, mientras sacaba el suyo y lo comprobaba una vez más, aunque sabía de sobra que la batería se había agotado hacía tiempo—. ¿Alguno tiene móvil?

Los hermanos sacudieron la cabeza, pero Gracie levantó la suya para mirarle.

—En casa tenemos teléfono. Puedes usarlo si quieres —dijo.

La niña señaló una casita al otro lado de la valla, detrás del jardín izquierdo. Un prado vacío separaba la casa del campo de béisbol.

Dave aceptó la invitación. Como no quería dejar la moto sola, decidió empujarla por el camino. A los niños no les importó. Los chicos iban a la cabeza, mientras Gracie los seguía a escasa distancia.

Era como un desfile de una sola moto.

Capítulo 34

Cuando se trasladaron a la ciudad hacía cuatro años, a Crystal le preocupaba dejar que sus hijos jugaran solos en la calle. Iba en contra de su naturaleza —y de su experiencia— dejar que fueran tan independientes. Pero Liberty era una ciudad pequeña y segura, y con el tiempo dejó de preocuparse.

Aquel día, cuando vio que los niños se acercaban a casa con un desconocido, sintió que se le aceleraba el pulso. A medida que se acercaban, su enfado fue en aumento. La semana anterior había mantenido una conversación con Gracie sobre el peligro que supone hablar con extraños. ¿Es que esa niña no iba a aprender nunca?

Se quedó esperando en el porche mientras el grupo se acercaba. Gracie fue la primera en hablar.

—¡Mami! ¡Mira lo que te hemos traído!

—Hola —dijo Dave, extendiendo la mano.

Crystal se la estrechó bruscamente y la soltó de inmediato. No le gustaba mostrarse maleducada delante de los niños, pero traer a un motorista a casa era algo que no se podía tolerar.

—¿Va todo bien? ¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó con energía.

Gracie volvió a intervenir.

—Quiere usar el teléfono. Su moto está estropeada. —Luego añadió sin vacilar—: Y ha estado enseñando a batear a Jared y a Glen, porque lo hacen mal y él es muy bueno.

Los dos chicos se encogieron tímidamente de hombros. Ambos eran lo bastante mayores para saber que, una vez que el desconocido se hubiera marchado, les esperaba una buena bronca.

—No quisiera molestarla —intervino Dave—. Se me estropeó la moto un poco antes de llegar a la ciudad. La empujé hasta el campo de béisbol y los chicos me ofrecieron su teléfono. Si le supone una molestia, buscaré en otra parte.

Crystal había oído las noticias. Había visto las atrocidades que pueden ocurrir cuando uno se confía. Buscó en su bolsillo. Estaba vacío. Después de un momento de

vacilación, accedió con ciertas reticencias.

—Está bien, pase. Mi móvil está en el dormitorio, pero tenemos un teléfono fijo en la cocina.

Antes de abrir la puerta se dirigió a los niños.

—Vosotros quedaos fuera jugando. ¿Me habéis oído?

A juzgar por la expresión de su rostro y su tono de voz, la cosa iba en serio.

Crystal abrió la puerta y señaló la cocina. Dejó entrar a Dave y le siguió a cierta distancia, lo bastante cerca para poder observarlo, pero lo bastante lejos para salir corriendo si era necesario.

—El teléfono está ahí, en la encimera. Mi marido volverá pronto a casa. Tal vez pueda ayudarle a arreglar la moto.

Dave recorrió el pequeño vestíbulo, siguiendo la dirección que Crystal le había dicho. Al pasar por el baño vio la puerta abierta; un espejo de cuerpo entero cubría su interior. Se detuvo con aire desconcertado cuando descubrió su reflejo: llevaba la camiseta mojada, el pelo despeinado y una barba de varios días.

—No tengo muy buen aspecto, ¿verdad? —preguntó.

Crystal no supo qué decir.

—No... Bueno, sí. En fin...

—Y lo más seguro es que huela fatal.

Ella abrió la boca, pero no dijo nada. El silencio se quedó flotando en el aire hasta que los dos se echaron a reír.

—La verdad es que sí —reconoció al fin—. Huele fatal.

La mujer extendió la mano como si lo hiciera por primera vez.

—Soy Crystal Davis.

Dave se la estrechó de nuevo. La mirada de la mujer, antes glacial, se dulcificó.

—Me llamo Dave Riley. Y le prometo que no siempre huelo así.

—Es el calor. No se preocupe. Y el teléfono está en la encimera —se apresuró a añadir.

Dave vaciló.

—No quisiera molestarla, pero ¿tiene un ordenador? Necesito encontrar el teléfono de la tienda de motos más cercana.

—Puedo dejarle el móvil, pero le advierto que el único establecimiento de la ciudad donde pueden arreglar su moto es Darin's, una tienda de caravanas. Ya son más de las seis, así que estará cerrado.

Dave echó un vistazo al reloj de la pared. Se lo había perdido por media hora.

—Si no le importa, me gustaría intentarlo.

Crystal cogió el móvil de su habitación, tocó la pantalla para buscar el número y llamó. Los dos se quedaron escuchando cómo sonaba hasta que saltó el buzón.

—¿Y qué me dice de un poco de gasolina súper? ¿Hay alguna gasolinera cerca? —preguntó.

—Por increíble que parezca, en esta ciudad tenemos gasolineras. Voy a ver si encuentro una lata vacía y le llevaré a la gasolinera más cercana.

—Basta con que me indique la dirección. Puedo ir andando.

El hombre tenía mal aspecto y olía aún peor, pero era el motorista más educado que había conocido en su vida.

—No se preocupe. Le acercaré en un momento.

Crystal abrió la puerta y se quedó esperando a que Dave saliera de la casa.

La lata fue localizada y los niños subieron al coche. Crystal esperó a que Dave se montara en el asiento del copiloto y arrancó.

—¿Y a qué se dedica su marido? —preguntó Dave mientras el coche se alejaba de la casa.

Crystal miró por el espejo retrovisor para echar un vistazo a sus hijos.

—Trabaja en la junta escolar del distrito. Llegará a casa dentro de un rato. A veces se queda trabajando hasta tarde.

Era evidente que Dave solo pretendía ser educado, dar conversación. Pero sus preguntas parecían incomodarla.

—¿Y usted? —preguntó Dave.

Crystal se detuvo en un cruce y fingió esperar a que pasaran los coches. No pasó ninguno. Su respuesta fue breve, rozando la brusquedad.

—Yo soy profesora.

Dave no quiso seguir presionándola y, aparte de responder brevemente a las preguntas que le hicieron los niños, no dijo nada más.

• • •

Gracie apoyó las manos con fuerza en el cristal de la ventana. Sus ojos miraban alternativamente a Dave y a su moto. Su comportamiento era muy curioso, pensó Crystal. Pero más curioso era que Jared y Glen se hubieran ofrecido a ayudarla con la cena, aunque sus motivos no tardaron en verse traicionados.

—Mamá, ¿podrías comprarnos un bate nuevo? —preguntó Jared.

—Pero si ya tenéis uno.

—Ya, pero es demasiado grande.

—¿Demasiado grande? ¿Cómo es posible que un bate sea demasiado grande?

—Es verdad, mamá —intervino Glen—. Lo dijo Dave, y él entrena a un equipo estatal.

—¿Ah sí?

Ambos asintieron, esperando su respuesta.

—Ya hablaremos de eso mañana. Ahora id a lavaros las manos.

Crystal se volvió hacia el salón y llamó a su hija.

—Gracie, lávate las manos antes de cenar.

La niña o la ignoró a propósito, o estaba tan absorta mirando lo que pasaba fuera que no la escuchó.

—¿Hola? ¿Estás ahí? —preguntó Crystal, levantando la voz hasta que Gracie se dio la vuelta—. Ve a lavarte ahora mismo. La cena ya está lista.

Crystal se acercó a la ventana, se puso al lado de su hija y echó un vistazo al exterior. Dave estaba sentado en el suelo al lado de su moto, inmóvil. Mientras lo miraban, Gracie formuló una pregunta que llevaba un rato pensando.

—Mamá, ¿podríamos quedárnoslo?

Crystal se mordió el labio para reprimir una sonrisa.

—No es una mascota, hija, es una persona. Y no, no podemos quedárnoslo.

Gracie exhaló un profundo suspiro.

—¿Solo hasta mañana?

Crystal se agachó y le dio una palmadita en la espalda antes de empujarla hacia el baño.

—Ve a lavarte las manos. Voy a salir a ver cómo está.

Dave miraba la moto concentrado en sus pensamientos cuando Crystal se acercó a él.

—He preparado la cena.

Sus palabras le sobresaltaron.

—Lo siento. No pretendía asustarlo.

—No se preocupe.

—¿No ha habido suerte con la moto?

Él negó con la cabeza.

—No es la gasolina, aunque debo reconocer que no tengo ni idea de motos. Es solo que no tiene sentido. Mi amigo Redd la revisó a fondo antes de marcharme y me dijo que estaba impecable. Supongo que mi única esperanza es llevarla a una tienda de motos por la mañana.

—¿Mañana? —inquirió Crystal.

—Sí. ¿Hay algún problema?

—Para mí no, pero puede que para ellos sí. Mañana es domingo. La única tienda de la ciudad estará cerrada.

—¿Hoy es sábado?

Dave echó un vistazo a los números de su reloj y empezó a contar los días hacia atrás.

—¿No lo sabía? —preguntó Crystal.

—Creo que he perdido un día por alguna parte. ¿Y dice que esa es la única tienda?

—La siguiente está en Sterling, pero queda a cuarenta minutos de aquí, y supongo que mañana también estará cerrada. Mire, ya he hecho la cena. Si quiere, puede acompañarnos y ya lo pensaremos más tarde.

Hacía horas que Dave estaba muerto de hambre. En ese momento podía comerse un elefante.

—Gracias. Huele muy bien.

Dave la acompañó a la casa. En el camino, Crystal empezó a disculparse.

—No solemos cenar tan tarde, así que, por favor, no piense que soy una mala madre. Pero en verano anochece muy tarde, y con este calor, cualquier cosa que no sean cereales fríos nos parece un lujo.

—¿Una mala madre? Qué cosas dice. Yo entrenaba a un equipo juvenil y sé juzgar a los niños. Créame si le digo que está educando muy bien a sus hijos.

Ella aceptó el cumplido con una sonrisa, como si los cumplidos fueran un bien demasiado escaso para hacer lo contrario.

—¿Sabe una cosa? —le dijo—. Se agradece escuchar algo así de vez en cuando. ¿Usted tiene hijos?

Dave apretó el paso y frunció los labios. Tardó un rato en contestar.

—Tengo tres —dijo al fin.

Crystal asintió, pero no quiso indagar nada más. Cuando llegaron a la casa, se acercó a la ventana donde estaba Gracie.

—Vaya, vaya, aquí tenemos a una niña de seis años que lo mira hipnotizada.

Cuando se acercaron a la entrada, Dave se adelantó para abrir la puerta. Pero cuando vio sus manos cubiertas de grasa, retrocedió.

—Antes pensaba que olía mal, ¿verdad? Pues añada un poco de aceite y gasolina a la lista.

Crystal abrió la puerta y lo adelantó.

—No se preocupe —respondió muy seria—. Casi prefiero el olor a gasolina.

• • •

La comida era deliciosa; la conversación, ligera, incluso agradable. Los chicos terminaron rápido y pidieron permiso para irse a ver la televisión. Crystal se lo concedió. Gracie picoteaba su comida prolongando la cena, como si no quisiera perderse nada de lo que estaba ocurriendo en la mesa. Mientras Crystal y Dave seguían conversando, Gracie los escuchaba con atención.

—¿Y a qué te dedicas? —preguntó Crystal.

—Trabajo en una empresa de estudios de mercado con sede en Manhattan. ¿Y tú? Dijiste que eras profesora, ¿verdad?

—Sí, de infantil.

—Apuesto a que los niños te tienen muy ocupada. ¿Y tu marido? Dijiste que trabaja en la junta escolar del distrito, ¿no? ¿También es profesor?

—No.

Crystal miró a Gracie, vio que su vaso estaba medio vacío y le sirvió un poco más de agua. Dave esperó su explicación, pero Crystal no dijo nada.

—Lo siento. No es asunto mío —se disculpó Dave.

Gracie estaba haciendo todo lo posible para separar la comida que le quedaba en el plato en tres montoncitos distintos. No parecía prestar atención a los dos adultos.

—Suele quedarse trabajando hasta tarde —repuso Crystal—. Qué le vamos a hacer.

Su respuesta sonaba improvisada, como la primera vez que Dave sacó el tema en el coche.

Gracie dejó el cuchillo en la mesa y miró a Dave, como si hubiera estado participando en la conversación desde el principio.

—Mamá ya no está casada —dijo, mirando a su madre a los ojos con aire inocente—. ¿Verdad, mamá?

Crystal tosió y se puso roja.

—¿No está casada? —preguntó Dave, como si alguien hubiera pegado un puñetazo en la mesa.

Gracie negó con la cabeza. Su fino cabello rubio se agitó de un lado a otro.

—No.

Dave miró a Crystal con una sonrisa. Ella suspiró.

—No quería mentirte. Es lo que recomiendan decir cuando un extraño entra en tu casa.

—Sobre todo, un motorista con el pelo largo, sin afeitarse y con olor a sudor, ¿verdad?

Crystal se encogió de hombros.

—¿Os apetece algo de postre?

• • •

A Crystal le sorprendió que Dave llevara los platos de la cena al fregadero. Agradecía cualquier tipo de ayuda y Dave parecía un buen hombre, pero sabía muy poco de él. Y lo más importante: ¿hasta qué punto podía fiarse de un motorista?

—Crystal, la cena estaba deliciosa. Has sido muy amable conmigo, pero será mejor que busque un lugar donde dormir. ¿Hay algún motel por aquí?

El sentido común se impuso a la soledad.

—Están construyendo un nuevo motel en las afueras, pero tardarán varios meses en terminarlo. La verdad es que la mayoría de la gente no suele parar por aquí. Normalmente siguen hasta Sterling. Lo único que tenemos es el motel Crepúsculo.

—Me servirá.

Crystal vaciló.

—La verdad es que...

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

—Se llama Crepúsculo con razón. Hace tiempo que el sol se puso en ese lugar. Está un poco abandonado.

—No te preocupes. De hecho, si me indicas la dirección, iré andando.

—Por favor, deja de insistir en ir andando. Tanta educación me pone nerviosa. Está a cinco minutos de aquí. Te acercaré.

No le importaba llevarle, pero la idea de subir a sus hijos en el coche otra vez era más de lo que podía soportar. Se volvió hacia Dave.

—Verás que no soy tan buena madre como pensabas. —Empezó a llamar a sus hijos —. Gracie, vete a la cama ahora mismo. Jared, te quedas de guardián de la casa. Volveré en diez minutos.

En cualquier otro momento, Jared habría protestado. Pero, como Dave estaba presente, hizo caso a su madre.

—Ya conocéis las normas —siguió diciendo Crystal—. No contestéis al teléfono. No abráis la puerta. Voy a llevarme el móvil. Como solo serán diez minutos, Glen y tú podéis quedaros viendo la televisión hasta que vuelva. Luego os iréis a la cama.

Gracie empezó a protestar.

—¡No es justo! ¿Por qué ellos pueden ver la televisión y yo no?

Su madre no tardó mucho en ceder esa noche.

—Diez minutos, Gracie, nada más. Después te irás a la cama sin rechistar. Y no quiero enterarme de que has estado molestando a tus hermanos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Dave sonrió, pensando que la rutina parecía familiar.

Mientras Crystal cogía las llaves, Dave fue a recoger algunos objetos personales de la moto. Cuando arrancó, se subió al coche.

—¿Entonces no vas a denunciarme a las autoridades? —preguntó Crystal.

—En realidad soy el defensor del menor. Queda usted detenida.

Los dos sonrieron a la vez.

El motel estaba a tan solo unos minutos de allí. Mientras conducía, Crystal le puso en antecedentes. Le explicó que el complejo había sido construido a finales de los años 40, para alojar a los cientos de pescadores que supuestamente iban a visitar la ciudad una vez que el dique regulara la corriente del río. Al parecer, los pescadores nunca llegaron a

materializarse. Desde entonces, las ocho cabañas ruinosas del motel se habían unido bajo un único techo para pagar impuestos como si fuera una sola construcción en vez de ocho. Más tarde, en una «remodelación» que tuvo lugar diez años después, se añadieron baños individuales en la parte de atrás de cada una. Ningún vecino de Liberty había conseguido explicar a Crystal cómo era posible que el proyecto original no incluyera cañerías interiores. Se limitaban a decir que los pescadores preferían hacerlo todo al aire libre.

Cuando se acercaron al motel aquella noche, la luz de la luna proyectaba un inquietante resplandor en el complejo, aunque las cabañas en sí mismas estaban completamente a oscuras. Puede que el motel fuera descrito en su día como un lugar rústico y pintoresco, pero no había adquirido ningún encanto rural con el paso de los años.

Cinco de las ocho puertas estaban abiertas de par en par, aunque no había ni un alma a la vista. Alguien había sacado las alfombras de las habitaciones y las había colgado en la barandilla de la entrada. También el aparcamiento estaba a oscuras. Normalmente, estaba cubierto por una considerable capa de grava, pero cuando Dave bajó la ventanilla para inspeccionarlo más de cerca, vio que la luz de la luna se reflejaba en lo que parecía un charco de varios centímetros de profundidad.

—Tenías razón. Está un poco... en fin... abandonado, ¿verdad? —comentó en tono de burla.

Crystal se echó a reír. Decir que el motel estaba un poco abandonado era quedarse corto. Era un absoluto desastre.

—Te prometo que no estaba así hace unos días. Puede que hayan sufrido una inundación.

—Tal vez se ha roto el dique —añadió Dave—. ¿Y ahora qué hacemos?

—A menos que seas un magnífico nadador, no puedes quedarte aquí —dijo Crystal, confirmando lo obvio—. El siguiente motel está a una hora de camino, y no puedo dejar a los niños solos tanto tiempo.

—¿Y qué me dices de un camping?

—¿Lo dices en serio? —preguntó Crystal.

—Sí. Lo que sea. No me importa.

—No se me ocurre ninguno. No tenemos costumbre de acampar.

Crystal hizo una pausa mientras movía la cabeza ligeramente de un lado a otro, sopesando los pros y los contras de una idea que llevaba pensando un tiempo.

—Escucha, tenemos espacio de sobra en el jardín. Podrías extender tu saco de dormir en el suelo. Te has traído saco de dormir, ¿verdad?

—Sí, pero no quiero molestaros.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, ¿se te ocurre una idea mejor?

Dave hizo una pausa, repasando qué opciones tenía.

—No te molestaré, te lo prometo. Y ahora será mejor que salgas de este aparcamiento, antes de que nos quedemos atrapados toda la noche.

• • •

Cuando Crystal consiguió atrapar a Gracie para llevarla a la cama, Dave ya había desenrollado su saco de dormir y lo había extendido en el suelo, a lado de la moto. Ahora parecía contemplar las estrellas.

Jared se acercó a la ventana donde estaba su madre y se quedó un rato con ella mirando a Dave.

—¿Por qué él puede dormir fuera y nosotros no? —protestó.

Crystal estaba empezando a perder la paciencia.

—Te he dicho que te vayas a la cama ahora mismo. No pienso repetírtelo otra vez.

Glen todavía estaba en la cocina, bebiendo un vaso de agua. Cuando terminó, Crystal acompañó a sus hijos al baño y esperó a que se lavaran los dientes. Después de arroparlos bien, les dio un beso en la mejilla y les amenazó por última vez, como si eso sirviera de algo.

—Como se os ocurra salir de la cama, mañana tendréis el doble de tareas. ¿Me habéis oído?

Los niños asintieron, y Crystal salió de la habitación para echar un vistazo a Gracie. Gracias a Dios, uno de sus tres hijos estaba dormido.

Luego, caminando en calcetines para que los niños no pudieran oírla, volvió a la ventana a mirar a Dave.

Era un hombre muy agradable, aunque su aspecto le seguía pareciendo desconcertante. No parecía tan duro como parecía, ni tan amenazador como su imagen podía hacer pensar. Simplemente no era el prototipo de motorista. ¿O tal vez sí? Crystal los había visto alguna vez conduciendo en grupo por la carretera. Pero ahora que se paraba a pensarlo, nunca había conocido a uno en persona. ¿Serían todos igual de educados?

Incluso desde allí se veía que estaba despierto; no dejaba de cambiar de postura en el suelo. Crystal volvió a sopesar los argumentos en su mente. Cinco minutos después, salió de la casa y se acercó a él. Ni siquiera se molestó en saludarle con el típico *buenas noches*.

—Escucha, como mi madre se entere, me matará. Y como empiece a extenderse el rumor por la ciudad, estoy acabada. Que sepas que esto va en contra de mis principios, ¿pero por qué no entras y duermes en el sofá?

—¿Puedo llevar mi colección de pistolas y cuchillos?

—Claro, ¿por qué no? —repuso ella.

Hacía mucho tiempo que un hombre no la hacía reír.

Dave recogió su saco de dormir y algunas pertenencias de la moto. Una vez en la casa, extendió el saco encima del sofá.

—¿Te apetece un poco de café? —preguntó Crystal.

—Me encantaría.

Dave la siguió a la cocina. Mientras esperaban a que hirviera el agua, se sentaron a la mesa y empezaron a charlar. Al principio era una conversación intrascendente, pero pronto abordaron las preguntas que ambos querían hacer.

—Así que no estás casada... ¿Significa eso que estás divorciada?

Crystal asintió.

—Mi marido me abandonó cuando estaba embarazada de Gracie. Embarazada de ocho meses, para ser exactos. Me dejó una nota. Una nota, ¿te lo puedes creer? Como si fuera una aventura de una noche.

—Lo siento.

—No te preocupes. Aunque a día de hoy me sigue sorprendiendo que una persona pueda ser tan cruel.

—¿Había otra mujer?

—Siempre hay otra mujer. De todas formas hace cinco años y medio que no lo veo, desde el último juicio. Me dijeron que se había mudado a Florida. ¿Qué clase de padre puede huir de unos niños tan maravillosos?

No hacía falta que Dave respondiera.

—¿Se acuerdan los niños de él?

—¿Los chicos? No mucho. Probablemente sea mejor así. ¿Y qué hay de ti, Dave Riley? He visto que llevas un anillo, y antes dijiste que tenías tres hijos. Así que me imagino que estarás casado.

Dave odiaba entrar en detalles, así que respondió de la manera más breve posible.

—Mi mujer murió en un accidente de coche hace unos meses.

Crystal hizo una mueca de dolor.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

—No te preocupes. En realidad todavía estoy un poco... en fin, confundido.

Crystal se quedó sorprendida cuando continuó.

—Tenía tres hijos, pero también los perdí. Siento si antes te di a entender lo contrario.

—Estás hablando con la mujer que te dijo que su marido estaba a punto de llegar. —Más sonrisas—. Eso lo explica todo, claro —añadió.

—¿El qué?

—Que se te den tan bien los niños. Se ve que tienes práctica.

La cafetera empezó a emitir un pitido cuando dejó de salir agua. Crystal cogió la jarra y sirvió dos tazas de café.

Después de tomar unos cuantos sorbos, Dave optó por cambiar de tema.

—¿Naciste aquí?

—No. Nos mudamos a Liberty hace cuatro años. Vivíamos en Kansas. Intenté conservar mi casa todo el tiempo que pude, pero era una casa grande y... en fin, las cosas no siempre salen como esperábamos, ¿verdad?

—No, desde luego que no. ¿Entonces qué te trajo aquí?

—Dos cosas. La primera, el trabajo. Había una plaza libre en la escuela municipal y necesitaba el empleo.

—¿Y la segunda?

Como las tazas estaban vacías, Crystal sirvió un poco más de café.

—Huir de los recuerdos, tener un lugar donde empezar de cero, crear mi propia vida. ¿Te parece raro?

—En absoluto.

—Los chicos me contaron que entrenabas a un equipo de béisbol —dijo—. Háblame de eso.

Crystal encontraba agradable su compañía; a él le pasaba lo mismo. Los dos se reían con las mismas bromas y se quedaban pensando cuando no hacía falta decir nada. Los dos se escuchaban. Era la una y media de la noche cuando Crystal miró su reloj.

—Dios mío, ¿has visto qué hora es? —preguntó.

—Siento haberte tenido despierta hasta tan tarde.

—No te preocupes, ha sido un placer. Espero no haberte aburrido. Con tres niños en casa, y luego más en la escuela... En fin, no tengo muchas oportunidades de hablar con adultos.

Antes de levantarse, Crystal se acercó y le tocó la mano que descansaba en la mesa. Era un gesto espontáneo, una muestra de amistad, y, aun así, lo hizo con mucho cariño. Mientras los dedos de Crystal descansaban en los suyos, su brazo se puso tenso, como si quisiera apartar la mano pero no pudiera hacerlo. Ella le habló con sinceridad mientras seguía tocándole la mano.

—De verdad, gracias por... escucharme.

Cuando Crystal retiró la mano, Dave movió la suya debajo de la mesa.

—En fin, buenas noches, Dave Riley.

—Gracias por alojarme en tu casa. Buenas noches.

• • •

Dave notó cómo se le aceleraba el pulso mientras Crystal salía de la cocina, pasaba por el vestíbulo y se metía en su dormitorio. Se quedó escuchando el sonido de la puerta antes de apagar la luz y dejarse caer de nuevo en la silla.

Los ruidos de Crystal preparándose para dormir se extendieron por la pequeña casa. Dave bajó la vista y sacudió los dedos como si los tuviera dormidos, como si la sangre hubiera dejado de fluir y tuviera que volver a ponerla en circulación. El aire se había vuelto frío de repente, y deseó haberse quedado a dormir fuera, bajo las estrellas. A pesar de eso no se movió. Esperó hasta que la habitación de Crystal se quedó en completo silencio, hasta que el ritmo de su propia respiración se tranquilizó, antes de entrar en el baño a desvestirse. Se desnudó en la más completa oscuridad.

Después de meterse en el saco de dormir, volvió a prestar atención para comprobar si se oía algún otro ruido, alguna otra señal que indicara que alguien más estaba despierto. Nada. Le ardían los ojos. Solo quedaban unas horas para que amaneciera, y necesitaba dormir. Sin embargo, sus pensamientos no dejaban de dar vueltas en un torbellino de confusión.

No podía perder más tiempo. Tenía que conseguir que le arreglaran la moto. Y lo más importante, tenía que llegar al Golden Gate.

Capítulo 35

Cuando Crystal entró en el salón, Dave estaba sentado en el sofá, leyendo uno de los libros que había en la mesa. Gracie estaba a su lado, viendo los dibujos de la televisión. Crystal tuvo que mirarlo dos veces. Dave tenía la ropa limpia, el pelo cepillado hacia atrás y la barba bien arreglada. La noche antes apenas podía adivinar sus rasgos. Ahora, descubrió que no podía apartar la vista de él. Dave se sintió observado y se levantó.

—Buenos días. Espero que no te importe, pero me he dado un ducha rápida y...

—Ya lo veo. Hay que reconocer que te lavas muy bien, Dave Riley.

—¡Buenos días, mami! —exclamó Gracie, orgullosa de estar sentada junto a su invitado.

—Te has levantado muy temprano, pequeña. ¿Y tus hermanos? ¿Siguen durmiendo?

—Creo que sí —dijo Gracie, encogiéndose de hombros.

Crystal se volvió hacia Dave.

—Por favor, no me digas que también has preparado el desayuno.

—No, tranquila.

—Vale, dame diez minutos para ducharme y veré qué me queda en la cocina. Gracie, ve despertando a tus hermanos. Tenemos que estar en la iglesia dentro de una hora.

Dave solía ir a la iglesia con su familia. Desde el accidente, solo había vuelto dos veces.

—Por supuesto, estás invitado a venir con nosotros, Dave. El servicio dura un poco más de una hora.

—Pensé que habías dicho que la gente empezaría a murmurar si se enteran de que has alojado a un extraño.

—Es cierto. Lo dije, ¿verdad? Pero, por otra parte, sería una pena malgastar una buena ducha y una barba arreglada solo en nosotros, ¿no crees?

—Te agradezco la invitación, pero creo que voy a quedarme en casa. No me he traído ropa apropiada para ir a la iglesia. Lo único que tengo son pantalones vaqueros y camisetas.

Crystal abrió la boca, pero no dijo nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Dave al fin.

—Nada. Puedes hacer lo que quieras. Solo me estaba preguntando una cosa: ¿tú crees que a Dios le importa cómo vayas vestido?

Dicho esto, salió del salón para arreglarse.

• • •

Dave experimentó una sensación de alivio al ver que llegaban tarde. Los únicos bancos libres que quedaban estaban en primerísima fila o al fondo. Optaron por la última fila y se deslizaron por la puerta de atrás de la iglesia. A medio camino, a Gracie se le cayeron los rotuladores que había traído para entretenerse. El ruido provocó que varias cabezas se volvieran para mirarlos.

Dave esperaba una mirada avergonzada por parte de Crystal. En lugar de eso, su boca se curvó ligeramente en una sonrisa. Se agachó como pudo con su falda y ayudó a su hija a recogerlos. Dave acompañó a los chicos al banco que quedaba libre. Cuando Crystal llegó, dejó que Gracie entrara primero en el banco para sentarse junto a Dave.

El pastor era un anciano, aunque había que reconocer que estaba en buena forma. Pronunciaba las palabras con una mezcla de experiencia y pasión, como si sus propias convicciones pudieran calar en aquellos que le escuchaban. En el caso de algunos, daba la impresión de que así era.

Aunque Liberty era una ciudad pequeña, la iglesia estaba llena, detalle que sorprendió a Dave, que procedía de una ciudad mucho más grande donde, habitualmente, los domingos solo se llenaban la mitad de los bancos. Sin embargo, también había inconvenientes. Dave no pudo evitar fijarse en que al menos tres mujeres, todas ellas sentadas en bancos distintos, lanzaban miradas de sorpresa a Crystal. Era la curiosidad característica de las ciudades pequeñas. Fue en el último momento cuando se puso la cazadora, en un vano intento por ir bien vestido. A juzgar por la expresión de las mujeres, el intento no funcionó.

¿Tú crees que a Dios le importa cómo vayas vestido? Dave se quedó pensando en la pregunta de Crystal. ¿O era más bien una reprimenda? En cualquier caso, era una frase que podría haber dicho Megan.

Meg. Si pudiera verlo ahora, sentado en una iglesia provinciana de una ciudad perdida de Colorado, con su cazadora de cuero. No sabía muy bien si le daría un ataque de risa o se sorprendería. Aunque el simple hecho de pensarlo era ridículo. Meg se había ido y no iba a volver.

Desde el accidente, se había dado cuenta de que, si se concentraba en el trabajo, si mantenía la mente ocupada, era capaz de ahuyentar los recuerdos de Megan y los niños.

Podía obligarse a pensar en cosas buenas, olvidar el dolor. Pero era mucho más difícil hacerlo en los momentos de silencio y soledad, como la noche antes en la cocina, por ejemplo, o cuando recorría con su moto la carretera desierta. Hacerlo sentado en una iglesia mientras reflexionaba sobre su propia vida era prácticamente imposible.

Echaba de menos a su mujer. La echaba muchísimo de menos.

Gracie le tocó el brazo, interrumpiendo sus pensamientos. Había hecho un dibujo y quería enseñárselo.

—He dibujado la moto de color verde porque el rotulador negro se me ha gastado —le susurró. Crystal la miró con una sonrisa.

—Gracias —repuso Dave.

Observó el dibujo. Desde luego, la moto era verde. También había dibujado dos monigotes que representaban a un hombre y a una niña al lado de la moto. Gracie cogió otra hoja de papel mientras Dave doblaba con cuidado la obra maestra y la guardaba en el bolsillo delantero de su cazadora. Era evidente que la niña se había dibujado a sí misma y a Dave al lado de la moto. ¿Cómo iba ella a sospechar que el dibujo le recordaría a su propia hija, Angel?

Por entonces, el pastor había llegado a la parte más importante del sermón. Hablaba de ofrecer nuestro corazón a Dios, de vivir de acuerdo con su voluntad. Sin darse cuenta, Dave se puso a pensar qué significaba ese mensaje para él, a plantearse preguntas silenciosas. *¿Qué debería hacer si Dios se ha llevado a mi mujer y a mi familia?* Le dieron ganas de levantarse y formular la pregunta en voz alta, pero no lo hizo.

El sermón terminó sin respuestas. Pero Dave no había entrado allí a buscarlas.

De camino a la puerta, Crystal le presentó a media docena de mujeres que se habían reunido a su alrededor. Dave fue incapaz de recordar sus nombres. Tampoco lo intentó. Se limitó a saludarlas con un ligero asentimiento y a decir: «Encantado de conocerla». Pronto estuvieron en el coche.

Después de dar una vuelta por los alrededores para enseñarle la ciudad, volvieron a casa para comer. Después, animados por los niños, fueron al parque.

—Enséñanos más trucos para batear —suplicó Jared.

Dave estuvo encantado de ayudarlos. Eran más pequeños que los niños a los que solía entrenar, pero los movimientos básicos seguían siendo los mismos. Añadió algunos consejos a las técnicas que les había enseñado el día anterior. Les mostró cómo se sujeta el bate y cómo se lanza la pelota de forma equilibrada y consistente. Les enseñó a batear la pelota a un lugar concreto y a llegar más lejos trabajando la posición y siguiendo la pelota con el bate. Era béisbol, y los tres se sentían en el séptimo cielo. Una hora después, los chicos parecían dispuestos a seguirle al fin del mundo.

Crystal los miraba con curiosidad mientras Gracie jugaba en las gradas. A pesar de la atención que estaba dedicando a Jared y a Glen, Dave se descubrió lanzando miradas a

Crystal.

Cuando los niños habían aprendido a batear con cierta soltura, Dave se dirigió a las dos espectadoras.

—Bueno, ha llegado la hora de jugar. ¡Vamos!

Al principio, Crystal miró a su espalda, como si estuviera hablando con otra persona.

—Sí, me refiero a vosotras dos, las rubias —aclaró Dave.

—No se me da muy bien jugar al béisbol —respondió Crystal.

—Bueno, no te vendrá mal practicar un poco.

Crystal cogió a Gracie de la mano y las dos se adentraron en el campo. Dave echó un vistazo a sus jugadores.

—Está bien, seremos Gracie y yo contra vosotros tres.

Tanto Glen como Jared empezaron a protestar, argumentando que los equipos no eran justos.

—¿Qué pasa? ¿También queréis llevaros a Gracie? —preguntó Dave.

Los dos sopesaron su oferta, pero enseguida se dieron cuenta de que cualquier negociación sería en vano. Los equipos se dividieron y empezó el partido.

A Crystal y a los chicos les tocó batear primero. Dave era el encargado de lanzar; Gracie se colocó junto a la primera base; Glen fue el primer bateador. Al parecer, las clases de Dave habían cosechado su fruto. Al primer lanzamiento, Glen golpeó la pelota más allá de Gracie, hacia el jardín derecho. Gracie vio cómo se elevaba en el aire y miró a Dave como queriendo decir: *No tengo nada que hacer*. Todo el mundo se echó a reír mientras Dave echaba a correr para recuperarla. Cuando quiso volver al montículo del lanzador, Glen ya había llegado a la tercera base.

Jared era el siguiente. Falló el primer lanzamiento, pero al segundo envió la pelota más allá de la tercera base. Glen corrió al *home*, donde fue recibido por los gritos de alegría de su madre, mientras Jared llegaba a la segunda base.

La siguiente era Crystal. Cuando llegó al *home* y agarró el bate, Dave no pudo evitar sonreír.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —preguntó ella.

—Nada. Es solo que lo coges como... En fin, como...

—No se te ocurra decir *como una chica* —lo amenazó ella.

—Vale. ¿Qué te parece *como una principiante*?

—No me parece ningún piropo.

Dave lanzó la pelota al *home* con la mayor suavidad posible. Crystal reaccionó demasiado tarde. Jared exclamó:

—*Strike* uno.

Crystal volvió a colocar el bate en posición, dispuesta a intentarlo de nuevo. Dave frunció el ceño. Su forma de coger el bate era espantosa. Daba pena verla. Pensó en darle

algunos consejos, pero decidió volver a lanzar la pelota.

Esta vez reaccionó a tiempo, pero subió demasiado el bate.

—*Strike* dos —dijo Jared.

—¿Pero tú en qué equipo estás? —murmuró Crystal por encima del hombro.

Cuando volvió a colocarse para el tercer intento, Dave no pudo soportarlo más.

—¡Descanso! Vamos a practicar un poco.

Se acercó a Crystal, que bajó el bate y se quedó esperando.

—Ya sé que esto supone ayudar al equipo contrario, pero, sinceramente, me estás poniendo muy nervioso.

Dave le quitó el bate de las manos y empezó a darle algunos consejos.

—¿Tan mala soy? —preguntó Crystal.

Dave se quedó dudando un momento. Finalmente confirmó:

—Sí, tan mala eres. Tienes que seguir la pelota con el bate, no tratar de aplastarla como si fuera una mosca.

Hizo una rápida demostración. Luego le devolvió el bate para que volviera a intentarlo. Crystal lo agarró como si fuera a defenderse de un atracador. Era una imagen muy penosa. Dave torció el gesto, dando a entender que no le había entendido.

—No —dijo—, no es así.

Crystal se echó a reír. Dave cogió la pelota y se la lanzó a Jared.

—Colócate a unos pasos del montículo y lanza la pelota con cuidado —le dijo—. Glen, tú serás el *catcher*.

Dave se colocó en el *home* con Crystal.

—De momento con esto servirá, pero, en serio, necesitáis un bate más pequeño.

—Eso es lo que dijeron los niños. ¿Qué es esto, un complot?

—Cómprales uno de veintiocho pulgadas, veintinueve como mucho. Cuando se les quede pequeño, puedes usarlo para defenderte de los motoristas.

—Buena idea. Lo haré.

—Presta atención. Tienes que coger el bate con las manos. ¿Lo ves? Así.

Dejó que Crystal observara cómo cogía el bate. Luego se lo devolvió y se puso detrás de ella. Rodeó su cuerpo con los brazos para ayudarla a sostenerlo.

—Muy bien, ahora tienes que sentir el movimiento. —Dave trazó un arco con el bate, mostrándole la dirección que debía seguir—. ¿Notas la diferencia?

Crystal suspiró, dejó que su cuerpo se relajara y se inclinó ligeramente hacia él.

—¿Podrías repetirlo? —preguntó.

Dave volvió a mover el bate, esta vez más lento. Con la lentitud del movimiento, también su voz se suavizó. Por alguna razón, una situación en principio inocente se estaba convirtiendo en algo más.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

Cuando Crystal respondió, lo hizo en voz baja.

—Mejor —contestó.

Dave se dio la vuelta para mirarla a los ojos, para comprobar si lo que estaba ocurriendo era fruto de su imaginación, pero su rostro estaba demasiado cerca. Sus mejillas estaban a punto de rozarse. Esta vez, Crystal respondió con un hilo de voz.

—Sí, mucho mejor.

Dave podía sentir su aliento rozándole el cuello; sus brazos seguían rodeándola. Era una situación inocente, improvisada, pero cuando Dave se dio cuenta de lo que estaba pasando, no supo si apartarse o abrazarla más fuerte. Era una sensación cálida y aun así extraña, agradable y a la vez dolorosa.

Cuando por fin la soltó, la confusión se instaló entre los dos. Se habían quedado sin palabras. Ni él ni Crystal sabían qué decir.

Jared acudió al rescate.

—Mamá, ¿piensas quedarte ahí todo el día, o vas a batear?

—Eso —añadió Dave, tratando de disimular la emoción que aún le inundaba con un toque de sarcasmo—. ¿Piensas quedarte ahí todo el día, o vas a batear?

Crystal sonrió mientras volvía a colocar el bate en posición. Dave sustituyó a Jared, que se situó detrás del *home*. Gracie, que había perdido el interés, estaba arrancando dientes de león más allá de la primera base.

Dave lanzó la pelota. Crystal falló.

—¡*Strike* tres! ¡Estás eliminada! —exclamó Jared a su espalda.

• • •

El partido fue una masacre. Aunque Crystal fallaba la mayoría de las bolas, los chicos consiguieron compensar la falta de experiencia de su madre. Dave podía enviar la pelota muy lejos, pero Jared y Glen no tardaron en idear un sistema para devolverla al *home* antes de que Dave pudiera recorrer las bases. Como a Gracie le tocaba correr, conseguían obligar a Dave a abandonar el *home* y además eliminar a su hermana.

Al cabo de una hora, Crystal dio el partido por terminado y volvieron a casa.

Fue uno de los domingos más agradables que Dave había pasado en mucho tiempo.

Después de cenar, mientras los niños se preparaban para irse a la cama, Crystal se acercó al sofá donde Dave estaba calculando itinerarios en su móvil y comparándolos con los mapas impresos.

Crystal se acercó un poco más y susurró, como si estuviera confesando un secreto:

—La tienda abre mañana. Esta noche es nuestra última oportunidad para hablar. Nos vemos en la cocina dentro de quince minutos.

Dave asintió para mostrar que estaba de acuerdo. Luego se quedó mirándola mientras ella se dirigía al dormitorio de Gracie para acostarla. No podía negar que estaba disfrutando mucho allí, pero le inquietaba la posibilidad de despistarse. Terminó de hacer cálculos, dobló el mapa y empezó a preparar café. Cuando Crystal entró en la cocina, ya había servido dos tazas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella, sentándose a su lado—. Pareces un poco nervioso.

—Anoche no dormí muy bien. Además, me preocupa que no consigan arreglarme la moto.

—A mí también me costó dormir. Deberíamos habernos quedado despiertos para charlar.

Dave sonrió. Había algo familiar en su sentido del humor.

—Sí, no habría estado mal.

—Oye, estas sillas son muy incómodas —dijo Crystal—. Vamos a sentarnos en el sofá.

Dave estuvo de acuerdo, y pronto estuvieron sentados el uno junto al otro en el salón. Esa noche decidieron saltarse la charla preliminar.

—¿Por qué estás tan preocupado por la moto? ¿Adónde vas con tanta prisa?

—¿Con tanta prisa?

—Bueno, pareces un poco a la defensiva, como si te estuviéramos reteniendo o algo así.

—Eres muy perspicaz.

—Es lo que tenemos las mujeres.

Crystal esperó su respuesta. Dave hizo una pausa, tratando de decidir la mejor manera de explicarlo.

—Puede que te parezca una tontería, o que pienses que estoy loco, pero la verdad es que voy al Golden Gate en busca de respuestas.

Crystal se quedó pensativa.

—Lo entiendo —dijo.

Su voz era tranquila y sincera. Dave se quedó esperando la siguiente pregunta, la pregunta de rigor, pero Crystal no dijo nada.

—¿No quieres saber qué respuestas? —preguntó Dave al fin—. Todo el mundo me pregunta eso.

—Sé perfectamente a qué respuestas te refieres.

—¿En serio? Eso sí que me sorprende, porque la mayoría de las veces ni siquiera yo lo sé.

—Sí que lo sabes. Lo que pasa es que aún no te has dado cuenta. Son las mismas respuestas que busca todo el mundo a lo largo de su vida. Déjame que adivine. Preguntas

como: ¿por qué yo? ¿Por qué no yo? ¿Qué puedo hacer para superar el dolor? ¿Volveré a enamorarme otra vez? ¿Cómo voy a levantarme mañana y sobrevivir después del día que he tenido hoy? —Crystal hizo una pausa—. ¿He acertado?

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque son las mismas preguntas que me hice yo cuando metí a los niños en el coche y me trasladé aquí, preguntas que me sigo haciendo a día de hoy. Aunque hay algo que no entiendo.

—¿El qué?

—¿Por qué has elegido el Golden Gate?

—Creo que fue él el que me eligió a mí. Al parecer, mi abuelo creía que era un puente especial. Pensé que, si a él le sirvió, puede que a mí también me sirviera.

Dave observó a Crystal mientras ella apretaba los labios, asentía y entrecerraba los ojos, mostrando su aprobación. Nunca había conocido a nadie, salvo tal vez Megan, con tanta empatía. Y no solo era comprensiva, también era encantadora, y preciosa, de una belleza discreta. Mientras la miraba, ella volvió la vista hacia él y lo miró fijamente a los ojos sin decir nada. Dave intentó apartar los ojos de ella, pero no pudo. O tal vez no quiso.

Como si fuera una actriz en un escenario, justo en el momento perfecto, Crystal se acercó a él en la penumbra y lo besó. Él le devolvió el beso.

Tienes toda la vida por delante, señor Coleta. Me alegro de que me hayas elegido para compartirla contigo.

Fue una sensación extraña. Estimulante, sin duda, aunque profundamente confusa. Era como si le estuvieran atravesando el corazón con pequeños alfileres, y, aun así, no terminaba de decidir si se sentía alegre, triste o culpable. En cualquier caso, era la primera mujer a la que besaba —a la que besaba de verdad— desde que murió Megan.

Te quiero, amor mío. ¡Que tengas un feliz cumpleaños! Y recuerda que, pase lo que pase, yo siempre seré más joven.

En el pasado, cuando los recuerdos le resultaban demasiado dolorosos, se obligaba a reprimir sus pensamientos, a pensar en otras cosas. Ahora, mientras besaba a Crystal, notó que se estaba obligando a pensar en Megan. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, la idea le hizo sentir náuseas. Así que se apartó y bajó la vista.

Ella lo imitó.

—Lo siento. Ha sido un error.

—No pasa nada.

Pero le temblaba demasiado la voz. Crystal percibió su angustia.

—Sí que pasa. Lo siento mucho.

Dave deseó volver atrás en el tiempo, cambiar el pasado. Pero sabía que eso no servía de nada. La experiencia había sido la mejor maestra.

—Mañana tengo que salir temprano. Necesito descansar un poco —dijo, poniéndose de pie. Intentó no parecer frío, pero supo que estaba fracasando estrepitosamente.

—Lo entiendo. Nos vemos mañana.

Crystal se despidió y se fue a su habitación.

Dave se preparó para acostarse y se metió en su saco de dormir. Por segunda noche consecutiva, se quedó tumbado en el sofá con los ojos abiertos de par en par. Las paredes de la casa eran muy finas, y mientras pensaba en su partida del día siguiente, se preguntó si el sonido amortiguado del dormitorio era el llanto de Crystal.

• • •

Por la mañana ya se había ido. Crystal no sabía si Dave era consciente, pero irse de la manera que lo había hecho, sin decir adiós, le hizo revivir un conjunto de familiares y dolorosos recuerdos.

Hizo el desayuno para los niños en silencio y les preparó para el resto del día. Como no había colegio, tenía que trabajar tres días a la semana en la oficina del distrito, mientras los niños jugaban en una escuela de verano al otro lado de la calle.

Ese día, en vez de ir a trabajar, dejó a los niños en la escuela y volvió a casa. Esperaba ver su moto aparcada en la puerta. Nada. Rodeó la casa y miró más allá del campo de béisbol, hacia el parque. Ni rastro. Allí no había nadie. Daba la impresión de que había sido un sueño, de que había imaginado todo el encuentro. Pero sabía por propia experiencia que la esperanza no sirve para cambiar la realidad.

Cogió las llaves del coche, pensando en acercarse a Darin's a buscarlo. Quería decirle otra vez que lo sentía. Se acercó al coche y dio una patada a la rueda en señal de frustración antes de mirar al cielo.

Tenía que ir y besarlo. ¿En qué demonios estaba pensando?

Pensó en ir a trabajar. Seguramente se preguntarían por qué llegaba tan tarde. En vez de eso entró en casa, llamó para decir que estaba enferma y se dejó caer en el sofá. A las once y media aún no se había movido. No podía moverse.

Al oír el sonido de una moto se levantó, corrió a la puerta, tomó aire para tranquilizarse y salió al porche en silencio. Lo vio avanzar por el camino y detenerse a escasa distancia de los escalones. Él apagó el motor y se quitó el casco.

—Veo que han conseguido arreglarla —dijo Crystal.

—Era el carburador.

—Te habría llevado a la tienda en coche. No hacía falta que fueras andando.

—No te preocupes. De todas formas tenía que empujar la moto hasta allí. Además, me desperté muy temprano.

—Bueno, me alegro de que hayan podido solucionarlo.

Él asintió.

—Menos mal que estás aquí. Temía que te hubieras ido.

—Llamé para decir que estaba enferma.

Crystal vaciló un instante. Luego añadió:

—Dave, quería decirte que siento mucho lo que pasó anoche.

Él se llevó un dedo a los labios.

—Por favor, no sigas. Creo que anoche tuve una reacción un poco exagerada.

Ella se quedó esperando sin responder, invitándole a continuar.

—No era mi intención salir tan rápido esta mañana. Pero, si no me voy ahora, no llegaré a tiempo al puente. Tengo que llegar el Cuatro de Julio.

Crystal no entendía sus prisas, ni por qué tenía que llegar ese día, pero lo aceptó de todas formas.

—Ten cuidado.

—Crystal, si estuviéramos en otro lugar, o en otro momento... —hizo una pausa, tratando de elegir las palabras con cuidado—. Pero la verdad es que ahora mismo no tengo nada que ofrecerte. Ni siquiera estoy seguro de si llegaré a tenerlo alguna vez. No sé si me entiendes.

—Lo entiendo —repuso Crystal, aunque no lo entendía.

—Lo siento.

—A Gracie le habría gustado despedirse de ti. No sabía qué decirle.

—Era muy temprano y estaba dormida —repuso Dave, avergonzado. Incluso ahora su excusa parecía barata—. Por favor, dile que lo siento.

—Muy bien. Si es eso lo que quieres...

Se produjo un silencio. Los dos sabían que había llegado el momento. Dave se subió a la Harley. Estaba a punto de ponerse el casco cuando Crystal dijo:

—Espero que encuentres tus respuestas, Dave Riley.

Sin bajarse de la moto, Dave extendió la mano hacia ella. Crystal se la estrechó. Le siguió un rápido abrazo, la clase de abrazo que uno daría a un amigo o a un familiar. No hacía falta nada más.

—Gracias, Crystal. Nunca te olvidaré.

—Yo tampoco.

Dos días antes, cuando Gracie le preguntó si podían quedarse a Dave como si fuera una mascota, Crystal tuvo que morderse el labio para no echarse a reír. Ahora, mientras agitaba la mano en el camino para despedirse, tuvo que volver a morderse el labio, pero esta vez por otra razón.

Lo miró mientras se ataba el casco, arrancaba la moto y se alejaba por el camino. Cuando lo perdió de vista, Crystal se dejó caer en el suelo del porche, apoyó la cabeza en las rodillas y se limpió las lágrimas.

Capítulo 36

Llevo un tiempo llamándole a su número de teléfono, pero nada. Da igual que sea de día o de noche. Cada vez que lo llamo, me salta el contestador. Ya le he dejado tres mensajes, pero no hay respuesta.

El día que Janet me dio su teléfono, me sentí aliviada. Estaba segura de que era el descendiente de mi Patrick O'Riley. Tenía que serlo. Pero a medida que pasan los días y sigo sin poder localizarlo, empiezan a asaltarme las dudas.

Esta noche, después de llamarlo dos veces desde que he llegado a casa, me siento delante del ordenador y lo busco por su nombre. Al principio no encuentro nada nuevo, solo la misma información que me dio Janet. Sigo buscando. Después de consultar varias páginas, encuentro la web de una empresa de estudios de mercado llamada Strategy Data International, con sede en Manhattan. El motor de búsqueda muestra la página porque en su lista de empleados figura un hombre llamado David Riley. La sede de la empresa no está muy lejos de la dirección que tengo del señor Riley. Me pregunto si será el mismo hombre. En la página del personal de la empresa aparece como vicepresidente. Pulso en el enlace y, para mi sorpresa, aparece una foto en la pantalla.

El hombre tiene el pelo corto y oscuro y sus ojos irradian una expresión de confianza. Sonríe porque parece que está posando para la portada de una revista. Transmite una imagen tan distinta a la idea que me había hecho de Patrick, un simple trabajador. Mientras observo sus rasgos, me pregunto si los dos hombres se parecerán. El hombre que dejó plasmada tanta sabiduría en su diario... ¿se parecía a la persona que me mira desde la pantalla del ordenador? ¿Tendrán rasgos similares?

Sin darme cuenta, empiezo a caer en mi estilo interrogativo, a practicar el juego del parque. Pero, esta vez, las preguntas son diferentes.

«Señor Riley, ¿conoció usted a su abuelo? ¿Sabía que pasó muchos años de su vida trabajando en un puente, buscando un poco de esperanza para su familia en América? Si le envió este valioso diario, ¿lo cuidará como se merece, o lo tirará a la basura? Ah, otra cosa, señor Riley: ¿sigue teniendo sueños por cumplir?».

Mis preguntas permanecen sin respuesta. Cojo el teléfono y vuelvo a marcar su número. A la tercera llamada salta el buzón. Mientras observo la imagen de Dave Riley sonriendo desde el ordenador, se me ocurre que aún me queda otra opción. Hoy es tarde —nadie cogerá el teléfono a estas horas—, pero mañana temprano llamaré a las oficinas de Strategy Data International. Mañana, nada más levantarme, hablaré por fin con el señor David Riley.

b

Dave puso rumbo al oeste sin mirar atrás.

Cerca de la costa, a unos kilómetros por encima del horizonte, una columna de aire frío del océano cargada de humedad empezó a extenderse tierra adentro. La columna avanzó con rapidez hacia una masa de aire del desierto que se había quedado estancada en el interior. Ambas corrientes no tardarían en chocar cerca del valle de San Bernardino, haciendo que las temperaturas descendieran varios grados en cuestión de minutos. Una gran masa de cúmulos estaba empezando a formarse y a adquirir densidad en la base de las montañas.

A lo lejos se estaba preparando una terrible tormenta.

b

El teléfono suena solo una vez.

—Buenos días, está hablando con Strategy Data. ¿En qué puedo ayudarle?

Es una voz joven, elegante y profesional.

—Me gustaría hablar con David O’Riley, por favor.

Se produce una pausa.

—¿Se refiere a Dave Riley?

Sonríó. Llevo tanto tiempo llamando a Patrick por su apellido, O’Riley, que me resulta extraño pronunciarlo de otra manera.

—Sí, disculpe. ¿Podría hablar con Dave Riley?

—Ahora mismo paso su llamada.

Se escucha el sonido de unos botones, y alguien vuelve a contestar el teléfono. Esta vez es una voz más madura, menos mecánica.

—Me gustaría hablar con Dave Riley, por favor.

—Lo siento, pero el señor Riley está de baja por... excedencia voluntaria. Estará ausente varios días, tal vez más.

Qué raro que no sepan cuándo va a volver. Me pregunto qué mensaje puedo dejarle.

—¿Podría darle mi número de teléfono? Supongo que llamará de vez en cuando para comprobar sus mensajes.

—Hasta ahora no lo ha hecho. Perdón, quiero decir que no sé si lo hará.

Bonita manera de llevar un negocio. Pero, una vez más, me recuerdo que trabajo en una universidad. Después de darle mi número, la mujer pregunta:

—¿Podría decirme cuál es el motivo de su llamada?

Puedo explicarle que es un asunto personal, pero así no voy a conseguir respuestas. Decido responderle con otra pregunta.

—¿Sabe si el señor Riley tenía un abuelo llamado Patrick?

Su silencio revela que es la primera vez que alguien le hace esa pregunta.

—Lo siento, pero no dispongo de esa información.

Merecía la pena intentarlo.

—Por favor, si se pone en contacto con el señor Riley, dígame que me llame inmediatamente. Tengo un objeto de valor que le pertenece.

b

Brock estaba hablando por teléfono cuando Ellen entró en su despacho por tercera vez en la misma mañana. Esperó con paciencia —algo poco habitual en ella— hasta que Brock terminó de hablar.

—¿Has averiguado algo? —preguntó.

—He hablado con un tal Redd, un mecánico de motos amigo de Dave. Habló con él ayer. Por lo visto ha tenido algunos problemas con la moto en Colorado, pero, según Redd, ya ha conseguido solucionarlos y está de camino de la costa.

—¿Has vuelto a llamarle al móvil?

—Sí. No sé qué pasa. O se ha quedado sin batería, o no responde a mis llamadas. No hay manera de hablar con él.

—¿En serio? ¿Cómo es posible que no responda?

—Bueno, hasta cierto punto es comprensible.

Su jefa ignoró el comentario.

—Sigue intentándolo, y si te enteras de algo, lo que sea, házmelo saber.

Ellen se dio la vuelta y regresó a su despacho, murmurando.

Capítulo 37

Llevo varios días trabajando en el proyecto, y solo quedan cinco para que se acabe el plazo. Estoy metida en un lío, porque apenas he conseguido avanzar. No es que sea un trabajo difícil. Los hechos están ahí; los números están ahí; y, en aras de la investigación, soy capaz de plagiar sobre cualquier tema. El problema no es la información, el problema es el ritmo. Por mucho que lo intento, no consigo que mis palabras transmitan una verdadera convicción.

El profesor me ha llamado dos veces en los últimos dos días. Decir que está nervioso es quedarse corto. Al fin y al cabo, es su reputación la que está en juego. Hasta me ha invitado mañana a una barbacoa para celebrar el Cuatro de Julio (supongo que para preguntarme cara a cara qué me pasa). Seguro que sospecha que algo va mal.

He declinado su invitación. Le he dicho que estaba trabajando a fondo en el proyecto. Al menos no le he mentado.

Lo peor es que todavía no he conseguido localizar a Dave Riley. Cada dos horas le llamo a su casa, pero siempre me salta el contestador. Su secretaria se niega a darme su móvil, y encima dice que no sabe cuándo volverá. Tengo una cosa para él de un valor incalculable, y el hombre ni siquiera sabe que existe. Mientras finjo que trabajo y mi mente divaga, no puedo dejar de preguntarme: ¿dónde estás, Dave Riley, y por qué no me llamas?

b

El retumbar del trueno seguía a cada relámpago, mientras los rayos fracturaban el oscuro cielo del desierto. Pero el espectáculo no se limitaba a un juego de luces. Una lluvia torrencial caía con fuerza en el suelo.

En ese momento, Dave estaba debajo de un puente de la I-80, donde le había obligado a refugiarse la intensidad de la lluvia. Por tercera vez salió del saco de dormir y

encendió su linterna. Sacó el mapa de la bolsa, lo extendió encima del asiento y volvió a calcular los kilómetros. Los números no habían cambiado.

Con la luz de la linterna iluminó su reloj y comprobó la hora. Solo quedaban cuarenta y cinco minutos para que amaneciera. Según sus cálculos, se estaba quedando sin tiempo para llegar a la costa al día siguiente. Y tenía que llegar al día siguiente.

Cruzaría el puente el Cuatro de Julio, con el sol a mi espalda y el viento agitando mi cabello. Eso le había dicho a Megan hacía tanto tiempo, y así tenía que ser.

Movido por la ira y la frustración, rompió el papel en mil pedazos y los lanzó al viento. No necesitaba el mapa. Lo había consultado tantas veces en las últimas horas que se lo sabía de memoria.

Se puso de rodillas, enrolló su saco de dormir y lo metió en la bolsa. A continuación se puso el casco y se subió a la moto. La lluvia seguía cayendo sin cesar. Puso el motor en marcha y esperó a que se encendiera. Tratando de controlar su frustración, avanzó hacia el borde del puente, donde la lluvia implacable seguía golpeando la carretera fuera del alcance de la moto. Ya debería verse el sol asomando por el este, pero el día seguía estando frío y oscuro.

Dave aceleró el motor y se quedó esperando.

Tenía que llegar el Cuatro de Julio.

• • •

Redd estaba en plena reconstrucción de un carburador cuando Jenny, la recepcionista, lo llamó al móvil.

—Redd, aquí hay un hombre que quiere verte. ¿Podrías venir ahora mismo, por favor?

Redd miró sus manos cubiertas de grasa y el muelle que sostenía entre los dedos.

—Jenny, estoy reconstruyendo un carburador —respondió por el manos libres—. Tardaré un rato en terminar. ¿No podría atenderle otra persona?

La recepcionista parecía nerviosa.

—Mmm... no. Ha preguntado específicamente por ti. Está hablando con Chuck mientras espera.

«Chuck» era Charlie Holden, dueño de la franquicia de Bikehouse en Lakeshore. Tenía que tratarse de algo serio.

—Está bien, Jenny. Déjame que me lave las manos y estaré ahí en dos minutos. ¿Podrías decirme quién es?

—Redd, estoy muerta de vergüenza. Cuando entró, no fui capaz de reconocerlo. Y eso que su foto aparece en el informe anual. Es el señor Wiesenberg, Redd. El señor

Jim Wiesenberg, director general de Bikehouse. Ha venido a nuestra tienda en persona.
¡Y quiere verte!

Capítulo 38

El Cuatro de Julio está a punto de terminar. Lleva todo el día diluviando, pero esperaba que la lluvia nos concediera una tregua esta noche para ver los fuegos artificiales sobre la bahía. Tenía pensado salir a esa hora a dar un paseo. Es una fiesta que no me suelo perder nunca.

Por la tarde, un reportero de la televisión anuncia que han suspendido los fuegos artificiales por el mal tiempo. Es una pena. Después de pasarme todo el día encerrada con el maldito proyecto, necesitaba salir un rato a estirar las piernas.

A veces, el trabajo me desespera. Nada que ver con lo que ocurrió hace unos días, cuando rompí las primeras páginas, pero me sigue pareciendo una pesadilla. Sencillamente no estoy motivada. Es verdad que la información es muy precisa. La historia está ahí. Es solo que me parece tan carente de significado, tan desprovista de alma. Mi labor consiste en hacer de ella algo más que información, en añadir un significado, pero me siento incapaz de encajar las piezas.

Será un milagro si consigo terminarlo, aunque sea de cualquier manera. Pero, aunque lo consiga, el profesor lo leerá y sabrá que le he fallado. A pesar del esfuerzo que he hecho en los últimos días, no conseguiré engañar al profesor. Va a llevarse una gran decepción.

Decido irme a dormir para empezar mañana a primera hora. De camino a mi habitación, veo el teléfono descansando felizmente en la mesa de la cocina. Casi por inercia, lo cojo y marco el número de Dave Riley. Es muy tarde para llamar a alguien en San Francisco, y no digamos en la costa Este, donde debe de ser la una. No importa. Ya sé que no hay nadie en casa para contestar el teléfono.

Antes de acostarme, miro por la ventana para ver qué tiempo hace. Ha dejado de llover, y en la oscuridad parece que el cielo se está despejando. Debería estar cansada, pero me siento nerviosa e inquieta mientras me cubro con las sábanas.

Después de pasar un buen rato dando vueltas, me levanto y vuelvo a mirar por la ventana. Tomo una decisión repentina, como cuando vas a una tienda de madrugada a

comprar helado de chocolate. El puente suele cerrar de noche para los peatones, pero esta noche estará abierto por ser día de fiesta. Así que decido hacer algo que no he hecho desde que encontré el diario. Unos minutos después de las once, me visto y salgo de casa para mantener una conversación con mi padre en el puente.

b

Una oscuridad fantasmal envolvía gran parte de la bahía cuando la moto coronó la colina de la autopista 101. Los relámpagos intermitentes en las nubes bajas, combinados con los apagones que se habían producido en algunas zonas de la ciudad, hacían del valle un mosaico de luces y sombras. El Golden Gate permanecía iluminado en la distancia, aunque las densas nubes de tormenta que continuaban tronando a lo lejos solo dejaban verlo de manera parcial. Una vez más, estaba empezando a caer una ligera llovizna.

Dave se paró un momento a asimilar la sobrecogedora escena antes de seguir avanzando hacia las luces del puente. Las gotas de lluvia se escurrían por la visera de su casco mientras se acercaba a la estructura. Solía haber mucho tráfico en las proximidades; puede que los visitantes se hubieran retrasado debido al torrente de agua que había inundado la ciudad hacía unas horas. Siempre que pasaba un coche o un camión, una pastosa mezcla de agua y grasa le salpicaba a él y a la moto. Aunque su cazadora era impermeable, no pudo hacer nada contra la lluvia constante que había tenido que soportar en los últimos kilómetros. El agua corría a sus anchas por su piel, mezclándose con el sudor. El aire seguía siendo relativamente cálido, pero el viento y la humedad estaban empezando a provocarle escalofríos.

Cuando se adentró en la ruta de acceso al puente, redujo la velocidad para contemplar las torres, que se alzaban como centinelas para vigilar el paso de los vehículos. Un coche que le seguía demasiado cerca tuvo que frenar para evitar la colisión. El conductor se puso paralelo a la moto, bajó la ventanilla y empezó a insultarle.

Dave miró al enfadado conductor, pero no pudo ver su rostro en la oscuridad. El coche le adelantó, pasando peligrosamente cerca y salpicándole de agua sucia. Dave se colocó a la derecha del puente para escapar del tráfico. Ahora, la lluvia caía con fuerza.

Pensaba que hoy sería un día importante, en el que por fin encontraría las respuestas. Ahora, mientras la moto recorría poco a poco la inmensa envergadura del puente, solo experimentó una sensación de vacío. Mientras tanto, su mente no dejaba de divagar en un vano intento de escapar de los recuerdos.

Me encanta el arte, pero, sinceramente, puedo pintar en cualquier momento. Ver crecer a mis hijos, estar a su lado, compartir mi vida contigo... ese es mi sueño.

Pensó en Megan, Brad, Brittany y Angel. Aunque a lo largo de muchos kilómetros también había pensado en Crystal, en sus dos hijos y en Gracie.

Espero que encuentres tus respuestas, Dave Riley. Espero que encuentres tus respuestas.

Cada vez que pensaba en Crystal se sentía culpable: culpable por recordar el color de sus ojos, culpable por recordar su tímida sonrisa, culpable por admirar su determinación; y también arrepentido por haberse marchado así, de manera tan fría.

Ahora mismo no tengo nada que ofrecerte. Ni siquiera estoy seguro de si llegaré a tenerlo alguna vez.

Las farolas del puente estaban librando una batalla contra la lluvia y las nubes. Las unas, determinadas a iluminar la estructura; las otras, haciendo todo lo posible para cubrirla. A la mitad de la carretera, Dave vio un hueco en la valla metálica que separaba el paso de los peatones de los carriles para coches. Habían quitado un trozo de valla de unos tres metros para repararlo. Dave metió la moto por el hueco y se incorporó a la acera. Si alguien lo vio, no se molestó en detenerlo. Aparcó la moto junto a una farola, en un lugar oculto y apartado. Finalmente apagó el motor y bajó el caballete.

La barandilla quedaba muy cerca. Dave se apoyó en el metal y se dejó sostener por él. Estaba frío y resbaladizo, como todo lo que había a su alrededor. Se quedó solo en medio de la oscuridad. El silbido de las olas y el olor del agua salada parecían arrastrar voces, susurrar ecos que le daban la bienvenida.

No estás viejo, cariño. Yo siempre te querré.

Había venido a buscar paz, una conclusión, respuestas. Se quedó esperando.

Pero no había nada, solo la lluvia.

¿Te ha contado mamá qué chico me gusta? Jason Wilson. ¡Es guapísimo!

Volvió a escuchar. El único sonido real era el murmullo del tráfico festivo a su espalda, luchando contra los elementos.

¿Qué le había empujado a visitar un lugar tan triste? Se quedó un momento pensando en la oscuridad hasta que se acordó de las palabras de su padre. «Tu abuelo decía que allí encontró muchas respuestas; pensaba que era un puente mágico».

Dave sintió el agua colándose en sus calcetines y se inclinó un poco más sobre la barandilla.

b

Me gusta el puente por la noche, tal vez porque hay muy pocas personas en los alrededores. Esta noche, sin embargo, a pesar de que han cancelado los fuegos artificiales, sigue habiendo una multitud agolpándose en la entrada.

Encuentro un espacio libre y aparco cerca del mirador, en la costa sur. Desde aquí solo hay que andar un poco para llegar a mi rincón favorito. Mientras avanzo por la estructura, empiezo a hablar con mi padre. «No puedo dormir, papá. Tengo que terminar un trabajo, pero no puedo».

Espero, como si quisiera darle tiempo para responder. Pero no lo hace.

«Ah, casi se me olvida —le digo—. Creo que he encontrado al nieto de Patrick O’Riley. No lo sabré hasta que no hable con él, pero se llama Dave Riley. ¿Qué te parece? Se cambió de apellido, por eso no podías encontrarlo. Espero que estés orgulloso de mí».

Pasa un guardia de seguridad y me saluda con la cabeza. Yo le devuelvo el saludo. Por el rabillo del ojo veo que se da la vuelta para mirarme por segunda vez. Seguro que se estará preguntando qué hago en el puente a estas horas y por qué estoy hablando sola.

Está empezando a bajar la temperatura, y sé por propia experiencia que la bahía —incluido el puente en el que estoy ahora— no tardará en verse envuelta en una niebla fría, húmeda y serpenteante. El aire cálido que asciende desde los valles del interior absorbe la brisa fría y espesa del océano a través de los huecos de las montañas. El estrecho que atraviesa el Golden Gate es el hueco más amplio y de menor altura, y el resultado de su ubicación puede comprobarse todos los veranos: vientos fluctuantes, humedad y temperatura variable que se combinan para crear un clima de gran inestabilidad. Cuando las altas presiones del Pacífico se trasladan hacia el norte, las frías corrientes marinas de San Francisco aumentan de volumen, generando un inmenso y retorcido muro de niebla que puede bajar la temperatura hasta ocho grados en cuestión de minutos, reduciendo la visibilidad de unos kilómetros a tan solo unos metros.

Otra vez empieza a llover; las personas que estaban paseando por el puente salen corriendo hacia los extremos. Estoy a punto de llegar a mi destino, de modo que abro el paraguas y hago lo que mejor sé hacer: observar. Observo las gotas de agua que caen en los aceitosos charcos de la acera, formando anillos concéntricos de luz fragmentada que se alejan danzando hacia los bordes. Es fascinante e hipnotizador, pero los círculos desaparecen cada vez que pasa un coche.

Miro a los conductores y me distraigo con uno de mis juegos favoritos: adivinar la vida de la gente basándome en su apariencia.

Pasa un hombre con traje y corbata montado en un Mercedes. Vaya. Así que trabajando hasta tarde en un día de fiesta. Y además con su secretaria... ¿Qué pensará su mujer cuando vea los restos de carmín en el cuello de su camisa?

Le sigue una pareja de jóvenes en una furgoneta roja. La chica está tan cerca del conductor que ambos ocupan prácticamente el mismo espacio. Ella tiene el brazo

alrededor de su cuello, y al pasar, el chico ha apartado los ojos de la carretera para mirarla. No me extrañaría que terminen sufriendo un accidente. En lugar de inventarme su vida, me cuestiono su amor juvenil. ¿Durará? ¿Seguirán juntos para siempre, o esta será la última noche?

Mientras observo y me pregunto cosas, el muro de niebla rodea y engulle el puente, tal como había previsto, llevando mi juego de observación a un abrupto final.

Tirito a causa de la humedad y decido volver a casa. Mientras camino por el puente hacia el coche, retomo la conversación con mi padre. Ahora, la niebla cubre el puente como un manto, y nadie se acercará a interrumpirme. «Papá, soy yo otra vez. Perdona, ¿por dónde íbamos?».

Mientras espero a que cobren forma mis pensamientos, veo una oscura silueta a lo lejos. Como es habitual, se ha abierto un agujero en la niebla. El resplandor de una farola baña la zona de una luz translúcida y anaranjada, y por unos segundos veo a un hombre vestido de negro junto a la barandilla, a unos metros de mí.

A diferencia de las demás personas, que se apresuran a llegar a su destino, el hombre permanece inmóvil, con la cabeza apoyada en el poste de la farola. No tiene paraguas y no hace ningún esfuerzo para protegerse de la lluvia. Respira profundamente y le tiemblan los hombros. Me pregunto si estará llorando. Abro el bolso para comprobar que llevo mi spray de defensa y me acerco a él.

b

Había venido a descubrirlo por sí mismo, a comprobar si su abuelo había dicho la verdad o todo era una gran mentira, una bonita historia. Su abuelo solía decir que la gente podía encontrar respuestas en el Golden Gate. Si no eran respuestas directas, ¿por qué no una señal, un pequeño rayo de esperanza?

Mientras esperaba, la niebla empezó a ascender por la estructura. Debería haberle proporcionado consuelo, ocultar sus emociones, enmascarar momentos que más tarde lamentaría haber mostrado en público. Pero no fue así. Por el contrario, la niebla le envolvió en una profunda tristeza, en una oscura sensación de vacío. Necesitaba hablar con alguien, con quien fuera. Pero en lugar de eso se quedó allí de pie, solo y aislado.

Le pareció escuchar la risa de las olas, que se burlaban de su desesperación y le hacían preguntas malintencionadas.

¿Qué había hecho para merecer tantas desgracias? ¿Por qué tenía que ocurrirle a él? Desprovista de esperanza, su mente empezó a divagar hacia otra dimensión, una dimensión más oscura. Su razón empezó a nublarse. ¿Para qué había venido a ese lugar?

No irás a saltar, ¿verdad? Se había reído del comentario de Brock; en aquel entonces le pareció gracioso. Ni siquiera en los peores momentos después del accidente

había pensado en acabar con su vida. Ahora, envuelto en la soledad, se preguntó qué importancia tendría. ¿A quién dejaba atrás? ¿Quién lloraría su pérdida? Desde que se había montado en la moto hacía más de cinco mil kilómetros, se había propuesto no derramar ni una sola lágrima. Ahora, en la oscuridad, apoyado en el acero de aquel puente hostil e implacable, se puso a llorar como un niño.

La niebla, la lluvia, la tristeza, todo seguía igual, inalterable. A lo lejos, la siniestra llamada de las olas se hizo más fuerte, más insistente.

b

Aunque los dos permanecemos inmóviles, él parece ondular, acercarse y alejarse entre las manchas de niebla que me rodean. Luego cambia de postura y me da la espalda. Ahora estoy más cerca, y veo que lleva una cazadora de cuero negro. Un poco más allá distingo el perfil apenas visible de una moto apoyada en la barandilla. No hace falta que indague mucho más: este hombre es un motorista.

Me acerco poco a poco. Mientras, la lluvia empieza a arreciar y las manchas de niebla se juntan para formar una densa bruma. Mi juego de observación se ha convertido en un ejercicio surrealista, casi alucinatorio. Ahora estoy tan cerca que, si el desconocido se gira en mi dirección, me verá, pero no lo hace. Durante mucho tiempo se aferra a la barandilla. No hay otro movimiento aparte de su respiración, profunda y laboriosa. Yo permanezco inmóvil, observándolo. Gira la cabeza y busco sus lágrimas. Si existen, se han mezclado con la lluvia.

Mientras lo miro, me pregunto por su vida. Me pregunto si formará parte de una banda, si habrá estado en la cárcel o habrá matado a alguien. ¿Tendrá una mujer y una familia? Mis pensamientos se ven interrumpidos cuando levanta la cabeza, se asoma a la barandilla y mira el oscuro abismo.

Es tarde, muy tarde. Llevo muchas horas trabajando, y como consecuencia estoy lenta de reflejos y de pensamientos. Ahora, mientras lo miro, mientras veo su respiración y cómo se acerca más a la barandilla, siento su tristeza. Mi pulso se acelera y siento un vuelco en el corazón. Por primera vez, me doy cuenta de lo que está pasando.

¡El hombre está a punto de tirarse!

Capítulo 39

Dave se abrochó la cazadora para impedir que la lluvia le empapara por dentro. Al hacerlo, notó que algo crujía en su bolsillo delantero. Metió la mano. Era el dibujo que Gracie había hecho en la iglesia, el dibujo en el que salían ella y Dave delante de la moto. El papel tenía las esquinas húmedas y curvadas, y Dave lo desdobló lo mejor que pudo. Nuevas gotas de lluvia humedecieron la página, haciendo que las manchas de tinta marrón y verde empezaran a mezclarse y escurrirse por el papel, formando un hilo de agua turbia.

Dave se puso a llorar, incapaz de controlar el torbellino de emociones que nublaba su mente. La esperanza había desaparecido. Ahora, su lugar lo ocupaban el miedo y la desesperación. Estaba cansado de estar solo, cansado del vacío y los recuerdos. Sería tan fácil olvidarlo todo; olvidarlos *a todos*. Olvidar el dolor, olvidar la angustia de la pérdida que se veía obligado a afrontar cada mañana, olvidar la esperanza.

Abrió los dedos, dejando que el papel se escapara de su mano y saliera volando. Luego observó cómo desaparecía entre las siniestras sombras del puente.

Solo tenía que seguirlo. Sería tan fácil... tan sencillo.

b

No sé qué decir, cómo empezar. No quiero asustarlo, pero tampoco quiero ver cómo pone fin a su vida delante de mí. Me pregunto qué habría hecho mi padre en esta situación, qué le habría dicho. Ojalá fuera él quien estuviera aquí. Seguro que él sabría qué decirle. Mis labios apenas se mueven. No quiero hacer ningún ruido. Las palabras se forman en mi mente mientras empiezo a hablar con mi padre una vez más.

«Papá, ayúdame a saber qué puedo decir. Ayúdame, por favor».

Necesito que mi padre responda, pero no oigo nada. Sus respuestas siempre son mis respuestas, aquellas que fabrico en mi mente. Esta vez quiero que sea distinto, así que

me quedo esperando sus palabras.

Silencio.

Sé que tengo que decir algo pronto o dejarlo morir, pero no puedo hacerlo yo sola. Sencillamente no puedo.

«Papá, tú salvaste la vida a veintiocho personas en este puente —insisto—. Necesito que me ayudes a hacerlo una vez más. Ayúdame solo una vez, y luego seguiré con mi vida. Prometo mejorar. Por favor, papá, ayúdame a saber qué decirle a este hombre para darle una segunda oportunidad. Quiero darle un poco de esperanza».

Sigo esperando en la oscuridad, pero no ocurre nada. No fluye ninguna palabra, no surge ninguna imagen en mi mente, nada. Me siento inútil, confusa, y a excepción del hombre que está tan cerca —y que ni siquiera sospecha que estoy aquí—, me siento tan sola...

Entonces ocurre algo extraordinario e inexplicable. Digo extraordinario porque no es lo que había pedido. No es lo que yo esperaba que ocurriera. No es lo que yo quería. No sé si es una respuesta o un accidente, y cuando se lo explique a los demás, seguro que pensarán que he pasado demasiado tiempo sola en mitad de la niebla. Pero ocurre. En el momento exacto en que voy a sumirme de nuevo en la oscuridad, justo cuando estoy a punto de irme y dejar solo al desconocido para que se las apañe por su cuenta...

Estornudo.

b

Su cuerpo se tensó al escuchar el sonido. Se dio la vuelta para mirar a su alrededor. Instintivamente, apretó los puños y agudizó los sentidos. Quienquiera que fuera estaba muy cerca, escondido. Se preparó para un ataque inminente.

Pero nada ocurrió.

Cuando miró entre la niebla vio a una mujer delante de él. Ella no se movió ni dijo una palabra; por un momento, le pareció tan sorprendida como él. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí espiándole? Le dio la espalda. Una espectadora era lo último que necesitaba en ese momento. Solo quería estar solo.

Trató de ignorarla, pero ella se acercó y empezó a hablar.

—Mi padre trabajaba en este puente. Le encantaba, aunque puede ser un lugar terrible. Hay gente que piensa que solo es un puente, y a veces, supongo que tienen razón. Pero otras veces, por ejemplo, esta noche, parece que hay algo más, que algo más está ocurriendo en el universo, como si alguien nos estuviera observando. Hay demasiada magia, si esa es la palabra adecuada, para que este sea un lugar normal. ¿Entiende?

Dave se quedó mudo. En medio de la niebla de aquella noche miserable, cuando pensaba que nada podía ir a peor, una mujer trastornada surgía de la niebla para ponerse a hablar del puente. ¿Estaría delirando, drogada, o sería una guía turística aburrida? Le había preguntado si la había entendido, y ahora se había quedado esperando, como si tuviera la obligación de responder. No, no la había entendido, y no vio ninguna necesidad de dirigirse a ella.

—Este lugar era muy importante para mi padre —siguió diciendo—, porque aquí salvó la vida a veintiocho personas. Como el puente significaba tanto para él, yo también aprendí a amarlo. Siento contarle todo esto, pero esta noche estaba paseando por aquí pensando en mi padre, pensando en lo importante que era para mí, pensando en las vidas que salvó. Y entonces le he visto, y aunque sea un extraño y no haya conocido a mi padre, quería contarle a alguien... en fin, quería que alguien supiera lo que hizo por ellos... y lo que hizo por mí.

La mujer hizo otra pausa. Dave no habló; no tenía nada que decir. En lugar de eso se acercó a la moto, la sujetó por el manillar y pasó la pierna por el sillín mojado. Avanzó un poco, se detuvo y volvió a mirar a la mujer. Parecía amable y sincera. Sencillamente, esa noche se sentía demasiado cansado y confuso para hablar con ella.

Había tenido pensamientos, pensamientos oscuros y terribles. Al menos aquella mujer los había interrumpido. Le habría gustado quedarse, ayudar a la mujer, escuchar sus problemas. Era estupendo que estuviera enamorada de ese lugar, pero a él le parecía profundamente triste. El acero frío; la niebla despiadada, implacable. Estaba empezando a tiritar; había llegado la hora de marcharse.

Antes de que pudiera arrancar la moto, la mujer volvió a dirigirse a él.

—Perdone; no quería interrumpir sus pensamientos. Supongo que estará muy ocupado. Solo quería hablar con alguien de mi padre, y casualmente le vi a usted. Gracias por escucharme. Ha sido muy amable. Siento haberle molestado.

Cuando terminó de hablar, Dave susurró algo, pero ella estaba demasiado lejos para escucharle. Daba igual. No podía ayudarla, y menos ahora. Triste y empapado, decidió acabar lo que había venido a hacer.

Sin volver la vista atrás, arrancó la moto y, en los últimos minutos del Cuatro de Julio, cruzó el puente hacia el sur. Luego se dio la vuelta y regresó por donde había venido, hacia el norte.

Siguió avanzando en la oscuridad... lejos de las torres, lejos de los cables, lejos de las luces y de la niebla, lejos de la esperanza.

b

Estoy segura de que el estornudo me sorprendió a mí más que a él. Al principio parecía un poco tenso. ¿Cómo no iba a estarlo, si yo no paraba de hablar? Debió de pensar que estaba loca. Ahora que lo recuerdo, me sorprende que no me cogiera en brazos y me tirara por el puente para hacerme callar. Como no sabía qué decir, me limité a ser yo misma. Le hablé de mi padre, de lo generoso que era; le hablé del puente.

No sé si le ayudé. Reconozco que parecía cansado y perdido incluso cuando terminé de hablar. Pero, cuando se subió a la moto y se fue, me gustaría pensar que se llevó al menos un poquito de esperanza. Supongo que debería haberle preguntado cómo podía ayudarlo. Debería haberle preguntado su nombre y haberle dicho el mío. Podría haber hecho mucho más que hablar. Podría haberle escuchado. Pero así es la vida; siempre estamos pensando que tendríamos que haber hecho las cosas de otra manera.

Sobre todo, no puedo dejar de pensar en el estornudo. Si no hubiera estornudado, no habría tenido valor para quedarme. Es muy raro que estornudara justo en ese momento. Algunos pensarán que soy una estúpida y una ingenua, pero creo que es posible que mi padre estuviera allí.

Antes creía que, cuando mi padre hablaba con los suicidas, siempre sabía qué decirles, que siempre tenía la solución perfecta. Ahora estoy empezando a pensar que no era así. Estoy empezando a pensar que, al igual que yo, también él se sentía solo y confundido, que no siempre tenía las respuestas. Supongo que solo intentaba ser él mismo. Pienso que lo que decía no era tan importante como el hecho de estar allí para decirlo. Supongo que solo intentaba hacerlo lo mejor posible.

Recuerdo cuando me hablaba de las personas a las que había salvado. Lo único que lamentaba era que, de las veintiocho, ninguna había vuelto para darle las gracias. Y aun así, él seguía salvando a todas las que podía.

No sé si el hombre que conocí en el puente iba a tirarse. Tal vez ni siquiera él lo supiera. Pero si mi padre estaba realmente allí, si me estaba ayudando, entonces fue un final perfecto. Porque veréis, cuando el hombre de la cazadora se subió a la moto, justo antes de sumirse en la oscuridad para cruzar el puente, susurró una palabra que mi padre habría agradecido.

El hombre del puente me miró y me dijo: «Gracias».

Capítulo 40

Dave avanzó sin mirar atrás. Los oscuros sentimientos seguían acechándole, y quería crear la mayor distancia posible. A unos quince kilómetros de sus recuerdos, se acercó a un letrero vagamente iluminado: *Motel Golden Tower. Habitaciones disponibles*. Era un lugar sórdido, pero por esa noche serviría. Estaba demasiado mojado y rendido para continuar. Además, ¿adónde iba a ir? El suyo era un viaje sin destino, sin final.

Metió la moto en el aparcamiento y se detuvo cerca de la recepción. Cuando abrió la puerta, el vestíbulo estaba vacío. El lugar apestaba a tabaco rancio y a moho. Lo que parecía una cortina de ducha usada separaba la recepción de una sala interior. Una televisión sonaba a todo volumen detrás de la cortina.

Dave tocó la campanilla del mostrador y se quedó esperando. A los pocos segundos la cortina se abrió, y una mujer corpulenta vestida con uniforme de enfermera entró contoneándose. Su maquillaje era muy espeso y su tono de voz, grave, casi masculino. La mujer miró a Dave con aire despectivo y observó el rastro de agua que había dejado en el suelo. Luego echó un vistazo a su moto, que estaba esperándole bajo la lluvia.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito una habitación, por favor.

La mujer se acercó al mostrador para estudiar al extraño.

—Solo me quedan habitaciones dobles.

—No hay problema.

—Son 145 dólares más impuestos.

Era un precio ridículo para un antro de mala muerte, pero Dave estaba demasiado cansado para discutir.

—Me la quedo.

La mujer empujó hacia él un formulario de huéspedes.

—Rellene esto.

Su tono de voz era autoritario. En cualquier otra circunstancia, Dave se habría dado la vuelta y se habría marchado. Esa noche cogió el formulario, garabateó la información

y se lo devolvió.

—Aquí tiene.

Ella examinó sus respuestas.

—¿Cómo desea pagar?

Dave metió la mano en el bolsillo de atrás y sacó su cartera. Estaba completamente empapada. Los billetes se habían pegado entre sí, formando una masa de papel. En vez de montar el espectáculo poniéndose a separarlos ahora, sacó su American Express dorada y la dejó encima del mostrador.

La mujer la cogió. Sus ojos alternaron entre la tarjeta y el formulario que Dave acababa de rellenar. Luego se quedó mirando la foto. Se la habían hecho hacía dos años, y mostraba a un hombre sonriente con el pelo corto, la cara recién afeitada y un traje caro. La comparó con el hombre que tenía delante —cabello largo y sucio, barba incipiente, ojos rojos—, y le miró con aire desconfiado; a Dave no le importó.

La mujer se acercó a la máquina y pasó la tarjeta. Sus cejas se arquearon en un gesto de sorpresa al ver la palabra *aceptada* en la pantalla. Anotó el número en un cuaderno y metió la mano debajo del mostrador para buscar en una caja de llaves.

—No quiero problemas —dijo, mientras golpeaba el mostrador con la llave y la deslizaba hacia él—. Habitación 107, a la vuelta de la esquina. Solo ha pagado una individual, así que nadie más podrá entrar en la habitación. No quiero más motoristas por aquí.

Demasiado cansado para contestar a la desconfiada mujer, Dave cogió la llave y salió por la puerta. Empujó la moto hasta la esquina del motel, en la dirección que la mujer le había dicho, y encontró la habitación 107 en la planta baja. Metió la llave en la cerradura y entró. Dio la luz, pero no ocurrió nada. En medio de la oscuridad, avanzó hasta la silueta de una lámpara que descansaba en una mesilla, al lado de la cama. Buscó el interruptor. Cuando dio la luz, la bombilla parpadeó ligeramente hasta que se encendió.

La habitación estaba más limpia de lo que esperaba, aunque los muebles resultaban sin duda anticuados. Dave se dejó caer en la cama más cercana y se quitó las botas y los calcetines. Tenía los pies enrojecidos e hinchados. Caminó descalzo hasta el baño y dio el agua de la ducha antes de regresar a la cama para quitarse el resto de la ropa. Como había dos camas dobles, se sentó en la que quedaba más cerca de la puerta, donde había dejado las botas y los calcetines. No importaba que la humedad del agua mojara la colcha, pensó. Dormiría en la otra cama. Lo tenían bien merecido por cobrar de más a los clientes.

Se quitó la cazadora y la dejó en una silla, al lado del calentador. Subió la temperatura del termostato hasta que empezó a salir aire caliente. Luego se dejó caer en el borde de la cama. No podía quitarse a Megan de la cabeza. Intentó reprimir sus pensamientos... Ahora no, pensó, no podía soportar más dolor por hoy.

Debajo de la puerta del baño empezó a asomar una nube de vapor, pero no le importó. Había agua de sobra, podía esperar un poco más. Empezó a quitarse el cinturón y sintió su cartera en el bolsillo de atrás. La sacó del pantalón y extrajo su húmedo contenido. Demasiado cansado para pensar otra solución, separó los billetes mojados y las tarjetas de crédito y los extendió encima de la colcha para que se secaran.

Le sobresaltó un golpe en la puerta. No se movió. De nuevo, unos golpes secos resonaron en la puerta.

La mayoría de las habitaciones de motel tienen una mirilla para que la persona que está dentro pueda ver quién hay al otro lado. Esta no la tenía. Dave echó un vistazo a la cadena de seguridad, que colgaba suelta del marco. No la había echado. Se acercó a la puerta y agarró el picaporte. Escuchó con atención, sin saber si debía abrir o no.

Volvieron a escucharse unos golpes. Esta vez se oyeron también unas voces.

—Abra ahora mismo. ¡Policía!

• • •

Dave abrió la puerta y se asomó por la rendija. Fuera, un policía le estaba apuntando con una pistola.

—¡Al suelo! —gritó.

Dave obedeció.

—¿Qué está pasando aquí? —gruñó, mientras le ponían los brazos detrás de la espalda y ajustaban unas esposas alrededor de sus muñecas—. Disculpe, pero esto es un error. Se ha equivocado de persona.

Un segundo agente entró apuntándole con su pistola para inspeccionar la habitación en busca de sospechosos. Se acercó al baño humeante y echó un vistazo en su interior.

El primer policía volvió a apuntarle con la pistola mientras empezaba a leerle sus derechos.

—Tiene derecho a guardar silencio. Tiene derecho a hablar con un abogado. Si no quiere...

—Le repito que esto es un error. Se ha equivocado de persona —le interrumpió Dave—. Acabo de registrarme en el motel. Pregúnteselo a la señora de recepción.

El policía, que permaneció imperturbable ante su interrupción, siguió recitando su monólogo.

—... Ahora que conoce y entiende sus derechos, ¿está dispuesto a contestar a las preguntas que le formulen sin la presencia de un abogado?

—Por supuesto, pero antes me gustaría decirle que...

Dave giró la cabeza y vio a una agente al otro lado de la puerta, observando cómo se desarrollaban los acontecimientos. Al oír los gritos, media docena de espectadores

habían salido de su habitación y estaban mirándole con la boca abierta.

El segundo policía salió del baño, esta vez con la pistola metida en su funda.

—La habitación está vacía. Está solo. Al menos por ahora.

Entonces, sus ojos se detuvieron en la cuidadosa fila de billetes y tarjetas extendida sobre la cama con aspecto incriminatorio. El agente se acercó y cogió una tarjeta de crédito, la misma que Dave había enseñado a la recepcionista del motel.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Dave, que seguía con la cabeza contra el suelo y las manos esposadas detrás de la espalda, no terminaba de entender lo que estaba pasando.

—Por favor —suplicó—, ¿podría explicarme de qué va todo esto? —preguntó, volviendo la cabeza para mirar al policía a los ojos.

—Es una campaña contra el fraude y el robo —respondió el hombre de azul—. Una banda de motoristas ha cometido varios robos por esta zona. Así que se lo preguntaré otra vez: ¿cuándo van a llegar sus amigos?

—¿Amigos? Estoy solo, se lo prometo. ¡No tengo nada que ver!

El hombre estudió la fotografía. A continuación echó un vistazo a Dave, que seguía tumbado en el suelo.

—Por supuesto que no —dijo. Sus palabras rebosaban sarcasmo.

Dave empezó a entenderlo todo: las miradas de nerviosismo cuando se estaba registrando en recepción, la comparación de las fotografías.

—Esas tarjetas son mías, se lo prometo.

—¿Ah, sí? No estará cruzando los dedos, ¿verdad? —preguntó el policía en tono de burla.

—Le prometo que...

El hombre le interrumpió en mitad de la frase y no le dejó continuar. Luego se agachó para mirarle. Cuanto más se acercaba, más furioso parecía.

—Mire, amigo, llevo más de diez horas de servicio y no pienso seguir escuchando tonterías. No sé de dónde viene, pero aquí en California, robar tarjetas de crédito es un delito. —Luego se volvió a su compañero y le ordenó con rabia—: ¡Nick, llévatelo al coche!

El policía tiró de él para obligarle a ponerse de pie y luego le empujó hacia la puerta.

—Déjeme que me vista por lo menos —suplicó Dave, aún descalzo y sin camisa.

Mientras el primer agente le empujaba al asiento trasero del coche, el segundo cogió la camisa de la cama, las botas del suelo y la cazadora de la silla. Después las enrolló y se las tiró a la parte de atrás del coche.

• • •

Dave llegó a la comisaría de Corte Madera en la avenida Doherty, al norte de San Francisco. Le daba asco tener que ponerse otra vez la camisa mojada, pero cuando le quitaron las esposas para tomarle las huellas, volvió a cubrirse el cuerpo con ella. De nuevo le esposaron, le hicieron varias fotografías para la ficha policial, tomaron nota de su declaración y archivaron su informe. De nuevo intentó pedir clemencia al sargento, pero le pareció aún menos receptivo que los agentes que le habían traído hasta allí.

Después de completar el proceso de detención, dos hombres le guiaron por un largo y estrecho pasillo y le hicieron pasar por dos controles de seguridad. En cada uno, un policía armado detrás de una pantalla de plexiglás les abrió una puerta de acero de cierre automático.

Una vez dentro, se acercaron a una fila de celdas. Todas albergaban al menos a un acusado, algunas, dos. Una puerta de barrotes se abrió emitiendo un zumbido mientras le quitaban las esposas. Los agentes le obligaron a entrar y la puerta se cerró a su espalda.

—¿Cuánto tiempo van a tenerme aquí? —preguntó, mientras los policías se alejaban por el mismo camino por donde habían venido.

—Usted será el primero en saberlo, se lo aseguro —respondió un agente, dirigiéndose a su compañero más que a Dave.

Los dos se echaron a reír y desaparecieron detrás de la puerta de acero.

• • •

El hombre del catre era muy corpulento. Dave pensó que estaría dormido, pero, cuando los policías desaparecieron, se dio la vuelta y se sentó al borde de la cama. Sus ojos eran fríos e inyectados en sangre; su mirada, glacial.

Dave le devolvió la mirada, sin saber muy bien qué responder ni qué decir. El hombre solo movía los ojos mientras estudiaba a Dave, como un animal salvaje acechando a su presa.

Sin mediar palabra, Dave se acercó al catre que había al otro lado de la celda y se sentó. No quiso apartar los ojos del hombre, que seguía mirándolo, tal vez intentando decidir su próximo movimiento.

Cuando el hombre se decidió a hablar, su voz era fría como el acero.

—¿Qué estás haciendo con mi cazadora?

Dave no supo si le había entendido bien.

—¿Cómo?

—¿Estás sordo o qué?

El hombre se levantó. Era casi de su misma altura, tal vez un poco más alto. Tenía la espalda muy ancha.

Dave también se levantó.

—Mira, esta cazadora es un regalo de mi mujer. No es tuya.

—¿Me estás llamando mentiroso?

El hombre dio un paso hacia él. Sus ojos ardían de rabia. Dave se quedó donde estaba.

—Te lo digo por última vez, ¡dame mi cazadora *ahora mismo*!

No era una simple cazadora. Era un regalo de Megan, una parte de ella, una de las últimas que conservaba. Por mucho que le amenazara, no iba a renunciar a ella.

Dave dio un paso adelante. Ahora se encontraba tan solo a unos centímetros del hombre. Se irguió y enderezó los hombros, tratando de intimidarle.

—Te lo repito una vez más. Esta cazadora es mía, no tuya, y no pienso dártela, ni a ti ni a nadie. Si la quieres, tendrás que quitármela, pero será por encima de mi cadáver.

Esperaba que eso sirviera para hacerle retroceder, incluso para asustarle. En cualquier caso, no se trataba de un farol. Cuando dijo *por encima de mi cadáver*, hablaba en serio. Iba a conservar la cazadora aunque tuviera que morir en el intento.

—¿Por encima de tu cadáver? ¿Quieres decir que tendré que matarte primero?

El hombre no parecía asustado por su amenaza, pero se dio la vuelta para volver a su cama. Dave exhaló un silencioso suspiro de alivio.

Su siguiente movimiento fue tan rápido que a Dave no le dio tiempo a reaccionar. En cuestión de segundos, el hombre se dio la vuelta, apretó la mano y le dio un puñetazo en la mandíbula inferior.

—No me importa tener que matarte —dijo, mientras le daba un segundo puñetazo en el abdomen.

A Dave empezaron a lloverle los golpes. Intentó respirar, pero no pudo. Se sentía aturdido y paralizado. El dolor le obligó a agacharse, pero aun así consiguió mantenerse en pie. El hombre seguía murmurando, aunque era difícil entender sus palabras.

—¿Matarte? Si eso es lo que quieres... te mataré...

El siguiente puñetazo le alcanzó en la cara mientras luchaba por respirar. Dave se desplomó en el suelo de hormigón y se hizo un ovillo al lado de la cama mientras todo se oscurecía a su alrededor.

Capítulo 41

El sol brillaba cuando coronó la cresta de la colina; las olas del océano surgieron a la vista. Los rayos del sol calentaban su rostro, formando un agradable contraste con las terribles tormentas que acababa de atravesar. Dave redujo la velocidad para disfrutar del calor y admirar los alrededores. El débil rugido del motor resultaba dulce y sólido. A su alrededor, el valle era verde y exuberante, con plantas extrañas que cubrían ambos lados de la autopista.

El Golden Gate se veía en la distancia, y era impresionante, tal como lo recordaba cuando era niño. Los pilares destacaban a lo lejos, con sus inmensas torres anaranjadas que se alzaban hacia el cielo, unidas por unos inmensos hilos de cable retorcido.

La carretera debería estar llena de gente que hubiera venido a disfrutar del esplendor de un día como ese, de la majestuosidad de un puente como ese, y sin embargo, el camino permanecía vacío y desierto. Por encima del puente, el cielo era de un increíble azul intenso, con solo unas pocas nubes en el horizonte que servían de contraste con la profundidad del color.

Mientras la moto avanzaba hacia aquel paisaje magnífico, Dave pudo sentir y oler la brisa del océano soplando desde la bahía. Era agradable y fresca, con una mezcla perfecta de agua y sal. El viento agitaba sus cabellos.

Era tal y como había imaginado.

El puente —el puente hacia la libertad— se alzaba majestuosamente ante él, dándole la bienvenida. La vista era maravillosa, y Dave deseó que Megan estuviera allí para compartir con él ese momento.

Apenas lo había pensado cuando escuchó el rugido de otra moto. Al volver la cabeza vio a Megan, que estaba frenando para ponerse a su misma altura. Era tan extraño verla montada en una moto... tan impropio de ella. Y sin embargo parecía cómoda en la moto. Parecía estar en paz, disfrutando de la belleza del día.

Hacía tanto tiempo que no estaban juntos, tantos meses sin tener la oportunidad de hablar. Quería hablar con ella, tocarla, abrazarla, decirle cuánto la había echado de

menos. Sabía que el sonido de los motores ahogaría sus palabras, pero aun así se dirigió a ella.

—Meg, te he echado mucho de menos.

Se asustó al escuchar su respuesta. Era un susurro, pero tan claro como si hubieran estado solos en una habitación.

—Yo también te he echado de menos, cariño.

Su voz era dulce y suave, su sonrisa, radiante, su rostro y su cuerpo estaban llenos de vida.

—Ha sido tan difícil sin ti —dijo, sin saber si Megan estaría al tanto del desastre que era su vida.

Ella sonrió con aire comprensivo, dándole a entender que lo sabía, que seguía preocupándose por él.

—Lo estás haciendo muy bien, señor Coleta. Muy bien.

Nunca se había sentido bien hasta hoy. Sus pensamientos se dirigieron a sus hijos.

—¿Y Brad, Brittany y Angel? ¿Cómo están?

Apenas había terminado de decir sus nombres cuando oyó el rugido de otra moto a su espalda. Cuando giró la cabeza, vio a Brad, que estaba reduciendo la velocidad para colocarse al lado de su madre. Iba montado en su propia moto, una Swift clásica de color azul oscuro y acero reluciente, un modelo más pequeño, más fácil de manejar. Dave la reconoció del muestrario de Bikehouse en Lakeshore. Brittany estaba sentada detrás de él, agarrada a su cintura.

Brad lo saludó con el pulgar hacia arriba.

—¡Esto es lo más, papá! —exclamó.

Brittany sonrió mostrando su aparato dental, dando a entender que estaba de acuerdo con su hermano. Brad aceleró un poco y se puso a la cabeza del grupo.

—¿Y Angel? —preguntó Dave a Megan cuando su hijo se alejó.

Nada más pronunciar su nombre, Dave vio un sidecar acoplado a la moto de Meg. Qué raro que no lo hubiera visto antes. Allí estaba Angel, rodeada de algunos de sus juguetes favoritos y con una flor en la mano. La niña estaba arrancando los pétalos y lanzándolos al viento. Megan sonrió al ver cómo salían volando.

—¿Sigue tan precoz como siempre? —preguntó Dave.

—Me temo que sí —respondió Meg con una carcajada, una carcajada generosa, cálida y familiar.

El puente estaba cada vez más cerca. Sus torres se alzaban hacia el cielo según se acercaban a la entrada. Dave percibió un cambio en el sonido del motor. Se produjo un chisporroteo, una súbita pérdida de energía. Accionó el acelerador, confiando en que eso sirviera para solucionar el problema. Pero el motor seguía renqueando.

Era el carburador, el mismo problema que había tenido antes de llegar a Liberty. Se agachó y golpeó el lateral de la moto, pero el ruido del motor no hizo más que empeorar.

—¿Meg?

Dave sintió un vuelco en el corazón al darse cuenta de que tal vez no fuera capaz de alcanzarla. Megan frenó para ponerse a su altura, consciente de su problema y su preocupación.

—Meg, es el carburador —siguió diciendo Dave mientras señalaba la moto—. Me dio problemas hace unos días, cerca de Liberty. Hay que ajustarlo. Tengo que parar para que me lo arreglen, pero no quiero quedarme atrás.

Cuando Megan respondió, su tono de voz era comprensivo y lleno de consuelo.

—No te preocupes, cariño. Yo creo que deberías quedarte aquí hasta que te arreglen la moto. Haz lo que tengas que hacer, ocúpate de tus cosas. Ya nos alcanzarás más tarde. Yo voy a adelantarme con los niños. Te esperaremos al otro lado del puente.

Quiso protestar, hacerle cambiar de opinión, convencer a Megan y a los niños de que se quedaran.

—Todo irá bien —dijo Meg—. Te estaremos esperando, te lo prometo.

El traqueteo del motor empeoró. Su mujer le adelantó ligeramente.

—Te quiero —dijo Dave.

—Y yo a ti, señor Coleta.

Una cálida bruma envolvió el puente y empezó a ascender en silencio por la estructura, por sus pilares y sus anclajes, sus cables y sus torres. La moto se detuvo a un lado de la carretera, y Dave vio a Brad y Brittany entrando en el puente en primer lugar. Desde allí pudo escuchar su risa y sentir su alegría.

A continuación vio a Megan y Angel acercándose a la estructura. Quiso sentirse triste —triste porque se marchaban, triste porque le dejaban atrás—, pero por primera vez en mucho tiempo, no pudo.

Ya estaban lejos, pero aun así le pareció oír la voz de Megan por última vez: *Te quiero, señor Coleta*.

Dave vio a Meg deslizándose hacia el puente —el puente de la magia, el puente de la esperanza—, y luego desaparecer poco a poco entre la niebla con Angel a su lado, que seguía lanzando pétalos al viento.

Capítulo 42

La sangre seca cubría su rostro y sentía un latido en la cabeza. Intentó abrir los ojos, pero los tenía manchados de sangre y suciedad. Hizo un esfuerzo para sentarse. Se había desmayado en el suelo de hormigón, y tenía los músculos rígidos y doloridos. Primero centró su atención en el sucio lavabo de la esquina, y más tarde en el catre que había al otro lado de la celda. Quería enjuagarse la sangre de la cara, pero le daba miedo molestar a su compañero de celda, que dormía embutido en su cazadora de cuero.

Se oyó el zumbido de la puerta, y el hombre del catre se desperezó. Dave escuchó unas voces, pero no fue capaz de reconocer ninguna.

—Sacadle de aquí. ¡Sacadle de aquí ahora mismo! Los chicos de arriba han vuelto a confundirse.

La puerta de la celda se abrió emitiendo un sonido metálico, y entraron tres policías uniformados. El más alto de los tres parecía estar al mando. Dio una orden a los demás, que se acercaron a Dave para ayudarlo a levantarse. Dave sintió un dolor en las articulaciones cuando intentó ponerse de pie.

—Les prometo que soy el hombre de la foto —dijo en voz baja.

El policía que estaba al frente se volvió a los otros dos.

—No se preocupe, lo saben de sobra. Lo que no terminamos de entender es cómo es posible que uno de los *mejores cuerpos especiales* no consiguiera averiguarlo.

El compañero de celda de Dave, que había estado observando la escena desde su catre, se sentó. El agente condujo a Dave a la puerta.

—¿Entonces soy libre? —preguntó él.

—Claro. Vaya, veo que tiene un buen corte en el ojo. ¿Se lo hizo anoche?

Sin decir una palabra, Dave miró a su compañero de celda. El hombre del catre se encogió de hombros, escupió en el suelo y apoyó la espalda contra la pared.

Los dos policías le ofrecieron el brazo para ayudarlo a caminar. Dave rechazó su ayuda y empezó a andar solo. En la puerta hizo una pausa y se dio la vuelta para hablar con el policía más alto.

—¿Es usted el jefe? —le preguntó.

—Aquí abajo sí. Soy Paul McGuire —dijo el agente, extendiendo la mano.

Dave se acercó a él y se la estrechó.

—Señor McGuire, ¿podría pedirle un favor?

—Supongo que eso depende de qué se trate.

Dave se agachó y susurró unas palabras al círculo de policías.

Paul McGuire fue el primero en responder.

—Eso está hecho.

El hombre se volvió a los policías y asintió para mostrar su aprobación.

—Adelante, caballeros... —ordenó.

Dave volvió a entrar en la celda acompañado de los agentes y se acercó al hombre corpulento que estaba sentado en el catre. Al verlos, el hombre se levantó.

—¿Podría devolverme mi cazadora? —preguntó Dave con educación.

El hombre gruñó una respuesta que Dave interpretó como un no.

Con todas sus fuerzas, Dave hundió el puño en su estómago. El hombre se encogió al instante, pero consiguió mantenerse en pie. Hizo ademán de abalanzarse sobre Dave, pero los policías se lo impidieron. Agarrándole cada uno de un brazo, le despojaron de la cazadora, le empujaron de vuelta al catre y devolvieron la prenda a Dave.

—Gracias —dijo Dave al hombre, aún jadeante—. Sabía que lo entendería.

Luego, acompañado de los tres policías, se dio la vuelta y salió de la celda convertido en un hombre libre.

• • •

El cielo seguía nublado cuando regresó al Golden Gate, pero esta vez vio unas manchas azules salpicando el horizonte. Dave redujo la velocidad cuando llegó a la mitad del puente. Los pilares, los cables, las torres, todo parecía distinto. Él mismo se sentía distinto.

No se quedó mucho tiempo. No hacía falta.

Varios kilómetros después hizo una parada para comer en Citrus Hights. Cuando terminó, llamó a Redd.

—Hola, Redd. Soy Dave. ¿Cómo estás?

—¿Dave? Qué alegría escucharte. Estoy bien, ¿y tú?

—Muy bien.

—¿Qué tal va la moto?

—Sigue desviándose un poco, pero aparte de eso funciona de maravilla.

—Me alegro. Oye, puede que no te apetezca escucharlo, pero esta semana han venido a verme varias personas.

—¿Varias personas?

—Sí. Primero se pasó por aquí tu amigo Brock acompañado de tu jefa. Y poco después apareció el mismísimo director de Bikehouse preguntando por mí. Tendrías que haber visto la cara que puso mi jefe. Creo que tengo el trabajo asegurado para el resto de mi vida.

—¿Y qué querían?

—Bueno, todos venían preguntando por mí, pero en realidad te estaban buscando a ti.

—¿A mí?

—Sí, señor. Al parecer te levantaste en medio de una reunión muy importante, los mandaste a todos al diablo y te fuiste a dar una vuelta en tu moto nueva.

—Supongo que así fue. ¿Siguen enfadados?

—¿Enfadados? Los de Bikehouse están dispuestos a nombrarte hombre del año. El director quiere conocerte. Los de publicidad andan como locos. Están pensando en rediseñar toda la campaña. Quieren grabar un anuncio con un ejecutivo millonario que lo deja todo para marcharse en su moto en busca de respuestas. Tienes que reconocer que la idea tiene muchas posibilidades.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Están convencidos de que la campaña puede vender más motos que *Easy rider*. El problema es que necesitan tu permiso. Ahora mismo hay un montón de gente buscándote.

Dave se quedó estupefacto. No podía dejar de pensar en la cara que habría puesto su jefa.

Redd prosiguió.

—Aún no te he contado lo mejor. Estaba hablando con el director general y de pronto empezó a hacerme preguntas. Quería saber lo que pienso. ¿Te imaginas? El director general quiere conocer *mi opinión*.

—Enhorabuena, Redd.

—Gracias. Y bien... —Redd vaciló, como si no supiera cómo preguntárselo—. ¿Qué quieres que les diga?

—Todavía, nada. Y te agradecería que tampoco mencionaras que he llamado. Aún, no.

—De acuerdo. Bueno... ¿cómo te ha ido?

—La mayor parte del tiempo seguía pensando en ella y en los niños. Seguía recordando su sonrisa, su voz, las mechas que le salían en el pelo cuando pasaba demasiado tiempo al sol, la manera que tenía de acariciarme la mano... Pero ahora es diferente. Es mejor.

—Cuánto me alegra saberlo. ¿Y qué planes tienes? ¿Vas a volver?

—Tú serás el primero en saberlo, Redd, te lo aseguro.

b

Han pasado nueve días desde que me encontré con el desconocido en el puente. Desde entonces apenas he pegado ojo. No puedo dejar de escribir. El proyecto para la Sociedad está casi terminado. ¿Quién sabe? Puede que al final el profesor se sienta orgulloso de mí.

Rompí el trabajo que había escrito y empecé desde cero con una hoja en blanco. He empezado desde cero en muchos sentidos. Me he dado cuenta de que hay una historia más importante que contar que volver a repetir la historia de la construcción del Golden Gate. La he escrito directamente para la Sociedad. Es una historia que lleva mucho tiempo oculta, tratando de encontrar un cauce para expresarse, y que por fin lo ha encontrado. Cuando empecé ya no podía parar. Las ideas, las frases y las palabras surgían en mi mente con tal rapidez, que temía que se escaparan antes de poder plasmarlas en el papel. La historia que he escrito para la Sociedad es la de un hombre que tenía un diario sobre el Golden Gate. Habla de un cable y de un soldador muy generoso y de las lecciones que este enseñó a su hija. Es una historia sobre el miedo y el dolor que se transforman en valentía, sobre la importancia de no rendirse en la vida. Es una historia sobre la necesidad de renunciar a nosotros mismos para salvar a los demás.

En la cubierta del proyecto he pegado un papel. Es un dibujo del puente; mi dibujo, el que pinté hace tanto tiempo. En él puede verse una casa con una chimenea y una cerca blanca. También hay vacas, cerdos, un prado lleno de árboles y arbustos y unas flores amarillas que crecen en el jardín. Al lado de la casa y conectadas a ella se ven las torres naranjas y doradas de un puente que brota del suelo.

Antes pensaba que era muy raro que en el dibujo no saliera el océano. Me parecía extraño que, en vez de extenderse sobre el estrecho, el puente estuviera unido a una casa y una familia. Ahora me doy cuenta de que el significado del dibujo es más profundo de lo que parece, de que solo cuando era niña fui capaz de intuir la verdad.

Me alegro de haber recuperado esa verdad y de que esta haya transformado mi vida. Porque veréis, estoy empezando a darme cuenta de que no es el cable, ni el acero, ni el hormigón; no es el diseño ni la ingeniería; no es la estructura en sí misma, ni siquiera el turbulento océano que atraviesa. Lo más importante del puente es que une a las personas y a las familias, que las vidas se juntan gracias a él, que se transforman y se hacen fuertes. Esa es la verdadera magia.

He cambiado el título del proyecto sin pedir permiso.

Ahora se llama Un puente para siempre, de Patrick O'Riley y Kade Connelly, escrito por Katie Connelly.

Es una historia que todo el mundo debería escuchar.

Lo mejor es que por fin he conseguido hablar con el señor Riley. Me llamó a casa ayer. Su secretaria le había dado mi número de teléfono. Como sospechaba, es el verdadero Dave Riley. Me confirmó que efectivamente su abuelo, Patrick Riley —o Patrick O'Riley, como prefiráis—, trabajó en el puente cuando era joven. El señor Riley era más reservado de lo que esperaba después de ver su foto en internet, pero parecía contento cuando se enteró de la noticia, incluso un poco abrumado. Tengo el diario de Patrick, la carta y el anillo de Anna metidos en un paquete listo para enviárselo.

Me va a resultar muy difícil renunciar al diario, y sobre todo al anillo. Significan tanto para mí. Pero no son míos, y tengo la impresión —al menos eso espero— de que también van a significar mucho para Dave Riley.

No importa que ya no pueda sostener el diario en mis manos, porque sus enseñanzas se me han quedado grabadas en el corazón.

Mi padre me enseñó que las personas son como los alambres del cable, y tenía razón. Pero pienso que, en ocasiones, también el amor es como un trozo de cable. Si no se agarra con fuerza, si se suelta, puede caer al suelo formando un montón de alambres separados.

Llevo mucho tiempo esperando que aparezca alguien en mi vida que vuelva a juntar los alambres de mi cable. Tal vez debería haber empezado a hacerlo yo misma. Eso sí, cuando el cable esté unido, cuando esté fuerte, voy a sujetar bien de los extremos.

Capítulo 43

Dave se detuvo en una barbería tradicional de Kearney. El establecimiento tenía un poste de rayas en la entrada y un anticuado sillón de cuero en el interior. Era un local muy pintoresco; a Megan le habría encantado. El barbero era amable y algo entrometido; sin duda, un requisito imprescindible para trabajar en una ciudad pequeña.

—Tiene una buena cicatriz en el ojo izquierdo, joven. Sigue estando un poco roja.

—Ya está casi curada —respondió Dave—. Tendría que haberla visto hace un par de meses.

—No se preocupe, no voy a preguntarle cómo se la hizo.

La curiosidad del hombre era más que evidente.

—A mi antiguo barbero se le escurrieron las tijeras. Por eso estoy aquí.

Dave soltó una carcajada. Era tan agradable bromear.

El barbero también se echó a reír, aceptando su divertida respuesta sin tratar de averiguar nada más.

—Bueno, ¿cómo quiere que le corte el pelo?

Dave se quedó pensando.

—Antes lo llevaba corto, pero últimamente me lo estoy dejando más largo. Y la verdad es que me gusta cómo me queda. Córtemelo dos dedos. Con eso bastará.

El barbero asintió para mostrar su aprobación y empezó a cepillar y a cortar. Mientras trabajaba, le iba dando conversación.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad?

—No, soy de Jamesburg, en la costa Este.

—Está muy lejos de su casa. ¿Viene o se va?

—Supongo que vengo. Tengo una reunión de negocios en Los Ángeles. Llegaré allí dentro de un tiempo.

—¿Dentro de un tiempo?

—Sí. Primero tengo que hacer una parada en Liberty, Colorado. ¿Lo conoce?

—¿Liberty? Por supuesto. Está a unas cuatro o cinco horas hacia el oeste, ¿no? Sí, he estado muchas veces en Liberty. Es una ciudad muy agradable.

—Estoy de acuerdo.

—Liberty... —repitió el barbero—. Mi tía abuela vivió allí un tiempo. Y dígame, ¿tiene familia en Liberty?

Otra vez intentando sonsacarle. Pero aquello formaba parte de su trabajo, de su naturaleza.

Dave no respondió de manera inmediata. Llevaba varias semanas planeando la visita, animado por una frase que encontró en el diario de su abuelo Patrick. *No lo sabrás hasta que recorras el camino.*

El viejo barbero dejó de cortar y esperó a que Dave respondiera.

—Voy a Liberty a ver a unos niños.

El anciano arqueó una ceja.

—¿A unos niños?

—Sí, señor. Tengo que enseñar a unos niños a jugar al béisbol.

• • •

El parque estaba vacío cuando Dave llegó. Esperaba ver a los chicos jugando al béisbol, con una niña rubia y entrometida ejerciendo de árbitro desde las gradas. Pero el campo estaba desierto.

Aparcó la moto cerca de las gradas y se subió a la segunda fila para sentarse. La madera seguía siendo vieja, la fuente seguía ofreciendo litros de agua fresca, el aire del otoño seguía siendo seco... el lugar seguía resultando acogedor.

Era una ciudad pintoresca y, una vez más, Dave pensó que a Megan le habría encantado. Pensaba en ella muchas veces; recordaba su voz, su sonrisa, la manera en que le brillaban los ojos. Pero el recuerdo ya no era doloroso; no desde su última visita al puente. Ahora, su voz parecía tranquilizarle, animarle a seguir adelante.

Le inquietaba la idea de volver. No estaba muy seguro de cómo sería el recibimiento, sobre todo teniendo en cuenta la frialdad con la que se había marchado. Pero mezclados con esa inquietud —de hecho, entretejidos en la misma tela— había susurros de esperanza, anhelo y deseo que le empujaban a seguir.

—¡Vaya, te has cortado el pelo!

Gracie había vuelto a sorprenderle, acercándose a él cuando tenía la cabeza en otra parte. Su cabello rubio blanquecino se agitó en la brisa mientras subía los escalones y se acercaba a su lado.

—Solo un poquito. También me he afeitado. ¿Te gusta?

La niña le observó durante largo rato antes de asentir para mostrar su aprobación.

—Supongo que sí.

—Me alegro. ¿Te apetece sentarte?

La pequeña tomó asiento a su lado.

—Jared y Glen tienen un bate nuevo —anunció, como si la noticia hubiera salido en la portada del periódico local.

—¿Ah, sí? ¿Se lo compró tu mamá?

—Claro. Tuvo que ir a Greeley.

—¿Batean mejor con él?

—Supongo que sí —dijo la niña, encogiéndose de hombros.

—Pensé que estarían aquí jugando.

—No. Están haciendo tareas en casa.

—¿Y tú? ¿Ya has terminado?

—Claro.

Hablaba como si fueran amigos de toda la vida, como si nunca se hubiera ido sin decir adiós.

—Oye, ¿está tu mamá en casa?

—Claro. —La misma respuesta de siempre, aunque, esta vez, haciendo gala de su capacidad de observación, añadió—: Va a llevarse una buena sorpresa. Se quedó muy triste cuando te marchaste.

—¿Ah, sí?

—Claro.

Mientras hablaban, Dave echó un vistazo al otro extremo del campo y vio a dos chicos que se acercaban con un bate y un guante. Caminaban sin prisa, pero, cuando vieron a Gracie sentada junto a Dave, empezaron a gritar y a correr.

No muy lejos de ellos divisó a alguien más. Su cabello rubio, como el de Gracie, reflejaba la luz del otoño. Al principio caminaba lentamente, como si no terminara de creer lo que los chicos le decían a gritos, lo que pronto confirmarían sus ojos. Dave se levantó del viejo asiento de madera. No pudo evitar contemplarla mientras se acercaba, admirar su confianza. Bajó de las gradas y se quedó esperándola.

Crystal se acercó con paso vacilante y se dirigió a él con tono seco e irónico.

—Les he dicho que dejen en paz a los motoristas, pero no me hacen caso.

Dave se encogió de hombros.

—Los niños son así.

—¿Otra vez estás solo de paso?

—Supongo que eso depende. ¿Hay alguna tienda de motos en la ciudad?

Crystal se acarició la barbilla con el dedo.

—Veamos. El mecánico de Darin's se acaba de trasladar a Raleigh. Su hermano ha abierto allí una tienda. Queda Darin, el dueño, pero solo sabe arreglar caravanas.

—Vaya. Entonces tendré que quedarme un tiempo.

Le pareció percibir una sonrisa en el rostro de Crystal, pero era muy ligera y desapareció al instante.

—Pues lo tienes difícil.

—¿Ah, sí?

—Ya lo creo. El Crepúsculo está en ruinas, y el nuevo motel aún no ha abierto.

—¿Hay algún camping?

—No que yo sepa. Mmm... —Crystal se llevó un dedo a los labios, fingiendo sopesar su decisión—. Tengo un espacio libre en el jardín, pero tendrás que pagar por él.

—Me lo quedo.

—Muy bien.

Crystal se acercó a él y le cogió la mano. Al hacerlo se puso seria.

—Sinceramente, estoy muy sorprendida de verte por aquí.

Esta vez, Dave le estrechó la mano y no se la soltó.

—La verdad es que, desde que me marché, no he podido dejar de pensar en ti.

Ella se sobresaltó al escuchar su sincera respuesta.

—¿Ah, no?

—No. Es imposible olvidar lo mal que coges el bate. Necesitas practicar.

—Entiendo. Entonces has venido a enseñarme, ¿no?

—Claro. A eso me dedico.

Crystal se apartó, extendió el brazo y le arrebató el bate a Jared. A continuación lo agarró del revés, por la parte más ancha.

—¿Así está bien?

Los niños la miraron con una sonrisa de oreja a oreja. Hasta Gracie sonrió.

Dave se acercó a ella, cogió el bate y le dio la vuelta. Tocó sus manos y las sostuvo por un momento antes de colocar sus dedos alrededor del bate, en la posición correcta. Luego se colocó detrás de Crystal, rodeando su cuerpo con los brazos para sostener el bate junto a ella.

Crystal se relajó y dejó que la abrazara. Era una sensación familiar, pero esta vez le pareció más aceptable, más definitiva.

—¿Estás preparada? —preguntó Dave, mientras la ayudaba a colocar el bate en posición.

—Eso depende —respondió ella—. ¿Estás *tú* preparado?

Dave consideró la pregunta.

—Esta vez, sí.

Desplazó el bate en el aire con ella. Los dos juntos.

—¿Ves? ¿Has notado la diferencia?

—Sí —repuso Crystal—. Se nota distinto.

Dave volvió a colocar el bate en posición mientras le preguntaba una vez más.

—¿Entonces estás preparada para volver a intentarlo?

Crystal se apartó de él y se dio la vuelta para mirarle a los ojos.

—Estamos hablando de lo mismo, ¿no? —preguntó—. Necesito saber si estoy entendiendo bien tu pregunta.

—Estoy hablando de una segunda oportunidad, Crystal. De otro intento.

—¿Estás seguro?

—Sí.

La suya era una sonrisa que no se podía esconder.

Dave volvió a preguntárselo.

—¿Me concedes una segunda oportunidad?

—Sí, está bien —respondió—. Te concedo una segunda oportunidad, te lo prometo.

Dave se volvió hacia Glen, Jared y Gracie.

—¿Habéis oído? Odio perder, y por eso vuestra madre acaba de concederme una segunda oportunidad. Venga, seremos Gracie y yo contra vosotros tres. ¿Estáis listos? Vamos a jugar al béisbol.

b

He venido al puente por última vez. Tengo el coche cargado de cosas. He alquilado un enganche para remolques, de esos que se sujetan al parachoques, aunque mi coche solo es capaz de arrastrar un remolque muy pequeño. Solo había espacio para el escritorio de mi padre y un par de cajas con mis objetos personales. Volveré dentro de unas semanas a vender el resto de los muebles. El agente inmobiliario me ha dicho que espera que la casa se venda rápido.

No sé muy bien qué dice de mí el hecho de que todas mis pertenencias quepan en un maletero y un pequeño remolque, pero creo que por fin estoy a punto de averiguarlo.

Dentro de dos semanas empezaré a dar clases de Historia a los alumnos de un instituto, en concreto, a chicos y chicas de catorce años. El director me llamó para ofrecirme el puesto sin concertar una entrevista. Me dijo que ya me conocía, que me había oído hablar en la cena que celebró la Sociedad del Golden Gate, la noche que me derrumbé y me puse a llorar como una niña. Al parecer llamó al profesor Winston, que le envió mi currículum con una efusiva recomendación. No habría estado mal que me hubiera preguntado primero, aunque no me quejo. Yo nunca me quejo. Resulta que el director trabaja en el instituto de Crescent City donde la Sociedad quiso estrenar mi material sobre el puente. Parece un buen sitio para empezar.

Tengo que reconocer que la idea de ponerme a hablar delante de unos alumnos de secundaria me da escalofríos, mucho más que hacerlo delante de las señoras de pelo

gris de la Sociedad. Los adolescentes suelen ser brutalmente sinceros, aunque creo que a la larga lo voy a agradecer.

La Sociedad está entusiasmada con mi trabajo final, con mis enseñanzas sobre el puente, y aunque me alegro de que les gusten, ante todo estoy deseando compartirlas con los demás. Estoy asustada, es verdad, pero a la vez siento una energía desconocida hasta ahora. Es como si por fin tuviera algo que ofrecer, algo que transmitir. Creo que son enseñanzas que merece la pena conservar.

Me he despedido del profesor. Dijo que se alegraba de librarse por fin de mí, aunque se le humedecieron los ojos cuando me dio el último abrazo. Como siempre, tuvo que tener la última palabra. Cuando estaba a punto de subirme en el coche, me gritó desde la ventana:

—Pensé que deberías saberlo. ¡El director que te contrató en Crescent City está loco por ti, y además está soltero!

Voy a echar de menos al profesor.

La semana pasada hablé otra vez con Dave Riley. Me dio las gracias por haberle enviado el diario y me dijo que significa mucho para él. Me pidió la dirección para enviarme un regalo de agradecimiento. Le aseguré que no hacía falta, que con haber conocido a Patrick y Anna tenía bastante. Pero insistió, y ayer recibí el paquete.

No era el anillo de Anna —está claro que quiere conservarlo—, pero era algo extraordinariamente parecido. Lo encargó en el pueblo de Claddagh, en Irlanda. ¿Verdad que internet es una maravilla? Con el anillo viene un papel que recoge la leyenda y las palabras a las que he llegado a coger tanto cariño: «Con esta corona te ofrezco mi lealtad. Con estas manos prometo servirte. Con este corazón te entrego el mío».

Ahora llevo el anillo con orgullo en la mano derecha, con la corona hacia fuera. Mi corazón está completamente libre. El anillo, las palabras, las vidas de aquellos que me precedieron... todos ellos me dan fuerzas. Es verdad que me traicionaron, pero no todos los hombres son unos traidores. Es verdad que me hicieron daño, pero no todas las relaciones son dolorosas. Si alguna vez olvido estas verdades, me iré a dar un paseo y tendré otra conversación con mi padre.

El señor Riley me ha dado su nueva dirección en Colorado. Me dijo que ya no vivía ni trabajaba en Nueva York. Estoy deseando conocerle, aunque ahora no tengo tiempo para ir a Colorado, y menos con un coche y un remolque cargados hasta los topes y un montón de adolescentes esperándome... pero tal vez vaya en alguna ocasión a hacerle una visita.

Dejo el puente sintiéndome en paz; hemos quedado como amigos. Me llevo conmigo mucho de él y le dejo mucho de mí. Pero supongo que en eso consiste la vida: en ayudar

a los demás, en darles una parte de nosotros, en llevarnos a cambio una parte de ellos para llenar nuestro vacío. Y de esa manera, nos vamos ayudando a lo largo del camino.

Sí, al final voy a dejar este puente viejo y chiflado, pero lo hago llena de esperanza. Espero no echarlo demasiado de menos.

Al fin y al cabo, solo es un puente.

Epílogo

Memorándum

De: Shaun R. Safford
Vicepresidente de Marketing
Motos personalizadas Bikehouse

A: Dave Riley
Vicepresidente de Estudios de Mercado
Motos personalizadas Bikehouse

Querido Dave:

Me acaban de entregar los últimos resultados de las ventas generadas por la campaña publicitaria donde salís tú y tu moto. Las cifras tienen muy buena pinta. Si las ventas continúan a este ritmo, se avecina el mejor año en la historia de la empresa. ¡Enhorabuena!

Asimismo, me gustaría decirte que ha sido un placer tenerte en nuestro equipo desde que te incorporaste hace cinco meses. Al principio me preocupaba que vivieras en Colorado, tan lejos de nuestras oficinas. Cuando me dijiste que ibas a venir con tu Harley a las reuniones trimestrales de la empresa, no terminaba de creerlo. Luego me di cuenta de que la actitud resume todo el mensaje de la campaña, toda la inspiración que hay detrás. Gracias al correo electrónico, los móviles y las videoconferencias, hoy en día se puede vivir en cualquier sitio. Quiero que sepas que está funcionando muy bien, y que es un placer tenerte con nosotros.

Estoy deseando volver a verte en abril.

Atentamente,

Shaun

P.D.: Enhorabuena por tu compromiso. Por favor, saluda a Crystal de mi parte.

Nota del autor

Desde que se terminó de construir en 1937, cerca de 1.700 personas han muerto precipitándose desde las vigas del Golden Gate, convirtiéndolo en el lugar más elegido para quitarse la vida en Estados Unidos.

En abril de 2017, después de varios años de debate, se inició la construcción de un sistema de prevención de suicidios: a ambos lados del puente se colocaron unas redes de acero que abarcan toda la estructura. Las autoridades creen que dicho esfuerzo conseguirá salvar muchas vidas, incluyendo las de los soldados que trabajan de voluntarios para disuadir a los posibles suicidas.

Para más información, incluyendo otras obras de Camron Wright, puedes visitar la página personal del autor: www.authorcamronwright.com.

Agradecimientos

Aunque *Al otro lado del puente* es una obra de ficción, es natural que un autor incluya en su narrativa detalles de la vida real. En este caso, se trata de una experiencia que me contó un conocido al que hace treinta y cinco años que no veo. Cuando era joven, quiso compartir conmigo una anécdota de su propia vida que desde entonces no he podido olvidar. Cuando era un adolescente, a mi amigo se le metió en la cabeza que el día que cruzara el Golden Gate en moto sería el mejor día de su vida. Soñaba con esa idea y vivía para ella, hasta que consiguió ahorrar el dinero suficiente para comprarse una moto y partió hacia el oeste. Cuando llegó, en vez de encontrarse con un día soleado, caluroso y alegre, hacía frío, estaba lloviendo y el lugar era de lo más deprimente. Además, acababan de decirle que había muerto uno de sus mejores amigos. Todo eso hizo que una experiencia que en principio debería haber sido la cumbre de la felicidad, acabara convirtiéndose en un momento de tristeza, angustia y dolor. Aun así, aquel día supuso un importante punto de inflexión en su vida.

A lo largo de los años he pensado mucho en esa experiencia, y siempre me ha ayudado a enfrentarme a mis propias angustias y decepciones. Creo que en ella hay una sabia lección: hay que dedicar más tiempo a interactuar con los demás y compartir cosas con ellos. En nuestro mundo dominado por Facebook, lleno de personas que anhelan un contacto real y una comunicación más sincera, puede que nunca lleguemos a experimentar el poder que tienen unas palabras pronunciadas a tiempo o una actitud amable para transformar a los demás.

Me gustaría dar las gracias a mi esposa, Alicyn. Le gustó la historia desde el principio, y siguió gustándole cada vez que la sacaba del cajón, la desempolvaba y la revisaba. Siempre me estaba animando a hacer algo con ella, y le agradezco mucho su perseverancia.

La información sobre el Golden Gate está extraída de varias fuentes. La más importante es *La puerta. La verdadera historia sobre el diseño y la construcción del*

Golden Gate, de John Van Der Zee, un libro muy recomendable. Gracias al señor Van Der Zee por su fascinante trabajo.

Asimismo, me gustaría dar las gracias a mis editores por sus conocimientos técnicos y sus puntos de vista, que me ayudaron a mejorar la narración. (Son muchos y ellos saben a quiénes me refiero).

Por último, mi agradecimiento más sincero es para mis lectores, tanto los individuales como los grupos de lectura. Sin vosotros, nunca habría tenido la oportunidad de escribir. Vosotros sois mis verdaderos héroes por leer mis libros y compartirlos con los demás.

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Agradecimientos](#)

Índice

Capítulo 1	6
Capítulo 2	9
Capítulo 3	14
Capítulo 4	21
Capítulo 5	25
Capítulo 6	31
Capítulo 7	35
Capítulo 8	39
Capítulo 9	43
Capítulo 10	49
Capítulo 11	53
Capítulo 12	59
Capítulo 13	66
Capítulo 14	73
Capítulo 15	77
Capítulo 16	81
Capítulo 17	86
Capítulo 18	92
Capítulo 19	97
Capítulo 20	102
Capítulo 21	109
Capítulo 22	112
Capítulo 23	116
Capítulo 24	119
Capítulo 25	126
Capítulo 26	133
Capítulo 27	137
Capítulo 28	141
Capítulo 29	146

Capítulo 30	150
Capítulo 31	155
Capítulo 32	158
Capítulo 33	162
Capítulo 34	169
Capítulo 35	181
Capítulo 36	191
Capítulo 37	194
Capítulo 38	197
Capítulo 39	203
Capítulo 40	207
Capítulo 41	213
Capítulo 42	216
Capítulo 43	221
Epílogo	228
Nota del autor	229
Agradecimientos	230